





**ANN BRASHARES**

**TERCER  
VERANO EN  
VAQUEROS**

*3º Verano en vaqueros*



*Para Jacob,  
por el que todo merece  
la pena .*



## Índice

ARGUMENTO.....	6
Agradecimientos .....	7
Normas del Clan .....	8
Prólogo .....	9
Capítulo 1.....	11
Capítulo 2.....	16
Capítulo 3.....	21
Capítulo 4.....	26
Capítulo 5.....	34
Capítulo 6.....	40
Capítulo 7.....	47
Capítulo 8.....	56
Capítulo 9.....	62
Capítulo 10.....	71
Capítulo 11.....	78
Capítulo 12.....	84
Capítulo 13.....	90
Capítulo 14.....	98
Capítulo 15.....	105
Capítulo 16.....	111
Capítulo 17.....	118
Capítulo 18.....	124
Capítulo 19.....	132
Capítulo 20.....	142
Capítulo 21.....	149
Capítulo 22.....	156
Capítulo 23.....	166
Capítulo 24.....	175
Capítulo 25.....	183
Capítulo 26.....	188
Capítulo 27.....	194
Capítulo 28.....	201
Capítulo 29.....	209
Capítulo 30.....	215



Capítulo 31 .....219



## ARGUMENTO

Bridget, Carmen, Lena y Tibby disfrutaban de su último verano antes de ir a la universidad. Bridget se va a reencontrar con su gran amor, Erik. Carmen verá aumentar su familia tras casarse su madre. Lena, por su parte se quiere dedicar a la pintura y tiene momentos de crisis. Y Tibby persigue su sueño de dedicarse al cine, pero mientras tanto, tiene que cuidar de sus hermanos pequeños. Todas las experiencias les harán madurar.



## **Agradecimientos**

En primer lugar y como siempre, me gustaría expresar mi reconocimiento y agradecimiento a Jodi Anderson. También doy las gracias, con gran afecto, a mi clan editorial, Wendy Loggia y Beverly Horowitz, así como a todo el grupo de Random House Children's Books, sobre todo a Marci Senders, Kathy Dunn, Judith Haut, Daisy Kline y Chip Gibson. También deseo manifestar mi agradecimiento a Leslie Morgenstein, que ha participado en esto desde el principio. Y le doy las gracias a mi amiga y agente, la incomparable Jennifer Rudolph Walsh.

Quiero expresar mi cariñoso reconocimiento a mis padres, Jane Easton Brashares y William Brashares, y a mis hermanos, Beau, Justin y Ben Brashares. Y por último, y ante todo, a mi pequeña tribu, Sam, Nathaniel y Susannah.



## Normas del Clan

Nosotras, el Clan, por la presente establecemos las, siguientes reglas que rigen, el uso de los pantalones vaqueros compartidos:

1. Nunca debes lavar los pantalones.
2. Nunca debes llevar el dobladillo de los pantalones con vuelta es hortera. Nunca habrá una ocasión en que esto no sea hortera.
3. Nunca debes decir la palabra "gorda" mientras lleves los pantalones. Nunca debes pensar: "Estoy gorda" mientras lleves los pantalones.
4. Nunca debes permitir que un chico te quite los pantalones (aunque puedes quitártelos tú en su presencia).
5. Nunca debes meterte el dedo en la nariz mientras lleves los pantalones. Está permitido, sin embargo, rascarse disimuladamente la nariz, aunque en realidad estés metiéndote el dedo en la nariz.
6. En nuestro reencuentro, debes seguir el procedimiento adecuado para documentar el tiempo que se han llevado los vaqueros:  
.En la pernera izquierda de los vaqueros, escribe los sitios más emocionantes que has visitado mientras los llevabas puestos.  
.En la pernera derecha de los pantalones, escribe lo más importante que te ha ocurrido mientras los llevabas puestos. (Por ejemplo: "Me enrollé con mi primo segundo, Iván, mientras llevaba los vaqueros".).
7. Debes escribir a los demás miembros del Clan durante el verano, independientemente de cuánto te estés divirtiendo sin ellas.
8. Debes pasar los vaqueros a los demás miembros de acuerdo con las especificaciones establecidas por el Clan. El incumplimiento resultará en unos buenos azotes en nuestro reencuentro.
9. No debes llevar los vaqueros con una camisa por dentro y cinturón. Ver regla n<sup>o</sup> 2.
10. Recuerda. Pantalones = Amor. Ama a tus amigas. Amate a ti misma.



## Prólogo

*En verano, la canción se canta ella misma. William Carlos Williams.*

Si estás leyendo esto, puede que ya sepas de nosotras. O al menos de nuestros vaqueros. Si es así, puedes saltarte algunas páginas. Si no, quédate aquí conmigo un minuto. Intentaré que no sea un rollo.

Tal vez digas que no quieres leer un libro que hable de unos vaqueros. Y entiendo cómo te sientes. Pero créeme, estos vaqueros son épicos. Estos vaqueros tienen el asombroso poder de transformar a cuatro adolescentes corrientes en bellezas despampanantes con vidas repletas de emocionantes aventuras, además de hacer que los chicos más estupendos caigan siempre rendidos a sus pies.

Vale, estoy exagerando. En realidad los vaqueros no hacen eso. Pero nos mantienen unidas cuando estamos lejos. Hacen que nos sintamos seguras y queridas. Nos llevan a lugares adonde no nos atreveríamos a ir. Nos ayudan a saber qué chicos merecen la pena y cuáles no. Nos hacen mejores personas y mejores amigas. Todo esto, lo juro, es verdad.

Y encima nos sientan muy bien.

¿Quiénes somos? Somos nosotras. Siempre hemos sido nosotras. Todo ha sido gracias al gimnasio Gilda's de Bethesda (Maryland, Estados Unidos), que impartió un curso de aeróbic prenatal hace unos dieciocho años. Mi madre, la madre de Carmen, la madre de Lena y la madre de Bi saltaron y sudaron durante un largo y embarazado verano, y luego, en septiembre, cada una dio a luz una niña (y también un niño, en el caso de la madre de Bi). Que yo sepa, en aquellos primeros años nos criaron más como una camada de cachorros que como niñas independientes. Fue más tarde cuando nuestras madres empezaron a separarse.

¿Cómo podría describirnos a las cuatro? Utilicemos la metáfora de los coches.

Carmen sería un todoterreno de color rojo cereza, con motor de ocho cilindros en V, modificado para tener más potencia y con mucho consumo de combustible. Puede liarlo todo, pero es muy divertida, se pega a la carretera y se acelera a tope.



Lena tiene buen consumo para los kilómetros que recorre. Como esos coches híbridos. Sería buena para el medio ambiente y, naturalmente, para la vista. Tendría un GPS de última generación, pero a veces funcionaría mal. Tendría *airbags*.

Bi no tendría *airbags*. Quizá no tendría ni parachoques. Puede que ni tuviera frenos. Iría a un millón de kilómetros por hora. Sería un Ferrari azul marino pero sin frenos.

Y yo, Tibby, sería... una bici. No, es una broma (¡ya tengo edad para conducir, caray!). Mmmm... ¿Yo qué sería? Sería un potente Hyundai Coupe verde oscuro con un cambio de marchas de esos con los que nunca aciertas. Vale, tal vez es solo lo que *quisiera* ser. Pero soy yo la que está escribiendo esto, así que yo decido.

Los vaqueros llegaron a nosotras en el momento perfecto. Es decir, cuando íbamos a separarnos por primera vez. Fue hace dos veranos cuando empezaron a ejercer su magia, y las vacaciones pasadas sacudieron nuestras vidas de nuevo. No nos ponemos los vaqueros todo el año. Los dejamos descansar durante el curso, así son mucho más poderosos cuando llegan las vacaciones. Bueno, este invierno Carmen se los puso para la boda de su madre, pero fue un caso especial.

Hace dos años, pensábamos que nuestro primer verano separadas iba a ser algo terrible. Pero ahora nos enfrentamos al último que pasaremos juntas. Mañana nos graduamos del Bachillerato. En septiembre nos vamos a la Universidad. Y no es como en esas series de televisión en las que todas, por arte de magia, acabamos en la misma. Vamos a cuatro universidades distintas en tres ciudades diferentes (pero todas a cuatro horas de distancia entre sí, esa fue nuestra única regla).

De las cuatro, Bi es la peor estudiante, y la aceptaron en todas las universidades donde lo solicitó. Acabó optando por Brown. Lena decidió, en contra de lo que le aconsejaban sus padres, estudiar Bellas Artes en la Escuela de Diseño de Rhode Island. Carmen se va a Williams, que es lo que siempre ha soñado, y yo empiezo a estudiar Cine en la Universidad de Nueva York.

De los cambios que hay en la vida, este es uno muy, muy gordo. Si fueras mi padre, dirías: "Venga, si os veréis todas el Día de Acción de Gracias". Pero si fueras yo, te darías cuenta de que la vida, como la hemos conocido hasta ahora, ha terminado. Nuestra infancia compartida está llegando a su fin. Tal vez nunca volvamos a vivir aquí. Puede que nunca volvamos a estar en el mismo sitio. Partimos para empezar nuestras propias vidas. Para mí es la caña, pero pensarlo es también lo que más me asusta en este mundo.

Mañana por la noche, en el gimnasio Gilda's, lanzaremos los vaqueros a su tercer viaje de verano. Mañana empieza el momento más importante de nuestras vidas. Es cuando más vamos a necesitarlos.



## Capítulo 1

*Después el universo estallará para distraerlos. Douglas Adams.*

—Bien. Bi con Greta, Valia y Lena —ordenó Carmen guiando con la mano a una abuela despistada.

Bi y Lena entrelazaron sus piernas intentando ponerse la zancadilla la una a la otra, mientras Carmen disparaba con su cámara digital.

—Vale, esto... Effie y... esto... Perry. Y Katherine y Nicky. Con Tibby, Lena y Bi.

Lena le lanzó una mirada. A Lena no le gustaban las fotos.

—¿Te pagan comisión o algo? —preguntó malhumorada.

Carmen se apartó el pelo del cuello sudado. La toga negra brillante no dejaba pasar el aire. Se quitó el birrete (¿a quién se le habrá ocurrido ese nombre?) y lo sujetó bajo el brazo.

—Juntaos más, por favor. Perry se sale.

Katherine, la hermana de tres años de Tibby, berreó enfadada cuando su hermano mayor, Nicky, le pisó el pie.

No era culpa de Carmen que sus amigas tuvieran familias grandes. Pero, vaya, era el día de la graduación. Era un gran día. No quería que faltara nadie. Ella no tenía hermanos oficiales, así que debía sacar el mayor partido de los extraoficiales.

—No hay sombra —indicó amargamente Valia, la abuela de Lena.

Era un campo de fútbol. Carmen se imaginó por un momento el problema que supondría un olmo o un roble plantado en el centro del campo de juego. Este pensamiento le hizo girarse hacia el ruidoso grupo de graduados del equipo de fútbol que estaban con sus familias y admiradores. Era una de las muchas tribus y peñas repartidas por el caluroso campo; el orden social resistiendo hasta el último momento.

La abuela y la madre de Carmen miraron a Albert, su padre, como si le echaran la culpa por el implacable calor. Carmen casi podía leer la mente de su abuela: si Albert



había sido capaz de dejar a Cristina, la madre de Carmen, ¿de qué no sería capaz ese hombre?

—Ahora la grande, ¿vale? ¿Os ponéis todos?

Había sido una mañana muy larga. Carmen sabía que estaba cansando a todo el mundo. Al llegar a este punto, ella misma estaba irritándose. Pero ¿quién más se preocupaba por la posteridad, eh?

—La última, lo juro.

Colocó a los padres y a los chicos mayores detrás. Incluso al padre de Lena, no porque fuera alto (Bi le sacaba por lo menos ocho centímetros), sino porque Carmen, en general, se tenía por persona considerada, modestia aparte.

Colocó a las abuelas y a las madres en la fila siguiente. Valia, la madre de Carmen, la anciana bisabuela de Tibby, Felicia, que no sabía dónde estaba, Greta dándose palmaditas nerviosas en la permanente. Luego, Ari con su elegante traje beige, Cristina mirando constantemente hacia atrás, a su nuevo marido, David, la madre de Tibby con barra de labios en los dientes. Y la mujer de Albert, Lydia, dispuesta a participar, pero con aspecto de no querer ocupar ni un centímetro más de lo que le correspondía.

Para terminar, Carmen pidió a los demás hermanos que se pusieran en su sitio. Effie puso cara de pocos amigos por tener que arrodillarse al mismo nivel que Nicky y Katherine. Tibby convenció a Brian de que abandonara el extremo y se pusiera en la última fila.

Y luego llegó el turno de las “Septiembre”. Se sentaron delante formando, una masa de poliéster negro caliente con un hueco en el medio para Carmen.

—¡Vale! ¡Genial! —les gritó Carmen para animarlos—. Ahora quietos un segundo.

Carmen casi obligó a la señorita Collings a dejar la plataforma. Era la profesora que más veces había mandado a Carmen al pasillo, pero era también la que más la quería.

—Ya estamos listos —dijo Carmen—. Aquí.

Le mostró a la señorita Collings el emplazamiento que quería para la cámara. Carmen miró por el visor durante un momento. Los vio a todos reunidos dentro del pequeño cuadro: sus queridas amigas, su madre, su madrastra, su padrastro, su padre de verdad, su abuela. Las madres de sus amigas, sus padres, sus familias, a las que sentía tan cercanas como si fueran suyas. Ahí estaba toda su vida, justo ahí. Su tribu. Todo lo que importaba ese momento. De alguna manera, ese era el gran momento. Todos celebrando un día y un logro que pertenecía a las cuatro por igual. Era la culminación de una vida compartida.



Carmen se lanzó a su montón de amigas. Gritó, de pura emoción, y eso hizo que las demás se pusieran a gritar. Sintió la presión de sus cuerpos y el grupo se fundió a todos los niveles: los brazos rodeando los hombros y las cinturas, las mejillas presionadas unas contra otras, arrugadas y a la vez lisas. Entonces, Carmen rompió a llorar y supo que iba a salir en la foto con los ojos hinchados.

\* \* \* \* \*

Lo admito, Tibby estaba de morros. Lo único que podía ver eran cambios. Únicamente se hablaba de cambios. No le gustaba que Bi llevara tacones dos días seguidos. Le fastidiaba que Lena se hubiera cortado el pelo ocho centímetros. ¿Es que nadie podía dejar las cosas en paz solo unos minutos?

Tibby se adaptaba lentamente a los cambios. En preescolar, sus maestros decían que tenía problemas con las transiciones. Para buscar información, Tibby prefería mirar hacia atrás más que hacia adelante. En cualquier momento, consideraba más útil el boletín de notas de la guardería que lo que le pudiera contar un adivino. Era el autoanálisis mejor y más económico.

Tibby vio el gimnasio Gilda's desde la misma óptica. Estaba cambiando. Sus días de gloria de finales de los ochenta quedaban muy lejos. Se le notaba la edad. El suelo de madera, antes reluciente, estaba ahora rayado y opaco. Uno de los paneles de espejo estaba roto. Las colchonetas parecían tan viejas como Gilda y se habían limpiado mucho menos. El gimnasio intentaba ponerse al día impartiendo *kickboxing* y yoga, según se indicaba en una gran pizarra, pero a Tibby no le parecía que eso ayudara mucho. ¿Qué pasaría si Gilda cerrase? Qué idea tan terrible. Quizá debería inscribirse para tomar clases. No, eso sería muy raro, ¿no?

—Tibby, ¿estás lista? —Lena la miraba con preocupación.

—¿Qué pasaría si Gilda cerrase? —Tibby abrió la boca y eso fue lo que salió.

Carmen, que sostenía los pantalones vaqueros compartidos; Lena, que encendía las velas, y Bi, que estaba probando los interruptores de la luz cerca de la puerta, se volvieron para mirarla.

—Fijaos en este sitio —Tibby señaló alrededor—. Quiero decir, ¿quién viene aquí? Lena estaba confundida.

—No sé. Alguien. Mujeres. Gente que hace yoga.

—¿Gente que hace yoga? —preguntó Carmen.

—Qué sé yo —respondió Lena, riéndose.

Tibby era la que tenía más capacidad para distanciarse emocionalmente, pero aquella noche salió todo a flote. Sus pensamientos irracionales sobre Gilda's hicieron que se sintiera desesperada, como si la muerte del gimnasio pudiera tragarse la



existencia de todas ellas, como si un cambio del presente pudiera borrar todo el pasado. El pasado le pareció frágil. Pero el pasado ya estaba fijado, ¿no? No podía cambiarse. ¿Por qué sentía esa necesidad de protegerlo?

—Creo que ya es la hora de los vaqueros —dijo Carmen.

Ya habían sacado las golosinas. Ya estaban encendidas las velas. Ya sonaba la superlativamente mala música de baile.

Tibby no estaba segura de querer que ya fuera la hora de los vaqueros. Ya le estaba costando bastante mantenerse controlada. Le asustaba que las demás se dieran cuenta de lo que significaba todo aquello.

Demasiado tarde. De los brazos de Carmen salió el objeto de su ritual. Los vaqueros, desdoblándose lentamente de su compresión invernal, parecían ganar fuerza al mezclarse con el aire especial del gimnasio. Carmen los dejó en el suelo y sobre ellos puso el manifiesto escrito aquella primera noche, hacía dos años, que consignaba las reglas para llevarlos. En silencio, formaron su círculo, contemplando las inscripciones y los bordados que servían de crónica de los veranos anteriores.

—Hoy decimos adiós al instituto y nos despedimos de Bi durante un tiempo —dijo Carmen con voz ceremonial—, saludamos al verano y a los pantalones vaqueros compartidos.

Su voz se hizo menos ceremonial.

—Esta noche no nos preocupa tener que despedirnos las unas de las otras. Eso lo dejamos para la playa, al final del verano. Es lo que habíamos acordado, ¿verdad?

Tibby sintió que quería darle un beso. Hasta Carmen, con lo valiente que era, se sentía asustada de lo que implicaba mirar hacia adelante.

—Eso fue lo acordado —asintió Tibby con entusiasmo.

El último fin de semana del verano ya se había convertido en algo sagrado en sus mentes. Sagrado y temido. Los Morgan tenían una casa en la playa de Rehoboth. Se la habían ofrecido a Carmen para el último fin de semana, en parte, sospechaba Carmen, porque habían contratado una *au pair* de Dinamarca y se sentían culpables por no haber contado con Carmen como canguro aquel verano, como habían hecho el anterior.

Las cuatro se habían prometido en primavera que ese sería su fin de semana. Ellas cuatro y nadie más. Todas dependían de ello. El futuro se desplegaba rápidamente, pero, pasara lo que pasara aquel verano, ese fin de semana quedaba entre ellas y lo “desconocido”.

Tibby sabía que cada una veía la Universidad de forma distinta. Unas tenían más que perder que otras. Bi, en su casa solitaria, no tenía nada que perder. Carmen, sí; la



aterrorizaba despedirse de su madre. Tibby temía dejar la familiaridad de su caos. Lena iba dando bandazos: un día tenía miedo de cortar los lazos y otro se moría de ganas de marcharse.

Lo que todas temían por igual y con la misma intensidad era despedirse las unas de las otras.

Después de sortear los vaqueros (ganó Tibby), revisar las reglas (innecesario, pero de todas formas parte de la tradición) y hacer una breve pausa para comerse unas golosinas, llegó por fin la hora del juramento. Como el verano anterior, lo recitaron juntas: “En honor de los pantalones y del Clan. Y de este momento y de este verano y del resto de nuestra vida. Juntas y separadas”.

Pero esta vez, Tibby sintió que le caían las lágrimas cuando dijeron “el resto de nuestra vida”. Porque en el pasado siempre le había parecido un camino lejano, pero aquella noche sabía que ya viajaban por él.



## Capítulo 2

*Alguien me ha roto ya el corazón. Sade.*

Aquella noche, Tibby tuvo un sueño sobre taxidermia. En él, la loca de su abuela Felicia había mandado disecar los vaqueros compartidos, como regalo para el día de su graduación.

—¡Es justo lo que querías! —le gritaba Felicia.

Había quedado totalmente profesional. Los pantalones estaban montados sobre un pedestal de mármol pulido y dentro llevaban dos piernas falsas que aparentaban caminar con gracia. Con lo airosas que se veían, no podías evitar darte cuenta de que no tenían cuerpo ni cabeza, ni siquiera pies. Se unían a la base de mármol por medio de un tubo de bronce que salía de una pernera del pantalón.

—Pero no pueden ir a ninguna parte —indicó Tibby tímidamente.

—¡Esa es la idea! —respondió Felicia con voz atronadora—. ¡Es justo lo que querías!

—¿Ah, sí? —dijo Tibby, sintiéndose confundida y culpable ante la posibilidad de haberlo deseado. Se preguntó si no pesarían demasiado para circular entre sus dormitorios cuando estuvieran en la Universidad.

“Ahora ya no tendremos que preocuparnos por si debemos lavarlos o no”, se consoló en la realidad de su sueño.

\* \* \* \* \*

Cuando Tibby se despertó, Katherine estaba de pie junto a ella, con la cabeza a un centímetro de la suya.

—Brian está de visita.

A Katherine le encantaba probar palabras nuevas. Estaba orgullosa de haber dicho “de visita” en vez de solo “aquí”.

Tibby se incorporó adormilada.

—¿Qué hora es?



Katherine se colocó frente al reloj de la radio de Tibby y lo examinó con la esperanza de entender algo.

—Uy, son casi las once —se respondió Tibby a sí misma.

Estuvo a punto de ir directamente hacia la escalera, pero decidió lavarse primero los dientes. Cuando bajó a la cocina, Brian estaba sentado a la mesa colocando fichas de dominó con Nicky.

—Vamos a tratar de poner varias a la vez —proponía Brian pacientemente mientras las ordenaba formando una fila serpenteante.

Nicky solo quería tumbarlas.

—Hola —dijo Tibby.

—Hola.

—¿Has desayunado?

—Aja. Sí.

Parecía un poco nervioso por alguna razón y por la forma en que se movieron sus hombros hacia las orejas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella, y fue hacia la nevera para inspeccionarla.

—Pues... ¿puedo hablar contigo un segundo?

Ella cerró la nevera y se irguió más. Le miró.

—Vale.

—¿Ahí... dentro? —señaló hacia el salón.

Las cejas de Tibby casi se juntaron por encima de la nariz.

—¿Ahí dentro?

Nadie hacía nada en el salón en aquella casa. Loretta entraba una vez a la semana para limpiar las telarañas. Y cada tantos meses sus padres tenían una fiesta y hacían como que para ellos era habitual relajarse en aquellos sofás perfectos.

Le siguió intrigada. Se sentaron sobre el sofá como si fueran invitados a una fiesta.

—Bueno... ¿qué? —le preguntó Tibby empezando a preocuparse.

Era un poco extraña, la forma en la que estaban sentados, uno junto al otro mirando al frente.

Él se frotó las palmas de las manos contra los vaqueros.

Tibby puso las piernas sobre el sofá para poder girarse hacia él.

—¿Va todo bien?



—Quería preguntarte algo.

—Vale. Pregunta.

—¿Sabes lo de esta noche?

—Ah... ¿quieres decir la fiesta del instituto?

—¿Vendrías conmigo?

A ella se le juntaron las cejas todavía más.

—Vamos todos, ¿no? Lena... Bi...

Él agitó una mano indicando que eso ya lo sabía.

—Pero ¿vendrías conmigo?

Estaba totalmente perpleja.

—¿Quieres decir algo así como una cita? —lo soltó de golpe porque sonaba ridículo.

—Algo así. Sí.

De repente le pareció cruel aguantar la risa o soltar una carcajada ante lo absurdo de la idea. Ladeó la cabeza. Él estaba siendo muy valiente al mantenerle la mirada como lo hacía.

Ella juntó las manos. Cayó en la cuenta de que llevaba puesto el pantalón del pijama y una camiseta de tirantes. Tibby pasaba más tiempo de lo normal en pijama, así que no era que Brian no la hubiera visto cientos de veces vestida de ese modo, pero en aquel momento, en aquel salón que parecía un plató de cine, bajo la intensa luz de aquella extraña pregunta, se acentuaba más la rareza.

—¿Algo así como una cita? —le preguntó despacio.

—Algo así.

Ella no quería herirlo. De ninguna manera. No importaba adonde iba a conducir aquello. Asintió con la cabeza.

—Vale.

Se sintió en carne viva sentada con Brian en el sofá. Cuando se inclinó hacia ella, no tenía ni idea de lo que iba a pasar. Brian se movía a cámara lenta y ella sentía como si viese la escena desde algún punto muy lejano del salón. El chico poseía una nueva clase de seguridad, de aplomo. Tibby estaba a la vez aterrorizada e inquietantemente tranquila.

Así que se quedó quieta, mirándolo a los ojos mientras él le acercaba la mano a la cara. No la besó ni nada de eso. Pero resultó tan brutalmente íntimo como si lo



hubiera hecho. Los tres dedos centrales de su mano derecha tocaron suavemente su cálido rostro y alisaron la arruga de consternación del centro de su frente.

—Vale —dijo él.

\* \* \* \* \*

Un día, a principios de primavera, cuando Lena faltó a clase porque estaba enferma, vio en un programa de entrevistas de la tele a una mujer joven que había escrito un libro sobre su experiencia como hija adoptiva. Aquella mujer nunca había visto ni estado en contacto con su madre biológica y, sin embargo, se había pasado la vida deseando y esperando que esta la encontrara. Contó que no quería irse de la casa de los padres que la habían adoptado. No le gustaba hacer viajes largos. Cuando se iba, siempre dejaba instrucciones explícitas de reenvío en Correos. Se cercioraba de que en el listín telefónico figurara su verdadero nombre. Iba dejando su rastro de miguitas de pan. Quería asegurarse de que se la podía encontrar.

Desde entonces, Lena había pensado en aquella mujer muchas veces, y no estaba segura de por qué. No se lo planteaba. La mente funciona de forma rara. Como lo que le pasaba a Lena, que pensaba siempre en galletitas saladas cuando se rasuraba las piernas. Quién sabía por qué. Y además qué importaba.

Pero entonces, mientras estaba echada en la cama rellenando los formularios para la Universidad, Lena volvió a pensar en la mujer de la entrevista. Rellenaba el cuestionario para compartir habitación, y sus ojos grises y tristes se le aparecían todo el rato. Rellenó la hoja de preferencias de dormitorio, y vio el labio inferior tembloroso de aquella mujer.

Y al tumbarse de espaldas en la cama y ponerse las manos sobre la cara, cayó en la cuenta. Le recordaba a sí misma. Sin ni siquiera haber sido consciente de ello, Lena se resistía sutilmente a la idea de irse aquel verano.

Incluso pasar una semana fuera de casa le hacía sentirse ligeramente desarraigada. El hecho de trasladarse a otra ciudad en septiembre, aunque era muy emocionante, también le producía angustia.

Lena quería irse de casa. Por una parte, estaba preparada. Por otra, desde que su padre había obligado a Valia, la abuela viuda, a dejar su bella isla griega e instalarse en una urbanización de Maryland, la casa de los Kaligaris se había llenado de tensiones.

Lena estaba deseando ir a la Escuela de Arte de Rhode Island. Quería ser artista, de eso estaba casi segura. Su clase de Arte de aquel verano era la única alegría de su vida, aparte de sus amigas.

Y aun así. Y aun así, Lena no quería irse. Y la razón era que no quería abandonar el lugar donde Kostos podía encontrarla. Y en un nivel más profundo, no quería



interponer más distancia (en tiempo y espacio) entre el presente y el tiempo en que él la había querido. No quería convertirse en una chica distinta a la que él había amado.

Sonó el teléfono y Lena lo descolgó antes de que Valia pudiera cogerlo y gritar al inocente interlocutor:

—¿sí?

—Hola, soy yo.

—Hola, Carma. ¿Qué haces?

—Me estoy vistiendo. He tenido otro desastre con la cera. ¿Qué te vas a poner?

Lena miró el reloj. Había quedado con todas en la fiesta en media hora. Iría acompañada de Effie, porque no tenía con quién más ir y porque Effie le había echado el ojo a alguno de los chicos mayores.

Después, Lena observó su armario abierto. No le entusiasmaba tener que vestirse. Su vestidor tenía dos categorías: la ropa que se había puesto con Kostos (llena de recuerdos) y la que no (vacía). No quería ninguna de las dos.

—No lo sé. Todavía no lo he decidido.

—Lenny, es una gran noche —insistió Carmen—. Vístete. Ponte algo grandioso. Maquíllate. ¿Necesitas que vaya a tu casa?

—No. Estoy bien.

No le apetecía dejar a Carmen suelta por su armario.

—No te pongas esa falda caqui —le advirtió Carmen.

—No iba a hacerlo —dijo Lena a la defensiva, aunque eso era exactamente lo que había pensado ponerse.

Por desgracia, el vestidor de Lena representaba su vida. Era binario, como un ordenador con su universo de ceros y unos. Lena tenía dos posiciones: 1. Pensar en Kostos. 2. Evitar pensar en Kostos.

Lena se sintió profundamente identificada con la mujer adoptada de la entrevista. También a ella la había abandonado la persona que creía que más la quería. Y sin proponérselo o desearlo, albergaba una pasiva e insaciable esperanza de que algún día él volvería a por ella.



## Capítulo 3

*Donde hay un gran amor siempre hay un gran deseo. Willa Cather.*

—¡Brian! ¡Ha venido Brian!

Katherine abrió de golpe la puerta y gritó la noticia a la parte de arriba de la casa.

Estaba claro que Brian anhelaba una cita como Dios manda. Le entregó flores a Tibby y una caja de bombones a Alice para la familia. Era como si hubiera leído sobre las citas en algún manual. Sin embargo, no pareció importarle que su cita como Dios manda llevara puestos unos vaqueros mientras él vestía americana y corbata.

—Estás guapísima —dijo contemplándola, desde los pantalones vaqueros compartidos hasta la fina blusa de colores irisados que lucía del mejor modo posible la leve hendidura de su escote, el clip de bisutería de estilo antiguo que llevaba en el pelo y el lápiz de ojos que delineaba sus párpados superiores. Se había esforzado de verdad por estar atractiva.

Algo que tenía Brian era que entendía los vaqueros compartidos. Igual que Bailey, dos años antes, los había comprendido de forma implícita. Los vaqueros eran, en cierto modo, la prueba de fuego, lo que separaba a los que eran dignos de los que no. Y, al margen del aspecto que tuviera, Brian era el tío más digno que había conocido.

Poca gente a lo largo de la historia se había transformado tanto, ni siquiera físicamente, como Brian desde aquella tarde de hacía dos años en que Tibby y Bailey le filmaron en el 7-Eleven.

Era estupendo. El supremo colgado de los videojuegos con un corazón de oro, de quien te haces amiga porque lo quieres, crece hasta llegar a casi metro noventa, se empieza a preocupar por su higiene dental, se le rompen por accidente sus horribles gafas y se convierte en un auténtico guaperas ante tus ojos. Era como comprar acciones a lo tonto por un dólar y ver cómo suben a cien. Tibby todavía observaba estupefacta a las chicas que susurraban entre ellas e intentaban ligar con Brian.

Aunque, por otra parte, a Tibby le parecía que era otro ejemplo del extraño sentido del humor del destino. El único chico en su vida con el que se sentía relajada porque



no iba a tener complicaciones, se había vuelto atractivo. Sabía que no era su intención resultarle atractivo. No la deseaba con el fin de crearle conflictos. No despertaba esos deseos en su corazón para que se sintiera triste. Pero el deseo estaba ahí, tanto el de él como el de ella, y, en consecuencia, ya no era una relación segura.

—¡Brian, Brian, Brian!

Katherine y Nicky bailaban a su alrededor. Brian se había ganado su cariño a pulso, no siendo su quisquillosa hermana mayor, sino jugando con ellos a las cosas más interminables y aburridas que se les pudiera ocurrir, y escuchando con atención cada disparate que soltaban. Ahora que lo pensaba, eran mucho más expresivos que la chica de su cita como Dios manda.

La inocencia de Brian le revestía de una especie de curiosa confianza. Era difícil de explicar. No le importaba haber tenido que ir andando hasta su casa porque no tenía coche. No le daba apuro que el coche que iba a utilizar en su cita fuese el de ella. Una vez fuera, le abrió la puerta como un caballero. La puerta del conductor. A él le daba igual, así que era irrelevante.

Dentro del coche había privacidad. Oscuridad y privacidad. Él le tocó la parte interior del codo con la mano. Ella se asustó e introdujo torpemente la llave para arrancar.

Se estaban haciendo mayores. Era un hecho que ella tenía que afrontar. El había pasado de niño a casi un hombre. Tenía dieciocho años. Quería a Tibby de forma diferente. La miraba de modo distinto. Sin ser una persona impositiva ni grosera, sus ojos se detenían sobre su pecho. Cuando la tocó con la mano, pudo notar que él sentía la curva de su cintura. Y cuando la miraba así, ella también se sentía diferente. Era natural, ¿no?

En el aparcamiento del instituto, él le tomó la mano. La de ella estaba helada.

Pero ¿dónde quedaba la amistad? ¿Dónde quedaba la naturalidad entre ellos? ¿Qué iba a pasar con todo eso? Y si lo dejaban perder, ¿podrían recuperarlo alguna vez?

La sala estaba oscura y la música del *DJ* era estridente e irritante como en todas las actividades sociales del instituto, pero esta vez era la última y, por esta razón, Tibby no conseguía odiarla tanto.

Brian tenía su mano bien sujeta. Estaba declarando que eran pareja. Lo irónico era que él le daba más prestigio a ella que ella a él. Aquella primavera, su reputación social había superado la de ella. Aunque él no lo hubiera notado ni le importara. A pesar de sus bellas amigas, a Tibby se la identificaba más con el grupito de artistas contestatarios. Bi era una fanática de la moda. Carmen se había convertido en una tía buenorra, objeto de muchas fantasías de los chicos de los cursos inferiores, aunque



nunca había buscado codearse con la élite dominante del instituto. Lena volaba por encima del radar social. Y Brian, curiosamente, se había convertido en un mimado del torbellino social (hasta ellos necesitaban sangre nueva de vez en cuando) y recibía invitaciones que a las demás no les llegaban. Tibby era una de las que se situaban fuera del terreno de juego, con ropa oscura, realizando observaciones cínicas junto a otros autoproclamados rebeldes que eran demasiado precavidos para lanzarse al centro del campo.

De todos los chicos del instituto, solo Brian parecía haberse dado cuenta de lo que le había crecido el pelo a Tibby, de lo delicados que resultaban sus hombros cuando llevaba un top de tubo, de lo especialmente bonito que resultaba su pequeño trasero con los vaqueros compartidos. Le encantaba que notasen su presencia de esa forma. Y a la vez no le encantaba.

Bi y Carmen los encontraron enseguida. Lena y Effie no habían llegado todavía. Effie era famosa por su lentitud y su exagerada minuciosidad a la hora de arreglarse. Bi llevaba un vestido blanco sin espalda y su pelo brillaba más que los focos. Parecía una Marilyn Monroe muy en forma. Carmen llevaba un vestido rojo ceñido, en torno al cual ya empezaban a arremolinarse los chicos. Por muy llamativas que estuvieran con sus vestidos, a Tibby le alegraba que los vaqueros le hubieran tocado a ella.

Bridget y Carmen se llevaron a Tibby al baño como era tradicional en ellas. El baño de las chicas, grande, tenebroso y retumbante, era siempre el sitio con más actividad en las fiestas del instituto.

—Estáis las dos increíbles —dijo Tibby mientras iban.

—Pues tú, Tibby, estás seductora —respondió Carmen—. Cuando te hemos traído, parecía que a Brian se le iba a partir el corazón.

Un ejército de chicas emperifolladas perfeccionaba su maquillaje, fumaba y chismorreaba delante de los espejos.

Bi sacó su barra de labios. Se pintó y se la pasó a sus amigas.

—Oye, Bi —dijo Carmen.

—¿Sí?

—Si alguna vez conoces a un tío y te enamoras de él, pero por alguna extraña mutación genética no parece que él tenga los mismos sentimientos hacia ti...

Bi siempre seguía pacientemente a Carmen en sus elucubraciones.

—¿Sí?

—Ponte ese vestido.

Bi se rió.



—Vale.

Lena llegó unos minutos después, vestida como siempre, con una falda cargo de color verde oliva y una blusa negra.

—Lenny, ¿tenías que hacerte cola de caballo? —preguntó Carmen fingiendo estar enfadada.

—¿Qué quieres decir?

—Venga, es nuestra última fiesta en el instituto —dijo Bi.

Entre todas, le pusieron rímel en las pestañas y brillo en los labios y le quitaron la goma de la coleta.

Mientras miraba sus caras en el espejo, Tibby sintió como si fuera a echarse a llorar. En los últimos cuatro años, aquel sitio era donde habían pasado la mayoría de sus actividades del instituto. Se lo habían pasado mejor allí, juntas, que en cualquier otro lugar. Este, de algún modo, había sido su verdadero paso por el instituto.

Carmen captó su mirada.

—Es triste, lo sé.

—Vamos fuera otra vez —dijo Tibby. No quería sentir aquello justo en ese momento.

Al volver a la sala, se dispersaron. Brian la estaba esperando ansioso.

—¿Quieres bailar? —le preguntó a Tibby.

¿Podía decir que no? ¿Una cita como Dios manda podía decir que no? Mientras él la cogía de la mano y la llevaba a la pista, la canción movida cambió a una lenta. ¿Era eso mejor o peor? No era capaz de saberlo.

Habría necesitado una hora para averiguar cómo poner los brazos en torno a Brian, pero él fue más rápido. Se le acercó y la tomó con fuerza.

Así que ya estaba. Estaba sucediendo algo nuevo. Admitía que había pensado mucho en el cuerpo de Brian y en cómo sería su tacto. Los límites de la amistad parecían ir difuminándose a medida que surgía esa “cosa” nueva.

Él era ya mucho más alto que ella. La cabeza de Tibby apenas le llegaba al pecho. El le ponía las manos en la cintura, las caderas, la espalda... tocando lentamente los lugares que durante mucho tiempo había mirado. Ella sentía una ligereza en la parte inferior del abdomen, una debilidad en las piernas.

Aquello iba demasiado deprisa. Se le escapaba de las manos. No podía hacerlo.

Cuando se apartó, sus mejillas estaban enrojecidas.

—¿Podemos irnos? —preguntó.



—¿Adonde?

—No estoy segura.

Le tomó la mano y lo llevó fuera de la sala, hacia el aparcamiento.

De repente, se le ocurrió la idea. Lo llevaría de vuelta a lo esencial.

Él la siguió al coche sin protestar. Tibby condujo en silencio hasta el 7-Eleven de River Road, donde comenzó todo.

Él se dio cuenta de lo que pretendía. Le sonrió y encogió los hombros bajo las luces intermitentes de la tienda. Fue dócilmente hacia el Dragón Master y registró los bolsillos en busca de monedas. Al mirarle, Tibby supo que iba a jugar al antiguo videojuego para complacerla, pero que su vida ya estaba fuera de aquella pantalla.

—Da igual —dijo ella.

Estaba intranquila. No podía tener las piernas quietas. Una gota de sudor le resbaló por la espalda. No sabía dónde quería estar. Estaba huyendo.

Volvieron al coche. Se dirigió hacia un pequeño parque de barrio a medio camino entre su casa y la de Brian. Era otro de los sitios que tenían en común.

Salieron del coche y se sentaron sobre una mesa. Estaba silencioso y oscuro. Iba a tener que quedarse quieta y dejarse atrapar por la situación. Lo sabía.

Se levantó de la mesa de un salto y se puso delante de él. Al estar Tibby de pie y él sentado, sus rostros quedaban al mismo nivel. Ella le puso sus frías manos sobre las rodillas. Él se le acercó situándose al mismo borde de la mesa y la tomó en sus brazos. La abrazó así durante mucho tiempo, mientras a ella el corazón le latía con fuerza.

Cuando Tibby levantó la vista, él la besó primero en la frente y luego en los labios. Y qué beso. Brian, lleno de deseo acumulado y sin ningún tipo de incertidumbre, le puso las manos bajo el pelo sujetándole la nuca. Interrumpió el beso solo un momento para susurrarle algo al oído.

—Te quiero —fue lo que dijo.

Fue una experiencia hermosa para ella, distinta a todo lo que había sentido hasta entonces. La hizo llorar y ruborizarse todavía más.

Tibby tuvo la extraña sensación de que un viento cruzaba su mente. Un viento a ratos caliente y sofocante, a ratos frío y tonificante. Y cuando el viento dejó de soplar, se dio cuenta de que la amistad, tal y como había sido, ya no estaba.



## Capítulo 4

*Un día, alguien te hará una pregunta a la que tendrás que decir que sí. Olden 97'S.*

Carmen tenía una misión de importancia capital: necesitaba robar las pestañas postizas de su madre y necesitaba hacerlo ya.

Se había levantado temprano para despedir a Bi por última vez antes de que se fuera de campamento a Pensilvania. Había desayunado con su madre y, mientras veía a Cristina salir trotando hacia el trabajo, le había dedicado algunos minutos al hecho de sentirse culpable por no tener un empleo para el verano. Había escrito un largo *e-mail* a su amigo y hermanastro Paul.

Luego había empezado a sentirse triste por tener que separarse de Bi y eso le recordó las despedidas en general. Así que recurrió al último número de *CosmoGirl!* Para distraerse, como solía hacer en momentos como aquel. Y, *voilà*, fue arrastrada por la imperiosa necesidad de copiar el uso innovador de pestañas postizas de la página 23. A veces compensa ser superficial.

En aquellos días, entrar en la habitación de su madre era algo muy distinto para Carmen. La razón era evidente: ya no era la habitación de su madre. Era la habitación de su madre y de David. El dormitorio de una mujer es distinto al que comparten un hombre y una mujer. Y ya es totalmente distinto cuando la mujer es tu madre y el hombre es su flamante marido nuevo, al que hace menos de un año que conoces.

A Carmen no le hizo gracia el divorcio de sus padres. Había perdido muchas cosas. Pero fue necesaria la presencia de David para que se diera cuenta de que, durante todos los años que estuvieron solas, habían compartido una extraordinaria comunicación y una proximidad que trascendía los roles tradicionales.

Cuando su padre se fue, cayeron muchas de las barreras habituales. Durmió en la cama de su madre todas las noches durante casi un año. ¿Fue por el bien de Carmen o por el de Cristina? En cuanto ya no hubo un "papá" que volviera a casa después de un duro día de trabajo, "las chicas", como decía su madre, cenaban gofres o huevos revueltos muchas noches. Carmen lo veía como un regalo porque no tenía que pasar



por el aburrimiento de ir cortando un enorme filete, ni por el trámite de las verduras de rigor.

Antes se sentía un poco dueña de aquella habitación. Ahora caminaba con pasos inseguros. Solía echarse en la cama de su madre cuando le apetecía. Ahora era una cama distinta. No era distinta en sentido literal, pero sí en todos los demás aspectos. Esta vez dio un rodeo para no acercarse a la cama.

No era solo porque en la habitación hubiera muchas cosas de hombre. David no era desordenado ni nada por el estilo. Siempre era consciente de que aquel piso había sido de Cristina y de Carmen mucho antes de que él llegara. Se apropió de un armario y de tres estantes, y compró una mesilla nueva de Pottery Barn. Ni siquiera tenía fotos. Actualmente, el dormitorio no lo reflejaba tanto a él como a *ellos*: su intimidad, las cosas que se susurraban uno al otro cuando se estaban quedando dormidos. Incluso cuando ellos no estaban allí, Carmen se sentía como una intrusa.

Antes, el cuarto de baño rebosaba cosas de mujeres: cremas, lociones, maquillaje, tampones y perfume. Ahora, por deferencia a *ellos*, Cristina lo guardaba casi todo en el armario. Incluso ver la crema de afeitar de David junto al quitaesmalte de Cristina hacía que Carmen se sintiera como si este se hubiera metido entre las dos en la cama.

Carmen se dio cuenta enseguida de que las pestañas postizas no estaban en el botiquín. Cuando vives con tu hija, dejas cosas como esa a la vista; cuando vives con tu marido nuevo, ocultas la evidencia.

Ella sabía que Cristina guardaba en el armario que había sobre el retrete la mayoría de las cosas que no quería que viera David. Pensó que había dado con el lugar adecuado en cuanto consiguió abrir la puerta. Había un producto para quitar las verrugas; había líquido para decolorar el bigote; había cera para depilar; bálsamo para alisar el cabello y una caja de tinte de color caoba oscuro para el pelo. Introdujo la mano hasta el fondo, volcando un frasco de inhibidores del apetito y una caja de laxantes. Al caer los laxantes, rodó un frasco de plástico. Carmen lo miró con disgusto mientras caía del estante y... *¡chaf!*, al váter. Mierda.

Contempló cómo flotaba en el agua del retrete y pudo ver que contenía alguna clase de vitaminas. Esperaba de todo corazón que la tapa fuera hermética.

Mientras se tomaba su tiempo para meter la mano en el agua del váter (¿quién se apresura para hacer algo así?) se preguntó distraídamente por qué guardaría su madre vitaminas en el "armario de la vergüenza". A David le daba fuerte por las vitaminas. Las tomaba en el desayuno. Hablaba de diversos complementos de hierbas como si fueran sus mejores amigos. ¿Qué clase de vitaminas escondería Cristina de su hombre dinámico y preocupado por la nutrición?

La curiosidad de Carmen fue siempre su mejor motivación. Metió la mano en el retrete y sacó el frasco. Lo echó directamente en el lavabo y dejó que le corriera agua



caliente por encima. Le añadió un poco de jabón líquido. Cuando el frasco y su mano estuvieron suficientemente limpios, le dio la vuelta para saciar su mente inquisitiva.

La cabeza se le puso fría y confusa. La confusión le invadió el pecho y se extendió hasta la parte inferior del abdomen. La etiqueta indicaba con exactitud por qué aquel frasco se alojaba entre los laxantes y los tintes. Pero no era de David de quien su madre trataba de esconderlo. Al menos esa era la intensa sospecha de Carmen.

Eran vitaminas prenatales. Las que tomas cuando esperas un bebé. Y era casi seguro que Cristina se las estaba ocultando a Carmen.

\* \* \* \* \*

Tibby entrecerró los ojos bajo el sol de la mañana. Estaba adormecida y desorientada, tenía los labios hinchados y los ojos inflamados. Se sentía como si tuviera resaca, pero no porque hubiera bebido alcohol.

Era una de esas mañanas en las que tienes que aceptar una nueva y extraña realidad. Te preguntas: “¿Lo he soñado? ¿De verdad lo hice? ¿Realmente dijo eso?”. La realidad te viene a pedacitos y experimentas la novedad otra vez. Te preguntas: “¿Hoy, esta noche, mañana y todos los demás días serán diferentes por lo que pasó anoche?”. Y en su caso, Tibby sabía la respuesta.

Se llevó los dedos a los labios. ¿Podías tener resaca por besar?

¿Se habría despertado ya Brian? Se lo imaginó en la cama. Luego se lo imaginó en la cama de ella. Empezó a sentir temblores en la base del estómago, así que dejó de imaginárselo en su cama. ¿Se estaría arrepintiendo él de algo? ¿Se arrepentía ella de algo?

¿Qué se dirían cuando volvieran a verse?

¿Llegaría a la hora del desayuno como solía hacer? Le plantaría un beso en los labios y esperaría a ver si alguien se daba cuenta?

Se levantó y se miró en el espejo. ¿Estaba tan distinta como se sentía? Mmmm. El mismo pantalón de pijama de cuadros con relojitos negros asentado sobre las caderas. La misma camiseta de tirantes pequeña que le dejaba ver algunos centímetros del abdomen. Tal vez no.

Su habitación era un inmenso y abigarrado desastre. Eso no tenía nada de nuevo, pero lo notó de una forma diferente al mirar alrededor. ¿Alguna vez en su vida había tirado algo?

Había capas y más capas de retazos de Tibby tanto en las paredes como en el suelo. Si te esforzabas lo bastante, podías hacer una excavación arqueológica en aquella habitación y encontrar probablemente su granja de Fisher-Price. ¿Qué le estaba pasando?



Había polvo y no estaba ventilado, y eso le molestaba. Siempre había habido polvo y poca ventilación. Y no siempre le había molestado. En un gesto poco característico en ella, fue hacia la ventana y la abrió. Tuvo que hacer fuerza porque ni recordaba la última vez que había abierto aquella habitación al aire real y la pintura se había quedado un poco pegada.

Entró el aire y resultó agradable. Descubrió que le gustaba así, abierta. La brisa voló algunos papeles que tenía sobre su mesa, pero no le importó.

Oyó a su madre abajo, por la cocina. Pensó en contarle lo de Brian. Una parte de ella quería que su madre lo supiera. Alice estaría encantada. Le daría una enorme importancia. Ella quería mucho a Brian. Estaría feliz de que su hija compartiera con ella un hito tan jugoso como aquel. Era su fantasía madre-hija, justo lo que Tibby solía negarle.

Mientras salía de su habitación, Tibby notó el sonido de las hojas del manzano, que tan poco se oían allí, y le gustó.

Observó a su madre en su habitual ajeteo de las mañanas. ¿Sería capaz de bajar el ritmo para escuchar las noticias de Tibby? Intentó formular la frase inicial: “Brian y yo... Yo y Brian...”.

Tibby abrió la boca, pero Alice se le adelantó.

—Tibby, necesito que te quedes con Katherine esta mañana.

Alice ya sonaba enfadada y Tibby ni siquiera había rehusado todavía.

Las palabras de Tibby se secaron.

Alice no la miraba a los ojos, señal de que en el fondo se sentía culpable, aunque esa culpabilidad solo servía para que fuera menos paciente.

—Loretta tiene que llevar a su hermana al médico y no puede venir hasta después de comer —Alice tomó con brusquedad la caja de zumos del estante y le dio apresuradamente uno a Nicky—. O al menos eso es lo que dice —añadió de forma mezquina.

—¿Por qué tiene que ir su hermana al médico? —preguntó Nicky.

—Tiene algún tipo de infección, cariño, no lo sé.

Alice se quitó de en medio el tema con un movimiento amplio del brazo, como si no pudiera dedicar más tiempo a pensar en ello, fuese cierto o no.

Alice estaba metiendo y sacando cosas de su bolso.

Tengo que llevar a Nicky al campamento y luego he de ir a la oficina.

—No, no lo voy a hacer —dijo Tibby.



No solo había perdido el interés en contarle a su madre lo de Brian; es que nunca iba a hablarle a su madre de nada que le importara.

Alice se le quedó mirando.

— ¿Cómo dices?

— Yo no soy la niñera. Estoy harta de que me encasquetes ese trabajo cada vez que te conviene.

— Vives en esta casa y eso quiere decir que tienes que ayudar, como todos.

Tibby levantó los ojos con impaciencia. Aquella pelea era desagradable, pero había tenido lugar tantas veces que hasta podrían estar siguiendo un guión.

Katherine removió los cereales de su tazón y salpicó leche sobre la mesa.

Tibby siempre se sentía algo culpable cuando se negaba a cuidar de Katherine en su presencia, pero se las arregló para sobreponerse.

— Estoy deseando irme a la Universidad —murmuró como si hablara para sí misma, aunque en realidad no. La frase no era cierta, pero la dijo solo para que su madre se sintiera mal.

Media hora más tarde, Tibby estaba sentada en el porche de atrás con un montón de papeles y folletos de la Universidad de Nueva York mientras Katherine correteaba por el jardín. La pelea con su madre le había vaciado toda la magia que llevaba dentro. Volvía a estar en la tierra, mirando insectos, en vez de estar mirando al cielo.

Al rato, las ganas de jugar sola de Katherine se habían saciado. Se plantó delante de la cara de Tibby.

— ¿Quieres subir al árbol y coger manzanas? —esa era entonces la mayor fantasía de Katherine.

— No, Katherine. Además, ¿por qué te empeñas tanto en coger esas manzanas? No están buenas. Aún no están maduras. Y aunque estuvieran maduras, estarían duras y ácidas.

Tibby había caído en esa vergonzosa inercia paternal en la que se dice “no” incluso antes de haber escuchado lo que quiere el niño.

— ¿Alguna vez te has comido una? —preguntó Katherine.

Tibby nunca había comido una, pero no le apetecía que los argumentos de una niña de tres años la pusieran contra las cuerdas.

— Te lo estoy diciendo, están asquerosas. Si estuvieran buenas, ¿no crees que las comeríamos en vez de comprarlas en el supermercado?

Parecía que a Katherine esta lógica le resultaba deprimente.



—De todas formas, quiero probar una.

Tibby se quedó allí sentada viendo cómo miraba Katherine la altura del manzano. Era demasiado pequeña para llegar siquiera a la rama más baja, pero no se rendía. Se alejó unos diez metros del tronco, corrió todo lo rápido que pudo y saltó. Su intento fue tan débil e ineficaz que resultaba conmovedor.

Katherine volvió a alejarse para intentarlo de nuevo. Esta vez se alejó más para conseguir la máxima velocidad. Corrió con los brazos doblados y muy apretados contra el pecho, como una caricatura de un *sprint*. Estaba tan mona, objetivamente hablando, que una parte de Tibby deseaba filmarlo.

Pero, al mismo tiempo, se sentía molesta. Se estaba regodeando en su propia mezquindad. No quería hacer de niñera. Estaba enfadada con su madre. Si se dejaba absorber por el mundo de Katherine, sería casi como disfrutar de hacer de niñera. Y no quería.

Así que Tibby se limitó a mirar. Katherine era inagotable. ¿Por qué quería tanto aquellas malditas manzanas? No podía imaginarse la naturaleza de su deseo.

Pero recordaba que cuando ella era pequeña y quería saltar, corría y saltaba, como Katherine, y se imaginaba que prácticamente iba a echar a volar, creía que podía saltar mucho más alto de lo que realmente era capaz.

\* \* \* \* \*

Lo primero que hizo Bridget al llegar al campamento de fútbol fue buscar a Diana. Habían hablado por teléfono y se habían mandado muchos *e-mails*, pero no la había visto en dos años, desde el día en que se fue de Baja California. Y de todas las cosas y personas que había conocido allí, Diana destacaba como el único recuerdo feliz.

Cuando la encontró en su cabaña, gritó y la abrazó tan fuerte que la levantó del suelo.

—Dios mío —Diana examinó el rostro de Bi. Dio un paso atrás—. Estás genial. ¿Has crecido?

—¿Has encogido? —le preguntó a su vez Bi.

—Ja.

Bridget tiró su enorme bolsa a su litera. No se le daba bien doblar ni clasificar sus cosas. Solía meterlas en bolsas todavía más grandes, pero Carmen la hizo cambiar de costumbre.

Volvió a abrazar a Diana y la miró con admiración. Dos años antes, Diana tenía el pelo liso, pero ahora lo llevaba recogido en hermosas y largas rastas. A Bi le parecía increíblemente glamuroso.



— ¡Mírate! ¡Estás estupenda! ¿Te lo pasas bien en Cornell?

Diana la abrazó también.

— Sí, pero vivo y respiro fútbol. Ya lo verás.

— Habrás tenido tiempo de encontrar a Michael, ¿no? ¿Has traído una foto?

Bridget lanzó exclamaciones y tacos de admiración al ver la foto de su guapo novio futbolista y también las de sus graciosísimas hermanas menores haciendo el ganso.

— Bueno, ¿quién más está aquí? — preguntó Bridget señalando las otras dos literas de la reducida cabaña.

— Dos ayudantes de entrenador.

El rostro de Diana adoptó una expresión vaga.

— ¿Las has visto? — preguntó Bridget.

— En la comida. Katie y Nosequién — dijo. Cerró un ojo intentando recordar.

— Allison. Creo. Katie y Allison.

Bridget captó algún conflicto.

— ¿Y son...?

— Guay. Estupendas.

— ¿Guay y estupendas? ¿Katie y Allison son guay y estupendas?

Diana sonrió. Vagamente.

— Entonces, ¿cuál es el problema?

— ¿Qué problema?

— ¿Por qué pones esa cara?

— ¿Qué cara? — preguntó Diana mirando hacia el suelo.

Bi se impacientó. Diana era una persona honesta. ¿Por qué no lo estaba siendo en aquel momento?

Diana se quitó de la muñeca un coletero y lo estiró con el índice y el pulgar.

— Todavía no has visto a los demás entrenadores, ¿verdad?

Las palabras de Diana salieron despacio y las de Bi muy rápido.

— No. ¿Y tú?

— Eh... No a todos. Pero he visto a... — había algo tan fascinante en el coletero de Diana que de tanto contemplarlo fijamente sus palabras se perdieron.



—¿A quién? —le soltó Bi.

—Probablemente tú ya...

—¿A quién?

—Estoy segura de que tú...

Bridget resopló exasperada. Le agarró el brazo a Diana y lo levantó para poder ver su reloj.

—Tenemos una reunión de personal dentro de ocho minutos. Voy a ir para averiguar de qué estás hablando



## Capítulo 5

*No tengo que tener cuidado. ¡Tengo un arma!. Homer Simpson.*

Aquel mismo día Carmen estaba sentada a la mesa de la pequeña cocina, con el frasco de vitaminas prenatales en la mano.

En ese momento, había ciertos hechos que se alineaban en la mente de Carmen. Su madre había ganado peso en los dos últimos meses. Carmen lo había atribuido a la felicidad, pero ahora se sentía boba por no haber sido más observadora. La forma de vestir de Cristina se había decantado de modo sutil pero claro hacia las prendas más amplias de su vestuario. ¿Había dejado de beber vino? Carmen intentó recordarlo. ¿Había tenido muchas citas con el médico?

Carmen había oído una vez a su madre bromeando con su tía de lo fácil que era ocultar algo a las adolescentes porque estaban muy absortas en sus propias cosas. Ahora le escocía, aunque entonces se lo había tomado a risa.

Oyó una llave en la cerradura de la puerta principal. Su madre llegaba del trabajo a la hora de siempre. Siguió sentada porque sabía que su madre aparecería en la cocina en cuanto dejara sus cosas. Carmen no había planeado una emboscada exactamente, pero le salió algo muy parecido.

—Hola, nena.

Cuando Cristina entró en la cocina, todo su cuerpo parecía cansado. Nunca le había gustado la costumbre de llevar zapatillas deportivas con el traje para ir y venir del trabajo, pero últimamente había claudicado. Ahora, Carmen entendía por qué.

Sin mediar palabra, Carmen levantó el frasco.

Sin mediar palabra, Cristina lo miró y, lentamente, asimiló su significado. Abrió los ojos de par en par y su expresión cambió de la confusión a la sorpresa, del temor al agotamiento; y vuelta a empezar.

Carmen decidió ir directamente al grano.

—¿De cuánto estás? —preguntó en tono pausado, como sin darle importancia, aunque el corazón le latía con fuerza. Sabía que era cierto, pero aun así quería que su madre lo negara.



Pareció que Cristina se erguía para iniciar una vigorosa defensa. Era como si sopesara los diversos ángulos posibles. Y luego, ante los ojos de Carmen, se desinfló otra vez. Su blusa de color rojo oscuro pareció arrugarse.

—Cinco meses.

—Estás de broma —bueno, ya había salido—. ¿Cuándo pensabas decírmelo? —dijo Carmen con voz calmada pero acusadora.

—Carmen, cariño —Cristina se sentó frente a ella. Trató de tomarle la mano, pero Carmen estaba sentada sobre una mano y la otra estrangulaba el cuello del frasco de vitaminas. Cristina abandonó su intento. Estuvo callada un momento, recuperando el aliento.

—Déjame que te lo explique, ¿vale? Es complicado.

Carmen respondió con algo que estaba a mitad de camino entre encoger los hombros y asentir con la cabeza.

—David y yo hemos hablado y pensado mucho sobre tener un bebé. Él no ha tenido esa alegría en su vida, como yo. No sabíamos si sería posible. Pero estuvimos de acuerdo en que la vida es demasiado corta como para no intentar conseguir algo que quieres.

Carmen odiaba esa reflexión de “la vida es demasiado corta”. Pensaba que era una de las excusas más pobres en la historia de las excusas. Siempre que hacías algo porque “la vida es demasiado corta para no hacerlo”, podías estar segura de que la vida sería lo bastante larga para castigarte por haberlo hecho.

—Al principio pensábamos que tardaría un año o dos en quedarme embarazada, si es que lo conseguía. Nunca imaginamos que sucedería tan rápido. Ya tengo casi cuarenta y un años.

Carmen inclinó la cabeza con escepticismo. La mitad de su mente calculaba si habrían concebido aquel bebé antes o después de la boda. Por fechas andaba muy ajustado.

—Ni siquiera sospeché que estaba embarazada hasta el tercer mes. No podía creerlo. Y luego necesitaba pensar en cómo decírtelo. Los tiempos no han sido los que yo deseaba. Es muy... complicado.

*Complicado.* Era una palabra completamente insatisfactoria. Era una palabra de político.

—Estaban tus exámenes, tu trabajo de fin de estudios. Luego se nos echó encima tu graduación —Cristina siguió elevando las manos lastimeramente—. No quería que ninguna de todas esas cosas especiales tuyas quedaran eclipsadas por esta noticia.



—¿Ibas a decírmelo antes de que naciera?

Era comprensible que Cristina pareciera dolida.

—Iba a decírtelo este fin de semana.

—¿Sabes qué es?

—¿Quieres decir si es niño o niña?

Carmen asintió.

—No. Queremos esperar hasta que nazca.

Carmen asintió otra vez, aunque sabía que aquel bebé sería una niña. Tenía que serlo.

—Pues supongo que nacerá más o menos para... —Carmen ya había calculado que el bebé nacería cerca de su propio cumpleaños, pero dejó la frase sin terminar para que lo hiciera su madre.

—Hacia finales de septiembre —dijo Cristina lentamente, con la expresión de terror más marcada.

Carmen sabía que, objetivamente, era una buena noticia en muchos aspectos. Cristina tenía toda una nueva vida ante sí. Desde que empezó en el instituto, Carmen había temido el día en que se iría a la Universidad. Se imaginaba que dejaba sola a su madre para descongelar alimentos y comer sin compañía noche tras noche. En vez de eso, ese septiembre, estaría dejando una pareja feliz a punto de tener un bebé.

Y, además, Carmen iba a tener por fin el hermanito que siempre había dicho que quería tener. Si ella fuera una persona generosa y buena, sería capaz de apreciar esta felicidad. Sería capaz de felicitar y hasta abrazar a su madre. Pero no era una persona generosa ni buena. Había desperdiciado muchas oportunidades de este tipo como para no saber la verdad sobre sí misma.

—Es bastante práctico, en cierto sentido —afirmó Carmen, como un robot, como si no le importara demasiado—. Porque puedes usar mi habitación para el bebé, ¿verdad? Yo me voy justo antes de que llegue. Buena planificación.

A Cristina le temblaron las comisuras de los labios.

—No ha sido una buena planificación. No lo planeamos así.

—Y hasta podéis hacer una sola fiesta de cumpleaños. Qué coincidencia tan divertida.

—Carmen, yo no creo que sea divertido —la mirada de Cristina era sincera y firme—. Creo que es serio y sé que debes tener un montón de sentimientos complicados sobre esto.



Carmen desvió la mirada. Sabía que estaba siendo cruel. Lo veía en la preocupación de los ojos de su madre. Era típico de Carmen ponerse insoportable, quejarse y arremeter de forma destructiva. La postura de Cristina, muy parecida a la de alguien preparado para la llegada de un huracán, indicaba que estaba lista para esa clase de reacción.

Carmen no quería concederle nada a su madre, ni siquiera eso.

Sí, Carmen tenía sentimientos, y estaban acumulándose bajo su rostro, generando una presión gigantesca en algún sitio detrás de sus ojos. Temía que su cara llegara a explotar si se amontonaban más sentimientos como aquellos justo en ese momento.

En silencio, le dio a su madre las vitaminas y se puso en pie para irse. Al principio se había planteado decirle a su madre que se le habían caído al váter, pero mientras salía de la cocina decidió que le dejaría que se las tomara.

Carmen se odiaba en aquel momento, pero a su madre la odiaba un poquito más.

\* \* \* \* \*

*Oh, Carma:*

*Yo, menos que nadie, me atrevo a felicitarte ni nada de eso. Te juro que no te voy a recordar todas las veces que has dicho que querías un hermanito o hermanita, como todos esos %<^\$ me hicieron a mí. Siento tu dolor. Vamos a ver, ¿no podrían haberse comprado un perro y ya?*

*Espero que las Oreos te consuelen al menos durante una hora; cómete la caja entera y ya pensarás después. Te he comprado las que llevan más relleno porque te quiero más.*

*Tibby*

\* \* \* \* \*

El aire del comedor de la Academia de Fútbol Valle Prynne estaba cargado de un modo peculiar. Bridget tenía la carne de gallina y estaba alerta. Tenía una idea, pero a la vez no quería tenerla, no quería expresarla en palabras ni en imágenes. O tal vez sí quería tener esa idea pero no quería querer la idea. Tal vez fuera eso.

La sala era de pino nudoso desde el suelo hasta el techo. Tablas anchas para las paredes, medianas para el suelo y estrechas para el techo. Se iba llenando poco a poco de entrenadores, monitores, administradores y bla, bla, bla. Los campistas no llegarían hasta el día siguiente. Cada desconocido parecía alguien que ella conocía. Su intensidad la hizo invisible. Miraba con tanta fuerza que se olvidó de que la veían.

—Bi.



La voz de Diana estaba detrás de ella, pero no se giró. Diana era una amiga de verdad, pero no le decía lo que ella necesitaba saber. Así que Bi iba a averiguarlo por sí misma.

Había una mesa larga en un lado que tenía refrescos, una cafetera de tamaño industrial y algunos platos con galletas de avena con trocitos de pasas.

¿Era temor o esperanza lo que hacía que le latiera el corazón? Los dedos de los pies se le encogían con tanta fuerza dentro de los zuecos que se le estaban quedando dormidos.

Sintió la presencia de un cuerpo significativo justo cerca de su hombro izquierdo. No estaba segura de cuál de sus sentidos lo captó. Estaba demasiado lejos para tocarlo o para sentir su calor corporal. Estaba demasiado detrás de ella para verlo. Hasta que se giró.

Sus ojos parecían enfocarse y desenfocarse. ¿Era él? ¡Claro que era él! ¿Era él?

— ¿Bridget?

Era, incuestionablemente, él. Sus ojos eran negros bajo unas arqueadas cejas negras. Era mayor, más alto y distinto, y a la vez el mismo. ¿Estaba sorprendido? ¿Estaba contento? ¿Estaba arrepentido?

Ella se llevó la mano a la cara como para protegerse.

El hizo ademán de ir a abrazarla, pero al parecer no podía atravesar el enrarecido aire que había entre ellos.

Llegó el momento de que ella dijera algo, pero pasó. Se quedó mirándolo en silencio. En cuanto a sus relaciones sociales, a ella nunca le había preocupado mucho disimular lo que le pasaba.

— ¿Cómo estás? —le preguntó él.

Ella recordó que él era una persona franca. Era algo que le había gustado de él.

— Estoy... Estoy sorprendida —dijo honestamente—. No sabía que ibas a estar aquí.

— Yo sabía que tú sí —carraspeó—. Quiero decir, que estarías aquí.

— ¿Ah, sí?

— Nos enviaron por correo la lista del personal hace un par de semanas.

— Ah.

Bridget se sintió boba por no haber leído su correo más detenidamente. No le gustaban los formularios (*Nombre de la madre... Profesión de la madre..*) y, entre aquel campamento y Brown, había tenido demasiados.



Así que él lo sabía. Ella no. ¿Y qué habría pasado si lo hubiera sabido? ¿Se habría lanzado de cabeza voluntariamente a un verano lleno de Eric Richman, rompecorazones y rompementes?

Era asombroso, en cierto sentido, que ocupara espacio como cualquier ser. Humano normal. Para ella era mucho más. Durante aquellos dos años, él no solo había sido la representación de sí mismo sino de todas las cosas complicadas que ella había sentido de sí misma.

Eric la miraba con detenimiento y sonrió cuando sus miradas se cruzaron.

—Pues, por lo que he oído, no eres peor que antes.

Ella vio que sus labios se movían, pero no tenía ni idea de lo que estaban diciendo. Y no lo disimuló.

—En el fútbol —aclaró él.

Había olvidado que estaban en un campamento de fútbol. Se había olvidado de que jugaba al fútbol.

—No se me da mal —respondió. Ni siquiera estaba segura de lo que estaba diciendo. Pero lo repitió otra vez porque le gustaba cómo sonaba—. No se me da mal.



## Capítulo 6

*Las probabilidades de que te alcance un rayo aumentan si te pones debajo de un árbol, sacudes el puño hacia el cielo y dices: "Las tormentas son idiotas". Jhonny Carson*

La única persona adulta del entorno de Carmen que no la había felicitado entre sonrisas por el próximo nacimiento de su hermanito era Valia Kaligaris, la abuela de Lena. En aquel momento, mientras Carmen estaba sentada junto a la barra de la reluciente cocina de la familia de Lena y Valia desayunaba en la mesa, Carmen se sintió agradecida por aquello. Era cierto que Valia no estaba con ganas de charlar por aquellos días. Mientras Carmen esperaba a que Lena volviera del restaurante, Valia estuvo mirando con enfado la caja de cereales y luego se fue, arrastrando los pies y con la bata puesta todavía, hacia la salita, que estaba a oscuras, donde puso la tele tan fuerte que Carmen podía oír cada palabra aunque estaba dos habitaciones más allá. Era una telenovela. Al parecer, Dirk había abandonado a Raven en el altar el mismo día que su hermana gemela idéntica, Robin, había desaparecido. Mmmm.

Carmen podía ridiculizarla en privado porque no era su telenovela. La suya (a la que se había hecho adicta progresivamente desde que la habían aceptado en Williams, ya en enero, y había dejado de hacer los deberes) se titulaba *Fuerza y Belleza* y nunca hubiera tenido un argumento tan tonto como aquel. La adicción de Carmen se centraba en un actor (que venía del lado de la fuerza) llamado Ryan Hennessey. Estaba absoluta y explosivamente macizo y era su único amor verdadero, no importaba lo que sus amigas se burlaran por ello. Era buen actor. En serio, lo era. Había hecho alguna cosa de Shakespeare antes de trabajar en el culebrón. Por lo menos eso era lo que Carmen había leído en una revista de telenovelas mientras esperaba con Tibby para pagar la coca-cola light en el A&P la noche anterior.

La puerta principal de los Kaligaris se abrió y se cerró y un minuto después aparecieron Lena y su madre.

—Hola, Carma.

Lena parecía sudorosa por su turno en el Élite. Ari llevaba puesta la ropa de trabajo.



—Hola. ¿Qué tal el trabajo?

Lena giró los ojos hacia el techo.

—Por lo menos tú tienes trabajo —señaló Carmen.

—¿Cómo va tu búsqueda? —preguntó Ari sacando una jarra de agua de la nevera y llenando un vaso—. ¿Alguien quiere? —levantó la jarra.

—No, gracias —si Carmen hubiera querido algo, lo habría cogido ella misma. Las “Septiembre” habían quitado esas barreras en sus casas antes incluso de que se hubieran puesto—. La búsqueda va... pues, lenta. Es que yo, bueno, este verano no estoy muy de humor para hacer de niñera —Carmen se dio cuenta de que si no seguía adelante rápidamente, podrían hacerle preguntas sobre aquel tema—. Pero he visto un anuncio en el A&P para cuidar de una señora mayor cinco tardes a la semana. Está bastante ciega, creo, así que el trabajo consiste sobre todo en leerle. He llamado y he dejado un mensaje.

Ari puso su vaso con demasiado ímpetu sobre la barra de granito. Lena se giró para mirar a su madre.

—Fíjate —dijo Ari con los ojos animados—, es curioso. Yo he estado pensando en eso mismo para Valia. He estado pensando que necesita a alguien para ayudarla en sus salidas, con la correspondencia y tal vez para llevarla al médico. No me atrevo a pedir otra tarde libre este mes.

Carmen asintió.

—Esperaba que Lena o Effie echaran una mano, pero las dos han conseguido trabajo desde principios del verano.

Carmen mantuvo su expresión neutral pero con alegría, para que no pareciera que censuraba a Lena.

Ari puso su vaso en el fregadero con un movimiento decisivo.

—¿Cuánto ofrecían en el anuncio que viste? —ahora empezaba a entusiasmarse.

—Ocho por hora.

—¿Qué tal si te pago ocho y medio si cuidas de Valia unas treinta horas a la semana? Podemos fijar el horario juntas.

Carmen lo pensó mirándose la laca de uñas roja medio pelada. En aquel mismo momento podía pasar de no tener trabajo, ni propósito en la vida, a tener uno. El sueldo estaba bien. Sería un poco raro que Ari le estuviera pagando. Pero, a la vez, era más cómodo para Ari contratar a Carmen que a una extraña. Y, francamente, Carmen preferiría ir a la amplia y luminosa casa de Lena que a lo que probablemente sería un piso mal ventilado de señora mayor.



—Bueno... —Carmen dio unos golpecitos con el índice sobre la barra—. Vale. ¿Por qué no?

—Fantástico —dijo Ari.

Carmen no había mirado más allá de la barra, a donde estaba Lena, hasta aquel momento. Así que no había visto a su amiga dándole la espalda a su madre y mirando a Carmen, con los ojos frenéticamente abiertos, formando la palabra “no” con los labios y cruzándose el cuello con el índice, hasta que fue demasiado tarde.

Lena no explotó hasta que tuvo a Carmen en su habitación con la puerta cerrada.

—¿Estás loca?

—Lenny... huy. ¿Qué pasa?

—¿Por qué crees que Effie y yo nos comprometimos a mediados de abril? Y en trabajos que además odiamos del todo.

—Porque... ¿sois muy organizadas?

Lena sacudió la cabeza con fuerza.

—Porque... ¿sois nietas desagradecidas a las que no les importa su desvalida abuela que acaba de enviudar?

—¡Porque Valia es una pesadilla! —gritó prácticamente Lena.

Qué suerte que Valia no podía oír bien, pensó Carmen.

—Quiero decir, es una mujer sorprendente y maravillosa —se corrigió Lena y adoptó una actitud más seria—. De verdad que lo es. Y la queremos. ¡Pero justo ahora está insoportable! Y no estoy diciendo que no tenga razón. Se siente muy desgraciada por Bapi. Se siente desgraciada por estar en Estados Unidos, viviendo con nosotros. Odia a mi padre por haberla hecho venir. Odia todo lo de este país. Ella quisiera estar en su casa, rodeada de sus amigos. Está furiosa con todo el mundo, ¿no se lo notas?

Carmen se sintió entonces tonta y un poco a la defensiva.

—Tal vez sí. Pero quizá pueda con ello.

Lena sacudió la cabeza.

—Créeme. Tú y Valia no sois una buena combinación en este momento.

Carmen entrecerró los ojos.

—¿Y eso qué quiere decir?

\* \* \* \* \*



Durante mucho tiempo, la mejor forma que conocía Bridget de tranquilizar su mente era correr. A veces notaba que el estado de meditación de las largas y tranquilas distancias le ayudaba a pensar. Otras, que el agotamiento, sin más matices, la ayudaba a no pensar. A veces creía que corría hacia alguna clase de resolución, y otras sabía que solo se estaba escapando. De todos modos, eso era lo que hacía, correr.

La carrera de aquella tarde la llevó arriba y abajo por caminos vecinales bordeados de árboles achaparrados con el color verde típico de junio. El sol que iba cayendo dirigía de vez en cuando un destello directo a sus ojos. Cuando se aburrió de que los coches le pitaran (¿constituía un peligro en la luz del ocaso o era por su pelo?) se salió del camino. Otra chica habría tenido miedo de correr por un bosque desconocido al anochecer, pero Bi no. Sabía que podía correr más rápido que cualquier ser humano con el que pudiera encontrarse. Y los osos de aquella zona no se comían a las personas, de eso estaba bastante segura.

En todo caso, era excitante. El bosque era joven y ralo, y lo atravesaban sendas por todas partes. Ella siguió un lecho amplio y profundo por donde supuso que alguna vez había pasado un río. Se imaginó a sí misma en aquel preciso lugar luchando contra la corriente. Corrió hasta que sus pensamientos se abreviaban y ya no discurrían linealmente. Iban a golpes y destellos. No daba la vuelta a la esquina para seguir tras ellos. Sencillamente, sentía cosas sin preguntar cómo o por qué. Así era como se centraba.

El sol ya se había ocultado totalmente y Bridget sabía que la luz desaparecería pronto. Para ella, la luz que seguía quedando después del sol era siempre como una promesa vacía. Delante de ella, en el lecho de tierra, algo le llamó la atención. Le alteró el ritmo de la respiración y su cerebro se puso a dar vueltas. Estaba a menos de veinte metros y le inquietó. Aminoró la marcha para que la distancia no se redujera tan rápidamente. Quería dar un amplio rodeo para evitarlo, pero, a la vez, quería hacerle frente. Ya había vuelto a los comos y porqués.

Es un ave, pensó. Una paloma, tal vez. Estaba claramente muerta, doblada en ángulos extraños. La cabeza, que parecía estar levantada del suelo, adoptaba una postura lastimera. Ya casi había llegado. No se detendría. Seguiría corriendo. Evitaría mirarla. No, no podía evitar mirarla.

Hasta que estuvo literalmente sobre el ave, no se dio cuenta de que no era un ave. Era un guante. Era un guante gris que alguien había perdido. Tenía el pulgar levantado y se parecía mucho a la cabeza de un pájaro.

Se sintió repentinamente aliviada. Su mente y su cuerpo volvieron a fundirse en armonía.



Pero mientras corría sin parar y el cielo se ponía azul amoratado, se sintió triste. Y lo extraño era que, aunque el cuerpo retorcido de la senda había resultado ser un guante, ella lo recordaba como un ave.

\* \* \* \* \*

Si el coche de la madre de Lena no se hubiera sobrecalentado, no habría ocurrido. Todo el verano habría transcurrido de otro modo.

Pero el coche de su madre sí se sobrecalentó, el jueves por la tarde,, y Lena tomó prestado el viernes el de su padre y lo acercó a él al trabajo de camino a su clase de dibujo. Quedaba de paso. De hecho, mientras se alejaba de su padre, que ya sudaba a través de su camisa blanca, pensó, sin darle mucha importancia, que había solo un paseo desde el edificio de su oficina hasta su clase. Pero en aquel momento eso no significaba gran cosa.

A media mañana estaba totalmente inmersa en su dibujo. Annik dio instrucciones al modelo, Andrew, para que adoptara poses de cinco minutos. En las primeras poses, Lena se sintió tan agobiada que apenas pudo sacar algunos gestos de la punta de su carboncillo. Pero luego, aquellos cinco minutos empezaron a estirarse para ella. Siguió sintiéndose acelerada, pero su consciencia del tiempo desapareció. Igual que la idea de tener delante un modelo desnudo la había obsesionado completamente durante los primeros días, y más tarde se había desvanecido. Mirando al pasado, se sintió avergonzada de su anterior sonrojo infantil. Para los artistas más experimentados de su clase, la desnudez de Andrew poseía tanta carga sexual como la taza de café de Lena.

Ahora Lena observaba el cuerpo de Andrew captando cada detalle, miraba sin el más mínimo vestigio de timidez la concavidad de la nalga y la afilada elevación de la espinilla. Cuando pasaba a este profundo estado de creatividad, en realidad ya no tenía pensamientos. Los músculos que movían su brazo actuaban sin esperar las órdenes de la parte pensante de su cerebro y conectaban directamente con su sistema autónomo. La Lena habitual estaba solo como espectadora.

Dio un salto cuando sonó el timbre para el descanso. Un escalofrío irradió desde sus hombros. No le gustaba volver a la superficie de esa manera. No quería oír las hojas del periódico de Phyllis ni el golpeteo de las sandalias de Charlie. No quería que Andrew se pusiera la bata. No por lo que pudierais imaginar. No, en serio. Aunque la verdad era que retomaba la incómoda consciencia de la piel desnuda de Andrew en el instante en que se ponía el kimono verde, y de nuevo cuando se lo quitaba. Ella solo quería dibujar. Solo quería permanecer en aquel lugar, donde entendía las cosas sin pensar en ellas.

Mientras Lena miraba pensativamente su taza de café vacía, reconoció (casi de forma abstracta) su felicidad. Se le daba mejor detectar la felicidad que sentirla de



verdad. Tal vez no era exactamente felicidad. Tal vez era más bien... paz. Al final del verano anterior, su paz se había rebanado como un salchichón. El sobresalto trajo consigo una cierta exuberancia extraña, un sentimiento de vivir de forma más extravagante que nunca. Pero también había sido horrible.

Pensó en el final de aquel verano, cuando conoció a Paul Rodman, el hermanastro de Carmen. Su reacción hacia él la tomó por sorpresa. Nunca antes había experimentado una atracción física instantánea como aquella hacia nadie, ni siquiera hacia Kostos. En presencia de Paul, aquella primera vez, había tejido una serie de fantasías que nada tenían que ver con su carácter, sobre lo que ella podía significar para él y él para ella. Pero cuando Paul se fue, Lena se encerró en sí misma, tal y como solía hacer. Su lado romántico volvió a ocultarse y, pasado algún tiempo, su lado tímido se hizo con el control, tímidamente, otra vez.

Ahora, cuando pensaba en él se sentía avergonzada. El era una de las muchas cosas de las que se había ocultado este año. Él era una de las personas a las que había estado evitando.

En febrero fue cuando supo por primera vez, por Carmen, que el padre de Paul estaba enfermo. Le hizo sentirse fatal. Había pensado en Paul. Se había preocupado por él. Pero no le había llamado ni escrito, aunque tuvo intención de hacerlo. Luego supo por Carmen que el padre de Paul estaba peor y que probablemente no iba a mejorar. No sabía qué decirle.

Ella temía su tristeza. Temía provocar sus sentimientos. Y también temía no hacerlo. Temía sacar el asunto y que se interpusiera entre ellos el fracaso más inepto de todos: el silencio total.

Hasta esta clase y estas nuevas sensaciones, no había recuperado el sentido del equilibrio. El tiempo que empleaba con su carboncillo, sus dedos, sus grandes blocs de papel, con Andrew, Annik y estos profundos y estabilizadores periodos de meditación... todo parecía un regalo demasiado grande para ella. Tendría que trabajar para ser digna de él.

Su corazón dio un salto de alegría al oír el timbre que indicaba que había terminado el descanso. Vuelta al trabajo. Era asombroso cuánto podía odiar y amar el mismo sonido.

Y así empezó la pose fatídica.

Para empezar, fue desafortunado que la puerta se abriera en medio de la pose, cuando Lena era menos capaz de procesar lo que estaba sucediendo. Fue desafortunado que la persona que cruzó la puerta fuera el padre de Lena. Fue también desafortunado que la puerta estuviera cerca de la plataforma del modelo y que Andrew estuviera colocado de tal modo que lo primero que se veía al entrar en medio de una pose (que en realidad era algo que no debería hacerse) era un



primerísimo plano de lo que había entre las piernas de Andrew. Fue especialmente desafortunado que Lena no reconociera todas estas cosas desafortunadas con tiempo suficiente para suavizar la experiencia de su padre, y que en su lugar le regalara, sin proponérselo, con la imagen de ella mirando durante un largo rato, fijamente y sin pudor, las glorias de Andrew.

Cuando su padre empezó a hablar, con voz muy alta, ella volvió en sí. Estaba encima de Lena. Fue una transición brusca. Tardó un momento en encontrar palabras.

—Papá, estás... Papá, no... Papá, venga. Déjame que...

También empezó otras muchas frases. Cuando se vino a dar cuenta, la había agarrado con fuerza del brazo y le hacía salir por la puerta obligándola a alejarse de Andrew.

Annik apareció en el pasillo con una velocidad sorprendente.

—¿Qué sucede aquí? —interrogó con calma.

—Nos vamos —dijo el señor Kaligaris con rudeza.

—¿Sí? —le preguntó a Lena.

—Yo no —respondió ella débilmente.

El señor Kaligaris exclamó tres o cuatro cosas en griego antes de decir:

—No voy a dejar a mi hija en esta... en esta *clase* donde tiene usted... en este *sitio* donde ella...

Lena sabía que su padre no iba a usar delante de ella las palabras descriptivas que necesitaba. A fin de cuentas, su padre era un hombre tremendamente conservador y anticuado. Y todavía más desde la muerte de Bapi. Pero antes ya era mucho más estricto que los padres de sus amigas. En casa nunca dejaba que los chicos subieran a la planta alta. Ni siquiera sus lobotomizados primos.

Annik permaneció tranquila.

—Señor Kaligaris, ¿serviría de algo que usted, Lena y yo nos sentáramos un momento y habláramos de lo que estamos tratando de hacer en esta clase? Usted debe saber que prácticamente todos los cursos de arte ofrecen...

—No, no serviría —le interrumpió el señor Kaligaris—. Mi hija ya no está en este curso. No va a volver.

Tiró de Lena por el pasillo hasta la calle. Murmuraba algo sobre una reunión inesperada y haber ido para buscarla y coger el coche y ¡mira con qué me encuentro!

Lena no consiguió soltarse hasta que estuvo bajo la dura luz del sol, aturdida y sin equilibrio otra vez.



## Capítulo 7

*Es como... ¿cuánto más negro podría ser esto? Y la respuesta es: nada. No puede ser más negro. This is Spinal Tap.*

¿Cómo de malo podría ser? Eso se preguntaba Carmen a primera hora de la tarde del lunes mientras le hacía una taza de té a Valia nada más llegar a la casa de los Kaligaris. Ella misma se la llevó a la salita, donde Valia estaba viendo la televisión.

—Horrible —casi escupió Valia cuanto probó el té—. ¿Qué le has puesto?

—Pues té —Carmen se armó de paciencia—. Y miel.

—He dicho azúcar.

—El azucarero estaba vacío!

—Azúcar y miel no lo mismo. Miel americana no puede comerse.

—Puede, si quiere —empezó Carmen, pero se dio cuenta de que no estaba siguiendo una ruta diplomática—. Démelo, lo intentaré otra vez.

Volvió a llevarse la taza a la cocina. Encontró la caja de azúcar granulado en el estante de arriba de la alacena. Llenó el azucarero.

Mientras esperaba a que el agua hirviera por segunda vez, su mente viajó hasta septiembre. Desde una fría distancia se imaginó a su madre con el embarazo muy avanzado. Se imaginó la fiesta previa al nacimiento del bebé. Se imaginó su dormitorio lleno de expectativas para alguien más.

Antes, cuando pensaba en septiembre, se imaginaba a sí misma llegando a la Universidad, conociendo a su compañera de cuarto, abriendo sus maletas. Ahora solo podía imaginarse lo que pasaría en su ausencia y, en aquellas imágenes, era como si estuviera muerta. O como si fuera ella la que no hubiera nacido todavía.

Antes era capaz de desear que llegara el momento de ir a la Universidad. Había soñado con Williams durante mucho tiempo. Se trataba de una de las mejores universidades del país. Allí había estudiado su padre. A pesar de lo angustioso que era dejar a sus amigas, la Universidad había sido algo que quería de verdad. ¿Qué era lo que había cambiado?



Estaba enfadada. No estaba enfadada con el bebé exactamente. ¿Cómo iba a estarlo? No estaba enfadada con su madre. Bueno, de algún modo sí, pero no era esa la cuestión. Estaba enfadada porque no podía imaginarse ya su vida. Estaba enfadada porque su madre y aquel bebé le habían robado su futuro en cierto modo y la habían arrojado nuevamente hacia el pasado.

La presión se estaba acumulando detrás de sus ojos otra vez. En un acto reflejo descolgó el teléfono de la pared.

—Hola, soy yo —dijo cuando respondió Tibby.

—¿Estás bien? —preguntó Tibby. Era muy bonito ver cómo una persona que te quería podía darse cuenta de tu estado de ánimo con solo tres palabras.

Carmen oyó que Nicky chillaba algo al fondo.

—Creo que sí. ¿Y tú?

—Nicky, ¿puedes hacer eso en la otra habitación? —gritó Tibby apartándose del teléfono—. ¿Qué tal Valia? —continuó, volviendo al teléfono.

—Pues...

De repente, un pitido se apoderó de la conexión.

—¿Tibby?

*Pi-pi-piiiiii.*

—¿Oye?

—Parece un módem —gritó Tibby para que se la oyera por encima del ruido—. Debe ser tu aparato.

Carmen colgó el teléfono y fue a la salita. En efecto, Valia se había ido de la tele a la mesa y movía el ratón del ordenador como si fuera un coche de carreras. Observó con sorpresa que Valia se movía con gran soltura por una serie de menús e iniciaba una rápida conversación en un *chat*, seguramente con alguien de Grecia, aunque Carmen no podía comprender ni una letra. Estaba acostumbrada al aspecto de las letras griegas por los años que llevaba yendo a la casa de los Kaligaris, pero no sabía qué sonido representaba cada una de ellas.

¿Por qué esperaban que Carmen ayudara a Valia con su correspondencia? Ella se había imaginado papel arrugado para correo aéreo y sobres azules.

—¿Qué pasa? —Valia se había dado la vuelta algo beligerante, obviamente porque sentía los ojos de Carmen en su cogote despeinado.

—Nada. ¡Caramba! Sí que sabe lo que hace —Carmen decidió ser madura y no mencionar que Valia había acaparado la línea telefónica cuando ella necesitaba hablar con Tibby.



Lo que hizo fue sentarse en uno de los confortables sillones que había delante del televisor, coger despreocupadamente el mando y ponerse a cambiar de un canal a otro rápidamente. Faltaban siete minutos para que empezara *Fuerza y Belleza*. Se acomodó en el sillón y apoyó la cabeza. ¿Tan malo podría ser pasar el verano viendo tu telenovela favorita y cobrar, mientras Valia hacía que las líneas echaran humo chateando con sus amigas griegas?

— Ese canal, no — Valia se había girado sin quitar las manos del teclado.

— ¿Qué quiere decir?

— Yo gusto canal siete. *Un mundo aparte*.

— Pero si ni siquiera está mirando. Está con el ordenador — Carmen se dio cuenta de que levantaba la voz.

— Yo gusto escuchar — afirmó Valia.

— Pues a mí me gusta ver — dijo Carmen con aspereza.

— ¿Quién cobra por ser aquí?

Ahí dolía. Carmen sintió como si Valia la hubiera mordido. Notó que se ponía colorada.

— Bien, entonces, ¿podría dejar el ordenador? Está ocupando la línea telefónica — soltó Carmen de una forma no muy madura.

\* \* \* \* \*

**Tibberon:** ¿Qué tal te va con la griega antigua?

**Carmabelle:** Ejem. No mal. No no mal. No bien. Tú ya me entiendes.

\* \* \* \* \*

— Cuéntamelo todo, cada detalle. Después te podrás beber tu batido.

Tibby sintió que su corazón se alegraba otra vez. El entusiasmo de Carmen era todo lo que podía desear. Agitó el vaso de plástico transparente que contenía el espumoso batido rosa para que las frutas y el yogur no se separaran.

— Bien, primero bailamos ese...

Carmen agitó las manos.

— No, no. Antes. Quiero desde el principio. Quiero oírlo todo. De pe a pa.

Tibby no pudo evitar sonreír. Le gustaba sentarse fuera, bajo la sombrilla, en el sitio de los batidos de yogur de la calle Oíd Georgetown, y sentir que el sol le calentaba las pantorrillas. Cruzó las piernas y dejó que cayera la chancla de plástico a



la acera caliente. La verdad era que quería contarle todo, de pe a pa. Eso hacía que volviera a ser real.

—Vale. Rebobinamos hasta mi casa. Suena el timbre. Katherine abre la puerta. Él lleva corbata y americana, algo corta de mangas y obviamente barata, pero va muy, muy, muy, muy mono. Y lleva... —Tibby hubiera deseado no ponerse colorada, pero no podía evitarlo—. Un ramo de flores. Claveles de color rosa, bastante feos. Ya sabes, flores que solo un chico podría comprar, pero completamente perfecto.

Tibby necesitaba pararse a respirar para no desmayarse.

En aquel momento, su móvil empezó a sonar débilmente desde el fondo de su bolso de paja. Lo sacó y entornó los ojos para ver el número. Era el móvil de su madre.

—¿Sí?

Al principio no contestó nadie. Oyó ruido de fondo. Y luego oyó que su madre le decía algo a alguien. Sonaba raro.

—¿Sí?

—¿Tibby? —su voz parecía turbada.

—¿Estás bien?

Su madre estaba llorando.

—Mamá, ¿estás bien? ¿Qué pasa? —Tibby sintió que una fría carga de adrenalina le entraba de golpe en las venas.

—Cariño, papá y yo... —Alice dejó de hablar. Lloraba demasiado para poder articular palabras. Podía oír la voz de su padre al fondo, gritando.

Tibby se levantó e introdujo el pie en la chancla.

—Mamá, por favor, dime qué ocurre, me estás asustando.

Su madre necesitó unos segundos para recuperar el aliento. Tibby nunca la había oído así antes y su mente giraba y saltaba de forma espasmódica entre posibilidades aterradoras. Se puso a caminar alrededor de la mesa.

—¿Qué pasa? —urgía Carmen solo con los labios.

—Estamos en el hospital. Katherine se ha hecho daño —Alice hizo una pausa para recuperar el control de su voz, que volvía a ahogarse entre sollozos—. Se ha caído por la ventana.

Tibby no podía moverse ni pensar. Olas de frío recorrían su cuerpo. Una histeria caliente empezó a acumársele bajo las costillas.

—¿Está... bien?



—Está consciente, está... —los sollozos de su madre adoptaron un tono más esperanzador—. Eso es buena señal.

—¿Quieres que vaya? —preguntó Tibby.

—No. Vete a casa y cuida de Nicky, ¿vale?

—Sí. Iré.

Tibby se echó a llorar. Los ojos de Carmen se llenaron de lágrimas y ni siquiera sabía lo que había pasado.

Tibby necesitaba hacer una pregunta que resumía todo su terror. Pero le daba miedo, así que esperó hasta que se cortó la comunicación.

—¿Qué ventana?

\* \* \* \* \*

Lena estaba sentada en los escalones de la entrada trasera del restaurante durante su descanso. Dentro hacía calor, fuera hacía calor. Estaba pegajosa y su delantal tenía manchas de salsa de tomate. Presentaba un aspecto algo siniestro. Como si un cliente se hubiera excedido haciendo algún comentario desagradable.

Odiaba aquel trabajo. Odiaba aquella comida cocinada sin cuidado en grandes peroles, preparada con prisas y pasada de cocción. Odiaba la presión constante de sacar el máximo rendimiento a cada mesa. Odiaba los asientos corridos de vinilo verde y la forma en que traqueteaban las tazas de café sobre sus platos, derramando sobre ellos café caliente que inevitablemente acababa salpicándole el delantal. Le avergonzaba la poco agraciada pintura del friso del Partenón que ocupaba una pared entera del comedor. Odiaba las ventanas falsas y la hiedra falsa. Le molestaba el hecho de que su jefe, Antonis, que tenía matas de pelo gris que le salían por las orejas, todavía pensara que ella hablaba griego, a pesar de haber tenido con Lena varias conversaciones en las que solo había hablado él.

Estaba feliz de sentarse en el callejón de atrás y oler la basura, si así no tenía que estar dentro. Necesitaba tiempo para estar sola. Siempre había alguien hablándole, quejándose, agobiándola. Incluso los clientes educados no dejaban de alzar el brazo, captar su mirada, pedir alguna cosa más.

A algunas personas les gustaba estar en comunicación con otras durante todo el día, pero Lena no era una de ellas. Mirando atrás, la relativa paz de la tienda de ropa de Basia del verano anterior parecía un trabajo de ensueño.

Su padre se había empeñado mucho en que trabajara en el restaurante. La había recomendado personalmente al propietario de Élite. Era lo que los padres de él habían hecho en Grecia. El había crecido en esa vida. Desde la muerte de su padre,



hacía menos de un año, estas cosas habían llegado a ser mucho más importantes para él.

La mayor parte de su vida, el padre de Lena se había rebelado contra Bapi y contra su forma de educarlo. Había dejado la restauración por los estudios de Derecho. Había cambiado su nombre de Georgos a George. Hizo un esfuerzo por ser americano y ni siquiera enseñó a sus hijas a hablar griego. A Lena le parecía triste que hubiera esperado hasta que Bapi muriera para empezar a preocuparse por las cosas que este siempre había querido que le importaran.

—La restauración es algo muy práctico —le había dicho su padre a Lena en varias ocasiones, dando a entender que ser artista no era muy práctico—. Es un buen negocio —decía.

Y ella estaba segura de que lo era. Para otra. Se preguntaba si él se habría parado alguna vez a pensar en quién era ella. ¿De verdad se imaginaba que iba a abrir un restaurante siguiendo la orgullosa tradición de los Kaligaris? ¿No podía darse cuenta de que eso no era para ella?

Habían pasado cuatro días desde el desastre de su clase de dibujo. No había vuelto y la echaba muchísimo de menos. Podía soportar aquel trabajo si sabía que luego iría a dibujar. Podía tolerar las lamentaciones de Valia y la tensión entre sus padres en casa, si podía dibujar. Pero sin eso se sentía como si se estuviera hundiendo.

Tal vez fuera posible asistir a otro tipo de clases. Todavía había plazas para escultura en metal, técnicas mixtas y una cosa llamada “Cuestiones de Género en Representación Tridimensional”, pero ella sabía que no iba a ser esa clase de artista. Su amor por el arte no era especialmente filosófico ni político. No era una vanguardista ni una transgresora. Quería aprender a dibujar y pintar personas, como hacía Annik.

En abril había ido a la escuela de la calle Capítol con el fin de recoger una solicitud para clases de verano. En la galería de la entrada había montones de piezas ostentosas y extrañas, pero no significaban nada para Lena. Luego, justo al girar la esquina en dirección a la secretaría, había un discreto dibujo en la pared con un marco sencillo. Representaba a una mujer joven que recogía su cabello hacia atrás con una mano. Era discreto, pero tan bello que a Lena le dolió la garganta. Le produjo un escalofrío desde la cabeza hasta las plantas de los pies. El dibujo no solo exhibía maestría técnica y minuciosidad en el detalle, sino que tenía tanta gracia, tanto sentimiento, que hizo que Lena entendiera lo que quería conseguir en la vida.

Se fijó en la casi ilegible firma y la comparó con los nombres de todos los profesores del folleto. Annik Marchand. Lena entró en la secretaría de la escuela con



un aplomo inusual en ella y solicitó directamente la clase de dibujo del natural de Annik Marchand. Solo por aquel dibujo, quiso a Annik incluso antes de conocerla.

—Se acabó —gritó Antonis a las tres y media para indicar el final del turno de mediodía. Lena puso las sillas sobre las mesas para que los ayudantes pudieran limpiar el suelo. Luego se enfrentó a la desdichada perspectiva de tener que irse a casa. Quería mucho a Valia. Por esta razón, en parte, el mal humor de Valia le hacía sentirse tan triste.

En vez de tomar el autobús hacia el norte, Lena lo tomó hacia el sur. Se apeó y caminó una manzana hasta la Escuela de Arte y Diseño de la calle Capítol. No pretendía volver a clase exactamente. Solo quería entrar un momento y decirle algo a Annik.

La clase estaba preparándose. Incluso el aspecto y el olor del estudio le levantaron el ánimo. Annik se giró y cuando vio que era Lena se le acercó en su silla de ruedas. Parecía contenta y algo sorprendida.

—Me alegro de verte —dijo.

—No he venido a dibujar.

—¿Por qué no?

—Bueno... por aquello con mi padre —movió el brazo en dirección a Andrew—. Mi padre es bastante estricto cuando toma una decisión. Ya ha recuperado casi todo el dinero—. Lena se miró los dedos de las manos, tenía las uñas muy mordidas—. En realidad, solo he venido para darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por tus enseñanzas. No he estado aquí mucho, pero han sido unas clases geniales.

Annik suspiró.

—Escucha, tengo que ayudar a preparar todo. ¿Por qué no te quedas unos minutos... hasta el primer descanso? Puedes dibujar si quieres. Tengo blocs y carboncillos. O puedes hacer lo que quieras. Luego tendremos oportunidad de hablar un ratito.

—Bueno —respondió Lena. De todos modos, no se quería ir. Se hubiera quedado a regar las plantas si esa hubiese sido su única excusa.

Annik dejó material en un caballete libre. Fue como dejar drogas a mano a un adicto. Había sido el caballete de Lena; por eso estaba libre. Al principio, Lena se quedó de pie al fondo de la clase y miró dibujar a los demás. Después, sus dedos empezaron a sentir deseos de tener un trozo de carboncillo. Se fue acercando al



caballete dibujando únicamente con los ojos. Titubeó. Luego cogió el carboncillo y se perdió hasta que sonó el timbre.

Annik se acercó.

—Está muy bien —dijo, estudiando las tres poses de Andrew del papel—. ¿Quieres que salgamos y charlemos un momento?

—Vale.

Lena esperaba hablar fuera de la clase, pero Annik la llevó por el pasillo, subieron una rampa y llegaron al patio. Annik acercó su silla de ruedas a un banco y Lena se sentó en él. Las hojas de los cornejos sonaban con el viento y la pequeña fuente del centro producía un agradable borboteo. Diversas esculturas y obras realizadas con objetos encontrados, una de ellas con neumáticos de coche apilados, decoraban el perímetro.

—¿Estás cómoda dibujando a Andrew? —preguntó. El pelo de Annik era de un rojo precioso, y todavía más con la luz del sol. Tenía tonos anaranjados, dorados, castaños e incluso rosas. Lena se dio cuenta de que Annik era bastante joven, probablemente estaba cerca de los treinta, y su rostro era delicado y bonito. Lena se preguntó, sin reflexionar demasiado, si habría algún hombre enamorado de ella.

—Sí. Me sentí un poco rara el primer día, pero luego se me pasó. Ya no pienso en eso.

—Es lo que suponía —dijo Annik—. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete. Cumpliré dieciocho al final del verano.

Annik asintió.

—¿Puedo decirte lo que pienso?

Lena dijo que sí con la cabeza.

—Creo que deberías venir a clase.

—Yo también lo creo. Ojala mi padre pensara igual.

Annik puso las manos sobre las ruedas como si se estuviera preparando para irse.

Lena se preguntó, como muchas otras veces, qué le habría pasado a Annik para tener que usar una silla de ruedas. ¿Había estado siempre en la silla o había crecido caminando como cualquier niño? ¿Había sufrido un accidente o una enfermedad? Lena se preguntó qué le funcionaba a Annik y qué no. ¿Podría tener un hijo si quisiera?

Aunque Lena quería saberlo, no se atrevió a preguntarlo. Se lo impedía la intensidad de sentimientos que podría provocar una pregunta así. La intimidad se producía antes cuando una persona llevaba su dolor y su mala suerte a la vista de



todos. Y a la vez, no preguntar era como un acto de indiferencia o cobardía. Marcaba una distancia entre ellas que a Lena le dolía.

Annik hizo girar las ruedas un poco hacia adelante y hacia atrás, pero no fue a ninguna parte.

—Haz lo que necesites hacer —dijo.

Lena no estaba segura de si aquello quería decir que asistiera a clase o que escuchara a su padre, pero tenía bastantes sospechas de que significaba lo primero.

—Para empezar, no sé cómo lo podría pagar —comentó Lena.

—Me dejan tener un asistente —dijo Annik—. Tendrías que ayudar a preparar las cosas y luego a limpiar todos los días, incluso el suelo. Pero tendrías las clases gratis.

—Lo haré —dijo Lena, al instante, sin darse cuenta de que estaba tomando una decisión.

Annik sonrió abiertamente.

—Me alegro mucho.

—No estoy segura de lo que voy a decirle a mi padre —murmuró Lena casi para ella misma.

—Dile la verdad.

Lena encogió los hombros. Sabía que no iba a tener en cuenta aquel consejo de Annik.



## Capítulo 8

*Hay muchas cosas que tiraríamos si no temiéramos que otros fueran a recogerlas.*  
*Oscar Wilde.*

Tibby estaba paralizada sentada en una silla en la salita mientras miraba a Nicky, que veía dibujos animados. Sus pensamientos se cohesionaban y se separaban, y de vez en cuando estallaban pinchados por el sadismo de Tom y Jerry. Le dolía todo el cuerpo; cada uno de sus huesos se resentía cuando le venía a la mente Katherine. Se permitía pensar en su hermana solo un segundo cada vez y luego la alejaba de su mente, porque era muy doloroso.

Nicky aún no sabía nada. No querían asustarlo. Sin embargo, Tibby estaba muerta de miedo, deseando intensamente que sonara el teléfono, pero solo si eran buenas noticias.

A Tibby no le dieron una educación religiosa. En la primera parte de su infancia, sus padres eran ateos convencidos, soltaban la retórica marxista de que era “el opio del pueblo”. Actualmente, Tibby no sabía en qué creían. Ya no hablaban de aquello.

Pero Tibby no era ellos. En lo que a Tibby se refería, no se te podía morir alguien a quien quisieras, a quien quisieras de verdad, sin creer en alguna clase de dios. Era la única forma de enfocarlo. Y, además, la propia Bailey -cómo había vivido, no cómo había muerto- era la prueba de que existía algo o alguien más allá de la esfera de las cosas racionales.

Y cuando Tibby pensaba en Bailey, tenía sentido, porque un dios que fuera lo suficientemente inteligente para querer recuperar a Bailey lo antes posible, también sería lo suficientemente inteligente para ver la belleza de Katherine. Katherine era demasiado buena para el mundo en el que vivía Tibby. Tibby encajaba en ese mundo perfectamente, pero Katherine no. Katherine era valiente, generosa y apasionada. Si ella no estaba en la lista de bailes de Dios, ¿entonces quién? Tibby se quedaría en un rincón del cielo, si es que conseguía ir, pero Katherine, igual que Bailey, bailarían con Dios polca, *hip-hop* o quizá *breakdance*.

“Por favor, no te la llesves todavía”, imploró Tibby. “Solo tiene tres años y la queremos demasiado como para sobrevivir sin ella”.



Tibby rezaba de una forma egoísta. Porque sabía que había sido culpa suya. Había abierto una ventana que siempre estaba cerrada. ¿Por qué lo había hecho? Sabía que Katherine quería trepar al manzano. Sabía que así era como se había caído por la ventana. “No lo hice adrede. Por favor, Dios, créeme”.

Había sido un accidente. Era horrible, pero no tan horrible como las veces en que Tibby le había fallado a su hermana pequeña a propósito. Tibby era celosa y resentida. Hería los sentimientos de Katherine escudándose en la ficción de que en realidad los niños pequeños no tenían sentimientos. Pero en el fondo, Tibby sabía que sí los tenían, probablemente más profundos que cualquiera.

Si Tibby hubiera querido a Katherine como se merecía, tal vez la pequeña no se habría caído por la ventana. Si Tibby le hubiera prestado atención y la hubiera levantado hasta una rama del manzano, Katherine no se habría precipitado por la ventana de nadie. Si Tibby no hubiera estado tan absorta pensando en Brian, tal vez esto no habría pasado.

El amor era la mejor protección que se podía tener. Y a pesar de que la imparable Katherine se lo merecía un millón de veces, Tibby no se lo había dado.

“Yo la quiero, Dios. La quiero muchísimo”. Lo único que quería Tibby era una oportunidad para hacerlo mejor.

Sonó el teléfono y Tibby se abalanzó sobre él.

— ¿Tibby?

Era su padre. Se llevó el teléfono a la cocina para que Nicky no pudiera oír.

— ¿Papá?

El cuerpo le temblaba.

— Cariño, va mejor. Los médicos dicen que se pondrá bien.

En aquel momento, Tibby se permitió llorar. Sollozó, gimió, hipó y tembló. Su padre hacía más o menos lo mismo al otro lado del teléfono.

— ¿Puedo ir? — preguntó.

— Todavía le están haciendo radiografías. Se ha fracturado el cráneo, y eso es lo más grave. También se ha roto la muñeca y la clavícula. Esperamos que eso haya sido todo. Está consciente y habla, pero es mejor que te quedes en casa con Nicky un par de horas más. Tráelo sobre las seis, que ya se habrán calmado las cosas por aquí, ¿vale?

— Vale. Pero quiero... tengo muchísimas ganas de verla, papá...

La voz de Tibby se ahogó entre llantos.

— Lo sé, cariño. Ya la verás.



\* \* \* \* \*

“Tib, soy yo, Carma. Hemos estado asustadas todo el día. Lenny me ha impedido que siguiera llamando a tu casa y luego ella ha llamado cinco veces más. Me alegra mucho que Katherine vaya a ponerse bien. Pienso en ti. Por favor, llámame cuando tengas un momento. Te quiero”. *Piiiiii*.

“¡Tibby! ¡Soy Bi! Dios mío, Lena me ha llamado para decirme lo de Katherine. Todavía estoy temblando. Pero se pondrá bien enseguida. Lo sé. ¿Me llamas? Te quiero”. *Piiiiii*.

“Tib, perdona que te haya estado llamando todo el rato antes. Soy Lenny. No podía soportar la espera. Me alegra mucho que las noticias sean buenas. Me pasaré a verte mañana, ¿vale? Animo. Te queremos”. *Piiiiii*.

\* \* \* \* \*

— ... y vi que estaba muy cerca y quise cogerla.

Katherine estaba incorporada en la cama del hospital, apoyada en almohadas, algo aturdida por la medicación pero con muchas ganas de contar su aventura a Tibby y Nicky, que estaban sentados con las piernas cruzadas al pie de su cama.

Tibby asentía enérgicamente, intentando no mostrar su agonía a cada palabra del relato. El corazón se le partía al verle la cabeza vendada y magullada, el yeso, el cabestrillo y los múltiples cortes y raspaduras. Todavía le afectaba más por el hecho de que Katherine no parecía darse cuenta.

—No llegaba y me subí —parecía que tenía remordimientos—. No me dejan subirme. Pero casi la tenía, por eso subí más. Y entonces —en este momento miró a Nicky—, me caí.

Nicky estaba extasiado. Su hermana nunca había hecho algo tan interesante.

—¿Al suelo? —preguntó casi sin aliento.

—Primero me agarré a lo de abajo de la ventana —explicó—. Quería volver a subirme porque los dedos me dolían porque yo estaba colgando.

Nicky asintió con los ojos bien abiertos y sin parpadear.

—No me pude subir, entonces vi las plantas blanditas y me caí.

—Oh —susurró Nicky.

—No son muy blanditas porque me he roto la cabeza —añadió Katherine en tono de conversación.



—¡Katherine! —Tibby no podía soportar aquello. Las imágenes eran demasiado horribles para asimilarlas. Giró la cabeza para controlarse. Cuando volvió a mirarla se tumbó boca abajo en la cama y le cogió los pies descalzos. Trató de sonreír—. ¿Sabes que eres muy fuerte y muy valiente? —se volvió a Nicky—. ¿A que sí? —sabía que era la admiración de Nicky la que ella iba a recibir como un tesoro.

—Sí —dijo Nicky solemnemente.

—Pero tienes que prometer que no volverás a hacer nunca una cosa así, ¿vale?

—Ya lo he prometido. Eso ya se lo he prometido a mamá y a papá.

Tibby se llevó a la cara los dos pequeños pies, presionando uno en cada mejilla, y cerró los ojos. Ternura y alivio, mezclados con culpabilidad y arrepentimiento, la desbordaban. Respiró profundamente y se obligó a reprimir las lágrimas. No quería que Katherine viera más llantos.

—¡Brian! —gritó Katherine con una alegría extraordinaria para una niña que se había fracturado el cráneo apenas ocho horas antes.

Tibby levantó la vista. Ya había sentido tantas cosas aquel día que no podía imaginar que iba a sentir alguna más.

El rostro de Brian estaba tenso, pero mantenía una expresión alegre al acercarse a abrazar las partes sin heridas de Katherine.

—Estás toda de una pieza, Kitty Cat —dijo—. Buen trabajo.

Katherine le dedicó una enorme sonrisa.

—Me he caído por la ventana de Tibby.

Brian le lanzó una mirada muy breve a Tibby, pero ella pudo leer en sus ojos que la protegía.

—Eso es lo que he oído.

Tibby se preguntó cómo se había enterado. Era muy de su estilo haberse plantado en el hospital sin más.

Tibby soltó los pies de Katherine mientras Brian la miraba con aquel modo suyo tan particular de hacerlo, proyectando desde sus ojos a los de ella todo lo que estaba pensando. Le preocupaba Katherine, pero también le preocupaba Tibby. Quería que se sintiera mejor, que no se sintiera mal ni responsable de lo que había sucedido. También quería (¿o serían imaginaciones de ella?) transmitirle que lo que había ocurrido entre ellos había ocurrido de verdad, que lo que le había dicho se lo había dicho en serio.

Ella también quería algo. Algo muy pequeño: volver a como estaban antes.

\* \* \* \* \*



Carmen estaba tumbada en su cama pensando en Katherine, preocupada por Tibby y, en general, dándole vueltas a las cosas. Su madre ya dormía, y eso que apenas hacía una hora que habían terminado de cenar. Una vez más, David no había llegado a la hora de la cena.

David estaba trabajando en un caso importante. Ver de cerca sus horarios le había convencido a Carmen de que jamás querría ser abogada. Por lo menos, no como David. Durante unas semanas había vuelto a casa a las siete la mayoría de las noches, a tiempo para cenar, pero el último mes nunca había llegado antes de las once, e incluso a esas horas estuvo atendiendo llamadas en su móvil. Algunas veces había salido de casa por la mañana para irse al despacho, y no había vuelto hasta la mañana siguiente. Y entonces se había dado una ducha y se había vuelto a ir. Carmen siempre había sospechado que la gente que trabajaba a ese ritmo, en el fondo no quería volver a casa, pero sabía que eso no era así en el caso de David. Estaba desesperado por estar en casa con Cristina. La adoraba. Carmen se daba cuenta de que se sentía genuinamente culpable y triste por cada cena a la que faltaba. Y eran prácticamente todas.

Según Cristina, estaba trabajando en un “asunto gordo”. Una empresa gigantesca que se engullía a otra empresa gigantesca, por lo que había entendido Carmen. Y todo lo que quería David era terminar aquel “asunto gordo” antes de que llegara el bebé. Y por esa razón trabajaba veinte horas al día.

Carmen contemplaba el techo, salpicado de las pegatinas fosforescentes de estrellas que había puesto llena de emoción cuanto tenía ocho años. Debería haber una ley que prohibiera a los niños de ocho años decorar su habitación, en especial cuando hubiera pegatinas de por medio. ¿Por qué la niña de ocho años le había impuesto a la de diecisiete tantas calcomanías bobas y tantas pegatinas de unicornios translúcidas para la ventana? Era imposible despegarlas.

La verdad era que seguía teniendo cariño a las estrellas fosforescentes, pero aquella noche hacían que el techo pareciera estar más cerca y no más lejos.

Pensar en la niña de ocho años le llevó a recordar a la de cuatro, la responsable de haber atiborrado el armario de muñecas embellecidas (digamos, mutiladas). Y eso le hizo pensar en cuando era un bebé, que también había ocupado aquella misma habitación. Y eso, naturalmente, le hizo pensar otra vez en bebés.

Quería dejar un vacío cuando se fuera a la Universidad. Puede que fuera una actitud egoísta, pero era así. Quería salirse del cuadro de su vida anterior y dejar un agujero muy grande para cuando volviera. Al menos para que le diera la oportunidad de volver.

Pero ahora parecía como si en cuanto saliera de su vida, esta fuera a cerrarse tras ella, como si nunca hubiera estado allí. El cuadro volvería a formarse casi



instantáneamente con una familia nueva en lugar de la suya antigua, y ella no podría regresar jamás. Así era como lo sentía. Tenía miedo de desaparecer. Tenía miedo de perder su sitio.

El techo empujaba hacia abajo. La presión que notaba bajo los ojos empujaba hacia arriba. Sentía como si los globos oculares estuvieran en una prensa. Se levantó de la cama y encendió la luz. Movi6 el rat6n para activar el ordenador, que estaba en reposo. Se conect6 y, sin pensarlo, entr6 en la *web* de la Universidad de Maryland. Lentamente, se movi6 por la p6gina. Era la propaganda habitual de los centros de educaci6n superior. Se encontr6 a s6 misma seleccionando el enlace para las inscripciones, y de ah6 el formulario de solicitudes *on-line*. Esta universidad aceptaba inscripciones, mientras hubiera plazas, hasta el inicio de las clases. Se pregunt6 si todav6a habr6a plazas. Su mano la oblig6 a hacer "clic" en el icono de imprimir.

Sus ojos se posaron muy brevemente en el mont6n de folletos y papeles de la Universidad de Williams. Formularios m6dicos, informaci6n de alojamientos, el programa de las asignaturas, un mapa que indicaba el lugar rodeado de verde, en el oeste de Massachusetts, donde se encontraba el campus, a m6s de siete horas al norte de su casa.

Escuchaba el zumbido y el traqueteo de su impresora y se preguntaba: "¿Y si al final no se iba? ¿Y si no desaparec6a?"



## Capítulo 9

*Por aerodinámica el abejorro no debería poder volar, pero el abejorro no lo sabe y por eso sigue volando. Mary Kay Ash.*

—Me he comprometido a hacer otro turno más en el trabajo—le anunció Lena a su padre durante la cena, cuando él le preguntó cómo le había ido el día—Voy a hacer también el turno de cuatro a siete—mientras lo decía, miraba su plato de pasta.

—Excelente —opinó su padre.

—¿Cómo está Katherine? —quiso saber su madre—. ¿Has podido acercarte hoy?

—Sí —Lena sonrió al pensar en lo que le había contado la niña. Aquella tragedia se había convertido en el incidente más emocionante de su corta vida—. Está fenomenal. Lo que pasa es que tendrá que llevar un casco de hockey hasta el final del verano.

—Yo tuve que llevar un casco de hockey —comentó Effie, arrastrando el tenedor de ensalada por el plato y produciendo un sonido irritante—. ¿A que sí, mamá?

—Durante una semana —respondió Ari—. Tuviste una conmoción, no una fractura, gracias a Dios.

Lena masticó un trozo de pan. ¿Por qué las hermanas pequeñas se abrían la cabeza? A Lena nunca le habían dado ni un punto.

—¿Esta salsa cómo llamáis? —preguntó Valia con una voz excesivamente alta.

—Pesto —dijo la madre de Lena de forma tajante.

—No sabe buena.

Valia la inspeccionó con el tenedor.

Estaban todos callados, esperando a que pasara ese momento. Incluso Effie se vio obligada a callar.

Un rato después, Lena se encontraba lavando los platos en el fregadero. Se puso rígida cuando oyó detrás de ella el sonido de las chanclas de su abuela, que entraba en la cocina.



—Hoy yo chateando con Rena.

—¿Ah, sí? —dijo Lena sin girarse. Esas conversaciones no le gustaban.

—Ella me dice Kostos y aquella mujer ya no viven juntos.

Lena cerró los ojos y se quedó quieta con las manos dentro de la espuma. Le alegró que Valia no pudiera verle la cara.

Valia tenía muchas razones para estar amargada, y Kostos era una de ellas. Su mayor sueño había sido que su apuesto y querido nieto postizo, Kostos, se hubiera casado con su hermosa nieta Lena. No parecía darse cuenta de que su propia pena y su decepción se multiplicaban por mil en Lena. Si se hubiera dado cuenta, tal vez no le traería noticias de Oia con tanta frecuencia.

El bebé que esperaban Kostos y Mariana, la razón de su apresurado matrimonio y de que a Lena se le rompiera el corazón al final del verano anterior, no se materializó. Aquel fue el primer trueno que llegó, en algún momento de diciembre. Valia estuvo mascullando esta noticia durante semanas. Nadie supo exactamente qué sucedió o por qué, pero hubo especulaciones sin fin. Valia tenía tantos prejuicios sobre este tema que Lena dudaba de cualquier información que le daba. Quizá sí existía un pequeño Kostos adorado por todos.

Entonces, como ahora, Lena quería que estos rumores fueran ciertos y a la vez que no lo fueran. La mejor parte de ella no quería que fueran ciertos. Ya le costaba bastante trabajo olvidarse de Kostos y seguir con su vida. No podía abrir su mente a las especulaciones porque si no la paralizarían. No quería saber nada de Kostos. Fuese lo que fuese lo que había sucedido, ya había pasado. Pero, sin embargo, sí quería saber.

La misma presencia de Valia y su conexión con Oia eran una espina en el corazón de Lena que empeoraba la herida cuando parecía estar sanando.

—Kostos vive en un apartamento en Vothonas, cerca del aeropuerto. Trabaja para una empresa de construcción.

Lena no podía controlar sus pensamientos. Lo habría hecho si hubiera podido.

¿Habría tenido Mariana un aborto espontáneo y por tanto contaba con la solidaridad de Kostos? ¿O habría sido una farsa y él la despreciaba? ¿Habría llegado Kostos a amar a su esposa? ¿O a odiarla? ¿Habría otro bebé, si no nació el primero? Estos eran los pensamientos habituales que tenía miles de veces. Ahora tenía algunos nuevos que añadir: ¿Se estaban separando de verdad Kostos y su mujer? ¿O su cambio de domicilio era temporal debido a su trabajo nuevo y ella se reuniría pronto con él?



Si a Lena le hubieran dicho que sometiéndose a terapia de electroshock se libraría de estas reflexiones, se lo habría pensado.

—Qué interesante —dijo débilmente hacia la pared. No podía dejar que Valia viera cuánto le afectaban estos boletines informativos.

Valia se lanzó a dar sus opiniones y Lena dejó de escuchar. Terminó con los cacharros lo más rápido que pudo, se disculpó educadamente y salió disparada hacia su habitación. Llamó a Tibby y estuvo hablando con ella sobre nada en particular. Limpió su habitación, que ya estaba limpia.

Se metió en la cama con un libro y trató, como tantas otras noches, de no pensar en Kostos.

\* \* \* \* \*

—Está un poco más alto, ¿verdad? —la pregunta de Bridget flotó hacia las vigas del techo que estaban a varios palmos sobre su cabeza. Parte de ella le llegó a Diana, que estaba en la litera de abajo.

—Esto... Sí, supongo.

Bridget tamborileó con los dedos de los pies sobre la barra de metal de la cama.

—Uf, mira que es mono. En mis recuerdos no exageré esa parte de la historia.

—¿Bridget?

Era la voz profunda, lenta e irritada de Katie desde el otro extremo de la cabaña.

—¿Sí?

—¿Por qué no te callas?

Bridget se rió. Apreciaba la franqueza.

—Vale.

Estaba contenta. No podía evitarlo. Le alegraba que Katherine estuviera bien. Le alegraba sentirse contenta en vez de desgraciada al pensar que Eric Richman estuviera durmiendo en una cama a menos de cien metros de allí. Bridget golpeteó una vez más con los dedos de los pies. Marcó un ritmo que se aproximaba a *Walkon the Wild Side*. Se puso boca abajo. Se aclaró la garganta.

—¿Puedo decir una cosa más?

—No —ladró Katie, pero en su ladrido se percibía cierta diversión.

—¿Porfa?

—¿De qué se trata, Bi? —preguntó Diana algo cansada.



Había tenido más de veinticuatro horas para digerir el hecho de que iba a pasar el verano con el mítico Eric. Lo había visto dos veces aquel día. Se habían sonreído, aunque no habían hablado. Bridget había experimentado la misma sensación de efervescencia que cuando lo conoció. Y tal vez eso fuera peligroso. Pero ahora ella era diferente. Se sentía diferente.

—No me importa que esté aquí —le informó a Diana—. Creo que voy a poder con ello.

\* \* \* \* \*

**LennyK162:** Por fin he hablado con Bi. No puedo creerme lo de Eric.

**Carmabelle:** Yo tampoco. Pero ella dice que está bien.

**LennyK162:** ¿La creemos? ¿Nos vamos a Pensilvania y la arrastramos a casa?

**Carmabelle:** Vamos a darle una semana.

\* \* \* \* \*

Aquel día Valia tenía cita con el médico. Al parecer, sus riñones estaban haciendo algo raro, así que debían examinarle una cosa u otra en el hospital cada dos semanas.

Era su primera salida y Carmen la recibió de buena gana. Solo el hecho de salir de casa ya era bueno. Incluso si un *bulldozer* las aplastaba a las dos al dar el primer paso fuera de casa, habría sido preferible a otra larga tarde en la oscurecida salita de los Kaligaris.

Además, aquel día le tocaba a Carmen llevar los pantalones vaqueros compartidos, y no iba a ocurrir nada mágico estando con Valia.

Carmen y Valia solo habían estado juntas una semana y ya habían entrado en la monotonía. Después de chatear como loca y gritarle al ordenador—y a Carmen— durante un par de horas (a la vez que escuchaba también la televisión), las energías de Valia comenzaban a agotarse. Hacia las tres de la tarde se iba a un sillón mullido y empezaba a cabecear a medida que el sueño la reclamaba. Era más o menos a la hora de *Fuerza y Belleza*. Carmen se ponía justo al borde de la silla y con mucho cuidado, lentamente, cogía el mando del televisor. Luego, esperaba unos minutos interminables, si hacía falta, hasta que los arrugados párpados de Valia se cerraban. Luego esperaba todavía más. Luego... lentamente, bajaba el volumen y, lentamente, recorría los canales. En ese momento, el corazón se le subía a la garganta. En cuanto llegaba al canal cuatro, se imaginaba que tenía la victoria al alcance de la mano, anhelaba ver por primera vez los ojos turquesa de Ryan Hennessey... y luego...

Valia se enderezaba en su sillón y chillaba.

—¡Ese no mi programa!



Y Carmen, derrotada de forma patética, volvía al programa de Valia. Y luego el ciclo empezaba de nuevo.

Así que Carmen, en el momento de entrar en su coche con Valia, se sintió vergonzosamente agradecida por los riñones averiados de Valia. Hizo oídos sordos al sermón de diez minutos que le soltó Valia porque consideraba que no cogía el volante del modo correcto.

Llegaron absurdamente pronto a la cita gracias a la prisa que tenía Carmen por salir, así que fue toda flexibilidad cuando Valia insistió en parar en una heladería a la vuelta de la esquina del hospital. ¿Quién era Carmen para rechazar un helado?

Valia quiso pistacho. No, mejor no, caramelo con nueces. No, ese no iba a estar bueno.

—¿Por qué ponen galletas en helado? —exigió saber.

—¿Qué es... “anises” aquí?

—¿Quién come esa cosa morada?

Carmen vio la expresión de la chica del mostrador y le resultó familiar. Era la que se imaginaba que había tenido ella misma durante unas treinta horas la semana anterior.

Por fin, tras un calvario de preguntas y críticas no solicitadas, Valia acabó decidiéndose por el helado de menta. Era verde chillón y de aspecto viscoso.

Valia lo probó y trató de pasárselo a Carmen.

—Lo odio. Cómelo tú.

—No lo quiero.

—Lo odio —Valia seguía insistiendo en que lo cogiera.

Carmen estaba que echaba humo. Ella también odiaba el asqueroso helado de menta de Valia. Es más, odiaba a Valia. Valia era un bebé grande y gordo. Carmen odiaba a los bebés. Odiaba a los ancianos. Y odiaba a todos los de en medio. Odiaba a todo el mundo.

Excepto a él.

Era un chico—puede que de su edad o algo mayor—que entró en la heladería justo en el momento en que Carmen esquivaba el viscoso helado verde.

No lo odiaba, aunque con la marcha que llevaba, tal vez podría aprender a hacerlo. No era Ryan Hennessey ni nadie por el estilo, pero de todos modos algo de él la impresionó. Tenía el pelo liso de color castaño tirando a rubio y algo despeinado. Tenía las cejas casi rubias y las pecas le daban un aire travieso, como si nada le importase demasiado. Sus ojos, sin embargo, daban la impresión de todo lo



contrario. Carmen le miró a la cara un poco más tiempo de lo que hubiera sido aceptable. Cuando volvió a girar la cabeza, vio que la bola de helado se tambaleaba en el cono que sostenía Valia, y era demasiado tarde para estabilizarla. Como era de esperar, la bola cayó al suelo y se deslizó unos treinta centímetros. Valia, indignada, le gritó algo a Carmen en griego y luego hizo como que se iba de allí. Pero el helado de menta no solo parecía viscoso. El tacón de Valia pisó la estela del helado y Carmen vio horrorizada cómo la anciana se venía abajo dándose un fuerte golpe. El grito de Carmen y el chillido de Valia se mezclaron y fusionaron en el aire.

Casi instantáneamente, Carmen sujetaba a Valia en sus brazos. Era más ligera y delgada de lo que ella se imaginaba. Tenía los ojos apretados y el rostro retorcido de dolor. A Carmen le pareció evidente que su pierna derecha se había doblado por donde no debía. Cuando Valia abrió los ojos, Carmen vio que estaban llenos de lágrimas borrosas y se sintió muy mal. Sus propios ojos se llenaron también de lágrimas.

—Oh, Valia —murmuró Carmen tratando de encontrar cómo sujetarla bien por debajo de los brazos—. Lo siento mucho —oyó que de su propia boca se escapaba un pequeño sollozo.

En ese momento, Carmen vio otro par de brazos en el grupo. Era el chico al que todavía no odiaba. Le estaba ayudando a levantar a Valia del suelo pegajoso.

Los pocos clientes que había ya estaban alrededor y apareció la chica del mostrador balanceándose con nerviosismo de un pie al otro.

Valia gimió.

—Tengo la pierna mal —dijo—. No la mováis. Por favor.

—Vale —respondió Carmen en tono tranquilizador—. No pasa nada.

—Si apoya el brazo en mi hombro, yo puedo sostenerle la pierna —sugirió el chico. Se colocó en posición y le hizo un gesto a Carmen para indicarle que era el momento de levantarla. Ella hizo lo que le decía.

Valia gimió otra vez, pero ya la habían levantado del suelo.

—Valia, la sala de urgencias está justo a la vuelta de la esquina. La vamos a llevar allí, ¿vale?

Valia asintió. En un momento, la ferocidad había abandonado sus rasgos y estos reposaron en su rostro adoptando una especie de dulzura a pesar del evidente dolor.

—¿Lista? —le preguntó el chico no odiado a Carmen con el movimiento de sus labios. De repente eran compañeros.

Empezaron a caminar. Carmen le susurraba a Valia al oído palabras tranquilizadoras. Al salir de la heladería, los brazos de Carmen estaban tan ocupados



que no pudo detener la puerta al cerrarse detrás de ella. El canto metálico le golpeó fuerte en la parte posterior del brazo. Carmen hizo todo lo que pudo para no tropezar ni gemir. Apretó los labios y trató de no soltar las lágrimas que inundaban sus ojos. Se dio cuenta de que el chico la miraba. Se fijó en su brazo: ella no había reparado en la sangre hasta que la vio él.

Encogió ligeramente los hombros. “No pasa nada”, dijo con los labios por encima de la cabeza de Valia. Se puso que no le salieran las lágrimas.

En la sala de urgencias pusieron con cuidado a Valia, que tenía la cara pálida, en una silla. Entonces Carmen entró en el modo de eficacia pura. Llegó hasta el comienzo de la fila con sus explicaciones, y recogió formularios que prometió rellenar en cuanto Valia estuviera en manos de un médico. Como un milagro, Carmen descubrió que uno de los médicos de urgencias hablaba griego y en poco tiempo Valia estaba a salvo y agradecida en la sala de reconocimiento, con las palabras griegas actuando como un paliativo en sus oídos.

Entonces Carmen se acordó del chico no odiado. Cuando volvió a la sala de espera, él seguía allí, con los codos apoyados en las rodillas, sentado en una silla de plástico.

—Gracias —dijo inmediatamente de todo corazón—. Has sido muy, pero que muy amable.

—¿Está bien? —preguntó.

—Espero que sí. Hay un médico que habla griego y eso la ha puesto contenta. Parece que piensa que podría haberse desgarrado un ligamento de la rodilla, pero no cree que se haya roto ningún hueso, y eso es bueno. De todos modos, van a hacerle una radiografía por si acaso.

Era curioso tener todo aquello que decir, tener todo aquel proyecto en común con un chico sin ni siquiera saber su nombre.

Se sentó a su lado. Él le dio una servilleta de papel mojada que tenía en la mano.

—Para ti —le señaló el brazo.

—Oh. Madre mía. Tienes razón —la sangre había dejado de salir y empezaba a secarse, pero de todos modos parecía un poco desagradable. Se la limpió con la servilleta—. Gracias.

—¿Estás bien?.

—Perfectamente. Es un rasguño —era mucho más que un rasguño, pero le gustaba la sensación de ser valiente.

Carmen miró la servilleta manchada de rojo. Él la miró a ella.



—Bueno... Muchas gracias... otra vez —pronunció en voz baja. Carmen quería darle a entender que podía marcharse si quería, pero no parecía que él quisiera irse todavía.

Seguía mirándola, como si intentara entender algo.

—Trabajo aquí —dijo para romper el silencio.

—¿De verdad?

—Bueno, soy voluntario, para ser más exacto. Estoy empezando Medicina, así que, ya sabes, quiero dedicar tiempo al mundo real de la medicina. Para ver si sirvo para esto.

—Seguro que sí —Carmen se ruborizó sorprendida de haber dejado que eso saliera de su boca.

—Gracias —respondió él bajando la vista por primera vez.

Estuvieron en silencio un momento. Él llevaba unas Puma marrones. Tenía destellos dorados de barba en la cara, como un auténtico adulto. Su cabello tenía ese brillo especial de alguien que pasa mucho tiempo en una piscina. Tenía los hombros anchos y el torso fuerte y esbelto; sin lugar a dudas, era el cuerpo de un nadador.

—¿Es tu abuela? —le preguntó.

—Ah. ¿Valia? No. Es... bueno, es... en realidad es la abuela de mi amiga Lena. La traía aquí para que le hicieran unas pruebas... es decir, no a urgencias, eso no formaba parte del plan.

—Ya —sonrió. Le estaba mirando otra vez el brazo.

Con cierta frivolidad, se sintió contenta de haberse lastimado una parte del cuerpo que ella sentía que era particularmente atractiva.

—Puede que tengas que volver otra vez. Para las pruebas.

—Seguro que volveré —afirmó—, Valia no puede conducir hasta aquí, sobre todo ahora, y yo de momento tengo el coche y...

El asintió. Se levantó para irse.

—Puede que te vea otra vez. Espero que sí.

—Yo también —dijo débilmente viéndolo marchar. Sintió que el corazón le recorría distintas partes del cuerpo donde no lo había sentido latir hasta entonces.

Y, sin embargo, al repasar la conversación, sintió un poco de aprensión. Valia era la abuela de su amiga Lena. Carmen la había traído para que le hicieran unas pruebas. Carmen tenía un coche para ella sola.



Además, a Carmen le pagaban ocho dólares y medio por hora. Se dio cuenta de que debía haberlo dicho también



## Capítulo 10

***Golpea el asunto una vez. Luego vuelve y golpéalo otra vez. Después, golpéalo por tercera vez... dale un leñazo tremendo. Winston Churchill.***

Hoy iba a ser un día durante el cual Bridget casi seguro le vería la cara a Eric Richman y él se la vería a ella. Eso hacía que vestirse fuera un proyecto diferente de lo habitual. En general no le daba mucha importancia a eso. O, si se la daba, era para satisfacer su exuberancia (como los pantalones de color rosa muy brillante) o su idiosincrasia (como el jersey verde de cuello alto que todo el mundo odiaba).

Esta mañana era más bien su vanidad la que exigía satisfacción. ¿Quería la cola de caballo alta? No. Demasiado sería. ¿Trenzas? Carmen tenía un aire sexy cuando se peinaba en dos trenzas, una a cada lado, pero en el caso de Bi acababa pareciéndose a Heidi. De todos modos, ¿cuánto deseaba utilizar esa arma en concreto?

“El Pelo” con mayúscula, como lo llamaba Tibby. Había provocado mil comentarios. Los conductores hacían sonar el claxon y los chicos del reparto silbaban, hasta los hombres respetables detenían la mirada demasiado tiempo. Los peluqueros hacían exclamaciones al verlo como si fuera un milagro viviente. El Pelo. El pelo de Marly, el pelo de Greta. En realidad no era más que un puñado de células muertas que brotaba del cuero cabelludo, pero era algo especial que tenía.

“¿Quiero llamar tu atención?”, se preguntaba acercándose tanto al espejo que sus ojos formaban un gran ojo de cíclope.

El espejo de la abarrotada cabaña tenía manchas grises y solo reflejaba desde la mitad de la cadera hasta la mitad de la frente. Si se separaba de él, acabaría sentada en la desordenada litera de Katie.

No debería importarle tanto. Sintió un desagradable zumbido alrededor de la cabeza: expectativas arracimándose como millares de mosquitos. No le gustaban. Se negó a tenerlas.

Sencillamente... se pondría los primeros pantalones cortos que encontrara. Y bueno, vale, eran los Adidas azules cortitos que eran tan monos. Y el primer *top*. Bueno, el segundo, porque era el blanco de tirantes y quedaba mejor que el primero. Y el pelo. Simplemente se lo dejaría suelto. No estaba preparando una trampa.



¡Desde luego que no! Solo... tenía prisa. Una entrenadora no podía llegar tarde. Se puso un coletero elástico en la muñeca por si acaso.

Salió descalza de la cabaña llevando las botas de fútbol por los cordones. Había crecido tanto que probablemente sería más alta que Eric cuando se calzara.

Había ya cinco entrenadores por el centro del campo. Uno de ellos resultó ser Eric. No es que sus ojos fueran primero en aquella dirección.

Como había leído, por fin, el manual del campamento poco después del amanecer, porque no podía dormir, ahora sabía cómo iban las cosas. El campamento se dividía en dos partes: chicos y chicas. Cada parte estaba formada por seis equipos que jugarían al fútbol durante cuatro horas cada mañana. Se juntaría a los chicos y las chicas para el entrenamiento de velocidad y agilidad durante una hora por la tarde, y luego para el resto de las actividades: natación, esquí acuático, senderismo, *rafting* y todas las demás cosas que se hacen en los campamentos. Después de cenar había un par de horas libres. Generalmente había una película o algo así.

Ahora que se había molestado en mirar la lista de entrenadores (en la que, efectivamente, el nombre de Eric Richman aparecía en tipografía de cuerpo doce) que había estado doblada dentro de un sobre en su habitación de casa, sin leerla, Bridget sabía que a ella le habían asignado el entrenamiento de un equipo masculino. Estaba bien. Diana era entrenadora de un equipo femenino, eso era lo único negativo. Se lo habrían pasado bien juntas.

Bridget se sentó en medio del campo y sacó los calcetines que guardaba hechos una bola dentro de las botas. Se los puso, se calzó y se ató las botas. Sintió el calor del sol en la cabeza.

“Ahora es distinto. Ahora todo es distinto”, se iba diciendo. Pero no estaba segura de estar escuchándose. Eric se le fue acercando con la expresión algo desconcertada que acostumbraba a tener desde hacía dos veranos, cuando se encontraba cerca de ella. Bridget le siguió con los ojos.

Los campistas se estaban reuniendo. En principio todos debían tener entre diez y catorce años, pero en los chicos, en particular, había tantas diferencias que resultaba casi cómico. Algunos parecían niños pequeños. Otros daban la impresión de ser casi adultos.

Vio a Manny, que iba a ser su monitor; lo había conocido el día anterior durante las reuniones de entrenadores. Lo saludó con la mano y él le devolvió el gesto.

El director de los chicos hizo sonar el silbato. Joe Warshaw. Había jugado para el Terremotos de San José y eso le hacía bastante famoso. Bridget se puso en pie y sacudió las piernas. Aquello era emocionante. Había sido entrenadora extraoficial en Burgess (Alabama) el verano anterior. Había entrenado varias veces como profesora



en jornadas sobre fútbol. Había sido muchas veces la ayudante del entrenador de los pequeños en el instituto. Pero nunca había tenido un equipo propio para entrenarlo.

Sabía que su fama la precedía. Aquella mañana ya había oído murmullos a sus espaldas durante el desayuno. Aquel año no solo era la entrenadora más joven, sino también la única jugadora de la Selección Nacional Estudiantil que provenía de un instituto.

Había pasado la mayor parte de su vida en sitios donde sus logros en el fútbol no importaban tanto. Sus amigas no eran deportistas. La apoyaban todo lo que podían. Las tres habían llorado en la ceremonia de entrega de premios. Pero no entendían del todo lo que significaba, y ella tampoco pretendía que lo hicieran. Le encantaba cuánto la querían por todo lo demás. Su padre, siempre ocupado en otras cosas, pensaba que ser nacional era comparable básicamente a ser del equipo del instituto. Y su hermano había asistido en total a uno solo de sus partidos. Pero aquí era como ser una celebridad. Esos niños reverenciaban lo que ella había conseguido. Y Eric. Él, más que nadie, sabía lo que significaba.

Acabó al lado de Eric cuando el director fue llamando a los equipos. No fue totalmente a propósito. Era el único a quien conocía. (De qué forma tan extraña lo conocía.) Y era un sitio perfectamente natural para estar.

“No es que vaya a hacerlo otra vez”, se prometió.

A veces, cuando pensaba en Eric, y ahora con más fuerza cuando lo veía, sentía una dolorosa nostalgia de como solía ser ella misma. Por la persona indomable y valiente que había sido. Había algo vagamente mágico sobre aquel tiempo. Había ciertas cualidades que poseías sin valorarlas, y no podías recuperarlas una vez que se habían ido. El mismo acto de preocuparse por ellas hacía que fuera imposible recobrarlas.

Ese espíritu no había desaparecido del todo. Todavía lo conservaba, pero en una versión mucho más moderada. Aquel tiempo con Eric en Baja California había sido a la vez la culminación de la magia y su calamitoso final. El había conseguido provocar las dos cosas.

Ahora ella era un poco más frágil. O no. Tal vez era menos frágil. Tal vez se había reconciliado con sus heridas y sabía cómo protegerlas. Era más autoprotectora, eso era verdad. Pero era una chica sin madre. Tenía que protegerse sola.

Bridget tenía la sensación de que ya era popular entre su equipo. Los niños que le habían asignado actuaban entre ellos como si le dieran una gran importancia a que les hubiera tocado con ella. Mientras se reunían a su alrededor ahora, algunos tenían una expresión de franca admiración y algunos parecían asustados. Contaba con varios chavales capaces y con buena musculatura. Uno de ellos, rubio, hablaba con acento extranjero. Por alguna razón, el que le llamaba más la atención era un niño de



cara ancha, pecosa y de rasgos afilados, que tenía unas piernas largas flacuchas y unos pies extremadamente grandes. Su cara era estupenda (llena de entusiasmo), pero incluso estando quieto ya se le veía descoordinado. Era evidente que iba a ser un reto.

Mientras los equipos se ponían sus camisetas (el de Bridget las llevaba de color azul cielo), se encontró de pie cerca de Eric otra vez.

—Eres popular, ¿verdad? Yo nunca he notado como hoy que era una desilusión para los chavales —dijo Eric, riéndose; y a ella le agradó, si quería decir lo que creía que quería decir.

—Bueno, ¿y qué tal? —le preguntó ella con cierta indiferencia. Quería que él supiera que ahora ella era distinta—. Estás moreno.

—Acabo de pasar dos semanas en México.

Bridget sintió que su cara se ponía tensa. ¿Qué le estaba intentando decir? Ella nunca había sido la clase de persona que pensara demasiado en los motivos de la gente y no le apetecía empezar a hacerlo ahora.

Por la cara que ponía él, parecía reconocer que ya los había empujado a un territorio algo delicado.

Ella se aclaró la garganta.

—¿Y qué tal te lo has pasado?

Estaba incómodo.

—Estuvimos con mi abuela en Mulege. Y luego nosotros viajamos hacia el sur, a Los Cabos, y terminamos quedándonos en México capital durante unos días.

Bridget oyó una palabra más alta que las otras. Estaba hablando de “nosotros”. ¿Qué era “nosotros”? ¿Quién era “nosotros”? No iba a quedarse pensándolo.

—¿Quién es “nosotros”?

Él hizo una pausa. Ya no la miraba.

—¿Nosotros? Oh, ah, yo y Kaya. Mi novia.

Bridget asintió. Su novia. Kaya.

—Vaya. Me alegro por ti.

¿Había querido él contarle esto? ¿Había querido no contárselo?

—Hasta luego —dijo Bridget aturdida, y se alejó para buscar un sitio donde reunir a su equipo. Deseaba haber podido fulminar con un insecticida a aquellas expectativas que volaban a su alrededor zumbando.



“Tenías esperanzas, admítelo”. Odiaba la falta de honestidad, especialmente en ella misma. “Sabes que las tenías”.

\* \* \* \* \*

Lena miró por la ventana del autobús. Iba vacío, así que puso las piernas sobre su asiento y las rodeó con los brazos, disfrutando al sentir en su piel los pantalones vaqueros compartidos. Había sido una tarde de dibujo maravillosa, casi mágica. En parte por llevar los vaqueros, y en parte porque sentía que estaba mejorando de verdad.

Recordó la última pose del día (veinte minutos). Lo que más le gustaba eran las poses largas. Ahora tenían una modelo nueva, Michelle. Tenía las caderas redondeadas y los brazos tremendamente largos. A Lena no se le ocurría evaluar a la modelo en términos de belleza. Michelle representaba una serie de retos de dibujo. Lena miraba por la ventana del autobús, pero veía los codos de Michelle.

A Lena le gustaba el tiempo que pasaba en el autobús y el lento paseo desde la parada hasta su casa a la dulce luz del final del día. Le ofrecía una transición entre la meditación de su clase y las tensiones de su casa.

Aquella noche fue recibida con aspereza. Su padre ya estaba gritando antes de que dejara la bolsa.

—¿Dónde has estado? —no se había quitado aún el traje. No parecía relajado.

Ella mantuvo la boca cerrada. Tuvo la sensación de que ya sabía dónde no había estado.

—He pasado por el restaurante cuando volvía a casa para saludar y tú no estabas allí —tronó.

Ella sacudió la cabeza. Sintió un latido sordo en su pecho. Esperaría a averiguar hasta dónde sabía antes de intentar atajar el problema.

—No haces el segundo turno, ¿verdad?

Ella volvió a sacudir la cabeza.

—Estabas en esa clase de dibujo, ¿a que sí?

¿Tenía sentido negarlo? Había muchas reglas explícitas para los vaqueros, pero se dio cuenta de que había una implícita también: no podías mentir cuando los llevabas. Al menos, ella no podía.

Necesitaba respirar otra vez.

—Sí.

La cara de su padre se movió y retorció llena de rabia. Los ojos se le salían. Eso era lo que siempre había temido. Ella y Effie sabían que cuando se le ponían los ojos así,



se habían metido en un buen lío. Había ocurrido muy pocas veces durante su infancia. Pero en aquellos largos meses desde que se había traído a su madre en contra de su voluntad, sucedía con mucha más frecuencia.

La madre de Lena apareció en el vestíbulo detrás de él. Estaba consternada.

—Vamos a hablar de esto con tranquilidad. George, ¿por qué no te cambias antes de cenar? Lena, ve a dejar tus cosas.

Tuvo que tirar de George como un entrenador que conduce a su boxeador hasta su rincón.

Lena corrió escaleras arriba y cerró la puerta de su habitación. Esperó a ver si necesitaba llorar. Aguantó un par de sollozos. Una lágrima le cayó a la rodilla de los vaqueros. Las mejillas le ardían y sentía latir el pulso por todo el cuerpo.

La cena fue silenciosa y tensa. Effie estaba en casa de una amiga. Las quejas de Valia, renovadas por la lesión de su rodilla, aliviaron la tensión más que empeorarla, así de espeso estaba el aire. Al menos alguien hablaba.

Después de cenar, Lena, su madre y su padre se encerraron en la salita.

La rabia de su padre ya no era tan violenta, pero parecía haberse hecho más honda.

—He estado pensando, Lena.

Estaba sentada sobre sus manos.

—Me molesta profundamente que nos hayas mentido.

Inspiración. Expiración.

—Mira, nunca me ha gustado la idea de que vayas a una facultad de Bellas Artes —siguió—. No es práctico, es caro, y dentro de cuatro años no tendrás perspectivas laborales. No puedes pensar en serio que te ganarás la vida como artista.

Lena miró a su madre. Sabía que Ari estaba atrapada. No estaba en desacuerdo con su marido, pero tampoco estaba de acuerdo.

—Después de ver esa clase, sentí que no era adecuada para ti en otros aspectos también. No es un buen ambiente para una chica joven. Algunos padres pueden aceptar esa clase de entorno para sus hijas, pero yo no puedo —por lo menos, no estaba gritando—. Esto ya se lo he dicho a tu madre. No puedo apoyar tu decisión. No vamos a pagarte la Escuela de Arte de Rhode Island. Te pagaremos una Universidad normal, pero eso no.

Lena estaba boquiabierta.

—¿No es un poco tarde para tomar esta decisión? —su voz sonaba áspera.



—Yo creo que puedes encontrar una carrera. Tus notas son buenas. Algunas universidades todavía aceptan solicitudes. Si no, puedes inscribirte para el otoño siguiente y quedarte en casa y trabajar para ganar dinero.

“Antes me moriría”, sintió ganas de gritarle. Pero no lo hizo. No dijo nada. ¿Qué podía decir? ¿Qué le iba a importar a él? Desde luego, sus sentimientos no.

La estaba castigando por desobedecerle. Estaba vistiendo su castigo con la ropa del sentido práctico, haciendo como que era un buen padre, pero ella sabía lo que era.

Sacó las manos de debajo de ella. Estaban tan frías como el mármol. La sangre había dejado de circular por su cuerpo.

Se levantó despacio y salió de la habitación. Él no escucharía sus palabras. Dudaba también de que fuera a escuchar su silencio



## Capítulo 11

*Patrick: "Estoy loco"*

*Bob Esponja: "¿Qué te ocurre, Patrick?"*

*Patrick: "No puedo verme la frente".*

Carmen tenía una cosa curiosa y ella la conocía de sobra: podía entender, analizar y predecir las consecuencias exactas de su comportamiento alocado y autodestructivo y a pesar de ello comportarse así de todos modos. Eso se llamaba premeditación y hacía que la gente tuviera que ir a la cárcel para toda la vida en vez de solo durante unos años.

¿Qué hacía que una persona fuera así?

Mientras Carmen se encontraba una vez más tumbada esperando a su cansada madre, haciendo como que ojeaba una revista en el salón, estaba llena de premeditación culpable.

Sin embargo, esperó amablemente para atacar a que su madre se hubiera quitado los zapatos y se hubiera echado en el sofá. Ahora que la verdad sobre el bebé había salido, el vientre de Cristina se expandía de forma notoria.

—Hoy me ha llamado la encargada de admisiones de la Universidad de Maryland —dijo Carmen sin darle importancia, pasando las páginas de la revista más bien deprisa.

La verdad era que a Carmen no le ilusionaba la idea de pasar su primer año de carrera en la Universidad de Maryland. Era una buena Universidad, pero no era tan fantástica como Williams. Era enorme y anónima, mientras Williams era pequeña y personal.

Lo que a Carmen le ilusionaba, de modo algo perverso, era decírselo a su madre.

Cristina estaba demasiado cansada para expresar toda su confusión.

—¿Por qué?

—Porque hice una solicitud y la señora de las admisiones quería decirme que estaban haciendo una excepción y me admitían.



Cristina intentó incorporarse un poco.

—Nena, no tengo ni idea de qué me estás hablando.

—Estoy pensando en ir a la Universidad de Maryland en vez de ir a Williams.

Ahora Cristina se sentó del todo.

—¿Por qué demonios ibas a hacer eso?

—Porque tal vez no esté lista para dejar mi casa justo ahora. Tal vez quiero quedarme y ayudar y ser parte de la vida del bebé —Carmen soltó esto como si estuviera contando que pensaba hacerse la manicura.

—Carmen —la expresión de su madre era de satisfacción. En aquel preciso instante estaba clara y decididamente prestando atención al futuro de Carmen y al de nadie más.

—¿Qué? —Carmen parpadeó inocentemente.

Cristina inspiró y expiró varias veces al estilo del yoga. Se echó hacia atrás y se apoyó en los cojines, y pensó un momento antes de abrir la boca para hablar.

—Cariño. De forma egoísta, lo que más quiero es que te quedes en casa. Detesto la idea de que te tengas que ir. Te voy a echar mucho de menos. Eso ya lo sabes. Quiero que te quedes conmigo y con David y el bebé. De forma egoísta, esa es mi fantasía.

Carmen sintió que las lágrimas le presionaban en los párpados. Había pasado de la indiferencia a las lágrimas en menos de veinte segundos.

La voz de Cristina al continuar era suave.

—Pero una buena madre no se limita a obedecer sus deseos egoístas. Una buena madre hace lo que cree que es mejor para sus hijos. A veces las dos cosas coinciden. En esta ocasión son diferentes.

Carmen se tocó las mejillas con el dorso de la mano. ¿Qué clase de lágrimas eran estas, exactamente? ¿Lágrimas de alegría? ¿De agonía? ¿De miedo? ¿De confusión? ¿Tal vez un poco de todo?

—¿Y eso cómo lo sabes? —la voz de Carmen era aguda y estaba llena de emoción—. ¿Cómo sabes que son diferentes?

—Porque Williams es el sitio adecuado para una chica tan inteligente y capaz como tú, nena. Tú perteneces allí.

—Yo pertenezco a esta casa.

—Tú siempre vas a pertenecer a esta casa. Que vayas a Williams no quiere decir que no pertenezcas a esta casa.

—Puede que sí —dijo Carmen.



—No.

Carmen encogió los hombros y se limpió los ojos otra vez con el dorso de la mano.

—Yo siento que sí.

\* \* \* \* \*

*Lenny:*

*Parecías tan triste antes al teléfono, que hemos pensado que esto te alegraría. La señora de la tienda de chuches dice que nunca había visto a una persona a la que solo le gustaran las gominolas de zarzaparrilla y, para ser honestas, la bolsa toda marrón no parece tan atractiva como la de la mezcla de frutas tropicales, por ejemplo. Pero tú eres tú, Lenny, y te queremos así.*

*Muac, muac y mil muacs.*

*Tib y Carma*

\* \* \* \* \*

Tibby estaba asomada a su ventana. Miraba hacia arriba para verla, agarrándose al alféizar con las manos, sintiendo el vacío bajo sus pies. Dentro había una cálida luz amarilla, y fuera, donde se encontraba ella, estaba oscuro. Sentía el manzano por alguna parte detrás de ella, pero no podía verlo. Las manos le dolían, los brazos no parecían tener vida. Quería con toda su alma volver a entrar en su habitación. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Por qué lo había hecho? No podía dejarse caer al vacío oscuro, pero tampoco podía volver a entrar.

—¿Tibby? ¡Tibby!

Tibby abrió los ojos y tardó un momento en orientarse. Se encontraba sentada, algo inclinada hacia delante en el sillón de un cine. Las luces estaban encendidas. La pantalla que tenía delante estaba en blanco. Margaret la despertaba con suavidad.

—Hola, Margaret.

—Hola.

—Me he dormido, ¿verdad?

—Sí. No te preocupes. Tu turno ya ha *terminao*. Acabo de sacar la basura por ti, así que ya está *to*.

Tibby la miró con gratitud.

—Muchas gracias. Me encargo de la tuya la próxima vez, ¿vale?

Aturdida, se incorporó y dejó que el sueño se alejara. No solía quedarse dormida viendo películas. Pero trabajar en un cine podía hacerte eso. Una vez que había recogido las entradas de la sesión de las cuatro, cuando ya se había asegurado de que



todo el mundo estaba en su sitio y había pasado la aspiradora al vestíbulo, le dejaban sentarse a ver la película. Nada más que por esa razón le había pedido a Margaret que la ayudara a conseguir aquel trabajo.

Pero ahora había visto *La actriz* catorce veces. Las primeras tres o cuatro estuvieron bastante bien. Pero después, poco a poco, el suspense se fue quedando sin suspense. La espontaneidad del asunto amoroso se marchitó hasta desaparecer. Cuando ya llevaba diez o doce veces, Tibby prácticamente podía ver el funcionamiento de los engranajes de la cabeza de los actores. Podía ver las burdas manipulaciones de la cámara. Cuando ya llevaba catorce veces... bueno, se quedó dormida.

Como había amado el cine toda su vida, era triste, en cierto sentido, ver la magia de la ilusión secarse como un trozo de macarrón dejado toda la noche en la trona de Katherine. Le hizo sentirse apagada y plana. Y ver la animación en los rostros del público solo contribuía a que se sintiera peor. Sabía que cada espectador era engañado, por la emoción que crecía hasta llegar al gran clímax, con los chelos y violines y primeros planos gigantescos de rostros intensos y felices. Sentían que todo ocurría de forma mágica y poderosa solo para ellos. Naturalmente, no se paraban a pensar en que estaban en el puño de este elaborado fraude. No importaba.

Tibby había sido aceptada en la Facultad de Cine de la Universidad de Nueva York, gracias a la película que había hecho sobre Bailey el verano anterior. Iba a dedicar cuatro años a aprender cine. Había pensado que era lo que más quería en el mundo. Pero ahora Tibby empezaba a dudar.

Se imaginó, de forma deprimente, cómo debía sentirse una persona que celebra bodas o un médico que atiende en los partos. Verías a estas personas en medio de sus maravillas personales, que imaginaban que habían tenido una experiencia pura y única en la vida. Y luego, una o dos horas después, verías a otras haciendo lo mismo. Lo que ellos pensaban que eran milagros, era el pan de cada día.

Resultaba triste que lo que una vez habías pensado que eran maravillas en la pantalla, en realidad fuesen manipulaciones. Lo que pensabas que era arte, era una fórmula llena de trucos.

\* \* \* \* \*

Bridget lo habló con Diana por la noche después de que se acostaran los campistas. Estaban sentadas al borde del lago tirando piedras a las aguas tranquilas. Bridget esbozó su estrategia, que era bastante sencilla. Simplemente evitaría a Eric. Permanecería alejada de él y se volcaría en otras cosas: su equipo, su aprendizaje, estar con Diana y hacer amigos nuevos. Y, además, tenía tres fines de semana libres, igual que Eric. Era muy probable que salieran en fines de semana distintos. No tenía



por qué importar demasiado que ella y Eric estuvieran trabajando en el mismo campamento. Era un campamento muy grande.

A la mañana siguiente, en una reunión antes del desayuno, los directores señalaron tareas al personal. Además de ocuparse de su equipo, a cada entrenador se le asignó un compañero con el que presidiría las actividades de la tarde y vigilaría en determinadas comidas, eventos nocturnos y viajes especiales de fin de semana.

Era larga y bastante aburrida. Bridget desconectó y estuvo mirando disimuladamente más fotografías que Diana había traído (más Michael, sus compañeras de dormitorio, su equipo de fútbol de Cornell), hasta que oyó su nombre.

—Vreeland, Bridget. *Rafting* y kayak. De dos y media a cinco, de lunes a viernes. Y tienes el desayuno de los miércoles, la comida de los lunes y la cena de los sábados, y la salida a nadar a la luz de la luna los domingos por la noche. Viajes de fin de semana, que ya se anunciarán —leyó Joe Warshaw.

Encogió los hombros contenta. Sonaba divertido. No tenía ni idea de *rafting* y kayak, pero aprendía rápido. Y a ella, más que a nadie, le encantaba nadar por la noche bajo las estrellas. Joe estaba pasando páginas en su tablilla.

—Vreeland, Bridget, vas con... —estaba buscando un nombre—... Richman, Eric — Joe ni siquiera levantó la vista al leerlo. Siguió con la siguiente asignación.

Bridget esperaba que todo fuera una alucinación. Diana le lanzó una mirada de pánico. Si Bridget estaba alucinando, Diana también.

Era tan surrealista, que Bridget casi quería echarse a reír. ¿Era eso lo que alguien entendía por una broma? ¿Alguien de Baja California había telefoneado para decir que Bridget y Eric habían compartido la historia más desgarradora de todas, así que había que asegurarse de que se les ponía juntos?

Levantó la vista y Eric la estaba mirando. Ella tenía el ceño fruncido.

—Puedes cambiarlo —dijo Diana en voz baja—. Habla luego con Joe. Le caes bien. Te lo cambiará.

Bridget se acercó a Joe después de la reunión.

—Perdona... ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

El personal de la cocina estaba empezando a prepararlo todo para servir el desayuno.

—¿Puedo... esto... cambiar de compañero? ¿Es posible?



—Si me das una buena razón —parecía saber lo que ella iba a decirle porque empezó a hablar de nuevo antes de que abriera la boca—. Me refiero a una razón médica o profesional. No me vale un motivo personal. No acepto razones personales.

—Ah.

Se devanó los sesos buscando algo que sonara médico o profesional. ¿Llagas purulentas? ¿Ayudaría eso? ¿Hongos contagiosos en los pies? ¿Personalidad múltiple? Ella podría aportar pruebas sólidas sobre esto último.

—Bien. Quédate con tu compañero. Al principio todo el mundo quiere cambiar —recogió sus papeles y se levantó para irse—. Lo harás muy bien..



## Capítulo 12

*Dios es sutil. Pero no malicioso. Albert Einstein*

La fiereza había vuelto al rostro de Valia, y era más aguda que nunca. Volvían a tener cita en el hospital, esta vez por partida doble: un análisis de sangre para los riñones de Valia y fisioterapia para su rodilla. No quiso entrar en el coche con Carmen alegando que cogía el volante de forma incorrecta. Así que Carmen iba empujándola por la acera en su silla de ruedas, casi igual que una madre empujaba el cochecito de un bebé muy gruñón.

“Polvo eres y en pañales te convertirás, y en cochecitos te convertirás, y en encías te convertirás”, musitaba Carmen mientras empujaba la silla de Valia. ¿Cómo que no había conseguido cuidar niños aquel verano?

Había una razón por la que recorría rápidamente los más de tres kilómetros que había hasta el hospital, con todo el calor de mediados de julio, pero todavía no sabía su nombre. Y, de todos modos, era mucho mejor estar fuera, compartiendo a Valia con el universo en lugar de tenerla toda para ella sola en una pequeña y oscura habitación.

Carmen mantuvo una mano en la silla de ruedas y con la otra abrió su teléfono y tocó la tecla de Lena.

—Hola —dijo Carmen cuando respondió Lena—. ¿Has acabado tu trabajo?

—Tengo dos turnos —explicó Lena—, estoy en el descanso.

—Ah. Escucha...

Carmen se interrumpió porque Valia había girado la cabeza y la miraba enfadada; las arrugas que le rodeaban la boca eran más profundas.

—No quiero oírte hablar por teléfono —declaró Valia— ¿Cómo puedes empujar con una mano?

—Tienes que irte —afirmó Lena comprensiva y solidaria.

—Ah, sí.



Carmen cerró el teléfono bruscamente. La fiereza también estaba marcando arrugas en su cara. Una de las ventajas de un bebé comparado con, digamos, Valia, era no solo que los bebés eran mucho más monos, sino que además no podían hablar.

Carmen empujó el último kilómetro con la mandíbula apretada. En el hospital fue primero a la planta donde iban a atenderla por el riñón, la octava. Mientras Valia les ladraba a otras personas que no eran Carmen y que lo estaban pasando mal por intentar ayudarla, Carmen pudo vagar por el pasillo. En cuarenta minutos, vio pasar muchas caras, pero no la que buscaba.

Hasta que fueron a la tercera planta, donde le tratarían la rodilla. Carmen estuvo recorriendo el pasillo durante veinte minutos, no vio al chico al que todavía no odiaba asomar la cabeza por una esquina. Cuando reparó en Carmen, el resto de su cuerpo salió también.

—¡Hola! —saludó yendo hacia ella y sonriendo.

Madre mía, qué bien le quedaban los vaqueros. ¿Se había puesto todavía más guapo desde que lo había visto?

—¡Hola! —le respondió ella. Su estómago reaccionó con fuerza al verlo.

—Me he dado cuenta de que la última vez olvidé preguntarte cómo te llamas —dijo—. Me lo he estado preguntando toda la semana.

—¿Y se te ha ocurrido alguna idea? —preguntó Carmen.

El se puso a pensar.

—Mmm... ¿Florence?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Rapunzel?

—Qué va.

—¿Ángela?

Carmen torció la nariz con desagrado. Tenía una prima segunda muy gorda que se llamaba Ángela.

—Vale, ¿cómo te llamas?

—Carmen.

—Ah. Mmmm. Carmen. Vale —ladeó la cabeza asociando a Carmen con su nombre.

—¿Y tú?

—Me llamo Win.



Lo dijo un poco fuerte, como si esperara una discusión.

Carmen entrecerró los ojos.

—¿Win? ¿"Ganar"?... ¿Para que no sea "perder"?

—Win, para que no sea... —tenía una leve expresión de dolor en el rostro—... Winthrop.

—¿Winthrop? —sonrió. ¿La conocía tanto como para tomarle el pelo?

—Ya lo sé —puso cara de fastidio—. Es un nombre tradicional en mi familia. Siempre me ha parecido odioso, pero no aprendí a hablar hasta los dos años y para entonces ya no había remedio.

Ella se rió.

—¿Por qué dejamos que el nombre nos lo pongan los demás?

—Sí —dijo indignado—. ¿Por qué? Alguien tendría que cambiar eso.

—Recuerdo a una esquiadora de las Olimpiadas —comentó Carmen—. Sus padres dejaron que escogiera su nombre y estoy bastante segura de que eligió "Cucú".

Él dijo que sí como reflexionando.

—Bueno, sí, eso es lo que pasaría.

Ella sonrió. Win. Vaya. Win, Win, Win, Win. A ella no le importaba en absoluto.

—¿Qué tal está...? —le señaló el brazo.

No era casualidad que llevara la blusa sin mangas que más la favorecía, la que dejaba ver todo su brazo moreno y bien moldeado. En realidad, los dos brazos.

—Está bien. Prácticamente bien del todo.

—Estupendo. ¿Y qué tal Valia? Era un ligamento, ¿verdad? ¿El cruciforme anterior?

Ella asintió contenta. El principal problema de Carmen con los chicos era que no tenía nada que decirles. Le encantaba el hecho de que ella y Win (Win, Win, Win) tuvieran todas aquellas cosas de que hablar aunque no se conocieran.

—¿Carmen? ¿Caaaaaarmen?

Era el sonido que le helaba la sangre, le secaba los huesos y hacía que la comida le subiera por la garganta. Carmen intentó mantener la sonrisa.

—Es Valia. Me necesita. Es mejor que vaya.

—No parece muy contenta —observó Win.



—Bueno... —Carmen se mordió el labio. No quería desahogar su sufrimiento con Win. Le parecía que no era el momento—. Valia lo ha pasado mal —bajó la voz—. Perdió a su marido hace menos de un año y tuvo que venirse aquí desde una bella isla de Grecia, donde nació y pasó toda su vida, y... —Carmen se sintió triste de verdad por Valia mientras lo contaba—. Lo que le pasa es que está muy... triste.

Win se puso serio.

—Parece duro.

—Sí. Es mejor que vaya —dijo Carmen. No estaba segura de poder soportar los lamentos de Valia otra vez.

—Pero tiene suerte en una cosa —dijo Win cuando ella ya se iba.

Carmen giró la cabeza mientras se alejaba y notó que su largo cabello voló sobre su hombro como el de las chicas de las películas.

—¿Qué?

—Te tiene a ti.

\* \* \* \* \*

Durante unos días, Lena se sintió demasiado frágil para volver a las clases de dibujo. Sabía que ahora su padre la iba a vigilar muy de cerca. Esperó a sentirse lo bastante fuerte para un enfrentamiento antes de atreverse a volver.

Le preguntó a Annik si podían hablar durante el descanso largo, y ella le dijo que sí. Esta vez Lena iba delante en dirección al patio. Annik se había alegrado mucho la primera vez que Lena le contó sus planes acerca de la Escuela de Arte de Rhode Island. Annik estuvo mucho rato hablándole sobre todos los profesores que conocía allí. Ahora, con el cambio de planes, Lena sentía que tenía que decírselo también.

—Así que dice que no puedo ir. No me lo van a pagar —le explicó Lena como si no acabara de comprenderlo.

Annik apretó la boca. Sus ojos oscuros se ensancharon en su marco de pestañas rojizas. Parecía estar reprimiéndose. Probablemente sabía que no servía de nada meterse con el padre de una persona, al margen de lo que hubiera hecho.

—¿Dice que no puedes ir o que no te lo van a pagar? —preguntó finalmente en tono resuelto.

—Supongo que las dos cosas. No puedo ir si no me lo pagan.

—¿Estás segura de eso?

Lena encogió los hombros.

—La verdad es que no me he parado a pensarlo.



—Pues deberías. Hay gente que va allí sin tener dinero. Hay dos formas de hacerlo. Supongo que no reúnes los requisitos para solicitar una beca por escasez de recursos.

Lena sacudió la cabeza. Vivían en una casa grande y bonita, con piscina. Su padre era un abogado con éxito. Su madre tenía buenos ingresos.

—Entonces tendrás que ganarte una beca por méritos —dijo Annik.

—¿Eso cómo se hace? —Lena tenía miedo de abrigar esperanzas.

—Podría llamar a mi amigo —Annik se reprimió. Juntó las manos.

Lena contó las sortijas de Annik: nueve en total.

—Yo, en tu lugar —siguió Annik cambiando de rumbo—, miraría en la *web* o llamaría para averiguarlo. Y si te dicen que no, entonces sigue haciéndoles preguntas hasta que consigas que alguien te diga que sí.

Lena parecía dudar.

—No se me da muy bien todo eso.

Annik se mostró impaciente. No enfadada ni perdiendo interés, sino francamente impaciente.

—¿Quieres ir a la Escuela de Arte o quedarte en casa?

—Quiero ir a la Escuela de Arte. No puedo quedarme en casa.

—Entonces averigua cómo hacerlo —Annik puso brevemente su mano sobre el codo de Lena—. Lena, creo que podrías hacer algo bueno. Pienso que tienes talento, posiblemente mucho, y eso es algo que yo no acostumbro a decir a la ligera. Quiero que lo intentes. Veo que es eso lo que amas. Pero yo no puedo luchar por ti. Tienes que luchar por ti misma.

—¿Sí?

Annik le regaló media sonrisa para animarla.

—Sí. Tienes que hacerte un sitio, chica.

Así que la primera estrategia no iba a funcionar. No era solo que Bridget no iba a evitar a Eric, es que iba a verlo constantemente. Alguien allá arriba se estaba riendo a su costa.

En el descanso, después de la comida, Bridget se fue a correr un buen rato y trató de pensar en un plan B.

Ella y Eric no iban a actuar como si fueran extraños, así que tendrían que ser amigos. Ella podía hacerlo. Podía tratarlo como a cualquier otro chico. ¿Podía?



Podía intentar olvidar que había sido el primero y el único. Podía dejar de lado el desastroso efecto que su breve relación había tenido en su vida. Podía ignorar (podía hacer un esfuerzo tremendo para ignorar de verdad) la poderosa atracción que sentía por él. Podía obligarse a aceptar que él no sentía la misma atracción por ella.

Ahora Bridget jadeaba. Corría cuesta arriba por una empinada colina siguiendo cada curva del camino. El bosque la limitaba a ambos lados.

La verdad era que nunca se había sentido atraída de forma tan irresistible por nadie. En los dos años transcurridos desde, que se conocieron, Bridget había cuestionado ese particular magnetismo que Eric tenía para ella. ¿Era real? ¿O había quedado atrapada en una historia que ella misma se había inventado aquel verano en Baja California y todo eran imaginaciones suyas?

Verle de nuevo este verano respondía a su pregunta. Era real. Tenía la misma reacción hacia él, aunque ella había cambiado.

¿Qué tenía Eric? Era guapo y tenía talento, sí. Pero eso ocurría en muchos chicos. Había adorado a Billy Klein en Alabama el verano anterior, incluso se había sentido atraída por él, pero no era como esto. ¿Qué te hacía sentir esa agonía interior por una persona y no por otra? Si Bridget fuera Dios, haría una ley que prohibiera que te sintieras así por alguien sin que ese alguien sintiera eso mismo por ti.

Bridget llegó a la cima de la pequeña montaña. De repente, dejó de haber árboles y pudo ver hasta la lejanía hileras de colinas separadas por valles brumosos. El campamento que contenía toda su agitación emocional era pequeño y circular. Desde esa altura, era lo bastante reducido para abarcarlo con los brazos.

Bridget sabía qué hacer. No podía controlar su reacción espontánea hacia Eric. Pero podía controlar su comportamiento. Entonces era fuerte y resuelta y ahora también lo era. Del mismo modo que había encontrado la forma de seducirlo entonces, podía encontrar la manera de no hacerlo ahora.

Pronto pasaría un fin de semana en casa. Recuperaría el dominio de sí misma. Y cuando volviera al campamento sería capaz de contenerse: no coquetearía, no le tentaría, no suspiraría por él, no lloraría su pérdida. Ni siquiera sentiría anhelo. Bueno, puede que un poco, pero se lo guardaría en su interior. Empezó a correr colina abajo, rápido y un poco fuera de control.

Sí, serían amigos. Serían buenos amigos. El nunca sabría lo que ella sentía en realidad.

Iba a ser un verano muy largo.



## Capítulo 13

*¿Te pago una copa o quieres que solo te dé la pasta? Ligón fracasado*

—¡Venga, Tibby! ¡Nos vamos!

Tibby estaba de pie en la puerta principal de su casa mirando a Bi, que daba saltos en el césped y le gritaba, con su cabello rubio irradiando luz en la oscuridad.

—¿Adonde vamos? —preguntó Tibby sin demasiado interés.

—Es una sorpresa. Será divertido. ¡Vamos!

Tibby caminó por la pradera sintiendo cómo se le pegaban a los pies descalzos trocitos de hierba segada.

—No quiero una sorpresa. No quiero divertirme.

—Exactamente por eso lo necesitas.

Carmen estaba sentada al volante de su coche y hacía sonar el claxon y la saludaba con la mano por la ventana. Tibby vio a Lena en el asiento del copiloto.

Bi se acercó e inclinó su cabeza hacia la de Tibby.

—Venga, Tib. Katherine se está recuperando muy rápido. Tienes derecho a sentirte bien, ¿sabes? Me queda una noche y ya vuelvo a Pensilvania. No la voy a pasar sin ti.

Tibby corrió a su casa para decirles a sus padres que se iba. Generalmente, ellos salían los sábados por la noche, pero desde el accidente de Katherine permanecían cerca de casa. Y además, desde que habían despedido a Loretta, ¿quién iba a sustituirlos?

Tibby arrastró los pies hasta el coche de Carmen sin molestarse en ponerse los zapatos.

—No quiero ir —anunció al grupo cuando estuvo en el interior del coche.

—Ni siquiera sabes adonde vamos —señaló Lena.

—Da igual, no quiero ir.



Carmen soltó el freno de mano y se puso en marcha de todos modos.

—La suerte que tienes, Tibití, es que tus amigas no te escuchan.

Tibby sacudió la cabeza; no le hacía gracia.

—La verdad es que no veo dónde está la suerte.

—Pues en que te queremos demasiado para dejar que te pudras en tu habitación lo que queda de verano —aclaró Carmen. Pudrirse era su palabra de la semana.

—A lo mejor me gusta pudrirme —dijo Tibby.

—Pero a la podredumbre... tú no le gustas —continuó Carmen con decisión, como si eso cerrara el tema.

Tibby se acomodó y dejó que la reconfortante charla girara a su alrededor. Escuchar las voces de sus amigas era como escuchar una sinfonía familiar en la que un instrumento se superponía a otro. La forma en que las cadencias enlazaban y armonizaban la hacía sentirse segura.

Hasta que Carmen entró en el aparcamiento de la piscina de Rockwood.

—¿Qué hacemos aquí?

—Vamos a nadar —contestó Bi.

—¿Por qué no vamos a casa de Lenny y ya está? —preguntó Tibby.

—Sus padres están en casa. Y Valia está durmiendo —explicó Carmen.

—Eso lo decía todo. Nadie en su sano juicio querría despertar a Valia, y la ventana de su habitación daba a la parte de atrás de la casa.

—Bueno, pues esta piscina está cerrada —Tibby se sintió amargada cuando lo dijo.

—Tú ven, ¿vale? —le pidió Bi.

Tibby las siguió por el puente del arroyo esmirriado que a ella antes le había parecido un caudaloso río que llevaba a partes desconocidas. Probablemente eran aguas sucias. Siguió a sus amigas por las interminables y empinadas escaleras que ella solía pensar que llevaban al cielo. Se acercaron a las puertas cerradas y se dispersaron hacia los lados.

A Tibby empezaba a darle muy mala espina aquello.

—¡Por aquí! —gritó Bi señalando una parte de la valla que no se encontraba coronada por alambre de púas. Bi ya estaba trepando cuando las demás se reunieron en el lugar.

—¡Venga, arriba! —gritó alegremente, haciendo que pareciera tan sencillo como montar en bici.



—Yo no voy —dijo Tibby.

—¿Por qué no?

Carmen y Lena se giraron para mirarla.

Era la clase de travesura en la que hubiera participado normalmente. Pero solo pensar en trepar a la valla le hacía sentirse casi físicamente enferma. No era capaz de explicar todas las razones, pero sabía que no lo iba a hacer.

—Sencillamente, no me apetece.

Bi se quedó quieta al otro lado de la valla. Estaba claro que todas se sentían decepcionadas por no haber conseguido entusiasmar a Tibby con su plan. Bi recorrió el camino a la inversa. Tibby se sintió mal.

—Pero vosotras podéis seguir —afirmó, tratando de alegrar la voz—. De verdad, id. No me importa. Además, necesitáis que alguien se quede aquí a vigilar... ya sabéis, por si acaso —sonaba patético incluso a los oídos de Tibby.

—Me gustaría que vinieras. No sería tan divertido sin ti —dijo Lena.

—La próxima vez —contestó Tibby sintiéndose una gran perdedora.

Así que se sentó allí, apoyada contra la valla —en la parte de afuera, la que no correspondía—haciendo como que estaba de guardia, mientras oía a sus amigas desnudarse hasta quedarse en ropa interior y echarse al agua. Estaban más apagadas que si Tibby hubiera ido con ellas. Pero aun así, tenían ganas de jugar.

\* \* \* \* \*

—Carma, te devolveré el favor, te lo juro.

Carmen levantó los ojos con impaciencia.

—Calla. ¿Por qué dices eso? Nosotras no tenemos deudas. No llevamos las cuentas.

Tibby interrumpió su alocado ritmo de actividad para mirar con cariño a Carmen.

—Vale, pues no te lo devuelvo.

—Gracias a Dios.

Carmen cogió una barrita de protector labial Blistex con sabor a cereza del revoltijo de cosas del tocador de Tibby y se puso un poco.

—Planta once, ¿no?

—Sí. Tienes que pasar primero por recepción. Pregunta por el Dr. Barnes. Hay una salita para niños pequeños, por si tuvieras que esperar.

—*No problemo*. Es mi casa fuera de mi casa.



Carmen levantó la suave camiseta de color carbón de Tibby y se planteó robársela.

—Katherine se va a poner muy contenta con esto.

Carmen devolvió la camiseta al revoltijo.

—Y para mí es una buena práctica, ¿verdad? —su voz se había puesto seria. Tibby captó el cambio en su estado de ánimo y le tocó la muñeca.

—Creo que ya lo tienes bien aprendido, Carma.

Carmen fue delante de ella hasta la base de las escaleras, donde Katherine esperaba emocionada con las correas de su mochila amarilla colocadas en los dos hombros y su casco de hockey ligeramente ladeado.

—¿Ya estás lista, cariño?

Katherine se puso de pie en la silla de la cocina donde estaba y, sin preocuparse por el yeso, levantó los brazos juntándolos como si fuera a saltar de un trampolín. Saltó hacia Carmen.

Tibby la ayudó a colocar a Katherine en el asiento infantil que habían instalado en el coche de Carmen y luego se acomodó en el lugar del copiloto. Carmen dejó primero a Tibby en su trabajo y luego condujo hasta el hospital. Mientras aparcaba se disfrutaba el buen humor de Katherine, que no dejaba de charlar desde su asiento de atrás, sin quejarse ni una sola vez por su forma de conducir, a diferencia de, digamos, Valia.

Al cruzar las puertas automáticas para entrar en el enorme vestíbulo, Carmen cogió en brazos a Katherine. La niña se agarraba a ella cariñosamente como un koala y su casco de hockey se movía justo por debajo de la barbilla de Carmen.

—¿Puedo darle al botón? —preguntó en el ascensor.

—Sí, once. Uno, uno —Carmen dirigió el dedo índice de Katherine en la dirección correcta.

El entusiasmo de la pequeña al hacerlo hizo que Carmen sintiera como si acabara de conceder a Katherine una vida entera de buena fortuna.

—A Nicky siempre le dejan hacerlo —explicó Katherine, presionando varias veces de más.

Carmen no podía evitar que sus ojos recorrieran los vestíbulos. Su corazón latía mucho más fuerte y más rápido de lo normal. Pues claro que estaba pensando en él. Pues claro que quería verlo. Pero, por otro lado, no quería.

Sentó a Katherine en el mostrador de recepción de Pediatría.

—Katherine Rollins, para la consulta del Dr. Barnes —le dijo a la mujer que estaba detrás del mostrador.



La mujer escribió el nombre de Katherine y buscó su ficha.

—¿Quieres jugar un ratito en la sala de juegos, chiqui? —le preguntó a Katherine.

—¿Puede venir ella? —Katherine tocó con el índice el pómulo de Carmen.

—Claro que sí —respondió la mujer, y les indicó con un gesto por dónde tenían que ir.

Carmen no podía evitar mirar hacia atrás al caminar. Una parte de ella tenía muchas ganas de verlo. Una parte muy grande.

“Bueno, otra vez será”, pensó, entrando en la sala de juegos. Era un sitio luminoso y soleado en donde había algunos niños más, montones de juguetes y muebles en miniatura. Carmen tendría que conformarse con estar de pie o sentarse en el suelo, porque no había forma de caber en un silloncito de aquellos. Y si por algún milagro cabía, no podría salir después. Se imaginó a sí misma saliendo del hospital con un sillón de plástico rojo pegado al trasero.

—Oye, tú.

Puso a Katherine delante de un laberinto de cuentas y le colocó derecho el casco.

—¿A qué quieres jugar?

Katherine danzó por allí de lo más feliz. Trajo un arca de Noé, un xilófono, dos marionetas y un libro. Carmen sabía que a Katherine siempre le fastidiaba que las amigas de Tibby llegaran a casa y pasaran todo el tiempo con Tibby. Ahora tenía a Carmen toda para ella sola.

Carmen oyó la risita de una niña desde detrás de una gran casa de muñecas puesta en un rincón. También vio que asomaban algunas partes de un hombre; el padre de la niña, sin duda. A Carmen se le ocurrió que ella y Katherine podrían ir a la casa de muñecas cuando aquellos dos la dejaran. Unos niños gemelos se pasaban unas pelotas de baloncesto pequeñas. Carmen observó que alguien le había dado algunos bocados a uno de los balones.

—¿A esto? —Katherine agitaba el arca para que cayeran los animales.

Se pusieron a jugar. Había montones de solteros en aquella versión de la historia de Noé, seguramente debido a pérdidas y robos, pero a Katherine no parecía importarle. Carmen era el hipopótamo, el elefante, el león y el pingüino. Estaba fenomenal porque siempre se le habían dado bien las voces y sonidos de los animales. Con los pingüinos se metió mucho en su personaje. En este caso, su pingüino era un mafioso, una especie de Marlon Brando en *El Padrino*, solo que a lo pingüino. Katherine se reía tan fuerte que dejó de hacer ruidos. Los que estaban detrás de la casa de muñecas se reían también. Los gemelos las rodearon interesados.



De repente, Carmen se dio cuenta de que la pierna extendida que asomaba por un lado de la casa de muñecas llevaba una zapatilla marrón. Una Puma marrón, concretamente. Interrumpió de golpe el soliloquio del pingüino. Un momento después, una cara apareció por encima de una buhardilla en miniatura.

Se tapó los ojos con las dos manos sintiéndose completamente humillada.

—Hola, Win.

No podía haber llamado más la atención.

Él salió completamente de detrás de la casa de muñecas. Luchaba contra el impulso de sonreír. No, probablemente contra el impulso de reírse. De ella.

—Hola, Carmen —dijo. Se arrastró hasta donde estaba ella sentada en el suelo con las piernas cruzadas. La empujó en la parte interior del codo para que el brazo en el que se apoyaba se le doblara

—¿Te puedo decir que no he oído un pingüino más divertido en toda mi vida? Ni siquiera sabía que los pingüinos pudieran hablar.

—Ja, ja —respondió Carmen enderezando otra vez el brazo. Intentó incorporarse y recobrar un poquito de dignidad.

Se aclaró la garganta.

—Win, esta es Katherine. Katherine y yo somos amigas. Katherine, este es Win.

Katherine se puso de pie dándose importancia.

—Hola —dijo.

Win señaló su casco.

—Me gustan tus pegatinas.

Ella asintió.

—Me aplasté el cráneo.

Carmen parecía escandalizada.

—No te aplastaste el cráneo, cariño. Te lo fracturaste.

Katherine se lo sacudió de encima como si fuera un detalle sin importancia.

—Y está mejorando muy rápido —añadió Carmen, posiblemente para ella misma.

Carmen notaba que Win hacía esfuerzos por parecer serio.

—Eh, Maddie.

Una niña encantadora de piel morena asomó la cabeza por detrás de la casa de muñecas.



—Esta es Katherine —dijo él.

Katherine fue directa a la casa de muñecas.

—Oye, ¿puedo ver eso?

—Pero si no estropeas el salón —le permitió Maddie, que parecía tener unos cuatro años, suficientemente mayor que Katherine para resultar totalmente seductora.

Win estaba sentado en el suelo cerca de Carmen. Ella podía sentir el calor de su cuerpo. Podía olerlo. Oía un poco salado, como a anacardo, y un poco dulce, como a champú de mango. Se sintió aturdida.

—Me sorprende verte aquí —comentó ella, algo tímida después de haber estado bramando y pavoneándose con los animales de plástico.

—Esto es lo que hago.

—Bueno, yo sabía que trabajabas aquí... —empezó Carmen.

—No, esto es exactamente lo que hago. De nueve a dos trabajo en Pediatría, casi siempre aquí, en la sala de juegos. Juego con los niños cuando sus padres necesitan hablar con los médicos.

Carmen levantó las cejas.

—¿De verdad?

—Sí. Y si necesitas trabajo, te contrato inmediatamente. Has conseguido animar todo este sitio con ese pingüino.

Ella cerró los ojos apretándolos bien.

—Calla.

—Lo único es que no está bien pagado.

—¿Cuánto? —preguntó ella.

—Nada.

—No es muy bueno.

—Está mejor pagado que mi trabajo a partir de las dos. Entonces voy a Geriatria para entretener y acompañar a los viejecillos. Siempre me insisten en que les compre cosas de las máquinas. Me estoy endeudando con ese trabajo.

Una enfermera apareció en la puerta de la sala de juegos.

—¿Katherine Rollins?

Carmen se levantó.



—Vamos, Katherine. Ya nos toca.

Win se levantó también.

—¿Tu... hermana? —preguntó.

—No. Soy hija única —dijo Carmen. No tenía ni idea de por qué lo había dicho. Era verdad, sí, pero verdad de un modo tan estrecho y poco generoso que le hizo sentirlo como una mentira.

—¿Es...?

—Es la hermana pequeña de mi amiga Tibby. Se cayó por una ventana hace unas semanas. Se va a poner bien, pero tienen que examinarla muy a menudo para ver cómo sana. Tenía que haberla traído Tibby, pero hoy le han puesto otro turno y está tratando de ahorrar para... —Carmen miró hacia arriba— ...¿Por qué te estoy contando todo esto?

Él encogió los hombros y sonrió.

—No lo sé.

—Vamos, Katherine —la llamó. A Katherine le estaba costando dejar a Maddie y la casa de muñecas.

—De todos modos, puedes contarme más cosas —añadió él—. Escucharé todo lo que quieras decirme.

Ella notó en su voz, en su particular tono esperanzado, que lo decía de verdad. Sabía que lo decía en serio y no solo por resultar encantador o por ligar. Tenía una curiosidad genuina sobre ella; estaba muy pendiente de Carmen. Se le notaba que quería conocerla de verdad. Y por una parte eso la hacía tan feliz como cualquier cosa que pudiera imaginar.

Pero, por otra parte, la ponía triste. Porque la chica que quería conocer no era ella. No la estaba viendo por lo que era. La estaba viendo como una persona amable y generosa que se preocupaba por la gente que la rodeaba. Él estaba llegando a toda clase de conclusiones equivocadas.

Y lo peor de todo era que ella lo estaba permitiendo



## Capítulo 14

*Muéstrame una chica con los pies bien plantados en el suelo y te mostraré una chica que no puede ponerse los pantalones. Annik Marchand.*

—¡Vreeland! ¡Por Dios, deja de tomar el sol y ayúdame a poner algunas de estas cosas en el agua!

Bridget abrió un ojo y se incorporó en el muelle. Empezó a reírse. Eric estaba tratando de tirar de cuatro kayaks a la vez para llevarlos al lago, y su aspecto no era muy elegante.

—Tío —bramó imitando a la perfección la voz grave y la forma arrastrada y zarrapastrosa de hablar de su compañera de cabaña Katie—, llegas tarde. No puedo seguir sacándote las castañas del fuego así —Bridget se volvió a tumbar, apoyándose en los codos, dejando que los pantalones vaqueros compartidos se empaparan de sol. Ella ya había preparado todas las balsas, remos, salvavidas, zapatos de agua y los dos kayaks dobles. Ella siempre llegaba pronto. Él siempre llegaba tarde. El siempre hacía como que le desbordaba la pequeña cantidad de trabajo que ella dejaba para él.

—Ya veo que tenemos la acostumbrada horda de campistas —dijo él.

Era otra broma entre ellos. Tres semanas en el campamento y casi nadie acudía a sus actividades. Al parecer, el *rafting* no era tan atractivo como el descenso libre con bicicleta de montaña. Bueno, había un pequeño grupo de chavales que aparecían de vez en cuando, pero, según Eric, no estaban allí por las barcas.

Si no se hubiera impuesto la regla de no ligar, Bridget habría batido las pestañas y habría dicho: “Bueno, ¿por qué han venido, qué crees?”. Pero no lo hacía.

—¿Por qué alejas a los campistas? —preguntó Bridget. El sol la hizo bostezar.

—Porque no quiero trabajar. Quiero tocarme las narices.

Bridget sonrió al oírle. Sabía cómo se mataba él en el campo de fútbol. Pero de dos y media a cinco, lo que más hacían era estar por allí sentados. Se estaba convirtiendo en un ritmo agradable: entregarte tú y tu equipo sin cuartel por la mañana, y hacer el vago al sol con el chico que te gustaba por la tarde.



Bridget se puso de pie. Durante los últimos días se había puesto escrupulosamente su bañador menos sexy, el Speedo de una sola pieza, pero ya estaba sucio. Además, hoy no era un día cualquiera. Era un día de pantalones vaqueros compartidos. Se los había traído cuando fue a pasar el fin de semana a casa y su presencia ahora daba un particular aroma dulce al aire, más fuerte incluso que el intenso olor de la madreSelva. Hoy los llevaba puestos encima de su mejor bikini verde. De todos modos, probablemente Eric ni siquiera se iba a dar cuenta ni le iba a importar. (¿O sí?) ¿Por qué tenía ella que molestarse en pensar en eso?

Cuando llegó a sentir mucho calor, se quitó con cuidado los vaqueros, los plegó y los dejó en el muelle. Se soltó el pelo que llevaba peinado en una trenza. Solo por darse el gusto, se tiró de cabeza al lago describiendo un amplio arco. Siguió hundiéndose sin pararse hasta que llegó a tocar el fondo pedregoso. Se tomó su tiempo para volver a la superficie. Siempre había tenido una buena capacidad pulmonar. Cuando salió, Eric estaba allí buscándola.

—¿Qué? ¿Eres... una ballena?

Ella hizo como si se ofendiera mientras flotaba por allí.

—Muchas gracias, Eric. A las chicas no suele gustarles mucho que las llamen ballenas. Si no estás seguro, pregúntale a tu novia.

—No es normal que los humanos estén bajo el agua tanto tiempo.

—Eso lo dirás por ti —nadó hacia la fila de kayaks de plástico—. Eh, ¿quieres probar uno de estos?

Era una novedad.

—Claro. Conviene que parezca que sabemos lo que hacemos.

Tiraron de un kayak doble desde la orilla rocosa hasta la parte poco profunda del agua. Ella se sentó delante y colocó su remo en su sitio. Él la siguió metiéndose al agua.

Mientras subía a bordo agitó adrede la barca lo más posible, y eso la hizo reír otra vez. Él se colocó en su sitio.

—Creo que has olvidado algo —comentó ella.

Él miró alrededor. Encogió los hombros.

—¿Un remo? —dijo ella.

—Ah, eso —se inclinó hacia atrás poniendo su cara al sol—. ¿De verdad son tan importantes? —intentaba no sonreír.

—No estoy segura de que solo flotar por ahí se considere hacer kayak —continuó ella. Pero puso su remo dentro de la barca y se repantigó también.



Estuvieron flotando un rato.

En solo una semana habían tenido tanto tiempo muerto juntos, que Bridget estaba relajada con él. Hablaban de cosas. Era raro estar matando el tiempo con alguien por quien sentías pasión.

Ella había conseguido tener el valor de mencionar a Kaya, de pasada, al menos una o dos veces al día. Quería que él supiera que lo entendía. Quería que supiera que respetaba que tuviera una novia y que no se iba a meter por medio.

Él levantó la cabeza.

—¡Bi!

Ella miró hacia arriba. Parecía algo urgente.

—¿Qué?

—¡Una abeja!

Él señaló y ella sintió de repente un zumbido alrededor de su oreja. Ella chilló y dio un manotazo para apartarla, pero se fue a la otra oreja. Se puso de pie de un salto. El kayak se ladeó violentamente.

La abeja fue de ella a él. Se le metió en el pelo. Se levantó de un salto y produjo todavía más balanceo.

Ella chillaba y reía. Agitó la barca tratando de permanecer de pie. Él gritó y se puso a agitar también la embarcación. Ella cayó primero al agua y oyó su zambullida poco después. Cuando salieron a la superficie, los dos se reían todavía más.

Bridget tosía y resoplaba para sacarse el agua de la nariz.

—Creo que de verdad parece que sabemos lo que hacemos.

\* \* \* \* \*

Lena se acercó a Annik antes de la clase. Venía sudada y pegajosa del restaurante, le dolían los pies y tenía la camisa muy sucia. Pero a pesar de ello estaba bastante satisfecha consigo misma.

—La mujer del Departamento de Ayuda Económica de la escuela me ha dicho que si llevo mi *book* al comité antes del quince de agosto, todavía puedo optar a una beca.

Annik le respondió con una amplia sonrisa.

—Bien hecho.

—Les he avisado de que mi padre va a pedir que le devuelvan el dinero del depósito, y les he pedido que me mantengan la matrícula de todas formas. Me han dicho que tengo que llevar un depósito antes de que termine el mes.



— ¿Puedes hacerlo?

— Acabo de comprometerme a tres turnos más en mi trabajo de camarera. No me gusta nada, pero me pagan.

Annik le dio una palmadita en la espalda. “Las sillas de ruedas desarrollan los músculos de las personas”, pensó Lena.

— A eso le llamo yo luchar — dijo Annik sintiéndose orgullosa de ella.

— Pero optar y conseguir son cosas distintas. Solo queda una beca completa y ya están evaluando más de setenta *books*.

Annik miró al techo.

— Bien. Entonces lo mejor es que hagas algo bueno.

Después de clase, Annik esperó a Lena mientras pasaba la fregona.

— ¿Tienes una hora? — le preguntó.

Lena se imaginó que podría llamar a casa y dar alguna excusa.

— Claro.

Effie la cubriría si era necesario.

— Quiero ver lo que puedes hacer con una pose más larga. Yo posaré para ti. Sentada. Porque no puedo posar de pie.

Annik parecía como si disfrutase de su propia broma.

Lena se sintió demasiado tímida como para reírse.

— ¿Estás segura de que quieres posar? — le preguntó.

— Me alegrará hacerlo. Me pondré allí — rodó su silla hacia las ventanas—. Nos queda como una hora de buena luz.

Lena se sintió un poco insegura al montar el caballete. Era extraño mirar fijamente a tu profesora, pero en cuanto Lena empezó a dibujar, se sumergió del todo. Dibujó sin pausa durante treinta minutos seguidos. Entonces Annik estiró un poco el cuello y Lena trabajó treinta minutos más. Nunca había hecho una pose de más de veinte minutos y aquello la entusiasmaba.

Su inseguridad volvió cuando llegó el momento de que Annik viera su trabajo. Annik miró el dibujo detenidamente, moviendo un poco su silla hacia adelante y hacia atrás. Lena se mordía la uña del dedo pequeño y esperaba.

— ¿Lena?

— ¿Sí? — le salió un poco chillón.

— No es un mal dibujo.



—Gracias —Lena sabía que iba a decir algo más.

—Pero no has dibujado mi silla.

—¿Qué quieres decir? —Lena se sintió repentinamente incómoda.

—Quiero decir que me has dibujado hasta los hombros. Seguro que desde este ángulo veás un buen trozo de la silla, pero lo has omitido. ¿Por qué?

Lena sintió que le ardían las mejillas.

—No estoy segura —dijo con una voz casi inaudible.

—No estoy tratando de hacer que lo pases mal —explicó Annik—. Es que la silla es una parte importante de lo que soy, ¿comprendes lo que quiero decir? Tengo toda clase de sentimientos profundos y complicados acerca de ella, también resentimientos, por supuesto, pero forma parte de mí. No me veo sin ella. Me ha sorprendido que no la hayas tenido en cuenta.

Lena se sintió mal. Había pensado que tal vez podría parecer que mostraba algo negativo de Annik si dibujaba la silla. No había estado segura de lo que debía hacer y, sin pensarlo en realidad, la omitió.

—Podrías hacer un dibujo realmente bueno, Lena. Creo que esto es lo que mejor se te da: retratos, poses largas. Veo que respondes con profundidad a los gestos y las expresiones faciales. Llegarás a ser excelente si trabajas duro —era evidente que Annik hablaba en serio—. Pero, ¿Lena?

—¿Sí?

—Tienes que dibujar la silla de ruedas.

\* \* \* \* \*

A Tibby nunca le había gustado Loretta, hasta que la despidieron. La razón principal de que no le gustara era que Tibby era demasiado mayor para entrar en la jurisdicción de Loretta y, a pesar de eso, Loretta se comportaba como si fuera la niñera de Tibby.

Y además, una vez Loretta puso el mejor jersey de cachemir de Tibby en la secadora y lo encogió tanto que ni siquiera Katherine podía ponérselo. Tibby sabía que era mezquino, pero mantuvo su resentimiento durante mucho tiempo.

A pesar de todo esto, Tibby se sintió consternada cuando sus padres la echaron. Consternada y culpable.

—No ha sido culpa suya —Tibby defendió a Loretta ante sus padres cuando supo la noticia—. Si alguien tiene la culpa soy yo, por dejar la ventana de arriba abierta.



Pero sus padres mantuvieron su decisión y Tibby se sintió fatal por Loretta. En las demasiadas horas que pasó en su desordenada habitación (con las ventanas bien cerradas por seguridad), Tibby pensaba mucho en Loretta y la echaba de menos.

Tibby no se había dado cuenta antes del buen carácter que tenía Loretta. Difícilmente se ofendía por algo. Era capaz de desactivar hasta el episodio más tenso de la familia Rollins con su ligereza y buen humor. Era una maestra en el arte de desviar y distraer tanto a Nicky como a Katherine cuando se ponían insoportables. Esto era algo que Tibby echaba ahora mucho de menos cuando oía a su madre discutir y pelear con Nicky un día tras otro y provocarle unos berrinches tremendos. Tibby se preguntaba cómo era que su madre había aprendido tan poco del sabio ejemplo de Loretta durante aquellos años.

Una noche, Tibby estuvo despierta hasta muy tarde y se puso muy llorona. Lloró amargas lágrimas de tristeza al pensar que Loretta ya no tenía trabajo, al pensar que era culpa suya que ella ya no lo tuviera y también por no haberle dicho nunca lo estupenda que era.

A la mañana siguiente, Tibby encontró la dirección de Loretta en la agenda de su madre. Se recogió el pelo con los pasadores que Loretta le había regalado hacía dos navidades, se puso su blusa amarilla más alegre, se metió en el coche y partió hacia los confines del condado de Prince George. Lo único que tenía para guiarse era un plano del área metropolitana de Washington D.C. y una gran sensación de culpabilidad.

Tardó dos horas y media (una y media empleada en perderse) pero la expresión de la cara de Loretta cuando vio a Tibby hizo que hubiera merecido la pena. Pero habría merecido la pena incluso si se perdiera veinticuatro horas al volver a casa.

—¡Tibby! *M'ija* ¿Cómo estás? ¡Dios te bendiga! ¡Ay, mira qué hermosa estás! Cuéntame, ¿cómo te va? —explotó Loretta, en español.

Loretta no solo parecía no guardar rencor, sino que abrazó a Tibby como si fuera una hija a la que no veía desde hacía mucho tiempo. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando le plantó varios besos a Tibby en la cara.

Tibby todavía parpadeaba de la sorpresa cuando Loretta la hizo entrar en su pequeña casa y la presentó a varios miembros de su familia como si ya lo supieran todo de ella. Loretta hizo un gesto hacia la mujer pálida que estaba en bata en el sofá.

—Ella no se levanta. Tiene —Loretta se golpeó el pecho como demostración—, una infección.

Era la hermana de Loretta, comprendió Tibby, y esto hizo que se sintiera aún peor.

Tibby se sentó a la mesa del comedor con Loretta, que seguía dándole palmaditas en la mano y preguntándole detalles de cómo se encontraba Katherine.



—Mejora muy rápido. Está fenomenal. Pero te echa de menos —añadió Tibby rápidamente.

Entonces, Tibby le mostró a Loretta una foto de Katherine con una enorme sonrisa y el casco de hockey, que Loretta besó enseguida. Quiso saber todo sobre Nicky y hasta quiso asegurarse de que no se estropeaban algunas sobras que había en la nevera. Loretta lloró mucho, tanto de tristeza como de alegría, y dijo muchas cosas en español que Tibby no comprendía.

Lo que Tibby sí pudo entender fue que Loretta quería de verdad a Katherine. Adoraba a Nicky. Incluso quería a Tibby, Dios sabía por qué razón. ¿Cómo podían sus padres despedir a alguien que quería tanto a sus hijos? Era un error.

Loretta insistió en que Tibby se quedara a cenar, y Tibby aceptó. Entonces Loretta, su sobrina y otra hermana trajinaron por la cocina durante una hora preparando un festín, mientras Tibby permanecía en el sofá con la hermana enferma viendo un programa de televisión. Le dieron un gran vaso de refresco de naranja y le prohibieron ayudar en la cocina.

Tibby miraba a los actores que parloteaban en español y dejó volar su mente. Le había conmovido la capacidad de Loretta para amar incluso cuando su empleo había terminado de forma tan amarga. A Loretta no parecía importarle que hubiera sido todo tan injusto, que los padres de Tibby la hubieran atacado de forma vengativa.

Algunas personas pasan la vida recreándose en el resentimiento y otras, como Loretta, no dejan que la mala fortuna las afecte demasiado.

Cuando le mostraron la mesa a Tibby con gran ceremonia, vio lo orgullosa que estaba Loretta. Para agasajarla, ella, su sobrina y su hermana habían preparado filetes.

Tibby intentó que no se viera la contrariedad en su cara. Le conmovía el detalle. Estaba claro que no era el tipo de casa en la que se cenaba filete todas las noches. Y por eso, Tibby masticó la carne con todo el entusiasmo posible en una chica que había sido vegetariana desde que tenía nueve años.



## Capítulo 15

*Las melodías que oyes son dulces, pero las que no oyes son aún más dulces; por tanto, suaves flautas, seguid sonando. John Keats.*

—Vamos a llamarla “Carmen Buena” —dijo Carmen.

Era sábado y habían pasado la mayor parte de la mañana en el mercado. Ahora, Lena y Tibby estaban tumbadas en la terraza de la parte de atrás de la casa de Tibby con la barbilla apoyada en las manos, diciendo que sí con la cabeza.

—Este tío que trabaja en el hospital, se tropieza constantemente con esta chica, la tal Carmen Buena —Carmen se sentó en la tumbona con las piernas cruzadas al estilo indio. Respiró el olor a piña del protector solar de Lena—. Carmen Buena se encarga de cuidar a Valia. Está siendo estoica y abnegada. Se encarga de Katherine. Lo hace todo por la bondad de su corazón. El problema es que ese tío cree que Carmen Buena soy yo.

—¿Es mono? —preguntó Tibby.

Carmen entrecerró los ojos.

—Tibby, ¿has estado escuchando algo de lo que decía?

—Todo. Solo necesito contextualizar un poco. ¿Cómo se llama? ¿Cómo es? ¿Cuánto te importa lo que piense?

Carmen meditó un poco.

—Bueno. Mmm... —a decir verdad, hasta pensar en él era divertido. Hablar de él era una gozada—. ¿Quieres saber si es mono? Vaya, no es Ryan Hennessey, naturalmente...

—No, seguro —le cortó Tibby—. Él es real, para empezar.

—Sí. Es real. Eso es algo que tiene a su favor. Y sí, es mono —no podía sacarse la sonrisa de la cara.

—Es muy mono —dijo Lena—. Se te nota. Mírate.

—¿Cómo se llama? —preguntó Tibby.



—Win —se dio cuenta de que lo había dicho con el mismo tono de estar un poco a la defensiva, como había hecho él. Ya estaba poniéndose de su parte.

—¿Win? —preguntaron las dos.

—Sí. Viene de Winthrop. ¿Qué puede hacer? Él no escogió su nombre.

—A mí me gusta —afirmó Lena.

Tibby estudió a Carmen durante un largo minuto.

—Ay, madre mía. Carma Carmina Carmabelle. Te gusta ese tío, ¿verdad?

Carmen se puso colorada.

—Esto es asombroso. Es nuevo —siguió Tibby—. Sí que te gusta.

—Pero yo no le gusto a él. Ese es el problema. Él es una buena persona. Estudia Medicina. Hace voluntariado en el hospital todo el día. Le gusta Carmen Buena.

—Entonces, ¿por qué no lo aclaras todo? —preguntó Lena.

—Porque ya no le gustaré más.

—¿Por qué no lo intentas?

—Porque tengo miedo. No quiero estropeárselo. Prefiero que tenga una versión idealizada de mí que presentarle a la verdadera Carmen. Me gusta lo que piensa de mí... quiero decir, de Carmen Buena.

Lena se levantó las gafas de sol. Estaba resuelta.

—Carmen, eso es muy triste. Sé tú misma. Si no le gustas como eres, él no merece la pena

—Amén —dijo Tibby. Carmen las miró con suspicacia.

—¿Qué os pasa a vosotras dos?

\* \* \* \* \*

Bridget estaba sentada a un lado del campo de fútbol con su tablilla sobre las piernas y masticando una brizna de hierba. Por aquellos días, ni siquiera se tomaba la molestia de calzarse las botas. Solía ir descalza. Hasta jugaba descalza. No era ortodoxo, lo sabía, pero ¿a quién le importaba en realidad? Eric estaba caminando de un lado a otro a unos metros de allí. Supervisaba a su equipo, que estaba haciendo ejercicios de regates. Bridget ya no sentía que todas sus células chillaran tanto cuando lo veía. Se estaba acostumbrando a él.

—Blye, de delantero —le dijo a nadie en particular.

Ya había puesto a Lundgren, el sueco, de defensa. Era versátil. Los chavales europeos siempre tenían muy buena base. Naughton, su preferido especial, de



portero. Era completamente descoordinado, pero tenía un extraño, y aparentemente tonto, magnetismo para el balón. En este momento tenía a su equipo llevando a cabo una compleja tabla de *sprints*. Quería tener terminada la lista de posiciones antes de que volvieran.

De repente, se proyectó una sombra sobre su tablilla.

—Largo. No vale espiar —ordenó sin levantar la vista.

Eric dio un paso atrás.

—Estás loca si pones a Naughton en la portería.

—Estoy loca si lo pongo en cualquier parte. No vale espiar. Los mirones están prohibidos.

—Es un consejo amistoso.

—Amistoso hasta que os demos una paliza.

—Ooooh. Qué miedo me da.

Levantó la vista por fin. El hizo como que le iba a pisar los pies. Ella se llevó la mano a la frente para protegerse del sol y le sonrió; un pensamiento agradable le cruzó la mente: “Creo que de verdad somos amigos”.

Eric se había sentado con ella y con Diana para cenar las dos noches anteriores. Al principio, Diana parecía alarmada, pero acabó acostumbrándose a él. Podías acostumbrarte casi a cualquier cosa. Pasaban las horas sentados a la mesa en el comedor comparando los méritos de cada uno de sus equipos, como tres auténticos colgados del fútbol.

Bridget y Eric estaban juntos ahora incluso cuando no era necesario hacerlo. El se iba a veces con ella cuando salía a correr por las tardes. Comían juntos en el campo de fútbol (excepto los lunes, cuando hacían como que cuidaban en el comedor) y hablaban de estrategias. No le daban demasiada importancia al hecho de estar juntos.

Bridget podía con ello. Podía. No era tan difícil. Le quería, quizá, pero también quería estar con él. Podía ser feliz solo con eso. No necesitaba nada más.

Por fin, por fin; por fin el enrarecido aire de su encuentro se disipaba. Su nueva relación con él había eclipsado casi totalmente la anterior. Sentía que ahora podía confiar en sí misma cuando estaba con él.

Bridget vio a su equipo corriendo sin aliento hacia ella por el campo. Se quedó esperando de pie como una mamá orgullosa. Naughton llegó el primero. Ella sospechó que había hecho trampas en uno o dos giros, porque no era tan rápido.

—Eh, Naughty, ¿cómo estás?

—Bien —dijo tratando de recuperar el resuello.



—Todos a beber agua —ordenó al grupo—. Luego empezamos a trabajar.

Naughton siguió cerca de ella, inestable sobre sus huesudas rodillas, mientras los demás iban a por agua. Era su reto y él lo sabía.

—¿Vas a correr esta noche? —le preguntó el chico.

—Probablemente. Puede que solo un poco.

—¿Puedo ir contigo? —Eso era nuevo.

—Pues... supongo que sí. Si queda algo de ti cuando termine con vosotros hoy.

Él parecía ilusionado.

—No me quedaré atrás. No te preocupes.

Esto le hizo recordar las cosas que sucedieron dos años antes. Cómo se pegaba ella a Eric cuando él intentaba organizar grupos para correr en México. Ella le molestaba, presumía y coqueteaba descaradamente. Uf, ¿de verdad había hecho esas cosas?

Todavía seguía pensando en eso dos horas después, cuando ella y Eric iban hacia el comedor a medio día.

Él notó que estaba callada, pero no quiso molestarla.

Joe Warshaw los abordó delante del comedor.

—Justo los dos que buscaba —dijo llevándolos a un lado. Le hizo una especie de guiño a Bridget como si quisiera decirle: “¿Ves? Tu compañero no está tan mal”.

Bridget miró al suelo.

—Hemos programado un recorrido de *rafting* para este fin de semana —explicó Joe—. Por el río Schuykill, pasando una noche fuera. Es un tramo fácil, y hay que sacar la balsa una sola vez. Se han inscrito ocho chavales. Tenía que hacerlo Esmer, pero tiene que salir este fin de semana y vosotros dos estáis aquí. ¿Os importa?

—¿Se tendrá en cuenta si nos importa? —preguntó Eric. Conocía cómo era Joe.

Joe le dedicó una amplia sonrisa.

—La verdad es que no.

—Pues eso —dijo Eric.

—Les diré a los de la cocina que pongan las tiendas y todo lo demás en la furgoneta. Os lo pondré fácil. ¿Qué tal?

Eric y Joe hablaron de la logística mientras la mente de Bridget se perdía por los alrededores. Iba a salir de acampada con Eric. “Ay, Señor”. Confiaba en sí misma para mantener una relación de amiga durante las comidas e incluso en las tareas del



lago. Había llegado a la maestría en ese arte sutil. Pero dormir cerca de él en un saco bajo las estrellas... No estaba segura de confiar en sí misma para hacer eso.

\* \* \* \* \*

*Hola, chiquitas:*

*¡¡¡¡41 días!!!! ¿Sabéis dónde están vuestros bikinis?*

*Bi*

\* \* \* \* \*

Le vino en sueños. De verdad.

Lena estaba soñando con Valia, su madre, Effie y toda clase de incongruencias. Y en su sueño iba al comedor, o a un sitio que ella sabía que era el comedor a pesar de que tenía otro aspecto. Y en vez de ser los miembros de su familia los que estaban sentados en las sillas, eran dibujos que los representaban a ellos: grandes hojas de papel con dibujos al carbón colocados sobre las sillas. A Lena no solo le gustaban esos dibujos, en su sueño, sino que sabía que los había hecho ella.

Y cuando despertó, supo cuál iba a ser su proyecto para el *book*. No era tanto porque quisiera dibujar una serie de retratos de su familia. Era más porque sabía que era lo que debía hacer.

Decidió empezar por su madre, el origen de todas las cosas. Además, sabía que podía convencer a su madre. Después de la cena, recorrió la casa buscando el sitio adecuado para que posara.

—Siéntate aquí —Lena le señaló el sofá del salón, de terciopelo verde con cojines perfectamente colocados. Examinó a su madre. No. Ella no descansaba en el salón muy a menudo.

—Vamos a probar en la cocina —le propuso Lena, y su madre la siguió hasta allí. Sentó a Ari junto a la mesa. Mejor. Pero en realidad su madre nunca se sentaba.

—Ponte de pie, ¿vale? —dijo Lena. Dejó que su madre fuera al lugar donde solía cocinar. Eso tenía sentido. Sin pensarlo, su madre apoyó los codos sobre la encimera de granito y puso la barbilla entre las manos esperando a que Lena decidiera.

—No te muevas —pidió Lena—. Así está bien.

Colocó un banco frente a su madre y apoyó el tablero de dibujo sobre sus piernas. Lena se obligó a observar un largo rato antes de empezar. Quería ver todo lo que era real y también lo que había allí. No quería que nada la intimidara.

Empezó. Le gustaba la delicadeza de la piel de su madre en contraste con la encimera de granito pulido, la forma en que la piel de los codos se aplastaba un poco



sobre la piedra. Su madre evitaba la delicadeza, prefería la dureza, pero lo que ella tenía era delicadeza.

Lena quería captar los nudillos algo flácidos y desgastados de su madre junto a la dura permanencia de su anillo de boda presionando en su mejilla como en ese momento. Analizó sus pendientes de diamantes de brillo severo, un regalo del padre de Lena en su vigésimo aniversario, colocados en sus suaves y cansados lóbulos.

Dibujar no era un ejercicio pasivo, solía decir Annik. Tenías que buscar la información; tenías que meterte para encontrarla.

Lena se esforzó en mirar más a fondo en la forma indecisa de los ojos de su madre; las líneas que avanzaban hacia sus labios se hacían más pronunciadas por el modo deliberado y cuidado de su expresión.

Ari quería apoyar a Lena de alguna manera. Posaría para este dibujo hasta que se le durmieran todos los miembros. Pero también necesitaba permanecer junto a su marido. Ya había cedido demasiado aquel año como para volverse atrás. Tal vez era una pacificadora, pero ahora a ella también iban a pedirle cuentas.

Lena veía la pugna de estos conflictos en cada cuadrante del rostro de su madre. Veía las diminutas líneas que, a modo de fallas geológicas, evidenciaban los sentimientos que partían en dos a su madre. Ari, en algunos aspectos, era muy plácida: su pelo liso, sus cejas depiladas, su ropa elegante con muchos tonos suaves de beige. Y, en otros aspectos, Lena veía que mantenía una guerra interior.

Se imaginó que era un mariscal de campo que supervisaba las hostilidades entre las cejas de su madre. Luego imaginó que era un cartógrafo y que representaba en un mapa cada curva y cada depresión existentes entre el pómulo y la mandíbula de Ari. Se imaginó ciega, recorriendo con el tacto de su carboncillo el cuello y la clavícula de su madre. Imaginó que era del tamaño de un acaro y que se arrastraba por las concavidades como valles de los hombros.

Cuando Lena le llevó el dibujo a Annik al día siguiente, Annik se emocionó visiblemente. Se quedó casi sin habla.

—¿Crees que he logrado plasmar la silla de ruedas? —preguntó tímidamente Lena.

Annik la abrazó apretando las piernas de Lena contra las ruedas.

—Sí que lo creo.



## Capítulo 16

*¿Deberíamos habernos quedado en casa y pensar en este sitio?. Elizabeth Bishop.*

—Hola, Naughty.

Bridget no le había dicho a Naughton la hora exacta para salir a correr aquella tarde, pero de todos modos él estaba allí. Se preguntó cuánto tiempo llevaba esperando junto al camino al pie de la colina. Eric, aquella tarde, no había ido. Corrieron en silencio bastante tiempo. El aire estaba tan cargado de humedad que prácticamente se podía oír salpicar el agua. Bridget tenía que reconocerle el mérito a Naughty. El tramo cuesta arriba era francamente brutal (a ella le gustaba empezar a correr en condiciones duras), y se mantuvo a la par con ella incluso cuando parecía que se iba a morir.

Tenía catorce años. Parecía infinitamente más joven que Bridget, pero observó con cierta mortificación que la diferencia de edad entre ellos no era mucho mayor que la que la separaba a ella de Eric.

Él giraba la cabeza constantemente para mirarla. Estaba nervioso.

Se detuvo brevemente en lo alto de la montaña para disfrutar de la vista. Formaba parte de su ritual. El silencio solo era interrumpido por Naughton: respiraba tan fuerte que a Bridget le asustaba que fuera a explotarle un pulmón.

Ella esperó a ir cuesta abajo para conversar.

—¿Qué tal vas? —le preguntó.

—B-bien —logró pronunciar.

Él esperó hasta que terminaron el circuito de seis kilómetros y empezaron a caminar para descargar su corazón.

—Esto, Bridget.

—¿Sí?

—¿Te gusta Bridget o Bi?

—Cualquiera. Los dos.



—Vale. Esto, Bi.

—¿Sí?

—Quería decirte algo.

—Vale.

Silencio.

—Esto... no importa.

El sudor hacía que le brillara toda la cara.

—Vale.

Él no podía soportar dejarlo así.

—Yo, esto, creo que eres... estupenda.

—A mí también me gustas, Naughty.

Él carraspeó.

—Creo que estoy hablando de una forma distinta de gustarse.

—¿Como una novia? —fue al grano. Aquello podría durar toda la noche.

Él se sorprendió.

—Sí.

—Soy tu entrenadora, Naughty. Sabes que no puedo ser tu novia.

Eso a ella no le había valido en Baja California, ¿verdad? ¿Por qué pensaba que podía valerle a él?

—¿Tienes novio?

Esa hubiera sido una salida fácil, pero no le apetecía mentir.

—No. En realidad no.

—¿Tal vez después del campamento? —propuso—. Podría esperar.

Él era mucho más dulce y más racional de lo que ella había sido. ¿Por qué cerrarle todas las esperanzas?

—Tal vez algún día. ¿Quién sabe lo que podría pasar?

Unas horas después estaba sentada junto a Eric en el muelle. El sol se iba ocultando detrás de los árboles y ella estaba pensativa.

—¿Puedo disculparme por algo? —le preguntó balanceando sus pies desnudos en el cálido aire.



—¿De qué tienes que disculparte? —interrogó perezoso. Tenía el pelo revuelto; se lo había dejado secar después de bañarse en el lago. Su rostro sin afeitar estaba relajado como nunca lo había estado con ella en aquel primer verano.

—De hace dos veranos.

El dio un leve respingo, pero la dejó seguir.

—Este chaval, Jack Naughton, quiere salir conmigo. Es dulce, pero me ha hecho pensar en mí misma. Me ha hecho recordar cómo me comporté contigo, y me he sentido muy avergonzada —arrancó un trocito de madera del muelle y lo lanzó al agua. Resopló—. Siento haberlo hecho. Debiste pensar que estaba haciendo el ridículo.

El rostro de Eric mostraba dolor. Estuvo callado durante mucho rato.

Ella subió los pies al muelle y abrazó las rodillas apretándolas contra su pecho. Presionó la barbilla contra una de las rodillas bronceadas temiendo mirarlo. Podía sentir el peso de su cabello suelto secándose sobre su espalda.

No habían hablado de esto antes. En todo el tiempo que habían pasado juntos, no habían mencionado el hecho de que ya se conocían—y menos de que ya se *conocían*— Nunca hablaban de “nosotros”. No había ningún “nosotros”.

Pero ahora se elevaba el espectro del “nosotros”, ¿no? No para resucitarlo, se prometió ella. No era eso. Su mente le trajo una versión graciosa de la conocida cita de Julio César: “No he venido para alabarnos sino para sepultarnos”.

Eric se pasó una mano por el cabello.

—Yo no pensaba que hacías el ridículo —dijo por fin, un poco a la defensiva—. Era más complicado que eso.

—Pero fue todo culpa mía. Sé que lo fue.

Parecía tremendamente cansado. Un lado de su boca estaba recto y el otro señalaba hacia abajo. Ella se daba cuenta de que él ya no quería seguir hablando de aquello.

—No volveré a sacar el tema —comentó suavemente. Los ojos le escocían con lágrimas que no quería que él viera—. Te lo prometo. Podemos olvidar que sucedió.

Cuando él habló de nuevo, lo hizo en un tono de voz tan bajo que apenas pudo oírle.

—¿Te crees que podría olvidarlo? —se frotó un ojo con la mano—. ¿De verdad crees que todo fue cosa tuya? ¿Que yo no lo quería también?

\* \* \* \* \*



Brian estaba allí, así que Tibby se quedó en su habitación. Venía a ver a Katherine casi todos los días. Estaba transformando el yeso de su brazo en una obra maestra. Dibujaba un dragón enorme y feroz con los rotuladores de Katherine añadiendo un poco en cada visita.

Brian también venía para ver a Tibby, sospechaba ella, pero Tibby no quería verlo. De vez en cuando la pillaba cuando bajaba a la cocina a hurtadillas para coger provisiones y le preguntaba, con la mirada de sus ojos hundidos, por qué le evitaba. Y ella seguía evitándole porque no tenía respuesta.

Tibby estaba encima de la cama y había dejado la puerta entornada unos centímetros para poder oír la voz de Brian sin ser vista. Fue entonces cuando llegó Carmen. Brian era lo bastante cauto para dejarla sola, pero con Carmen no había esa suerte. Carmen entró y cerró la puerta detrás de ella.

— ¿Qué haces?

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Por qué no quieres ver a Brian? El pobre chico está que se muere.

— Está aquí para ver a Katherine —afirmó poniéndose a la defensiva.

Carmen no era una persona especialmente paciente.

— Cállate. Él adora a Katherine, ya lo sé, pero quiere verte a ti.

— ¿Por qué no puedo estar sola si me da la gana? —dijo Tibby con malos modos.

Carmen suspiró. Estaba en uno de esos días suyos en los que, por el cariño que le tenía, no iba a dejarle pasar ni una.

— Porque Brian te quiere. Y estoy bastante segura de que tú sientes lo mismo. Así que ¿qué estás haciendo? Te guste o no, te vas a Nueva York dentro de mes y medio. No puedes dejar esto así.

Tibby estaba cansada de oírlo. Su madre había estado en su habitación cantando exactamente la misma cantilena no hacía ni veinticuatro horas.

— ¿Por qué todo el mundo tiene tanta prisa en vernos juntos a Brian y a mí? ¿Por qué tiene que ser mi novio? ¿Es que si no tienes un novio no eres una persona real? ¿Por qué todo el mundo tiene que estar enamorado de alguien?

— No tienes que estar enamorada de alguien —respondió Carmen—. Pero ocurre que lo estás. Y, además, Brian significa para ti algo más que ser solo tu novio — Carmen miró con desagrado el desorden de su alrededor—. ¿Es por Katherine? Porque Katherine está mejorando rápidamente y eres tú la que actúa como si estuviera lastimada.



—No es por Katherine —dijo Tibby, solo para quitarse a Carmen de encima—. No es por nada. Y, de todos modos, quizá estés equivocada. Puede que Brian no me guste de esa forma.

Carmen la miró de arriba abajo.

—¿Me estás diciendo honestamente que Brian no te gusta de esa forma?

Tibby no podía decir que no le gustaba sin mentir, así que decidió no decir nada.

\* \* \* \* \*

—Hola, papá. Soy yo.

—¡Hola, ratita! Qué alegría oír tu voz. ¿Qué pasa?

Carmen y Al hablaban con bastante regularidad los domingos por la tarde, por eso una llamada un jueves por la noche tendía a provocar un “¿Qué pasa?”.

A Carmen, de forma un poco enfermiza, le había entusiasmado decirle a su madre que no cumpliría su sueño de toda la vida de ir a Williams. Pero no le entusiasmaba nada decírselo a su padre. Había pospuesto cien veces esa llamada.

—Yo... esto... ¿Cómo está Lydia?

—Está fenomenal —su padre, obviamente, sabía que se estaba yendo por las ramas.

—¿Cómo está Krista?

—Creo que está bien.

Al era siempre más comedido en este tema. No quería que sonara obvio que Krista era la chica que vivía con él mientras Carmen era la chica que llamaba los domingos. A pesar de que esa era la verdad.

—Dale recuerdos de mi parte, ¿vale?

—Por supuesto. Se alegrará. Ahora, cuéntame. ¿Te va todo bien? ¿Qué tal tu trabajo?

—Está... perfectamente. Escucha, te llamo porque... bueno, porque... —tenía que obligarse a decirlo—. Porque estoy pensando mucho en este otoño.

—Vale...

—Puede que no esté lista para salir de casa justo ahora —lo dijo tan deprisa que le salió como si fuera una sola palabra larga.

—Ratita, explícame lo que quieres decir.

—Con mamá y David, y mamá esperando al bebé y todo eso. Es difícil imaginar que me vaya justo ahora.



—Vale...

—Puede que me quede aquí este otoño. Incluso puede que vaya la Universidad de Maryland. Me han aceptado allí, ya sabes, solo por si acaso.

—Ah, no lo sabía.

—Ha sido hace poco.

—Vamos a ver. ¿Dices que puede que te quedes en casa este otoño?

—Creo que es probable que lo haga —soltó el aire que había estado aguantando por lo menos desde hacía un minuto.

—Entonces, no vas a Williams.

—Puede que no.

—¿Puede que no?

—Probablemente no.

—Probablemente no.

—Sí. La cosa es que tengo que llamar a Williams y avisar. No puedo retener la plaza si no voy a utilizarla, ¿comprendes?

—Sí, estoy seguro de que en eso tienes razón —en realidad, su padre no parecía enfadado. Sonaba tranquilo.

—Así que supongo que les voy a llamar.

Notó que su padre se pasaba el auricular al otro oído.

—Ratita, ¿por qué no me dejas que me ocupe de eso, eh? Ya he puesto un depósito elevado y puede que necesite llegar a un acuerdo con ellos para que me lo devuelvan.

—Ah, no. ¿Crees que...? —Carmen no podía soportar pensar que, además de todo, a su padre le sacaran miles de dólares.

—Yo creo que no habrá problema —dijo él—. Deja que me ocupe yo, ¿vale? —estaba muy tranquilo.

¿Era posible que su madre le hubiera hablado ya? Carmen detectaba un ligero olor a conspiración de sus padres. Hasta los padres divorciados eran capaces de cosas así cuando estaban preocupados.

—Gracias, papá —una vez más, las lágrimas hicieron acto de presencia—. ¿Seguro que no estás decepcionado? —su voz la desobedeció y se quebró con la última sílaba.

Él suspiró.



—Si quieres ir a Williams, yo quiero que vayas a Williams. Si quieres ir a Maryland, quiero que vayas a Maryland. Quiero que seas feliz, ratita.

¿Cómo podía tener esos padres tan estupendos? ¿Cómo de unos padres tan estupendos había salido una hija tan desastrosa?

Aún no había terminado de ser estupendo.

—Yo te quiero, Carmen. Confío en ti para que tomes las decisiones correctas.

Carmen sintió como si un yunque hubiera sustituido misteriosamente a sus intestinos. A veces, la confianza se sentía como el peor regalo del mundo.



## Capítulo 17

*Es siempre la misma historia. Chico encuentra chica, chico pierde chica, chica encuentra chico, chico olvida chica, chico recuerda chica, chica muere en un trágico accidente de dirigible sobre el partido del Orange Bow el día de año nuevo. The Naked Gun.*

El *rafting* iba bien. Esta vez no había abejas suicidas. Ni salpicones, ni movimientos bruscos de la barca, ni caídas por la borda. Bridget y Eric mostraron de forma convincente que sabían lo que hacían. Mientras tanto, entre los campistas, ocho chicos, sí hubo muchos salpicones, choques y golpes con los remos. Se lo pasaron en grande mientras Bridget y Eric se dedicaron solo a trabajar. Durante las largas horas flotando por el caluroso y tranquilo río, Bridget tuvo mucho tiempo para arrepentirse de su última conversación con Eric. Había cambiado el ambiente entre los dos. Desde luego que sí. La naturalidad se había esfumado. De repente eran considerados y corteses. Eso lo odiaba de verdad.

Habían surgido tensiones de todo tipo. Se sintió tímida al quitarse la camiseta que llevaba sobre el bikini cuando tuvo calor, a pesar de que todos los demás ya estaban en bañador. Desviaba los ojos del pecho desnudo de Eric, aunque lo había visto así muchísimas veces. Mientras se trenzaba el cabello, levantaba la vista y lo veía mirándola e, instantáneamente, los dos bajaban la vista.

Cuando la lluvia empezó poco después de cenar arroz y alubias sin gracia, al estilo campamento, ambos pusieron cara de estar algo contrariados. Había tres tiendas: dos de cuatro plazas para los campistas y una de dos plazas para los monitores. La de dos plazas le pareció cómicamente pequeña a Bridget cuando empezó a montarla.

Se figuró que Eric había contado con dormir bajo las estrellas. Y ella también. De ese modo, él podía estar en un lado del campamento y ella en el opuesto, y así podrían evitar complicaciones. El viento soplaba más fuerte y les lanzaba grandes gotas de lluvia como si quisiera dejárselo claro: esa noche todos tendrían que dormir en tiendas.

A Bridget se le daba bien sacarse de encima la tensión golpeando el suelo con los pies. Era un talento especial que tenía. Caminaba por ahí marcando el paso,



pisoteándola, sin hacerle demasiado caso. Pero esta vez le estaba costando. Sus tallos se le enroscaban por los tobillos y la inmovilizaban.

No sabía adonde ir para quitarse el traje de baño. No quería que él la viera cepillándose los dientes o peinándose. Como es obvio, no quería que supiera que estaba haciendo pis en el bosque. No quería encontrárselo en calzoncillos o algo peor. Le ponía nerviosa pensar que la vería metiéndose en el saco de dormir en camisón.

Cuando pensaba en su imprudencia con él dos veranos antes, se encogía. ¿Cómo podía haber hecho aquello? Entonces ni siquiera lo conocía.

Tal vez lo había hecho exactamente por eso.

Le dejó mucho tiempo a solas en la tienda antes de preguntar cortésmente si podía entrar. Fue tan cortés que estaba empapado.

Metida en el saco de dormir, con el cabello apelonado bajo el cuello, se giró para darle la espalda, como si no estuviese notando que se estaba metiendo en su saco a menos de medio metro de ella. Deseaba reírse con él de aquello, pero no podía encontrar la forma de hacerlo.

Allí estaban acostados en una diminuta tienda naranja, el uno junto al otro. La lluvia seguía cayendo. Podía oler su champú y su piel húmeda. Era incómodo de una forma mágica.

La situación le resultaba demasiado embarazosa como para detenerse a pensar en las sugestivas posibilidades que tenían ante ellos si dejaba volar libre su mente. En realidad, lo que más quería de verdad era tranquilizarlo. Ella no constituía una amenaza. De verdad que no. Quería demostrárselo.

Se dio la vuelta y quedó tumbada de espaldas mirando hacia arriba. El hizo lo mismo.

Ella carraspeó.

—Háblame de Kaya —dijo Bridget—. ¿Cómo es?

Eric no respondió inmediatamente.

—Seguro que es guapa.

Él expiró lentamente.

—Sí. Es guapa —sonaba un poco a la defensiva. No le gustaba hablar de este tipo de cosas.

—¿Pelo claro u oscuro?

—Oscuro. Además, en realidad es medio mexicana.



—Eso es guay —Bridget, de forma absurda, deseó ser medio mexicana también—. ¿Va a Columbia?

—Acaba de terminar la carrera.

A Bridget le sonaba muy mayor, muy sofisticado y completamente envidiable ser medio mexicana y haberse licenciado en Columbia. Se dio cuenta de que estaba desarrollando un complejo de inferioridad allí tumbada estúpidamente en su saco de dormir, encogiéndose dentro de su piel adolescente y no mexicana. Ni siquiera quiso decir nada más por temor a quedar todavía más tonta y más cría en comparación con su deslumbrante novia.

¿Por qué había invitado Bridget a la novia de Eric a su pequeña tienda naranja?

Él se dio la vuelta hacia ella y apoyó la cabeza en una mano. Hablar un poco, incluso sobre eso, había puesto las cosas más fáciles entre ellos.

—Oye, yo quiero saber sobre tus amigos.

Ese era un cebo al que no podía resistirse. Y así, gastó su nerviosismo en parlotear, sintiéndose todo lo tonta y cría que podía ser.

\* \* \* \* \*

El siguiente reto para Lena era grande. Era Valia. Lena había evitado a su abuela escrupulosamente durante muchos meses, así que casi le aterrorizaba mirarla de frente.

Lena medio esperaba que Valia se negara a posar, pero no lo hizo. Se sentó en el escritorio en la salita y miró directamente a Lena.

—Puedes hacer algo en el ordenador si quieres. Puedo dibujarte así —sugirió Lena.

Valia encogió los hombros.

—Ya terminado con el ordenador hoy.

Lena calculó que ya era tarde en Grecia; probablemente esa era la razón.

—Puedes ver la televisión si así estás más cómoda.

—No. Yo quedo aquí —dijo Valia.

Lena tenía que ser fuerte. Estaba buscando una salida y Valia la miraba de frente. Se obligó a ser valiente.

Al principio fue duro. Lena había estado evitando la pena obvia de Valia y sus propios problemas asociados. Al ver la cara de Valia, no podía ignorar aquel dolor. Dibujar a Valia significaba no solo verlo, sino perseguirlo. Lena sintió que su única esperanza era intentarlo por etapas.



Cuánto había envejecido su abuela en el último año. La piel de Valia estaba tan arrugada que parecía que se le iba a caer de los huesos. Sus ojos, que habían sido oscuros, eran ahora acuosos y desvaídos, con una tonalidad azulada en torno al iris. Miraban al exterior desde los pliegues de la piel como si lo hicieran desde el interior de dos cavernas.

Bapi había amado a Valia. Lena imaginaba que, incluso cuando ya eran muy viejos, Bapi veía a Valia como la mujer joven y bella que había sido. Ahora no había nadie que la viera así y, en consecuencia, se había marchitado.

De repente, Lena comprendió su reto. Iba a intentar ver a esa Valia, la Valia de Bapi, en este rostro. No buscaría solo la pena, aunque era mucha. Sería como una arqueóloga. Desenterraría a la Valia anterior; la redescubriría en medio de toda la desolación.

Ahora Lena ya miraba de verdad y Valia estuvo a la altura. La miró a su vez. Lena nunca había hecho un dibujo en el que su sujeto la mirase fijamente a los ojos. Era como una competición para ver quién aguantaba más la mirada, que acaba en tablas.

La arqueóloga Lena vio pistas en la forma de las cejas de Valia. Tomaba prestado un poco de Effie; algunas personas pensaban que se parecía a Valia. Vio a su padre en la boca y la barbilla de Valia. Lena iba dibujando lo que observaba, pero dejaba que el pasado la informara de cómo interpretarlo, si es que era posible. Podía ver la belleza si lo intentaba de verdad.

La expresión habitual de agresividad de Valia iba desapareciendo lentamente de sus rasgos. Las partes y sitios que constituían su rostro adoptaban formas nuevas más naturales. Lena se dio cuenta de que a Valia le gustaba que la miraran. Y eso le hizo considerar, con tristeza, lo poco que la miraban todos. Todos la temían. Todos apartaban sus ojos de ella. ¿Quién quería otra tragedia en su día? Con educación, ignoraban sus quejas o se sometían a ellas solo para hacerlas desaparecer. O, al menos, deseaban que su rabia, su sufrimiento, su soledad, su descontento y todas sus quejas desaparecieran. Con lo demás podían convivir.

No era raro que Valia estuviera enfadada. Su hijo la había traído casi a la fuerza y ahora se pasaba todo el tiempo deseando que no estuviera allí. Y la misma Valia quería irse, esa era la cosa. Ellos querían que se fuera; ella quería irse. Qué lío.

Lena dibujaba y dibujaba. Valia era una modelo excepcional. Mucho mejor que los profesionales de la escuela, a los que les pagaban quince dólares por hora. Durante setenta minutos, Valia estuvo como una estatua, sin suspirar, quejarse o estirarse ni una sola vez.

Después de un rato, Lena notó que tenía lágrimas en los ojos, pero no paró por ellas. ¡Qué sola estaba Valia! Cuánto le gustaba que la miraran, por fin. Qué tragedia para todos haberla privado tanto de ese alimento.



Cuando Lena terminó, se levantó y le dio un beso a Valia en la cabeza. No se habían tocado durante meses. Valia parecía conmovida.

Tímidamente, Lena le mostró el dibujo a Valia. “Te he visto. Creo que por fin te he visto”, dijo Lena en silencio.

Valia lo miró un buen rato. No dijo nada. Asintió con brusquedad, pero Lena creía que en aquella extraña tarde de sábado las dos se habían visto.

Al día siguiente, en el desayuno, Valia había vuelto a las andadas.

—¿Quién ha hecho este café? —exigió, comportándose como si fuera muy probable que lo fuese a escupir en la mesa.

—Yo —respondió Lena rápidamente—. ¿No te gusta?

—Es el peor —dijo Valia con énfasis.

Lena clavó sus ojos en los de Valia y no los apartó.

—Entonces, no te lo bebas.

Toda la familia se la quedó mirando atónita y Lena se sintió muy orgullosa de sí misma.

\* \* \* \* \*

—“Hola, ¿Carmen? Espero que sea la Carmen correcta. Si es la Carmen correcta, entonces soy Win. Si no... sigo siendo Win y siento molestarte. Incluso si eres la Carmen correcta, puede que te esté molestando, y si es así, lo siento. He encontrado tu número en... bueno, no importa. No soy un acosador ni nada por el estilo. Te lo juro por Dios. Nunca he llamado a nadie así, sin más. Pero tengo que admitir que he estado pensando en ti y...” *Piiiiiii.*

\* \* \* \* \*

En mitad de la noche, Bridget sintió un pequeñísimo cosquilleo de cabello en su brazo. Abrió los ojos sin mover ni un solo músculo. Dormido, Eric había rodado hacia ella. Su cabeza se había acercado tanto que le rozaba el hombro. Se sintió sin aliento. Sus cuerpos estaban doblados en la misma dirección, el de ella abrazando el suyo a distancia. Sus sacos casi se tocaban por la parte inferior.

Lo poco que había dormido aquella noche era ligero y lleno de sueños superficiales. No podía dormir más profundamente estando tan próxima a él. Se preguntaba si Eric se daba cuenta de lo cerca que estaban sus cuerpos, cómo se mezclaba su respiración. ¿O era su sueño inocente y profundo?

Con mucho cuidado, tan fría como el hielo, movió un pie. Mantuvo la respiración hasta que, a través de su saco de dormir, pudo sentir ligerísimamente, con el dedo gordo, la forma de su talón. Rogó que no lo notara ni se moviera. No lo hizo. Dormía.



Apartó el pie arrepentida.

Habría dado cualquier cosa para que la deseara otra vez. Pero habría dado todavía más para que confiara en ella.



## Capítulo 18

*No me hagas preguntas justo ahora. Estoy de mal humor y lo más seguro es que me burle de ti. Effie Kaligaris.*

Tibby estaba de pie a la entrada del cine esperando a que terminara la sesión de la una. Había dejado del todo de ver las películas. En esos días prefería estar ante los ventanales y mirar afuera. Una tarde, la taquillera se puso enferma y Tibby tuvo que hacerse cargo de aquella minúscula habitación. Fue divertido: seguro, abarcable y predecible.

Tibby dudó, otra vez, de si había elegido la carrera adecuada. Se preguntaba si la Universidad de Nueva York tendría alguna plaza en contabilidad. O tal vez ofrecían la carrera de encargado de cobros de cabina de peaje de autopistas. O de cajera. Se imaginó a sí misma disfrutando de un empleo en una de esas tiendas de licores de los barrios bajos donde te sientas detrás de una gruesa mampara de metacrilato a prueba de balas y la gente paga por una ranura de la ventanilla. Eso le parecía acertado para ella.

Vio a un pequeño grupo al otro lado de la calle y experimentó esa fracción de segundo de objetividad en la que ves a alguien que conoces antes de que te des cuenta de que lo conoces. El alto, por supuesto, era Brian. Tibby estaba asimilando constantemente su aspecto actual. Cuando había sido el peor de los zarrapastrosos, su cabello descuidado (largo, despeinado, mal cortado) había desempeñado un papel importante en el círculo vicioso de lo que era el aspecto de Brian.

Ahora le quedaba muy atractivo, lo llevaba descuidado en su justa medida. Ella le compraba la ropa un par de veces al año en Oíd Navy, una tienda de ropa barata, así que no había habido ningún cambio radical en ese tema. Él había descubierto por sí mismo que le gustaba ducharse. Eso había ayudado también.

El cuerpecito con la cabeza gigante de jugador de hockey era Katherine, naturalmente. Cada vez que Tibby veía aquel casco, se le hacía un nudo en el estómago. Los músculos faciales se le tensaban hasta formar una mueca, a pesar de que luchaba contra ello. Verlo la enojaba y hacía que le dieran ganas de llorar.



Nicky llevaba la otra mano de Katherine. Hasta él se había hecho más protector hacia ella.

Cruzaron la calle y se acercaron a la puerta del cine. Katherine vio a Tibby a través de los cristales. Agitó la mano para saludarla con tanto entusiasmo que el casco se le ladeó y la correa que lo sujetaba le dobló la oreja. Tibby les abrió la puerta.

—¡Venimos a ver una película en tu cine! —gritó Katherine.

Tibby le enderezó el casco. Siempre estaba haciéndolo.

—¡Mira! —Katherine se señaló la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Tibby.

—¡Pegatinas! —Katherine estaba extasiada—. Nicky me ha ayudado a ponerlas.

En efecto, el casco de hockey estaba lleno de pegatinas, llevaba todos los superhéroes y personajes de dibujos animados de la historia del *merchandising* barato.

—Guauuu... Cómo mola.

—Ahora, a lo mejor no quiero que me lo quiten nunca —declaró Katherine triunfante.

Tibby sintió que se le cortaba la respiración. Había allí una tortura que ella ni siquiera era capaz de identificar. Bendita Katherine. ¿Cómo podía ser aquella niña como era? ¿Cómo podía Tibby ser tan diferente? ¿Cómo podía sentir tanto dolor mientras en realidad Katherine estaba bien? No era Tibby la que se había caído por la ventana. Su preocupación por Katherine se había convertido en algo desperdiciado; Katherine no necesitaba esa preocupación. ¿Por quién era en realidad?

Olvidando durante un momento lo que había pasado, Tibby miró instintivamente a Brian. Y él le tocó la mano con ternura envolviéndola con una mirada de apoyo que nada tenía que ver con que quisiera besarla o no.

\* \* \* \* \*

Carmen había guardado el mensaje telefónico de Win y lo había escuchado catorce veces en una hora. Entonces, ¿por qué estaba ella en el hospital, el mismísimo sitio donde él trabajaba, parapetada detrás de un libro, en un rincón, con gafas de sol y sombrero? Era miércoles por la tarde y Valia tenía su sesión habitual de fisioterapia. Carmen sabía dónde encontrar a Win. Incluso tal vez Win la estuviera buscando.

Pero ella escogió el sitio más recóndito que pudo encontrar, que resultó ser un pasillo desierto en Maternidad. Estuvo muy tranquilo durante un momento, pero de repente apareció una bandada de mujeres embarazadas caminando como patos hacia ella. Inclino la cabeza y trató de leer algunas páginas más, pero se había distraído. Se acabó la soledad. No había dónde esconderse en aquel sitio.



Todas las mujeres y sus maridos se fueron metiendo en una sala. Carmen estaba intentando imaginar lo que podía ser (¿un gran baile para embarazadas?), cuando de repente se percató de algo. Miró su reloj.

En general, ignoraba egoístamente cualquier cosa que dijera su madre con las palabras “parto”, “nacimiento”, “embarazo” o “bebé”. Pero de forma vaga, en el fondo de su mente, sabía que su madre y David iban a clases de preparación al parto a ese mismo hospital. ¿Podía ser? ¿Sería posible?

Vaya, hombre. Intentó volver a meterse en su libro, pero no pudo. Durante páginas y más páginas, la prosa elegante de Jane Austen le entraba por los ojos y se paraba antes de llegar al cerebro. Ahora Carmen sentía curiosidad. Una vez que formulaba una pregunta, le era difícil no responderla. Guardó el libro en el bolso y se fue por el pasillo. Se detuvo ante la sala donde habían entrado las embarazadas. Tenía una mampara de cristal esmerilado que no estaba mal para espiar. Vio a las parejas sentadas en el suelo. Los hombres tenían las piernas abiertas y entre ellas estaban sentadas sus orondas mujeres. Parecía bastante peculiar, francamente. La profesora estaba frente a ellos detrás de una mesa.

Carmen ya había llegado a la conclusión de que su madre no estaba en aquella extraña clase, cuando miró un poco más hacia el fondo y vio un cabello oscuro que le era familiar. Era fácil no ver a Cristina porque, a pesar de su enorme barriga, parecía estar encogiéndose contra la pared.

Todas tenían pareja y Cristina estaba sola. ¿Por qué? El ejercicio que hacían en ese momento exigía que los maridos masajearan los hombros de sus esposas, y Cristina se quedó allí sentada sin más.

¿Dónde estaba David? Carmen miraba desconcertada hasta que vio que Cristina levantaba los brazos para masajearse ella sola los hombros. Eso fue todo lo que Carmen necesitó. Un dolor en el pecho la atacó por sorpresa y la impulsó directamente a cruzar la puerta y entrar en la sala.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó la instructora.

—Es solo un momento —dijo Carmen. Fue junto a su madre—. ¿Qué pasa? ¿Dónde está David?

Los ojos de Cristina estaban enrojecidos.

—Ha surgido una urgencia importante en su caso y se ha tenido que ir a San Luis —susurró. Se dio cuenta del inmenso mérito de su madre: había mucha tristeza en su forma de decirlo, pero no utilizó un tono acusador—. ¿Qué haces aquí, nena?

—Valia tiene fisioterapia —explicó Carmen.

Cristina asintió.



La instructora se plantó delante de ellas.

—¿Está usted inscrita en esta clase...? —le preguntó a Carmen. No lo dijo de malos modos, pero era obvio que prefería que todo estuviera en orden.

Carmen desvió la mirada de la instructora a su madre y volvió a mirar a la instructora. Señaló a su madre.

—Soy su compañera.

La instructora pareció sorprendida. Políticamente, era responsabilidad suya estar abierta a todo tipo de parejas.

—Bien. Estupendo. Acabamos de empezar con algunas técnicas de masaje para el parto. Sigán al resto de la clase para ponerse en marcha.

Carmen situó a su madre entre sus rodillas y empezó a darle masaje en sus tensos hombros. Tenía unas manos fuertes. Sintió que aquello se le daba bien. Oyó un pequeño espasmo en la respiración de su madre y comprendió que Cristina estaba llorando.

Pero sabía que Cristina lloraba porque estaba feliz, y eso le proporcionó a Carmen su propia sensación de felicidad en contraste con todo lo que había sentido durante mucho tiempo.

\* \* \* \* \*

*Hola, guapísimas:*

*Mi padre acaba de mandarme un montón de cosas de Brown.*

*Mi compañera de habitación se llama Aisha Lennox. ¿A que suena guay?*

*Voy a vivir con ella. Vamos a conocerla. ¿A que es raro?*

*Bi*

\* \* \* \* \*

Lena pensó que el dibujo de Effie sería el más sencillo. No era algo que la asustara. No se lo preparó demasiado. Entró en él con paso despreocupado. Lena no solía tener esa actitud, y por una buena razón, pensó. Siempre acababa lamentándolo.

—¿Dónde quieres estar? —preguntó Lena—. ¿En tu habitación?, ¿en tu cama?, ¿en algún otro sitio?

—Mmm —Effie estaba pintándose las uñas de los pies—. ¿Puedes hacerlo aquí?

Se encontraba sentada en el suelo delante del televisor en la salita. Había un *reality show* a todo volumen.



Effie descansaba el mentón sobre la rodilla y toda su atención se centraba en la uña del pie como si fuera una de las cosas más complejas con las que se hubiera topado en su vida.

—Supongo que sí —dijo Lena—. ¿Te importa si apago la tele?

—Déjala puesta. No miraré.

Lena no puso objeción. Su instinto le decía que manipulando a la modelo no conseguiría que se relajara. Daba igual que se estuviera comportando como si fuera boba.

Lena decidió hacer un perfil. Las rodillas de Effie dobladas, la barbilla hacia abajo, los dedos de los pies flexionados. Empezó a hacer el boceto.

Effie no era Valia. Se movía como si posar para el dibujo de Lena ni siquiera estuviera en su lista de cosas pendientes.

—Jolín, Ef. ¿Puedes estarte quieta?

Effie le lanzó una mirada agresiva y volvió a sus uñas.

Lena lo intentó. De verdad que sí. Era difícil dibujar una mano en movimiento. La dejó borrosa. Era difícil dibujar la personalidad de alguien con la cara mirando hacia otro lado. Intentó plasmar la resistencia de la postura de Effie. Fue lo único que parecía auténtico.

Y entonces Lena tuvo que preguntarse a sí misma por qué se le resistía tanto Effie. Era cierto que no habían coincidido mucho ese verano. Las dos consiguieron trabajo muy pronto. Las dos habían pasado fuera de casa todo el tiempo que habían podido. ¿Era su relación con Effie otra baja de la catástrofe de Valia?

¿Había sido peor de lo que se imaginaba Lena?

—Effie.

—¿Qué? —dijo bruscamente sin volverse.

La boca de Lena parecía funcionar un poco mejor con un carboncillo en la mano. La abrió.

—Ef, tengo la impresión de que no quieres que esto funcione. Como si estuvieras enfadada conmigo.

Effie miró hacia el techo en un gesto de impaciencia. Sopló de forma muy ostentosa y evidente para secar el esmalte rosa brillante de la uña del dedo gordo.

—¿Por qué piensas eso?



—Porque no me miras. No te quedas quieta.—Si Effie hubiera sido Lena y Lena hubiera sido Effie, aquello hubiera durado todo el día. Pero, afortunadamente, Effie era Effie. Cuando se giró, su rostro mostraba una expresión muy intensa.

—A lo mejor es que no quiero que vayas a la Escuela de Arte.

Lena bajó su bloc.

—¿Por qué no?

No pudo evitar mostrar su asombro. Siempre había dado por sentado, sin más, que Effie estaba de su lado en cualquier enfrentamiento con sus padres, igual que ella se había puesto siempre de parte de Effie, aunque estuviera equivocada. ¿Es que Effie estaba de acuerdo con sus padres en esta ocasión? ¿Estaba resentida porque Lena provocaba más turbulencias en su ya turbulento hogar?

Los ojos de Effie estaban llenos de lágrimas. Después de un largo rato, tapó el esmalte y lo apartó bruscamente.

—¿Tú qué crees? —preguntó. Lena sintió que sus ojos se abrían de par en par.

—Ef... No lo sé. Por favor, dímelo.

Effie se tapó la cara con las manos.

—No quiero que te vayas. No quiero que me dejes aquí... con todos ellos.

De rodillas, Lena recorrió la corta distancia que la separaba de su hermana y la rodeó con sus brazos.

—Lo siento mucho —dijo Lena de todo corazón—. No quiero dejarte —sintió las lágrimas de Effie en su hombro y la apretó con más fuerza—. Solo pensar en dejarte ya me pone triste.

Lo bonito de conseguir que alguien te dijera qué problema había era que podías decirle algo para aliviar un poco ese problema. Lena tomó nota mentalmente de que debería intentar hacerlo más a menudo.

\* \* \* \* \*

Un poco después, en el vestíbulo, Carmen se despedía de su madre con un abrazo cuando vio a Win. Él sonrió entusiasmado y avivó el paso para llegar hasta ella, como si temiera que se le fuera a escapar.

—¡Carmen!

—¡Hola, Win!

No pudo evitar sonreírle. Era demasiado dulce como para no hacerlo. Win y Cristina se miraron. Seguramente, Win se estaba preguntando a qué pariente lejano de qué amistad lejana estaría acompañando ahora Carmen al hospital.



—Esta es Cristina, mi madre —explicó Carmen—. Mamá, este es Win.

—Encantada de conocerte, Win.

Carmen lo vio a través de los ojos de su madre y de nuevo le llamó la atención lo extremadamente bien parecido que era. A Carmen la intimidaban la mayor parte de los chicos que eran así de guapos, pero con Win era distinto. No era arrogante ni le daba miedo. Tenía una sonrisa que mostraba que no se tomaba a sí mismo demasiado en serio y una forma de moverse que indicaba que no iba de prepotente por la vida; algo totalmente alejado del pavoneo habitual de los guaperas.

—Encantado de conocerla, también —dijo él con sencillez—. Me había parecido que eran familia. Es usted tan guapa como Carmen.

Si a Carmen le hubieran comentado esta frase, en vez de haberla oído en persona, habría hecho ascos y levantado la vista al cielo, y le habría dicho a don Ligón que se fuera a paseo y bien lejos. Pero al oírse la decir a él y ver la expresión de su cara, pensó que era el cumplido más inocente y sincero que había recibido en su vida. Y al parecer, su madre también.

Cristina se ruborizó de placer.

—Gracias. Me gusta pensar que nos parecemos.

Carmen sintió que se le rompían todos los esquemas al ser azotada por tanta bondad. No tenía ni idea de qué decir.

—Carmen me ha salvado hoy —le informó Cristina a Win espontáneamente, con una voz emocionada—. Mi marido no ha podido venir a la clase de preparación al parto, y Carmen ha acudido a socorrerme. Es mi compañera y entrenadora. ¿Te lo imaginas?

Cristina se reía, pero tenía los ojos llenos de lágrimas. Carmen había oído que las embarazadas eran hiperemocionales, pero vaya, aquello era pasarse.

Win miraba a Cristina con toda su atención. Y luego se giró para mirar a Carmen. Ella había deseado muchas veces que un chico como Win la mirase de aquella manera. Pero ahora estaba mal. Lo que su madre decía lo empeoraba todavía más.

Abrió la boca para decir algo. Y entonces se acordó.

—¡Ay, Señor! ¡Tengo que recoger a Valia! ¡Voy a llegar tarde!

Madre mía. Casi podía oír desde la octava planta su aullido capaz de romperle los huesos.

—Voy contigo —dijo Cristina corriendo tras ella hacia los ascensores.

—Adiós, Win —gritó Carmen cuando ya se iba.



Él parecía un poco triste cuando ella se despidió con la mano mientras se cerraban las puertas del ascensor. En cuanto se cerraron, Cristina le soltó:

—Nena, ¿quién es? —era obvio que estaba muy emocionada—. ¡Es... sencillamente adorable! Y de qué forma te miraba.

Carmen se puso colorada.

—Sí, parece... majo.

No quería que su madre viera su sonrisa nerviosa. Deseaba poder poner la boca de forma normal.

—¡Majo! ¡Es más que majo! ¿De qué lo conoces?

Carmen encogió los hombros.

—En realidad no lo conozco. O puede que lo conozca un poco —se mordió el interior del labio—. Pero él a mí no me conoce.



## Capítulo 19

*Al hombre que solo tiene un martillo en la caja de herramientas, cada problema le parece un clavo. Abraham Maslow.*

Tibby no encontró la oportunidad, hasta cuatro noches después, de abalanzarse sobre las bolsas de basura y sacarlas al callejón antes de que se le adelantara Margaret. Margaret tenía tanta experiencia en su trabajo (llevaba en el cine Pavillion más de veinte años, y estaba muy dedicada a él), que para Tibby era casi imposible arreglárselas para hacerle incluso este pequeño favor.

—¡Gracias, Tibby! —exclamó Margaret radiante cuando vio los cubos vacíos—. Eres un sol.

—Te estoy devolviendo un favor —dijo Tibby.

Tibby observó a Margaret poner su jersey en su taquilla del vestuario de empleados (Tibby observó que no tenía fotos pegadas) y coger su bolso exactamente de la misma forma que lo hacía cada noche. Tibby sabía que Margaret tomaría el autobús en la avenida de Wisconsin para ir a su casa, que estaba hacia el norte, no sabía por dónde. No podía imaginarse con exactitud qué hacía en su tiempo libre, pero estaba casi segura de que lo hacía sola.

De repente, Tibby tuvo una idea.

—Oye, Margaret.

Margaret se giró. Llevaba el bolso perfectamente colgado del brazo.

—¿Te gustaría cenar conmigo?

Margaret parecía totalmente desconcertada.

—Podemos tomar algo rápido, si quieres. Podríamos ir aquí, a la vuelta de la esquina, al italiano.

“¿Por qué no pasar un rato con una persona muy solitaria?”, pensó Tibby aplaudiéndose en su interior. ¿No era algo digno de elogio? Tibby estaba segura de que era algo que haría una buena persona.



Margaret miró alrededor, como para comprobar que Tibby no hablaba con otra persona. Los músculos que rodeaban su boca se torcieron ligeramente. Carraspeó.

— ¿Qué?

— ¿Quieres cenar? — Margaret parecía algo asustada

— ¿Tú y yo?

— Sí — Tibby empezaba a pensar que quizá se había pasado.

— Pues... bueno, vale. Supongo que sí.

— Genial.

Tibby la condujo hacia el restaurante. Nunca había visto a Margaret fuera del cine. Era un poco extraño. Se preguntó cuántas veces había estado Margaret fuera del cine, sin contar cuando estaba en su casa. Con su rebeca de color rosa claro, su bolso de plástico blanco con hebillas doradas y su expresión de desconcierto, Margaret parecía la víctima inocente de algún accidente en un viaje en el tiempo.

— ¿Está bien este sitio? — preguntó Tibby manteniendo abierta la puerta del restaurante.

— Sí — afirmó Margaret con la voz algo temblorosa.

Tibby ya había estado en aquel restaurante y le había parecido perfectamente normal. Pero ahora, con Margaret a su lado, le resultaba bullicioso, oscuro, excesivamente ruidoso y totalmente inadecuado.

La camarera les mostró una mesa. Margaret se sentó justo en la orilla de la silla con la espalda rígida como si estuviera preparada para salir huyendo de un momento a otro.

— La pizza es muy buena — dijo Tibby débilmente.

¿Margaret comía pizza? ¿Comía algo? Margaret estaba terriblemente delgada, era casi tan menuda como un niño. Había algunas pistas sobre su edad: la piel flácida de su cuello, la textura de su cola de caballo rubia. Tibby sabía que debía de estar en torno a los cuarenta y cinco. Pero en casi todos los demás aspectos, Margaret parecía que apenas estaba llegando a la pubertad.

“¿Qué le había pasado para ser así?”, se preguntó Tibby. ¿Habría ocurrido alguna tragedia? ¿Una pérdida? ¿Alguna cosa terrible la había hecho bajarse de la banda transportadora de la vida cuando tenía unos catorce años?

Peor aún, ¿había tomado una y otra vez el camino de la precaución? ¿Había estado cortando cada vez más ramas potenciales de la vida hasta haber dejado solo una?

¿Tenía Margaret miedo del amor? ¿Podría ser eso? ¿Había abandonado más o menos cuando todos los demás empezaban a tener pareja?



Tibby miró implorante a Margaret. Quería decir o hacer algo que ayudara a que Margaret se sintiera cómoda, pero no se le ocurría absolutamente nada.

— ¿Te gusta la pasta? —preguntó Tibby—. He oído que aquí está muy buena.

Margaret miró la carta como si fuera un examen con preguntas para pillarte.

—No estoy segura —respondió débilmente.

—Puedes pedir una ensalada —sugirió Tibby—. Pero si no te gusta esta clase de comida, yo lo entiendo perfectamente.

Margaret asintió.

—Puede que una ensalada...

Tibby sintió un pinchazo de tristeza porque sabía que Margaret quería agradecerla también. Margaret estaba desesperadamente incómoda, pero no quería defraudar a Tibby. ¿Quién le estaba haciendo un favor a quién en aquel asunto? Lentamente, a Tibby se le escapó el aire caliente de la bondad y se dio cuenta de lo idiota que era. Había arrastrado a la pobre Margaret muy lejos del entorno donde se sentía cómoda, y se felicitaba por este acto de caridad hacia ella. Pero Tibby no estaba dándole consuelo a una mujer solitaria; en realidad la estaba torturando. ¿En qué había estado pensando?

—Creo que no me apetece la comida italiana —dijo Tibby alegremente, con el único deseo de ofrecerle a Margaret una salida.

—¿Qué tal si volvemos por el cine, nos compramos un helado y luego te acompaño a la parada del autobús?

Margaret parecía haberse quitado un gran peso de encima y eso le dio a Tibby un poco de felicidad.

—Venga.

Mientras caminaban, Tibby se acordó de lo que solía decir su tío Fred casi en cada cumpleaños de la familia. Sus padres siempre se quejaban de que sus hijas se hicieran mayores y él decía: “Crecer es un asco, pero es mejor que la alternativa”.

Bien, por primera vez, Tibby se dio cuenta de que había una alternativa. Caminaba justo a su lado lamiendo un helado de naranja y rompiéndole el corazón a Tibby.

\* \* \* \* \*

—Me ha pillado otra vez—le dijo Carmen a Lena sorbiendo su capuchino helado y disfrutando del aire acondicionado en el Starbucks de la avenida de Connecticut.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lena. No se comía su galleta, a Carmen le apetecía de verdad.



—Win me ha pillado en otra buena acción inesperada en el hospital.

Lena se rió.

—Te ha *trincao*.

—Me siento como si hubiera estado robando en una tienda o algo así. No sabía qué decir para explicarlo.

—¿Le dijiste que era un accidente?, ¿Que no fue intencionado?, ¿Que nunca lo volverías a hacer en tu vida, si Dios quiere?

Carmen también se reía.

—Carmen Buena ataca de nuevo. ¿Qué vamos a hacer con esa chica?

—Atarla en el cuarto de baño.

—Buena idea.

Lena la miraba pensativa entrecerrando los ojos.

—Puede que en realidad sí seas Carmen Buena. ¿Se te ha ocurrido pensarlo?

Carmen recordó la forma en la que, la noche anterior, se había cepillado con alevosía la última tarrina del helado preferido de su madre.

—Qué va.

Lena seguía sin comerse su galleta, así que Carmen partió un trocito y se lo comió.

—Y adivina quién va a dormir en mi sofá mañana por la noche —dijo Carmen.

—¿Quién?

—Paul Rodman. Viene en coche desde Carolina del Sur y le he convencido para que duerma aquí. No lo he visto desde hace meses.

Lena se removió en su silla.

—Ha preguntado por ti —Lena asintió tímidamente—. Siempre lo hace. Es la única parte de la conversación que inicia él.

Lena bajó la vista a sus grandes pies calzados con grandes chanclas de suela de corcho.

—¿Cómo está su padre? —preguntó.

Carmen dejó de masticar. Se había estado escribiendo con Paul por correo electrónico. Por ese medio obtenía más palabras de él.

—No está bien. Paul conduce varias horas cada semana para verlo. Es muy triste.

Lena asentía cuando sonó el teléfono de su amiga. Carmen tuvo que escarbar por el fondo de su bolso hasta que lo encontró.



— ¿Sí?

— Carmen, hola. Soy David.

— ¿Qué ocurre? — la mayor parte del calor de su voz se evaporó.

— Solo quería darte las gracias. Por la forma en que cuidaste de tu madre ayer. No sabes cuánto ha significado eso para ella. Y también para mí. Tenía muchísimo interés en estar allí y no te puedes imaginar lo...

— Está bien — le interrumpió Carmen—. No hay problema.

— De verdad, Carmen. De verdad...

— Vale — no quería que siguiera con aquello—. ¿Estás todavía en San Luis?

— No. Estoy en casa — dijo cansado.

¿Por qué estaba enfadada con él? No era culpa suya que trabajara como una bestia. Ahora tenía una familia que mantener. Se tomaba en serio sus responsabilidades. Bla, bla, bla.

— Entonces te veré luego

— Ah, Carmen... Otra cosa.

— ¿Sí?

— Me he dejado el cargador del móvil en el hotel de San Luis ¿Puedo coger el tuyo?

Era bien sabido que los dos tenían exactamente el mismo modelo de móvil. A veces parecía que era el único tema de conversación entre ellos. El suyo tenía un tono de polca. Él pensaba que era muy divertido.

— Claro. Está en el enchufe que hay junto a mi mesilla de noche.

— En el hotel me han confirmado que me enviarán el mío. Les he explicado que lo voy a necesitar.

¿Por qué aquellas conversaciones eran siempre tan envaradas?

— Sí. Es verdad — dijo Carmen—. Bueno, hasta luego.

— Hasta luego.

Ella colgó. Cuando volvió a poner el teléfono en el bolso se dio cuenta de que el cargador estaba enrollado en el fondo. Huy. Vaya.

Lena entrecerraba los ojos tratando de imaginar con quién habría estado hablando Carmen.

— ¿David? — aventuró por fin.



—Si.

—Sabía que era alguien que no te gusta demasiado.

—Sí me cae bien —afirmó Carmen con un toque de petulancia. Suspiró—. Debería ser más amable, ¿verdad?

—No voy a contestar a eso.

Carmen sonrió de forma traviesa.

—Ya sé lo que voy a hacer. Voy a invitar a Win a cenar con mi madre y David —se rió—. Eso le abrirá los ojos.

\* \* \* \* \*

*Tibby:*

*Equipo de playa y música.*

*Nada de porquerías tecno, tal como lo hemos hablado.*

*Bi y yo:*

*Comida. Mucha. Sobre todo aperitivos con muchas calorías y gran cantidad de grasas trans (creo que esas son de las que me gustan ¿Por cierto, qué son?).*

*Lena:*

*Otras cosas de casa:*

*(Kleenex, además de papel higiénico, señorita.)*

*Por favor, hagan sus donativos (60 dólares, y estoy hablando de dinero en efectivo) al fondo para el Primer fin de Semana inicial Preuniversitario de Ensueño en la playa Rebot, en otras palabras, el monedero de Carmen.*

*y que sea pronto, ¿Eh?*

\* \* \* \* \*

Desde que Lena supo que Paul iba a pasar la noche en la ciudad, estuvo pensando en él. Por fin, se armó de valor y le llamó a casa de Carmen y le pidió que fuera a su casa. No era parte de su familia, claro, pero sentía una urgente necesidad de dibujar su retrato.

No quería evitarle más.



Aquella tarde, carboncillo en mano, se encontró con él en la puerta. Le abrazó con rigidez. Cuando vio su aspecto, sintió que el corazón le daba un vuelco. Más mayor, más triste y todavía más guapo.

Sin muchas palabras, la siguió a la cocina.

“Vosotros dos os parecéis demasiado”, había dicho Carmen sobre Lena y Paul y lo que les costaba mantener una conversación. Carmen había tenido una vez muchas esperanzas de verlos juntos.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó ella.

Él parecía nervioso.

—No, gracias.

Lena le hizo una señal para que se sentara a la mesa enfrente de ella. Lena se pasó la mano entre el cabello. Se lo había cepillado para la ocasión.

—Tengo que pedirte un favor algo raro —le dijo.

Ahora sí que parecía asustado. Pero dispuesto.

—Vale.

—¿No te importaría que dibujara un retrato tuyo? Tardaría una hora o una hora y media. Es solo un boceto tuyo desde aquí hacia arriba —indicó la altura de su propia clavícula para que no saliera corriendo de la casa lleno de pánico—. Estoy haciendo un *book* con retratos de gente porque intento conseguir una beca para la Escuela de Diseño de Rhode Island. Si no me la dan, no podré hacer Bellas Artes, y es lo que de verdad quiero hacer. ¿Te parece bien?

Nunca le había dicho tantas cosas de una sola vez.

Él asintió.

—Me gustaría —dijo.

Ella tuvo una idea.

—Podríamos ir afuera.

El la siguió hasta el jardín de atrás. Lena no se lo imaginaba en una tumbona junto a la piscina ni nada por el estilo. Evaluó las posibilidades. Había un tocón de árbol en un rincón alejado, junto a la valla. Había sido un roble bello y gigantesco que había envejecido y enfermado, y por eso sus padres lo mandaron talar para evitar que cayera sobre la casa. Era fuerte y robusto, muy adecuado para Paul. Lo condujo hasta él y luego corrió a coger una silla para ella y su bloc de dibujo.

—¿Estás listo? —le preguntó.



Paul se sentó bien. El tocón tenía la altura perfecta para él. Los pies de Lena habrían quedado colgando, pero los suyos descansaban firmemente en el suelo. El puso las manos sobre las rodillas. Eso podría haberle dado un aspecto rígido a otra persona, pero en Paul era adecuado. Ella observó que llevaba un gran anillo de oro de su promoción en el dedo meñique de la mano izquierda. Era lo único que no encajaba.

Se separó un poco. Quería dibujar más de él.

— ¿Te importa si hago un tres cuartos?

— Está bien.

Sujetó el papel a su tablilla. Lo miró detenidamente. Eso hizo que se pellizcara en un nudillo. Dolía y se lo chupó un segundo. Se hizo una cola de caballo con el pelo. Reposó el carboncillo sobre el papel.

— ¿Tengo que mirarte?

— Mmm. Sí —explicó Lena.

Paul siempre tenía una mirada muy directa, así que eso le iba bien. Por otra parte, ella sentía subir la presión a medida que sus ojos se encontraban en momentos prolongados. No sentía por Paul lo mismo que por otras personas.

Las líneas del rostro de Paul daban la impresión de ser rectas y cuadradas: mandíbula cuadrada y fuerte; frente cuadrada; pómulos angulosos. Pero cuando ella miró con más intensidad y durante más tiempo, vio muchas redondeces inesperadas. Por ejemplo, sus ojos. Eran grandes y circulares, inocentes y casi infantiles. Pero en los ángulos exteriores vio que tenía unas tenues arrugas en forma de abanico, como el inicio de patas de gallo, que ella sospechaba que no habían sido producidas por la risa. Y en los ángulos interiores, la fina piel donde sus ojos se unían a la nariz era azulada y de aspecto ligeramente parecida a un hematoma.

Su boca era sorprendentemente carnosa y curva. Era una boca adorable. Se perdió en las diminutas líneas verticales de cada comisura que separaban los labios de las mejillas. No esperas encontrarte una boca tan sensual en una persona tan grande y tan fuerte. Se sintió algo eufórica mirándola directamente y durante mucho tiempo. Y luego se sintió culpable por sacarle partido de ese modo a aquella oportunidad de dibujarle.

Le dibujó los hombros y los brazos con trazos sueltos y amplios. Cuando llegó a las manos, los apretó un poco.

Su mano dudó sobre el anillo. Se obligó a abrir la boca.

— ¿Puedo preguntarte sobre ese anillo?



Él lo cogió instantáneamente con los dedos de la otra mano. Bajó la vista. Era la primera vez que interrumpía la pose en casi cuarenta minutos.

—Lo siento —dijo al darse cuenta.

—Está bien. No te preocupes —afirmó ella con rapidez. Repentinamente sintió deseos de protegerlo—. Puedes descansar. Te lo mereces.

—No. Está bien.

El miraba hacia abajo ahora. Su cuello describía un arco airoso y triste. El ángulo de su cuello hablaba con tal elocuencia que los dedos de Lena anhelaban empezar otro dibujo.

Cuando mirabas con bastante atención, cuando buscabas realmente la información, era un milagro que hubiera tanto que ver, incluso en el más mínimo gesto de una persona. Había tanto sentimiento, tal variedad deslumbrante de cosas, que tus palabras, al menos las de Lena, nunca podrían expresarlo. Había miles de imágenes, recuerdos e ideas, solo tenías que dejar que vinieran. Toda la historia de la experiencia humana estaba contenida en alguna parte en cada uno de los detalles, lo más universal en lo más específico, si eras capaz de verlo. Era como la poesía. Bueno, ella nunca había encontrado en realidad poesía en la poesía, para ser sincera. Pero se imaginaba que la poesía podría ser así para alguien que la entendiera y la amara.

Una de dos, era como la poesía o era como estar muy, muy colocado.

Paul se había quitado el anillo y lo tenía en la palma de la mano. Volvió a mirar a Lena.

—Es de mi padre. El también fue a la Universidad de Pensilvania, por eso quiere que lo tenga yo.

Lena lo miró con solemnidad. Se preguntaba si la creciente compasión que sentía por él le estaría asomando a los ojos.

—Está enfermo. Carmen me lo contó.

Paul asintió.

—Lo siento mucho.

El seguía asintiendo con la cabeza, cada vez de forma más lenta.

—Es duro, ¿sabes?

—Sí —dijo ella con sentimiento—. Es decir, no lo sé. Sí lo sé y no lo sé. No lo sé con exactitud, pero siento que sí lo sé. Mi Bapi... mi abuelo murió el verano pasado —de repente se horrorizó al oír sus palabras—. ¡No es que sea lo mismo! —prácticamente gritó—, ¡No es que vaya a pasar eso! —a veces Lena se odiaba de verdad.



La expresión de Paul era inmerecidamente bondadosa. Era todo perdón y comprensión. Incluso gratitud.

— Sé que lo entiendes, Lena. Estoy seguro de que lo comprendes.

Los dos se quedaron mirándose, pero, por primera vez, el silencio no parecía vergonzoso y frustrante. Parecía adecuado.

— ¿Quieres descansar? — volvió a preguntarle ella.

— Vale — aceptó él esta vez.

El tocón era bastante grande para que cupieran dos personas. Ella se sentó a su lado con las piernas cruzadas. Le rozaba un poco, y a él no le importó. El sol los alumbraba con benevolencia.

Las esquinas del papel de su dibujo, que había dejado sobre la hierba, se movían suavemente con la brisa.

Ella quería terminarlo, pero no sentía deseos de apresurarse. Se dio cuenta de que había empezado el dibujo para poder decirle a Paul que lo sentía.



## Capítulo 20

### *Agítalo un poco y se abrirá. Pinky and the Brain.*

Era un día más con la misma rutina. Valia había empleado ya la mayor parte de sus energías chateando con sus amigos de Grecia. Era el único momento del día en que parecía viva. Ahora estaban sentadas en la salita oscurecida y Carmen se preparaba para lanzar otra guerra de desgaste con la televisión como premio.

No había conseguido su dosis de Ryan Hennessey durante muchos días. Trató de imaginárselo. Por alguna razón no podía. Se puso en pie.

—Valia, nos estamos atrofiando. Tenemos que salir de aquí.

—¿Sí?

—Sí. Hace buen día. Necesitamos pasear.

Valia parecía adormilada y gruñona.

—Veo un programa. No quiero andar.

—Por favor —Carmen se sintió tan desesperada de repente que no le importaba su duelo de terquedades. Dejaba que Valia ganara aquel asalto

—Yo haré todo el trabajo. Usted solo tiene que ir sentada en la silla.

Valia lo pensó. Le gustaba que le rogaran. Le gustaba su evidente poder sobre Carmen. Encogió los hombros.

—Hace demasiado calor.

—Hoy no hace tanto calor. Por favor.

Valia no iba a darle a Carmen el gusto de decir que sí a las claras, pero miró su silla de ruedas con resignación.

Carmen aprovechó la ocasión. Con suavidad, puso el delgado cuerpo de Valia en la silla de ruedas.

—Vale.

Comprobó que llevaba sus llaves y su dinero y sacó a Valia por la puerta.



El cielo estaba completamente azul. Aunque era agosto, la calima pegajosa del verano había desaparecido de momento. Era muy agradable estar fuera. Carmen caminaba sin rumbo fijo, dejando volar la mente. Intentaba mirar el mundo con los ojos de Valia, trataba de imaginar cómo se vería cada rincón del barrio a través de los ojos de una anciana que había pasado toda su vida en una isla del Egeo. No tan agradable, desde luego. Pero cuando Carmen levantó la vista y miró el cielo, supo que era el mismo cielo. Se preguntó si al ver aquel hermoso cielo azul intenso, Valia lo reconocería como su mismo cielo.

Por alguna razón, una imagen se abrió camino en la mente de Carmen: un restaurante adonde había ido con su madre algunas veces. No recordaba su nombre, pero sabía exactamente dónde estaba. Enfiló en aquella dirección y siguió caminando. De repente, sintió hambre.

En el restaurante, Carmen se alegró de ver que todavía tenían mesas fuera con grandes sombrillas blancas. A lo largo de los muros encalados de la pequeña terraza, geranios rojos asomaban por las jardineras de madera. Carmen nunca había estado en Grecia, pero se imaginaba que si simplemente mirabas a un pequeño trozo de pared o levantabas la vista hacia la sombrilla blanca contra el cielo, tal vez se parecería un poco.

Instaló a Valia junto a una mesa. No había nadie más.

—¿Por qué somos aquí? —preguntó Valia.

—Necesito descansar y tengo algo de hambre. ¿Le importa?

Valia parecía contrariada, pero lo soportaba como una mártir.

—Y si me importa, ¿qué pasa?

—Vuelvo enseguida —prometió Carmen.

No había camareros para las mesas de la terraza, así que fue a hacer el pedido al mostrador. Ya había pasado el tiempo de las comidas y aún no habían empezado con las cenas, por lo que el sitio estaba bastante desierto. Se sintió un poco deshonesto al estudiar la carta. No era comida griega exactamente, pero era mediterránea. Reconoció muchos platos por cosas que había comido en casa de Lena. Sabía que los Kaligaris no cocinaban aquellas cosas. Lena le explicó que su padre pensaba que hacían que a Valia le diera añoranza. Intentaba alejarla de todo lo que pudiera provocarle nostalgia. No quería que Valia cocinara, a pesar de que era lo que había hecho toda su vida.

Carmen pidió hojas de parra rellenas y algo caliente que se parecía mucho a la *spanakopita*. Pidió un plato a base de berenjenas, una ensalada griega, varios trozos de *baklava* y dos limonadas grandes. Lo pagó, lo llevó todo a la mesa y repartió los platos entre ella y Valia.



—He traído algo para picar, para las dos. Espero que esté bien.

Valia lo miró todo con desdén.

Carmen puso un pastel de espinacas humeante en un platito de cartón y se lo pasó a Valia con un tenedor.

—Tome, pruebe un poco.

Valia solo se quedó con ello, oliéndolo, completamente quieta.

Inmediatamente, Carmen lamentó su impulso, igual que acababa lamentando casi todos sus impulsos.

Valia no quería estar allí. Iba a odiar aquella comida tan poco auténtica. Ya casi podía oír la letanía de quejas de Valia: “¿A esto llamas comida? ¿Qué es esa porquería verde? Esto no espinacas”.

A medida que transcurrían los segundos, Carmen se iba sintiendo cada vez peor. ¿Por qué tenía aquellas ideas tan estúpidas? Todavía más, ¿por qué las ponía en práctica?

Valia tomó el plato y se lo acercó a la cara. Parecía que iba a tomar un bocado, pero se detuvo. Carmen observaba maravillada cómo Valia ponía el plato sobre la mesa e inclinaba la cabeza.

Valia siguió así, sentada con la cabeza inclinada durante un largo rato. Y entonces, Carmen vio las lágrimas. Hilos de lágrimas surcaban el rostro arrugado de Valia. Carmen sintió que se le hacía un nudo en la garganta. La miró mientras el semblante de Valia se hundía lentamente en un profundo pesar.

Carmen se levantó de su silla. Sin pensarlo, se acercó a Valia y rodeó a la anciana con sus brazos.

Valia estaba rígida en los brazos de Carmen. Carmen esperaba que la empujara o que le manifestara alguna otra señal de que no quería que la abrazara nadie, especialmente ella.

Pero sintió que la cabeza de Valia se hacía más pesada al apoyarse en su cuello. Carmen notó la piel suave y flácida contra su hombro. La abrazó un poco más fuerte. Sintió que las lágrimas de la anciana le humedecían el cuello. Se dio cuenta, de forma un poco distante, de que la mano de Valia agarraba su muñeca.

Qué triste era, pensaba Carmen, que se hubiera puesto insoportable cuando en realidad estaba desesperadamente triste y herida y quería que la amaran. Qué trágica, pues, la forma en que todo el mundo la evitaba y pasaba de puntillas a su lado, cuando en realidad los necesitaba. Carmen conocía este círculo vicioso tan bien como cualquiera en este mundo. Qué amargo era portarte mal con todos y acabar odiándote sobre todo a ti.



Carmen le dio unas palmaditas con ternura a Valia en el pelo, sorprendida de que por una vez no fuera ella la que se portaba de forma egoísta. No era Carmen la que tenía necesidades, sino más bien la que sentía que alguien más la necesitaba.

Pensó en el señor Kaligaris, en todas sus teorías para proteger a su madre. Sí, a Valia le ponía triste oler comida griega. En eso tenía razón. Y que la abrazara otro ser humano parecía ponerle triste también. Pero Carmen sabía que, a veces, lo que había que hacer era estar triste.

—Quiero volver a casa —dijo Valia con voz entrecortada al oído de Carmen.

—Lo sé —susurró Carmen, y comprendió que no hablaba del número 1303 de la calle Highland de Bethesda (Maryland).

\* \* \* \* \*

—Que te lo pases bien con Michael —Bridget levantó las cejas de modo insinuante—. Pero no demasiado.

Mientras ayudaba a Diana a poner su bolsa en el coche, Bridget sintió una extraña sensación, como si algo le diera vueltas bajo los ojos. Le dolía la cabeza y estaba cansada. Estaba contenta por Diana, porque volvía a Filadelfia para pasar el fin de semana con su novio, y estaba triste por ella misma porque tenía que quedarse allí.

Decidió no detenerse en el comedor. La cena del viernes era una de las mejores comidas, había barra libre de helados y a ella siempre le gustaba repetir una o dos veces. Pero esa noche no tenía hambre.

—Tengo que irme a la cama —musitó para sí mientras cruzaba el aparcamiento y pasaba junto a las casetas del material.

El campamento extrañamente vacío. Era el fin de semana que marcaba la mitad su estancia y la gran mayoría de los campistas se habían ido a casa. Solo quedaba una cuarta parte del personal para supervisarlos todo.

Cuando se quitó la ropa y se metió en su cama, Bridget se alegró de que su cabaña estuviera tranquila por una vez. Se tapó lo mejor que pudo. Fuera había al menos 27 °C, ¿por qué tenía tanto frío? Cuanto más se arropaba, más frío tenía. Estaba tiritando. Los dientes le castañeteaban. Cuanto más se concentraba e intentaba pararlos, más castañeteaban. Le ardían las mejillas.

Llegó a la conclusión de que le estaba subiendo la fiebre. Pensó que debía hacer algo. Tal vez podría cogerle una aspirina a Katie. Una y otra vez se imaginaba a sí misma tomándosela, pero en realidad no llegaba a hacerlo. Fue entrando gradualmente en un estado entre el sueño y la vigilia. Se imaginó que iba a coger otra manta. Se imaginó bebiendo un vaso de agua. No podía estar segura de si lo estaba haciendo o no. Saber qué era real y qué no lo era se convirtió en una tortura. Debíó



estar a la deriva así durante mucho tiempo, porque ya estaba muy oscuro cuando la alarmó la presencia de alguien junto a ella.

— ¿Bi?

Trató de orientarse. Era el rostro de Eric flotando cerca del suyo.

—Hola —pronunció ella suavemente. No quiso apartar las mantas que apretaba bajo su barbilla porque le aterraba la idea de recibir una corriente de aire en su piel ardiente.

— ¿Estás bien?

— Estoy bien —dijo. Los dientes le castañeteaban otra vez.

Él parecía preocupado. Le puso la mano en la frente.

—Uf, estás ardiendo.

Ella pensó en reírse y hacer un chiste sobre eso, pero no pudo. Estaba demasiado cansada.

—Creo que he pillado una gripe.

—Has pillado algo.

Con ternura, casi automáticamente, él le apartó el pelo de la frente. La forma en que lo hizo resultó muy agradable. Bridget se sintió extrañamente confortable y feliz dentro de su fiebre.

El llevó la mano a su mejilla enrojecida. Ella la sintió tremendamente fría.

— ¿Quieres tomar algo?, ¿Voy a ver si está por ahí la enfermera?

Tenía los ojos fijos en ella, estaba muy preocupado.

—No te alarmes, no es para tanto —su fatiga la hacía hablar muy despacio—. A mí siempre me sube mucho la fiebre. Mi madre solía decir —tuvo que descansar un momento para recuperar energía y seguir—, que yo llegaba a cuarenta grados con un pequeño resfriado.

Bridget no quería que sonara a trágico cuando lo dijo, pero debió haber sonado así, porque Eric parecía estar angustiado. Él sabía lo de su madre, se lo había contado al principio de conocerlo.

—No estoy seguro de si la enfermera está aquí, pero voy a darte algo. ¿Tomas aspirinas o Gelocatil?

—Cualquier cosa.

—Vuelvo enseguida. No te vayas a ninguna parte, ¿vale?, ¿Me lo prometes?

Ella logró una pequeñísima risa tosiendo.



—Eso te lo puedo prometer.

\* \* \* \* \*

—Tenéis que dejar que Valia vuelva a su casa —le dijo Carmen a Ari siguiéndola hasta la cocina de los Kaligaris.

Primero tuvo que consultarlo con Lena. Luego necesitó dos días para conseguir estar sola con Ari en una habitación, pero si algo tenía Carmen era persistencia.

Ari dejó el correo en la encimera de la cocina y se giró sorprendida hacia Carmen.

—¿Cómo dices?

Los ojos de Ari eran grandes y bonitos, como los de Lena, pero oscuros e indefinibles, mientras que los de Lena eran claros, verdes y frágiles.

—Sé que no es asunto mío —Carmen se frenó un poco—, y sé que tú y el señor Kaligaris seguramente no queréis oír mi opinión —Carmen siempre llamaba Ari a Ari y siempre llamaba señor Kaligaris al señor Kaligaris. No recordaba que hubiera sido distinto nunca.

Ari asintió levemente, invitándola a continuar con su opinión no solicitada.

—Creo de verdad que tú y el señor Kaligaris deberíais dejar que Valia volviera a Grecia —a Carmen se le llenaron los ojos de lágrimas y se sintió muy molesta por sus emociones *pret-a-porter*—. Aquí se está muriendo.

Ari suspiró profundamente y se frotó los ojos con el dorso de las manos. Al menos eso no eran noticias completamente nuevas para ella.

—¿Cómo va a cuidar Valia de sí misma? Sobre todo ahora, con su rodilla. ¿Quién va a cuidarla si no lo hacemos nosotros?

No parecía que lo estuviera diciendo por convicción propia, sino que estaba recitando la de alguien más.

—¿Sus amigos? Tiene a sus amigos y ellos son como su familia. Eso lo puedo entender. El único momento en que la veo feliz es cuando chatea con Rena —Carmen se frotaba las manos por la tensión, estaba algo asombrada de oírse hablar con Ari como de adulto a adulto—. Valia está demasiado deprimida para ir a buscar un vaso de agua, pero te juro que podría programar el ordenador ella sola si de eso dependiera que se conectara con Grecia.

Ari la miraba, con dolor y cansancio, pero también con ternura.

¿No podía ver Ari que Valia no era la única persona que sufría? Carmen nunca había visto a Ari tan tensa y el señor Kaligaris nunca había estado tan enfadado y rígido como últimamente. ¿No podía ver Ari el precio que pagaban no solo ella, sino también sus hijas?



Carmen sabía que no hubiera sido capaz de mantener esa conversación si el señor Kaligaris hubiera estado allí. Pero confiaba en que Ari la quería. Y confiaba en que Ari captara sus buenas intenciones y, con suerte, la verdad.

—Carmen, corazón, no digo que no tengas razón. Aprecio lo que intentas hacer. Pero es complicado. De verdad, ¿cómo puede volver Valia a aquella casa que compartió con Bapi durante cincuenta y siete años? ¿Cómo podría soportar el dolor de vivir allí sin él? A veces un cambio es lo mejor.

Carmen no pudo ocultar su contrariedad. No era amiga de los cambios.

—Lo sé. Sé que volver a su casa de la isla la pondrá triste. Por supuesto que estará triste. Pero es su hogar. Es su vida. Puede afrontar estar triste. Estoy segura. Lo que no puede afrontar es estar aquí.



## Capítulo 21

*Existía una ley de vida, muy cruel y muy justa: debías crecer o, de lo contrario, pagar más para seguir igual. Norman Mailer.*

Tibby no podía dormirse. Sentada en la cama, miraba al peligroso manzano. Las manzanas ya estaban gruesas y rojas. ¿Cómo es que nunca había probado una? Las asociaba a caerse, eso era parte del asunto. Podía recordar visceralmente el olor de las manzanas excesivamente dulces, pasándose, en proceso de fermentación, de años anteriores, que cayeron sin que nadie las recogiera. Ese olor y la visión de los gusanos y escarabajos que las atacaban le daban náuseas. Aborrecía las manzanas heridas en el suelo, pero nunca pensó en coger una de una rama.

El árbol parecía estar pensando en ella igual que ella pensaba en él. Sentía que la juzgaba. No por haber dejado la ventana abierta. Ese no fue su delito. Sus faltas eran más profundas y más numerosas: no era lo bastante grande como para amar a Katherine como Katherine se merecía. No era lo bastante valiente para amar a Brian como él se merecía. No era lo bastante fuerte para mantener vivos a quienes amaba (Bailey, Mimi), ni era lo bastante sabia para comprender el significado de sus muertes.

A Tibby se le daba bien esconderse. Era lo único que sabía hacer. Se le daba bien encerrarse en una cajita y esperar. Pero esperar ¿qué? ¿Qué estaba esperando?

Pensaba que había aprendido una lección de la caída de Katherine por la ventana. La lección era: no abras, no trepes, no intentes alcanzar y no te caerás. ¡Pero era la lección equivocada! ¡Había aprendido la lección equivocada!

La lección real contenida en el cuerpecito de tres años de Katherine era la opuesta: intenta, alcanza, desea y puede que te caigas. Pero incluso si te caes, puedes estar bien de todos modos.

Doblando los pies bajo la sábana, Tibby pensó en el corolario de esta lección: si no lo intentas, no salvas nada, porque para el caso podrías estar muerta.

\* \* \* \* \*



Para Bridget, el tiempo transcurría de una forma extraña, un poco hacia adelante, un poco hacia atrás. Fue vagamente consciente del regreso de Katie y Allison a la cabaña. Probablemente pensaron que estaba dormida, pero eso no les impidió encender la luz, charlar fuerte y poner música. Supuso que habían estado de marcha con el resto del personal que quedaba. Desde luego, olían a eso.

Poco tiempo después, regresó Eric. Entendió la situación con Katie y Allison. Estaba furioso.

—¿No veis que Bi está enferma?, ¿Por qué armáis tanto ruido?, ¿Se puede saber qué os pasa?

Incluso a través de su bruma, Bridget notó que era un aspecto de Eric que no había visto antes.

—¡Tío, píratelas! —le soltó Katie—. ¿Quién te crees que eres para entrar en nuestra cabaña y decirnos lo que tenemos que hacer?

Estaba demasiado bebida para ceder, aunque Bi estuviera enferma.

Eric se arrodilló junto a Bridget. Volvió a ponerle la mano en la frente. Se inclinó hasta su oído.

—La verdad es que no quiero dejarte aquí con estas dos. ¿Quieres venirte conmigo? Mi cabaña está vacía este fin de semana. Podrás dormir.

Ella asintió agradecida. Solo se preguntaba cómo haría para llegar hasta allí sin morirse de frío. Bajo las mantas, únicamente llevaba puesta la ropa interior.

A él se le ocurrió una idea para eso también. Le puso los brazos por debajo y la levantó envuelta con las mantas. La sacó de la cabaña mientras Katie y Allison lo veían alejarse sorprendidas e indignadas.

Se sentía ligera en sus brazos. Descansó su rostro ardiendo contra su cuello. Estaba temblando otra vez. El la envolvió mejor con las mantas y apoyó ligeramente la barbilla sobre su cabeza.

Bridget intentaba con todas sus fuerzas recordar cada una de estas cosas para grabarlas en su cerebro de forma permanente, porque eran inmensamente dulces. Tal vez eran las cosas más dulces que le habían sucedido o le sucederían en su vida. Deseaba que, a diferencia de las mantas que imaginaba haber cogido, y los vasos de agua que imaginaba haber bebido, esto fuera real. “Por favor, que sea real”, pensaba deseándolo intensamente. “Y si no lo es, de todos modos déjame quedarme aquí”.

Eric abrió la puerta de su cabaña empujando con la espalda y puso a Bridget con delicadeza en una cama; la suya, deseó ella. Quería oler su olor. Él tuvo cuidado de arroparla bien con las mantas. Ella intentaba dejar de tiritar.

—Te pondría otra manta, pero no quiero abrigarte demasiado, ¿sabes?



Ella asintió. Observó que había traído también una bolsa colgada de su muñeca.

—Aquí está —sacó un frasco de aspirinas, una botella de agua, una botella de zumo de naranja, un termómetro y un vaso de cartón—. La enfermera no vuelve hasta el domingo, pero he entrado en la enfermería; si necesitamos algo más, puedo volver.

Ella abrió y cerró los ojos, trataba de enfocar su rostro solemne.

—¿Estaba abierta?

El encogió los hombros.

—Ahora sí.

Llenó el vaso de agua y se puso dos pastillas en la palma de la mano.

—¿Estás lista? —la ayudó a sentarse en la cama.

Ella intentó ver cómo conseguía sacar la mano sin dejar entrar aire frío. Sacó la mano por el cuello manteniendo la manta apretada a su alrededor. Bebió sedienta el agua, y otro vaso más, con su pequeño brazo de *Tiranosaurio rex*.

—Pobre. Estabas muerta de sed.

Se tomó las pastillas haciendo una mueca de dolor al tragarlas. Sentía inflamada la garganta.

—Gracias —dijo volviéndose a tumbar. Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas ante su enorme bondad hacia ella.

Él volvió a ponerle la mano en la mejilla.

—Estoy preocupado por ti —comentó en voz baja.

Y al verle la cara, ella pensó que no volvería a cuestionarse si habían llegado a ser amigos o no.

Él sacó el termómetro de su estuche.

—Abre la boca.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? —preguntó Bridget. Ella ya sabía que tenía fiebre.

Él asintió, así que abrió la boca. Eric esperó a que el mercurio se estabilizara. No tardó mucho. Lo leyó con el ceño fruncido.

—¡Dios mío! Tienes cuarenta y medio. ¿Eso no es peligroso?

—Ya lo he tenido antes —explicó ella débilmente. ¿Por qué tenía que hacerlo todo de forma tan exagerada?

—¿No crees que debería llamar a un médico? —preguntó.



—Yo creo que me voy a poner bien —respondió ella sinceramente—. No estoy asustada ni nada de eso.

Él estaba en la cama de enfrente, tumbado de lado, mirándola detenidamente.

—Voy a llamar a tu padre —anunció sentándose. Tomó su móvil del primer cajón de su mesa.

—No llames a mi padre —pidió ella con suavidad—. Él no está... ahí.

—Es medianoche. ¿Dónde va a estar?

—No, quiero decir —descansó un momento—, que simplemente no está ahí. De esa forma—estaba demasiado cansada para explicarlo mejor.

Él la miró y las comisuras de sus labios apuntaron hacia abajo. Parecía profundamente preocupado por eso.

Se volvió a tumbar en la cama de enfrente.

Cuanto más quería ella dejar de temblar, más temblaba. No quería que él se preocupara por ella.

Eric no podía soportar verla temblar. Se levantó y se acercó a ella. La levantó con su bola de mantas y la desplazó en la cama. Bridget vio con gran asombro y alegría que él se tumbaba a su lado. La rodeó con sus brazos y hundió la cara de ella en su cuello, y Bridget sintió como si su corazón enfebrecido fuese a explotar.

Él la tenía como si pensara que podía absorber su fiebre, su enfermedad y su tristeza por no tener madre y ni siquiera un padre con quien pudiera contar. Le acariciaba el pelo y permaneció tumbado así con ella durante horas.

Y tal vez sí absorbió su dolor, porque en sus brazos se quedó por fin dormida.

\* \* \* \* \*

A las cuatro de la mañana, la luz del día empezaba a rondar el cielo. Tibby no quería que el sol saliera sin estar razonablemente despierta.

Después de aquellas horas se sentía como si conociera al árbol de una forma nueva y el árbol la conociera a ella. No era un árbol hostil, pero representaba un reto para ella.

Hacia las dos de la madrugada, Tibby recordó que tenía los pantalones vaqueros compartidos. Los había tenido un vergonzoso número de días debajo de la cama. Se había estado ocultando de ellos. Hacia las tres, se los puso.

Abrió la ventana y se sentó poniendo los codos en el alféizar y apoyando la barbilla en las manos. El árbol la saludaba agitando las ramas. Katherine había pensado que podía llegar hasta él desde aquella ventana pero, no pudo. Tibby podía alcanzarlo, pero pensó que no podía. Parecía ser que los ovarios de la madre de



Tibby producían un tipo de óvulos más intrépidos a medida que maduraba. Tibby puso un pie fuera de la ventana y luego el otro. Se sentó en el alféizar. Miró hacia abajo. Estaba lejos. Si se caía se sentiría increíblemente estúpida. Ella y Katherine podrían llevar cascos de hockey a juego Tibby no pudo evitar sonreír la gracia que le haría a Katherine. Se preguntó si Nicky estaría dispuesto también a ayudarla con las pegatinas.

Tibby agarró una rama robusta con las dos manos y se sujetó bien a ella. Sabía el lugar preciso donde debía poner los pies. Trató de pensar en cómo hacerlo sin que su peso se quedara sin apoyo en algún momento. Entonces recordó que de eso iba el tema.

Cuando se levantara para abandonar la ventana, sus manos tendrían que cargar con todo su peso durante uno o dos segundos hasta que pudiera hacer pie. No había más remedio que hacerlo así.

Vale.

Sí.

Venga, ahora.

Tibby miró al suelo. Ya podía ver un par de manzanas agusanadas pudriéndose en el césped oscuro. La tierra le estaba dando miedo, así que miró al cielo.

Se levantó; se balanceó. Hasta gritó en aquel momento. Pero antes de que su grito saliera completamente de su garganta, tenía los pies en la rama más baja. Estaba en equilibrio. Estaba a salvo.

Fue bajando lentamente pasando de rama en rama. Tenía algo de mono, al fin y al cabo. Se colgó de una rama baja con las dos manos balanceando los pies a poca distancia del suelo. Luego se soltó.

La caída fue pequeña, pero grandiosa. Le dolían terriblemente las manos. Le temblaba todo el cuerpo de nerviosismo y placer. Tenía tan lleno el pecho que apenas podía respirar. Se sentía como si estuviera viviendo la vida de otra persona.

Rodeó la casa a hurtadillas para entrar por la puerta principal. Antes de girar el pomo, se dio cuenta de que estaría cerrado. Igual que la puerta de atrás. Igual que la puerta lateral. No podía entrar en su casa.

Esto le pareció tan insoportablemente gracioso que empezó a rodar por la hierba y a reírse hasta que le salieron lágrimas.

\* \* \* \* \*

Hacia la mañana, a Bridget le bajó la fiebre. De forma tan drástica como había subido, bajó. Apenas era consciente de lo que estaba sucediendo cuando el aire que la rodeaba pasó de repente de helado a insoportablemente caliente. El sudor parecía



salir por cada milímetro de su piel. Cuando despertó de golpe, se dio cuenta de que se había apartado todas las mantas y la sábana mientras dormía. Y lo que más la alarmó fue que estaba en ropa interior y todavía en los brazos del cuerpo dormido de Eric. Ahora tenía miedo de moverse. Tanto si Bi estaba enferma como si no, esto no le haría mucha gracia a Kaya, por ejemplo. No quería que Eric despertara y la viera como estaba.

Pensó que, con mucho cuidado, podría desenredar la sábana del pie de la cama y taparse con ella antes de que él se despertara. Se sentía extraordinariamente lúcida cuando cogió el borde de la sábana entre el dedo gordo y el segundo del pie izquierdo. Moviéndose con toda la lentitud y suavidad que podía, fue acercando el pie.

Qué curioso y extraño que ella y Eric hubieran dormido a tan poca distancia el uno del otro dos veces en menos de dos semanas. Y sin haberlo elegido. No por haber querido dormir juntos (bueno, tal vez ella sí... pero no a costa de él).

En cierto sentido, era un desperdicio trágico, y en un sentido más profundo, era la cosa más romántica que le había ocurrido en su vida. Dos años antes, se habían acostado juntos, en sentido figurado; este verano, en sentido literal. Lo primero la había partido en dos. Lo segundo le hacía sentirse completa. El primer verano, hizo que se sintiera abandonada. Esta vez se sentía amada.

El sexo podía ser una comunión gozosa. Pero también podía ser un arma, y su ausencia era necesaria a veces para restablecer la paz.

Eric se movió y ella detuvo su pie abruptamente. Todavía dormido, él la apretó más, de forma que Bridget quedó totalmente pegada a él; los brazos y el pecho de Eric quedaron en contacto con su piel desnuda. El suspiró. Probablemente soñaba que ella era Kaya. Ella también soñaba que era Kaya, su amor de verdad.

Bridget quería disfrutar aquello, pero no podía. No podía soportar la idea de que él se despertara y se encontrara en una situación violenta y comprometida, después de haber cuidado de ella con una bondad tan perfecta. Quería protegerle de eso.

Esperó a que su respiración volviera a hacerse rítmica y siguió tirando de la sábana. Ya casi era pleno día y el sol entraba por la ventana iluminando sus cuerpos entrelazados. “No despiertes todavía”, le rogó.

Ya casi tenía la sábana a la altura de los muslos, cuando él despertó. Oh.

Durante un momento, en esa transición, la abrazó fuerte. Y luego, poco a poco, pareció reconocer el pelo rubio extendido sobre sus brazos y se dio cuenta de quién era la persona a quien tenía así. Confundido, la miró de frente, miró a los dos, y luego apartó la vista.

—Lo siento —murmuró retirando los brazos.



Cómo los echó de menos Bridget. Tiró de la sábana y se tapó con ella. La sábana que cubría el colchón estaba empapada de sudor.

—Por favor, no digas eso —dijo ella.

Bridget siempre había creído que la noche era más peligrosa que el día. Pero en las doce horas precedentes su convicción se había vuelto del revés. La noche la había protegido y el día la había dejado expuesta.

—No pretendía... —empezó él hecho un lío.

—Lo sé —afirmó ella rápidamente.

Ya no podía mirarla.

—¿Te sientes...?

—Mucho mejor —le respondió.

Él se puso de pie y le dio la espalda.

—Yo... esto, dejaré que te vistas. Coge lo que quieras de mis cosas. Una camiseta o lo que sea —él se puso unos pantalones cortos encima de los calzoncillos.

Había muchas cosas que ella quería decirle. Muchos matices de la palabra “gracias”. Muchos caminos para llegar a un concepto del amor. No de esa clase de amor. Esta clase de amor. Cualquier clase de amor, en realidad.

Quería decirle estas cosas, hacerle entender sus sentimientos y además hacerle saber que, aunque lo que había entre los dos era frágil y extraño (¡lo sabía, sabía que lo era!), él estaba a salvo.

Pero era demasiado tarde. El ya se había ido.



## Capítulo 22

*El llamado “teléfono” tiene demasiadas carencias para ser considerado seriamente un medio de comunicación. Este aparato de forma inherente, no tiene ningún valor para nosotros. Informe interno de 1876 de Western Union.*

—¿Mamá? —Carmen entró en el dormitorio de su madre y fue hacia la puerta cerrada del cuarto de baño—. Oye, ¿estás bien?

Carmen, para empezar, estaba nerviosa porque su madre no había ido a trabajar y le había explicado que se encontraba un poco mal. Carmen le había preparado huevos revueltos para desayunar y Cristina solo los había picoteado.

Cristina llevaba allí dentro mucho rato. Carmen oyó un gemido y luego nada más.

—¿Mamá? —llamó a la puerta del baño—. ¿Va todo bien? —sintió que el corazón le latía con fuerza. Cuando su madre abrió poco después, tenía la cara blanca.

—¡Mamá! ¿Qué pasa?

Cristina tenía blancos hasta los labios.

—Creo... no estoy segura... —puso la mano en el marco de la puerta para apoyarse—. Creo que he roto aguas.

—¿Tú... tú... crees?

Carmen se sintió transportada a una de esas películas antiguas en las que la esposa se pone de parto, solo que en esta versión Carmen era el marido atolondrado.

—Creo que sí.

—¿Eso quiere decir...?

Cristina puso las dos manos en su esférico vientre.

—No lo sé. No siento que esté de parto.

—¡Es muy pronto! —le gritó Carmen al vientre de su madre como si riñera al bebé por hacer algo mal—, ¡Todavía quedan cuatro semanas!

—Nena, cariño, ya lo sé.



— ¿Llamo al hospital?

— Llamaré a mi comadrona — resolvió Cristina, y fue lentamente hacia el teléfono.

— ¿Te encuentras... bien? — preguntó Carmen mirando marcar a su madre.

— Me siento como si... tuviera una fuga.

Cristina pulsó un botón y esperó un poco más mientras la recepcionista localizaba a su comadrona.

Carmen caminaba de un lado a otro mientras Cristina alternaba entre hablar y escuchar. Cuando colgó parecía asustada, y eso espoleó el corazón de Carmen, que pasó del trote a la carrera.

— ¿Qué?

Los ojos de Cristina estaban llenos de lágrimas.

— Tengo que ir al hospital a que me examinen. Si de verdad he roto aguas, tengo doce horas para llegar al parto de forma natural; si no, lo provocarán. El miedo a que pille una infección es mayor que la preocupación por el nacimiento prematuro del bebé.

— Entonces, el bebé va a nacer...

— Sí. Pronto — dijo Cristina débilmente.

— ¿Dónde está David? — preguntó Carmen. Era, obviamente, lo que Cristina estaba pensando.

— Está... está... — Cristina se tapó la cara con las manos. Intentaba no llorar, y eso hacía que Carmen se sintiera peor—. Estoy tratando de pensar... Ha viajado tanto... Creo que está en Trenton, en Nueva Jersey. Tal vez ahora esté en Filadelfia. No estoy segura.

— Lo encontraremos — gritó Carmen, provocando más alarma en ambas—. ¡Le llamaremos!

— Primero vayamos al hospital, ¿vale? La comadrona me ha dicho que vaya inmediatamente.

Carmen tenía las manos heladas. Iba de un lado a otro de forma muy ineficaz.

— ¿Has cogido tu bolsa? Yo conduciré.

Una vez en el coche, Carmen estaba muy pendiente de su madre.

— Nena, cielo, no te distraigas. Yo estoy bien

— ¿Estás de... — Carmen no estaba segura de cuál era la terminología adecuada, ya que había procurado no prestarle atención durante todo el verano— ... parto?



Cristina llevaba las manos sobre el vientre y tenía los ojos desenfocados como si estuviera esperando un mensaje en morse desde su interior.

—No. No creo.

—¿Te duele algo? —preguntó Carmen.

—En realidad, no. Tengo contraídos los músculos de la espalda, pero solo es molesto. No duele, en realidad.

En cuanto llegaron al hospital y Carmen puso a su madre en manos de un médico para que la examinara, en la planta de Maternidad, llamó al móvil de David. Pasó directamente al buzón de voz sin llegar a sonar siquiera. Aquello no era buena señal. Le dejó un mensaje. Intentó que pareciera calmado, maduro e informativo, pero en cuanto colgó supo que iba a resultar medio histérico.

Se puso en pie de un salto al ver la cara de su madre en la puerta de la sala de espera.

—¿Qué? —interrogó Carmen suavemente, pero por dentro se estaba gritando a sí misma que debía tranquilizarse.

—He roto aguas —afirmó Cristina. Parecía agobiada. Hablaba en voz baja y estaba claramente asustada.

—Vale.

—Pero no estoy de parto.

—Eso es bueno, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos vamos a casa?

—Tengo que quedarme aquí —explicó Cristina—. Quieren tenerme en observación hasta las ocho de la tarde. Luego lo provocarán.

—¿Provocar es algo así como...?

—Te dan unas sustancias que hacen que te pongas de parto.

Carmen asintió con solemnidad.

—Pero les he dicho que no podemos hacerlo hasta que... No puedo tener el bebé hasta... —Carmen la miraba angustiada mientras las lágrimas empezaban a acumularse en los ojos de Cristina—. No puedo tenerlo hasta que llegue David.

Las lágrimas se desbordaron y Carmen abrazó a su madre. Cristina se abandonó plenamente al llanto y Carmen se preguntó si aquello le habría pasado alguna otra vez en su vida.



Cristina siempre se tomaba su papel de madre tan en serio que difícilmente se echaba a llorar o se mostraba asustada delante de su hija. Carmen también estaba asustada, pero al mismo tiempo se sentía adulta. Se sentía orgullosa de que su madre le dejara ocuparse de ella en aquella ocasión.

Con su madre en sus brazos, Carmen quiso, lo quiso de verdad, ser valiente en aquella ocasión.

—Voy a traer a David —le prometió Carmen—. Voy a averiguar dónde está y lo traeré a casa para que podáis tener el bebé juntos, ¿vale?

Carmen estaba sentada en el vestíbulo del hospital intentando hacer cálculos. El tiempo era insuficiente casi en todos los frentes. La abuela Carmen, la madre de Cristina, todavía estaba en Puerto Rico con su tía. Todo el mundo, incluido David, tenía compromisos de viajes en aquel momento precisamente para poder estar cuando llegara el bebé. Pero el bebé, al parecer, tenía poca consideración por los planes de los demás. Carmen empezaba a preguntarse si este bebé iba a tener algunas cosas en común con su hermana mayor.

Carmen no podía dejar sola a su madre mientras buscaba a David. Podría pasar mucho tiempo. Su madre aún no estaba de parto, eso era verdad, pero ¿quién quería quedarse en el hospital sin alguien que le quisiera?

Lo que había que hacer era llamar a una de las personas en las que más confiaba Carmen en este mundo. De las tres, Bi estaba fuera de la ciudad, y a Carmen le daba mala espina el tándem Tibby-hospitales. Llamó a Lena. Lena no respondía en su teléfono fijo ni en el móvil. Eso no era ninguna sorpresa porque era frecuente que no llevara el móvil. Carmen no quería dejar otro mensaje de loca. Llamó a Tibby. Por algún acto del destino, Tibby contestó al primer timbrado.

—¿Puedes venir al hospital? —le rogó Carmen con voz llorosa—. Mi madre ha roto aguas, David está de viaje y tengo que encontrarlo antes de que el médico de mi madre le dé una sustancia para provocarle el parto. ¿Puedes hacerle compañía hasta que yo vuelva?

—Sí —dijo Tibby al instante—. Llegaré enseguida.

—No te separes de tu móvil, ¿vale? Te llamaré.

—Vale.

Las dos colgaron.

\* \* \* \* \*

La llamada de Carmen había ocurrido poco después de que Tibby despertara. Había sido una noche larga. Después de todo, era agotador estar levantada hasta el amanecer mirando un árbol, descender por las ramas de ese árbol y luego quedarte



fuera de tu casa varias horas sin poder entrar y no acostarte hasta después de las siete de la mañana. Era agotador. Pregunta a cualquiera.

Y era surrealista estar sentada en una silla junto a la cama de la madre de Carmen en una sala de partos del hospital escuchando los pitidos del monitor fetal. Todavía más surrealista habiendo dormido solo tres horas y media.

A Tibby le asombraba la montaña que era el vientre de Cristina. Recordaba bastante bien los embarazos de su madre de Nicky y Katherine. Ella tenía trece años en el primero y casi quince en el segundo. En aquel momento todo eso no le había parecido divertido.

“Pero no teman”, se dijo a sí misma y, en silencio, a Cristina. “En Tibby S.A. tenemos una nueva política hacia los hermanos menores e incluso hacia los bebés en general. Nos gustan y nos gusta que estén seguros. Incluso admitimos que los queremos, aunque no con más frecuencia de lo indispensable”.

—¿Cómo te encuentras?—le preguntó Tibby. De alguna manera, sentía que aunque ella quería a Cristina, no era la mejor persona para aquel trabajo.

—Muy bien —respondió Cristina con la boca tensa. Su mirada mostraba confusión.

—¿Estás segura?

De repente, Cristina se dobló de dolor.

—Creo que sí —dijo Cristina con entereza, apretando la mandíbula.

Tibby se puso en pie y empezó a moverse con inquietud.

—¿Llamo... a la comadrona?

—N-no... lo...

Cristina no podía hablar, y eso le indicó a Tibby que debía llamar a la comadrona.

La comadrona, que se llamaba Lauren, estaba rellenoando papeles en el mostrador de las enfermeras.

—¿Lauren? Creo que Cristina puede estar teniendo algún problema.

Lauren levantó la vista.

—¿Qué clase de problema?

Tibby encogió los hombros y levantó las palmas de las manos. No era médica. No era enfermera. No era madre ni el marido de nadie. Ni siquiera podía votar todavía.

—No lo sé —dijo.

Lauren la siguió hasta la habitación de Cristina.



—¿Tienes contracciones? —le preguntó.

Cristina se incorporó sujetándose el vientre.

—No estoy segura.

Lauren miró el papel que salía del monitor.

—Querida... tienes contracciones.

—Pero no estoy de parto —comentó Cristina; fue mitad afirmación y mitad pregunta.

—Yo diría que sí estás de parto.

—Pero es muy pronto —razonaba Cristina. Sus ojos no enfocaban bien del todo—. Yo pensaba que esta noche...

—Esta noche te lo habríamos provocado si no te ponías de parto de forma natural. Por lo que se ve, sí lo has hecho.

—Pero David y... —Cristina cerró los ojos y apoyó la barbilla en el pecho

—Otra más, ¿verdad? —preguntó Lauren—. Estás entrando en un ritmo... cada siete minutos más o menos. Deja que te examine el cuello del útero. Túmbate y separa las piernas.

A Tibby no le gustaba cómo sonaba aquello. Se fue retirando hacia la puerta.

Lauren era una de esas personas de rostro franco y hablar franco. Le gustaba decir y hacer cosas embarazosas con tanta llaneza y tan a menudo como le fuera posible. Como el profesor de Educación para la Salud de Tibby de octavo, que decía las palabras “mama” y “ano” con tanta frecuencia que pensabas que nunca había oído hablar de los pronombres.

Tibby esperó en el pasillo hasta que Lauren apareció en la puerta.

—Tiene tres centímetros —anunció Lauren.

—No sé qué significa eso.

—Significa que el cuello del útero se está abriendo. Eso es lo que pasa cuando estás de parto. Cuando se le haya abierto del todo, o sea, cuando tenga diez centímetros, estará lista para empujar y sacar al bebé.

Tibby tenía una pregunta más y Lauren no podía responderla: ¿Qué estoy haciendo aquí?

—¿Cuánto tardará? —preguntó Tibby.

—Es difícil decirlo con seguridad, pero todavía está en el principio del parto. Probablemente tardará por lo menos unas horas.



Tibby deseó, lo deseó con toda su alma, que Carmen y David hubieran vuelto para entonces.

Lauren miraba a Tibby con una expresión seria. Tenía unos ojos marrones muy bonitos. Su aspecto de persona seria se veía contrarrestado por una banda de perfilador morado oscuro bajo las pestañas.

—Tibby, es necesario que estés con ella ahí dentro. Está un poco asustada. Le vendría bien un poco de apoyo —Lauren se dio la vuelta para marcharse.

—Esto... perdone —dijo Tibby educadamente—, pero yo, verá, yo soy una amiga de la hija de Cristina, ¿entiende lo que quiero decir?

Lauren encogió los hombros.

—Sí. Pero eres lo que tiene justo ahora.

\* \* \* \* \*

Desesperada, Carmen llamó al móvil de David otra vez y topó con el buzón de voz de nuevo. Caminó de un lado a otro por la entrada del hospital. Llamó a Irene, la secretaria de David, y se encontró con su buzón de voz. ¿Por qué tenían que pasar las cosas importantes a la hora de la comida? Llamó a casa de Lena y ladró un mensaje para avisar de que no podía ir a por Valia ese día. Ya sin esperanza, llamó otra vez al móvil de David y colgó cuando salió el buzón de voz. Tiró su bolso a la acera.

—¿Carmen?

Se giró y vio a Win. Por supuesto, era él. Se dio cuenta de su aspecto general descuidado y de sus lágrimas.

—¿Estás bien?

—Mi madre está a punto de dar a luz y no puedo encontrar a su marido —soltó Carmen de golpe—. Ha roto aguas y el bebé no tendría que nacer hasta dentro de un mes. Pero ahora quieren que lo tenga esta noche para evitarle infecciones.

Carmen apenas podía creer que pudiera estar hablando de intimidades sobre el líquido amniótico de su madre con un chico por el que estaba colada. Pero estaba asustada y quería hacer lo correcto, y ni siquiera sabía cómo lograrlo. La preocupación de Win era tan evidente que resultaba conmovedor.

—Le he prometido que encontraría a David.

—¿Su marido?

—Sí.

—¿Tienes idea de dónde está? —preguntó Win.



—Está viajando mucho por el trabajo —explicó Carmen desconsolada. Caminaba en círculos cada vez más pequeños hasta que prácticamente estuvo girando sobre sí misma en la acera—. Todavía no estábamos en alerta máxima porque el bebé no tenía que nacer aún. ¡Tengo que encontrarlo enseguida! —su voz se hacía cada vez más fuerte e histérica.

—Vale, vale. ¿Tiene móvil?

—¡Ni siquiera suena! ¡Debe estar en un avión o algo así! —exclamó. “O podía haberse quedado sin batería y alguien que le ofreció prestarle su cargador podría no haberlo hecho”, añadió para sí misma sintiéndose muy desgraciada.

—¿Has llamado a su despacho? —Carmen agradecía lo mucho que quería ayudarla. Era una buena persona.

—Su secretaria ha salido a comer. Voy a ir hasta allí —dijo en voz baja Carmen—. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—¿Puedo ir contigo? —Win parecía muy implicado.

—¿Quieres?

—Sí.

Ahora ella corría hacia su coche y él la seguía a la misma velocidad.

—¿Puedes dejar tu trabajo?

—Es mi hora de la comida. Ya he terminado en Pediatría por hoy y los viejecillos podrán pasar sin mis monerías y mi calderilla por una tarde.

—¿Estás seguro?

El la miró con tanta seriedad como si le hubiera pedido que se zambullera con ella hasta el fondo del océano Atlántico.

—Estoy seguro. Estoy seguro de que estoy seguro.

Carmen conducía. Cuando acercó el coche a la acera y saltaron de él, se sintió como Starsky y Hutch. Él la siguió hasta el ascensor y luego hasta el mostrador de recepción.

La señora Barrie saludó calurosamente a Carmen y ella le explicó adonde iba sin dejar de caminar. Cristina llevaba trabajando en aquel gabinete de abogados desde que Carmen empezó a andar. Carmen conocía bien aquel lugar.

Carmen y Win se quedaron junto a la mesa de Irene y, afortunadamente, ella volvió de comer diez minutos después.

—¿Qué puedo hacer por ti, Carmen? —preguntó Irene algo confundida. Carmen llevaba una bandana en el pelo y chanclas en los pies.



—Tenemos que encontrar a David —la intensidad de Carmen era tal que Irene parecía retroceder en su cubículo—. Creo que mi madre va a dar a luz pronto —explicó Carmen—, pero no le digas nada a nadie todavía.

Irene, bendita fuera, entró directamente en el asunto.

—Ay, Señor —rápidamente abrió la agenda de su ordenador. Sus largas uñas hicieron *clic-clic* en las teclas hasta que dieron con el día correcto—. Pobrecilla tu madre. Lo encontraremos.

A veces, Carmen tenía la sensación de que todo el mundo sentía simpatía por su madre. Probablemente era como la estrella de las secretarías de abogados. Se había ganado el respeto y el amor de un abogado joven y guapo sin ni siquiera proponérselo.

—Tiene una reunión en Trenton a primera hora de la tarde. Allí alquilará un coche y conducirá hasta Filadelfia. En principio tiene que quedarse esta noche en un hotel de Filadelfia. Tiene programada una reunión para mañana por la mañana y luego regresa a casa. Y espera —examinó sus notas más detenidamente—. Me dijo que, de camino a Filadelfia, quería parar para visitar a su madre en Downingtown.

Carmen estaba pensando.

—¿Sabes el número del sitio donde se reúnen en Trenton?

—Sí —Irene lo buscó y llamó. Pasó por varias personas y varias conversaciones breves antes de colgar—. Ya ha salido.

—Vaya —Carmen se mordía la uña del dedo gordo—. ¿Y el sitio donde va a alquilar el coche?

—Sí —Irene les llamó también. Escuchó un momento y tapó el auricular con la mano—. Ha alquilado el coche y ha salido hace unos veinticinco minutos.

—Mierda —murmuró Carmen. Caminó en círculo. Se dio cuenta de que Win la estaba mirando con mucha atención. Pero ella estaba demasiado preocupada para sentirse tímida o incluso para detenerse a pensar en todas las formas en las que se estaba alejando de Carmen Buena

—¿Tienes el número de la madre de David?

Irene hizo un gesto de contrariedad.

—Creo que no lo tengo —pasó las páginas de su directorio y luego de su versión informática—. No, lo siento.

—¿Y la dirección? —preguntó Carmen sin demasiadas esperanzas.

Irene negó con la cabeza.

—No sé el nombre del padrastro de David, ¿lo sabes tú?



Carmen debería saberlo. Seguro que lo había oído antes. Pero con sus esfuerzos por no escuchar la mayoría de las cosas que decía David, había borrado este dato potencialmente útil.

—Podríamos dejarle un mensaje en el hotel de Filadelfia, por si acaso —sugirió Win.

Irene asintió y lo hizo.

—Todavía no se ha registrado, pero le dirán que llame en cuanto llegue.

La mente de Carmen trabajaba con rapidez.

—¿Puedes volver a llamar a la empresa de alquiler de coches? —preguntó.

Irene lo hizo sin hacer preguntas. Carmen extendió la mano pidiendo el teléfono.

—¿Puedo hablar yo?

—Claro —Irene le pasó el aparato.

Carmen habló con un empleado durante unos minutos. En cuanto colgó, miró a Win y a Irene con alegría.

—Tengo algo. No pueden comunicarse con David en el coche, pero pueden decirnos dónde está el vehículo.

—¿De verdad? —Win parecía impresionado.

—Sí. Y, como siempre digo, alabemos al Señor por los sistemas GPS —se rió de su propio chiste—. En realidad no voy por ahí diciendo eso.

Win le sonrió, también claramente aliviado porque tenían una pista.

—¿A qué distancia está Downingtown? —preguntó.

Irene encogió los hombros.

—Creo que a hora y media.

Win y Carmen se miraron.

—Entonces, vamos —afirmó Win.

—¿De verdad? —preguntó Carmen repentinamente nerviosa al ver hasta qué punto había enredado a un inocente en su tragedia—. ¿Estás seguro de que quieres venir conmigo?

Sus ojos le dijeron que debería darlo por sentado.

—Estoy seguro de que quiero ir contigo.



## Capítulo 23

*Por supuesto que lo encontró en el último sitio en que lo buscó. Si no lo hubiera encontrado todavía seguiría buscando. Susannah Brown.*

Lena entró en el estudio de su padre con tan pocas esperanzas, que le hubiera sorprendido gratamente si hubiera cogido un pisapapeles de su mesa y se lo hubiera arrojado.

Estaba ojeando un montón de papeles en su mesa. Escuchaba a Paul Simón. Era uno de los aproximadamente tres CD's que solía escuchar, y a Lena siempre le daba la impresión de que no tenía mucho oído y de que tenía gustos un poco de inmigrante. La canción era alegre y pulida, algo sobre una cámara que tomaba fotos de colores brillantes. Para Lena esa canción era como un trabajo de sobresaliente, un problema de matemáticas en el que muestras que te lo has trabajado, como un formulario completamente rellenado. Pero no le sonaba a música. Le gustaba que sus colores fueran menos brillantes.

Su padre la miró por encima de sus medias gafas. Quitó la música.

—¿Te importaría que te hiciera un retrato?

Lena había practicado mentalmente tantas veces cómo decirlo, que hacía ya tiempo que las palabras habían perdido su significado corriente y habían empezado a tener un sabor extraño en su boca.

El le indicó con un ademán la silla vacía al otro lado de su mesa. Estaba preparado para aquello. Sin duda, la madre de Lena le había avisado y apaciguado.

Lena ya había sujetado el papel a su tablero y apretaba el carboncillo en su mano helada. Cuando entró, ya iba dispuesta a no aceptar una respuesta negativa. Se sentó.

—No es necesario que hagas nada especial —también había practicado para decir esto.

Él asintió distraído. No necesitaba que se lo pidieran dos veces. Ya había vuelto a sus papeles. Pero ella notó que ahora mantenía la cara en un ángulo más erguido, solo bajaba los ojos. Las lentes de sus gafas lanzaban destellos, pero sus ojos parecían cerrados desde donde ella estaba.



Ella lo observó un largo rato antes de empezar a dibujar. Se obligó a hacerlo. No le importaba que a él pudiera resultarle incómodo.

Durante un rato, vio lo que esperaba. Podría haber dibujado su rostro enojado no solo con los ojos de él cerrados, sino con los suyos también. Así era como se lo imaginaba, y así era como se mostraba. Lena veía lo que ella sentía, y lo que ella sentía era la rabia de él. Ella, desde luego, había sufrido por eso. ¿Por qué otra razón estaba allí?

Lena sabía lo que sentía ella. Pero ¿qué era lo que veía?

Empezó a preguntárselo. Al dibujar, siempre confrontabas tus sentimientos y expectativas con lo que la luz fría presentaba ante tus nervios ópticos. Como la primera vez que intentabas mezclar colores para pintar el agua. Pensabas que ibas a utilizar mucho azul y tal vez verde. Pero si te obligabas a ver, acababas con mucho más gris, marrón y blanco, e incluso colores inesperados y extraños como el amarillo y el rojo.

Recordaba una vez que estuvo con su madre en una esquina de Georgetown viendo trabajar a un pintor. Su madre la dejó mirar un buen rato y, cuando se iban, Lena le había preguntado por qué utilizaba tanto marrón.

De niña te enseñaban a ver el mundo en formas geométricas y colores primarios. Era como si los adultos necesitaran equiparte con logros: “¡Lena ya se sabe los colores!”. Luego tenías que pasarte el resto de tu vida desaprendiéndolos. Ésa era la vida, hasta donde podía entender Lena. Hacer que todo fuera simple los primeros diez años y, por ese hecho, todo fuera mucho más complicado en los setenta siguientes.

Y ahora, sus sentimientos hacia su padre enmascaraban los rasgos reales de él. Había pensado que su reto sería pintar la rabia de su padre, enfrentarse a ella. Pero ahora sabía que eso no era lo difícil. Lo difícil era ver más allá de la rabia.

Lo estuvo mirando sin pestañear hasta que se le secaron los ojos y empezó a ver borroso. Hubiera deseado poner a su padre cabeza abajo. A veces podías ver las cosas de forma más auténtica cuando renunciabas a tu relación visual normal con ellas. A veces, tus ideas preconcebidas eran tan poderosas que mataban la verdad antes de que te dieras cuenta de que estaba allí. A veces tenías que dejar que la verdad te atrapara por sorpresa.

Lena apartó la vista y cerró los ojos. Los abrió y volvió a mirar el rostro de su padre, pero solo durante un segundo. Podía atraparte por sorpresa o, tal vez, si eras intrépida, podías atraparla tú.



Giró la cara y luego volvió a mirar durante un poco más de tiempo. Ahora veía más. Tenía algo a qué aferrarse. Respiró hondo, manteniéndose con cuidado en esta otra dimensión visual. Ese lugar donde veía pero no sentía.

Por fin, su mano conectaba el carboncillo con el papel. La dejó volar. No quería entorpecerla pensando.

El rostro de su padre no era para ella más que un mapa topográfico. La boca estaba compuesta por una serie de formas, nada más. Los ojos que miraban hacia abajo eran matices de luces y sombras. Estuvo allí mucho tiempo. Iba con cuidado de no parpadear demasiado fuerte o durante demasiado tiempo, por temor a que esta nueva forma de mirar la abandonase. Ya no le tenía miedo. La parte de ella que estaba asustada esperaba a la boca de la cueva; el resto de ella había entrado.

Vio algo en los labios de su padre. Una pequeña palpitación. Otra más y luego una flacidez.

Ella ya no tenía miedo, pero ¿y él?

El truco para dibujar consistía en dejar fuera tus sentimientos, darles un puntapié brutal. Pero el truco más profundo para dibujar consistía en invitarlos a que volvieran a entrar, y portarte bien con ellos exactamente en el momento oportuno, después de asegurarte de que tus ojos estaban funcionando de verdad. Pelearse y reconciliarse.

De modo que sus sentimientos empezaban a entrar de nuevo, pero ahora eran de otro tipo. Los guiaban sus ojos, y no a la inversa. Los dejaba llegar con cautela. Un dibujo bueno era un registro de tu experiencia visual, pero un dibujo bello era un registro de tus sentimientos sobre esa experiencia visual. Tenías que dejarlos volver.

Vio el miedo de su padre y le sorprendió tanto que apenas podía mirarlo de frente. ¿De qué tenía miedo?

Podía imaginarlo si lo intentaba. Tenía miedo de que ella lo desobedeciera. Tenía miedo de su independencia. Tenía miedo de que creciera y no fuera el tipo de chica de la que él estaría orgulloso, o el tipo de chica de la que Bapi estaría orgulloso. Tenía miedo de envejecer y estar desvalido. Tenía miedo de que ella viera su vulnerabilidad. Pero también, sospechaba Lena, quería que la viera.

Sentía que sus dedos apretaban menos el carboncillo. Sus líneas empezaron a ser más sueltas. Se sentía triste y conmovida por las cosas que veía en su rostro. No quería ponerle difícil que él la quisiera. Pero, al mismo tiempo, no podía negar quién era ella solo para ponérselo fácil.

Sus dedos volaban. Los músculos del cuello de su padre temblaban ligeramente por el gran esfuerzo de estar quieto para ella. Lo estaba intentando. De verdad que sí.



Eso la conmovió también.

Casi dos horas después, lo liberó.

—Gracias —le dijo de todo corazón.

El hizo como que no se había dado mucha cuenta.

Cuando salía, cogió el tablero de dibujo de forma que él pudiera echarle un vistazo al resultado si quería. No lo hizo.

Pero más tarde, aquella misma noche, cuando iba a acostarse, pasó de puntillas por la puerta de la cocina, donde había dejado su retrato apoyado en una silla. El estaba allí de pie, solo. Y, aunque solo le vio la espalda, sabía que lo estaba mirando.

\* \* \* \* \*

Win se ofreció a llevar el volante para que Carmen pudiera estar pendiente del teléfono. Media hora después de ponerse en marcha, tuvieron que detenerse para repostar. Él compró dos cocacolas y una bolsa de kikos. Carmen nunca los había probado y le encantaron. Apenas podían oírse el uno al otro por el ruido que hacían al masticar, así que acabaron gritando y los dos lo encontraron increíblemente divertido cuando se dieron cuenta. La risa hizo que a Carmen volvieran a brotarle lágrimas y la sal hacía que le escocieran los labios. Estaba cansada, medio aturdida, preocupada y también feliz por estar yendo hacia David y haciendo todo lo que podían.

Según sus cálculos, disponían de cuatro horas para encontrar a David y volver con su madre. Ahora estaban a solo una hora de él. Iba a salir bien. Tenía que salir bien. Confiaba en que Tibby le haría compañía a su madre durante la espera, y en que David y ella estarían allí a tiempo para cuando le provocaran el parto, que era cuando empezaba la parte dura.

Win era buen conductor. Iba seguro de sí mismo pero muy atento, y sin embargo muy relajado. Por alguna razón, la imagen de sus manos en el volante (a las diez y a las dos, Valia le hubiera dado su aprobación) le pareció masculina y hasta *sexy*.

Además, tenía un perfil excelente. No exactamente un perfil a lo Ryan Hennessey: la nariz de Win estaba ligerísimamente torcida y el labio superior le sobresalía un poco respecto al inferior. Pero en él funcionaba. Era divertido comprobar que se podía mirar impunemente a alguien mientras conducía. Él se concentraba en la carretera y ella se atrevía a mirarlo de lleno.

Apenas se conocían y, a pesar de todo, siempre tenían algún proyecto en común. Era lo contrario de la mayoría de sus relaciones románticas, que eran todo forma y nada de contenido. Carmen era conocida entre sus amigas por hacerse listas de temas



de conversación que utilizaba con los chicos cuando salía. Nunca había tenido que buscar temas para hablar con Win.

—Estás muy unida a tu madre, ¿verdad? —le preguntó pensativo.

—Sí —era la respuesta de Carmen Buena, en vez de la de Carmen Completa—. ¿Y tú?

—Estoy unido a mi padre y a mi madre —dijo—. Soy hijo único, así que a veces es bastante intenso.

—Yo también—afirmó Carmen entusiasmada. Luego se acordó—. Hasta hoy, supongo.

—Es bastante extraño convertirse en hermana a los... ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete —respondió Carmen.

—Diecisiete —repitió él.

—Casi dieciocho. ¿Y tú? —preguntó. Eran preguntas que podrían haberse quitado de en medio en una cita envarada dos meses antes, pero por alguna razón no lo habían hecho.

—Diecinueve.

—Y sí, es extraño. Más extraño de lo que puedo explicar.

—Yo tuve un hermano durante poco tiempo —trató de decirlo de forma ligera y como de pasada, pero no le salió así.

—¿Qué quieres decir? —Carmen quería saberlo, pero no quería exigir nada—. Es decir, si quieres contármelo.

—Tenía un hermano pequeño. Nació cuando yo tenía cinco años y murió justo antes de que yo cumpliera seis.

—Oh —las lágrimas de Carmen estaban esos días tan a flor de piel que incluso una tragedia de hacía catorce años lograba que brotaran—. Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo. Pero él forma parte de mi identidad, ¿sabes?

Ella no podía saberlo, pero podía intentar imaginarlo. Asintió.

—A veces todavía pienso en él. Sueño con él también. Intento recordar cómo era. Pero es difícil hacerlo, no sé si por el tiempo que hace que pasó o por la fuerza de mis sentimientos. A veces pienso que cuanto más fuerte son los sentimientos que tienes hacia alguien, más difícil es visualizar su rostro cuando está lejos.

Carmen ya estaba llorando y trataba de ocultárselo a Win. Él interpretaría que esas lágrimas pertenecían a Carmen Buena. Pensaría que estaba llorando de generosidad, por su dolor y el de su familia. Cuando, en realidad, Carmen la Mala estaba llorando



porque Win se había pasado la vida echando de menos a un bebé que había perdido y ella se había pasado el verano resentida por un bebé que aún no había llegado.

\* \* \* \* \*

Tibby estaba aprendiendo algo sobre su futuro. Estaba aprendiendo que no iba a tener hijos. A menos que los adoptara.

Cristina estaba pasando un infierno y Tibby apenas podía mirarlo. Con cada contracción (y parecía que ya las tenía constantemente) daba la impresión de que Cristina perdía algo de sí misma. Cuando cesaba cada una, estaba menos centrada, menos coherente, menos reconocible. Tibby miraba lo que salía de la impresora. Una línea describía los latidos del corazón del bebé y la otra los terremotos del útero de Cristina. A Tibby le recordaba a un sismógrafo. Cristina había pasado del cinco de la escala de Richter a más o menos el veinte. Si el vientre de Cristina fuese California, en esos momentos California estaría ya bajo el océano.

Tibby intentó llamar a su madre otra vez, pero no hubo respuesta. Aliene sabría de todo aquello. Sabría cómo ayudar. Estaba marcando el número del móvil de Carmen cuando una enfermera se le puso delante.

—Tienes que guardar eso —le ordenó—. Interfiere con el equipo. Podrían echarte de aquí.

Tibby pensó en esa posibilidad con cierto grado de deseo.

—¿Puede darle alguna medicina o algo? —le dijo Tibby a Lauren cuando asomó la cabeza. A Tibby le asustaba tanto dolor. No sabía cómo acercarse a él.

Lauren entró y puso sus manos en los hombros de Cristina.

—¿Va todo bien, corazón?

Cristina trató de enfocar. Parecía que esa pregunta no tenía sentido para ella. La respuesta era un *no* tan profundo que la pregunta casi no venía a cuento.

—En su programa de parto especificó que quería un nacimiento natural. Eso significa, básicamente, sin medicación —le explicó Lauren a Tibby—. En parte es por eso por lo que está conmigo y no con un tocólogo. Las comadronas no prescriben cosas fuertes.

No parecía buena señal que estuvieran hablando de Cristina en vez de con ella.

—¿Un tocólogo es... un médico? —quiso saber Tibby, preguntándose por un momento si no sería buena idea que viniera un doctor ya. Si ella fuera Cristina, querría las cosas fuertes. Querría las cosas más fuertes que existieran, y todas las que tuvieran. Querría que la dejaran tan completamente dormida que no despertara en una semana.



—Da la impresión de que debería hacerse ese programa cuando ya estás de parto. Al menos así sabrías cómo es —opinó Tibby, pero Lauren no escuchaba.

Lauren estaba ahora examinando las gráficas con bastante interés.

—Cristina, déjame que te examine otra vez, corazón. Estas contracciones vienen rápidas y fuertes.

Cristina sacudía la cabeza.

—No. No quiero —y apretaba las piernas.

—Bueno, esperaremos a que pase esta contracción.

Lauren masajeaba los hombros de Cristina con la intención de calmarla, pero Cristina no se calmaba. Se retorció de dolor. Apartó a Lauren de un empujón.

—No puedo. No estoy lista —la voz de Cristina se rompía en sollozos.

Lauren le lanzó una mirada a Tibby que parecía decirle que, desde luego, era la peor compañera de parto que jamás le habían impuesto a una embarazada. Tibby se sentía fatal. No por Lauren (en realidad le daba igual lo que pensara), sino por Cristina. Cristina estaba sola allí. No tenía a su marido, a su hermana, a su hija o a su madre. Tenía a Tibby.

El instinto de Tibby la invitaba a meterse en la cama con Cristina, pero sus músculos luchaban con ella. Recordaban a Bailey y, más recientemente, a Katherine. Tibby no tenía asociaciones felices con las camas de los hospitales. ¿Y quién las tenía?

Cristina estaba hecha un ovillo. Lloraba en silencio. Tibby tenía un profundo dolor en el pecho que le subía hacia la garganta.

—Tengo que examinarte, Cristina. Necesito ver dónde estás —dijo Lauren.

“¡Está aquí!”, sentía ganas de gritar Tibby. “¡Déjela en paz!”

—No estoy lista —repitió Cristina llorando.

Lauren intentaba deshacer la postura de Cristina, pero ella se lo impedía.

Tibby ya no podía soportarlo más. Se metió en la cama con Cristina. Le agarró las manos y se las apretó fuerte. Eso pareció captar su atención.

Lauren seguía intentando estirar las piernas de Cristina.

—¡Dice que no está lista! —rugió Tibby.

Lauren pareció sorprendida, como si Tibby le hubiera dado una bofetada. Luego, para total asombro de Tibby, Lauren puso su cara al lado de la cabeza de Tibby y le dio un beso en la sien.

¡Y parecía que aquel día ya no podían ocurrir más cosas extrañas!



—Bien hecho, chica —le susurró Lauren—. Lucha por ella. Te necesita.

Tibby incorporó a Cristina cogiéndole de las manos. La miró a los ojos.

—Cristina, estoy aquí. Mírame, ¿vale? Cógeme las manos. Apriétalas tan fuerte como te duela —era lo que Alice le decía a Tibby cuando le iban a poner una inyección.

Cristina iba saliendo de una contracción. Parecía perdida, pero, lentamente, fue centrándose en Tibby.

Tibby se arrodilló a su lado.

—Estoy aquí. Estás bien. Indícame cuánto te duele.

El dolor invadió otra vez el rostro de Cristina. Apretaba las manos de Tibby tan fuerte que Tibby veía que se le ponían blancas. Trató todo lo que pudo de no retraerse por el dolor. La presión aumentó hasta que Tibby casi pensó que vería sus diez dedos caídos sobre el colchón.

—¡Muy bien! —gritó Tibby—, ¡Lo estoy sintiendo!, ¡Es genial!

Los ojos de Cristina seguían ahora a los suyos. Tibby sintió de algún modo que eso era bueno.

—Tengo que examinarla. Creo que ya está sucediendo —le susurró Lauren a Tibby—. Ayúdame, ¿vale?

Tibby no sabía lo que significaba “sucediendo”. No quería saber qué significaba “sucediendo”. Se puso sobre las piernas de Cristina, prácticamente sentada sobre ella, aunque sin descargar su peso.

—Tina, Lauren va a hacer su trabajo. Quédate conmigo, ¿vale? Con mis ojos. ¿Me estás mirando?

Cristina asintió.

—Apriétame las manos. ¿Puedes hacerlo?

Cristina permitió que Lauren examinara el cuello de su útero, aunque estaba desesperadamente incómoda. Las manos de Tibby estaban blancas y moradas.

—Dios mío —dijo Lauren casi sin aliento—. Esto va rápido. Cristina, tienes diez centímetros y estás lista para empezar.

Tibby miró fijamente a Lauren, estupefacta. ¿Es que no hacía Lauren esas cosas todos los días? ¿Por qué mostraba sorpresa? Había dicho que aquello iba a durar horas. Varias horas. No una hora. ¿Tenía idea Lauren de lo que estaba haciendo?



Tibby ni siquiera se había comunicado con Carmen. No había querido asustarla. Había pensado que tenían horas. Había pensado que Carmen todavía tendría bastante tiempo para volver. ¿Y ahora qué? ¿Qué tenían que hacer ahora?

Cristina empezó a llorar otra vez. Había un montón de sangre en la cama, bajo las piernas de Cristina.

Tibby no quería que se le notara el miedo que le crecía por momentos. Si le entraba el pánico, ¿en qué situación quedaba Cristina? Era necesario que las dos se centraran otra vez.

Cristina tenía una clase nueva de dolor, hacía un tipo de ruido nuevo. Tibby intentaba no alarmarse. Eso no ayudaría.

—Tienes que empujar, corazón —explicaba Lauren—. Ya sientes la presión y eso quiere decir que necesitas empujar. ¡Ya casi está!

—¡No! —Cristina se puso lívida de repente—, ¡No estoy lista!, ¡No puedo hacerlo!, ¡David no está aquí!, ¿Dónde está?, ¿Dónde está Carmen?, ¡Hemos tomado las clases!, ¡No tiene que nacer, le faltan cuatro semanas!

En su rabia, Cristina se había vuelto a encerrar en sí misma. Se soltó de las manos de Tibby, se tumbó de lado y se hizo un ovillo.

Tibby pudo ver por su cuerpo que Cristina estaba luchando contra un necesidad feroz.

—Es necesario que empuje. Ya puedo verlo —dijo Lauren—. No te resistas, Cristina. Ya ha llegado la hora para esta criatura. ¡Tienes que dejarle salir!

Intentaba sin éxito captar la atención de Cristina. Tibby trató de tirar de ella otra vez para incorporarla, pero Cristina no cedía.

—Tina, ¿me miras? ¿Me ves? ¡Puedes hacerlo! ¡Lo sé! —Cristina no miraba.

—No puedo.



## Capítulo 24

*Nacemos creyendo. Un hombre da creencias como un árbol da manzanas. Ralph Waldo Emerson.*

Unos veinte minutos al sur de Downingtown, Carmen se dio cuenta de que había otro tema importante del que no habían hablado ella y Win.

—¿Vas a estudiar fuera el año que viene? —le preguntó sin mirarla. Se estaba acercando a un Nissan lento que iba por el carril izquierdo.

—Mmm —ella se lamió los labios—. Sí.

Era el momento obvio para decir adonde se iba. De repente fue consciente de que deseaba muchísimo decirle que iba a estudiar en Williams. Quería que Win pensara que era inteligente.

Dio golpecitos con los dedos de los pies desnudos sobre el salpicadero. Pero no iba a ir a Williams. Iba a ir a Maryland y ya no quería mentirle más. Le gustaba demasiado para seguir haciéndolo.

—Voy a Maryland —dijo—. Reprimió el deseo de contar sus notas casi perfectas y sus premios académicos. Lo dejó en la verdad. Si no le gustaba la verdad, bueno... eso estaba bien saberlo.

—Ah.

¿Le decepcionaba?

—¿Y tú? —le preguntó ella. Era extraño que no lo supiera. Carmen era una estudiante excelente. Le interesaban esa clase de cosas. A la mayoría de los chicos los evaluaba casi como a una marca, y la Universidad a la que iban sumaba o restaba de su valoración. Win era diferente. Lo había conocido desde dentro, al parecer.

—Yo voy a Tufts. En Boston —sonrió un poco e inclinó la cabeza hacia ella—. Más o menos esperaba que tú fueras a algún sitio cerca de allí.

“¡Iba a ir!”, sintió ganas de gritarle. “¡Podría haber ido! ¡Casi he ido!”. Pero se quedó callada, lo que en cierto sentido fue bueno porque cuando su móvil empezó a sonar lo oyó enseguida y contestó.



Era Tibby intentando estar tranquila.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, no! Dime que es una broma —rugió Carmen al teléfono.

Tibby no bromeaba.

—Estaremos ahí lo antes posible —aseguró Carmen sintiéndose desvalida.

—¿Qué ha pasado?

—Está en pleno parto —dijo Carmen; se le escapó un pequeño sollozo—. Va muy rápido. Pregunta por David y por mí.

—Vaya —murmuró Win. Levantó el pie del acelerador—. ¿Qué quieres hacer? ¿Seguimos o volvemos?

—Volvemos —respondió ella. En cuanto puso el intermitente, lo pensó mejor—. No, sigue. También es el hijo de David. Tenemos que decírselo. Se sentirá fatal si ni siquiera se entera.

Win parecía pensar que era una buena respuesta. Volvió al carril izquierdo de la autopista y aceleró. Iba a ciento treinta y cinco y Carmen no protestaba.

La noticia la sacudió y proyectó su mente a Bethesda con su madre. Carmen sabía que Cristina tenía miedo. Probablemente le dolía muchísimo.

—Yo era su compañera de parto —susurró Carmen.

Sí estaba muy cerca de su madre. En el fondo de todo, estaba eso. No era solo la respuesta adecuada, era la verdad. ¿A quién más podría explicarle con qué fuerza sentía el sufrimiento de su madre?

Cristina le había dicho una vez que cuando sientes el dolor y la alegría de alguien con tanta fuerza como si fueran tuyos, sabes que le amas de verdad. En aquel momento, Carmen sabía que ella tenía bien la parte del dolor. La alegría... bueno, en esa parte todavía tenía que trabajar.

Win tomó como un experto la salida de Downingtown. Carmen concentró sus energías en el plano. Se le daba bien interpretar un plano. Tenían el cruce de calles, el modelo del coche y la matrícula. Esperaban que fuera información suficiente. Ojalá que David no hubiese aparcado en un garaje subterráneo o algo así.

Las coordenadas los llevaban a una urbanización. Carmen gritó cuando vio el Mercury verde. Gritó las letras y números de la matrícula. Win se reía y chillaba también. Los dos salieron disparados hacia la puerta principal de la casa de madera recién construida. Carmen estaba inquieta, intentaba reprimir su deseo de llamar al timbre más de dos veces.

Una mujer apareció en la puerta. Carmen vio a David detrás de ella e inmediatamente empezó a agitar la mano y chillar. A continuación todo fue un



torbellino. Carmen no podía recordar quién dijo qué, pero cinco minutos más tarde, Carmen, Win y David iban a toda velocidad hacia Bethesda.

—He olvidado mi coche alquilado —murmuró David desde el asiento de atrás con la cara todavía de color gris blanquecino.

—No pasa nada. Alguien puede devolverlo por ti —le dijo Carmen para tranquilizarlo. Miró de Win, que iba conduciendo, a David—. Por cierto, David Breckman, este es Win...

¿Era posible que no conociera su apellido? Habían pasado por todo tipo de emociones, él había compartido con ella desde la lesión de los ligamentos de Valia hasta el casco de hockey de Katherine, pasando por el inesperado parto de su madre, ¿y ni siquiera sabía eso?

—... esto... ¿cuál es tu apellido?

—Sawyer.

—Win Sawyer —aclaró ella en voz baja.

—Gracias por tu ayuda, Win —dijo David como un robot. Estaba intentando llamar al hospital con el móvil de Carmen, pero su batería estaba casi agotada.

—¿Cuál es el tuyo? —le preguntó Win. Estaban en su propio mundo.

—Lowell.

—¿Cómo está usted, Carmen Lowell?

Ella sonrió con gratitud.

—Pregúntemelo más tarde.

A la altura de Baltimore iban por la autopista 95 a ciento cincuenta kilómetros por hora. Carmen se sintió indignada cuando una sirena empezó a sonar detrás de ellos. Win gimió.

—Lo que nos faltaba —se quejó Carmen.

Win se apartó al arcén. Carmen abrió la puerta.

—¡Carmen, no! —le gritaron Win y David—, ¡No puedes salir del coche!

De repente, un policía le gritó por el altavoz del coche. Eso la enojó todavía más. Cerró la puerta de golpe y cruzó los brazos.

—¡Mi madre está en el hospital a punto de dar a luz sin su marido, y usted nos está retrasando! —explotó.

Después de una charla acalorada con el policía, Carmen volvió a entrar en el coche.



Win se mostraba algo apabullado. Él y David parecían derrotados, como si esperaran multas de cientos de dólares y cárcel.

—Ha dicho que lo siente —les comunicó Carmen, sin embargo—. Sigue.

—¿Qué?! —le gritaron Win y David.

—¡Venga, Win! —dijo ella. Y Win la obedeció—. Se ha ofrecido a escoltarnos, pero le he dicho que no —siguió Carmen cuando recuperaron la velocidad—. Le he dicho que no, pero que por favor avise por radio a sus compañeros y les diga que nos dejen en paz.

Win trataba de reprimir una sonrisa. Carmen no podía pensar en si estaba siendo Carmen Buena o no. Ya no podía mantenerse al corriente.

David sacudía la cabeza.

—Win, esta chica es una fuerza de la naturaleza.

Win miró a Carmen por el rabillo del ojo.

—Empiezo a tener esa impresión.

\* \* \* \* \*

—Necesitamos ayuda aquí —Lauren y Minerva, la enfermera de la planta, habían llamado aparte a Tibby.

—No logro conectar con ella —añadió Lauren. Como si Tibby no lo supiera.

“¿No sois las profesionales?”, deseaba gritarles Tibby. “¿No tendríais que saber cómo va esto? ¡Tengo diecisiete años! ¡Ni siquiera tendría que estar aquí!” Minerva carraspeó. Era una filipina fornida y de baja estatura.

—No se trata de un asunto médico. Es un asunto emocional. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—¿Quiere decir que Cristina tiene pánico porque su marido no está aquí? —preguntó Tibby con impaciencia. Estaba cansada. Tenía miedo.

—Sí —afirmó Lauren—. Y no quiere dejar que salga la criatura. Tiene que soltarla, tiene que dar el salto. Necesitamos ayudarla para que se sienta segura.

Tibby sabía algo sobre saltos. Se giró y fue directamente a Cristina. Se sentía como un soldado que vuelve a la batalla. Ya había hecho algo sensato al ponerse unos pantalones de hospital sobre los pantalones vaqueros compartidos, que llevaba puestos desde la noche anterior. Rogó para que le transmitieran a Cristina algo de su magia, pero no estaba tan loca como para no cubrir, en esas circunstancias, los vaqueros que nunca se lavaban.



Cristina estaba luchando. Y, de golpe, Tibby se acordó muchísimo de Carmen. Igual que Carmen, Cristina era una luchadora, eso estaba claro; y, al igual que su hija, estaba luchando hasta las últimas consecuencias.

Tibby se metió en la cama. Tomó a Cristina por los hombros. En su interior, Tibby le hizo a Cristina una promesa: si tú saltas, yo también. Lo haremos juntas.

Tibby podía ser también una luchadora. Al menos podía intentarlo. Incorporó a Cristina apoyándola en almohadas. Sostuvo la cara de Cristina entre sus manos.

—Tina. Sé que es duro. No quieres dejarle salir. Sé cómo te sientes. Bueno, no lo de dar a luz. Está claro que yo no he dado a luz, pero...—vale, se estaba yendo por las ramas.

Con asombro, vio una expresión de humor en los ojos de Cristina. Visto y no visto. Si Cristina podía incluso pensar en reírse de Tibby, tal vez iban por buen camino.

—David y Carmen vienen de camino. Y tiene muchas ganas de ver a este bebé. Y el bebé quiere salir, así que tienes que hacerlo.

Tibby pensó que lo único que haría sería hablar. Ahora Cristina la escuchaba. Su cuerpo temblaba de pies a cabeza, pero estaba escuchando. Lauren y Minerva llevaban puestos los guantes de látex. Se estaban colocando a los pies de la cama para el número estelar. Cristina permitió que la tumbaran de espaldas. Le doblaron las rodillas. Estaba en posición.

Cristina dejó escapar un sollozo. Estaba empujando, tenía la cara desfigurada.

—¡Suéltalo! ¡Tú puedes! Sé que puedes. Eres la madre de Carmen, ¿no? ¡Puedes hacer cualquier cosa! ¿Verdad?

—Dile que empuje —murmuraba Lauren—. Es necesario que empuje; si no, estaremos en un buen lío todos.

—¡Tina, empuja! —Tibby lo dijo gritando tan fuerte que sintió como si los ojos le vibraran—, ¡Tú puedes!, ¡Fuera con ese bebé! —Tibby ni siquiera se preocupaba de lo que decía, porque Cristina estaba escuchando.

Cristina se aferraba ahora a Tibby, la apretaba por el cuello buscando fuerza. Hacía que Tibby se sintiera fuerte.

—¡Sabes que te queremos mucho!, ¡Vas a ver lo feliz que se pone David cuando vea a su hijo!, ¡Imagínate la cara de Carmen!

Tibby estaba tan histérica como Cristina, pero Cristina ya estaba empujando y Lauren y Minerva parecían casi delirar de alivio.

—¡Tibby, estoy empujando! —gimoteaba Cristina.



—¡Es verdad!, ¡Eres increíble!, ¡Eres una estrella!, ¡Eres una heroína!, ¡Eres la bomba! —gritaba Tibby; estaba fuera de sí. En algún sitio, atrás, estaban las inhibiciones, y aquí, justo aquí, estaba ella.

—¡Tibby! —gritó Cristina. Ya estaba empezando a controlarse.

Tibby siguió gritando y chillando las cosas más tontas y simplonas. Ni siquiera se escuchaba ya lo que decía.

Llegaban las contracciones y con cada una un empujón. Minerva y Lauren lanzaban sus gritos de ánimo también, pero el mundo se había encogido hasta abarcarlas solo a ellas dos: Tibby y Cristina, una pareja extraña en cualquier otro día del año.

Cristina mantenía sus ojos fijos en los de Tibby, en las pupilas de Tibby, y Tibby no parpadeaba. Mientras pudiera mantener a Cristina justo allí con ella, estaría haciendo algo útil.

—¡Ya veo la cabeza!, ¡La siento! —gritó Lauren.

—¡Ay, Dios mío!, ¿Oyes eso? —tronó Tibby—, ¡Puede sentir la cabeza del bebé!

Cristina sonrió con una auténtica sonrisa como Dios manda.

—El bebé ya está ahí. ¡Ya está ahí! —Tibby estaba fuera de sí. Tenía en sus manos los hombros de Cristina, luego su cara—. ¡Lo estás haciendo!, ¿Lo sabes?

—¡Lo estoy haciendo! —gritaba Cristina. Volvía a la vida.

—Ya lo siento —anunciaba Lauren—. Siento el pelo.

—¡Tina, tu hijo tiene pelo! —gritaba Tibby—. ¿Te lo puedes creer?

A Cristina parecía gustarle la idea de tener un hijo con pelo.

—Carmen tenía pelo —dijo débilmente—, cuando nació.

—Vaya, qué suerte. Me encanta el pelo. ¡El pelo es genial!

Tibby estaba eufórica. Se quitó del cuello los mechones largos y empaados del pelo de Cristina.

—Un empujón más y esta cabeza estará fuera —animó Lauren. Dejó que Tibby lo tradujera a su manera.

—¡Tina, uno más y grande! Grandote. Un empujón grande, grande, grande. ¿No quieres conocer a tu bebé?

Cristina se empleó a fondo. Lanzó un grito tremendo y bestial. La cara se le puso morada.

—Y... es... un... ¡bebé! —exclamó Lauren.



Otro empujón gigantesco más y el resto del bebé siguió a la cabeza. A Tibby le daba miedo mirar hacia abajo porque estaba todo bastante asqueroso. Pero Lauren levantó aquel cuerpecito morado, viscoso e inquieto.

Tibby apenas podía respirar. El bebé agitaba las manos y soltó un llanto. Era una persona muy pequeñita, una persona auténtica, que tenía manos para agitar y llanto para llorar.

Lauren dejó el cuerpo amoratado sobre el pecho de Cristina y Cristina sollozó. C cogió a su bebé y lloró. Tibby miraba maravillada y lloró también.

Las profesionales hicieron su trabajo entre las piernas de Cristina. Luego cortaron el cordón, pesaron al bebé y realizaron algunas otras tareas médicas. Luego, el bebé, ya más sonrosado que amoratado, volvió a los brazos de Cristina.

Cristina acercó el bebé a su pecho y Tibby comprendió que ya estaba todo hecho. El pequeño mundo de Cristina se reducía a dos, pero la segunda persona ya no era Tibby. Así era como debía ser, triste y feliz a la vez.

Lentamente, Tibby estiró sus extremidades y bajó de la cama. Quería salir en silencio para dejar que Cristina tuviera su alegría sin adulterar.

Pero antes de hacerlo, le plantó a Cristina un beso en la cabeza.

—Has estado cojonuda —susurró.

No era el vocabulario de una tarjeta de Hallmark exactamente, pero expresaba sus verdaderos sentimientos.

Cerca de la puerta tropezó con Lauren, que iba de aquí para allá. Lauren se detuvo.

—Tibby, tienes un estilo de ayuda al parto nada ortodoxo, pero resulta muy eficaz. ¿Estarías disponible para otros partos?

Lauren estaba medio riéndose, pero Tibby pudo ver que había estado llorando también. Estaba exhausta.

—Ni hablar.

Tibby se detuvo. Necesitaba saber algo. Le parecía importante, como si su futuro dependiera repentinamente de la respuesta.

—Oiga, Lauren.

—¿Sí?

—¿No está acostumbrada a esto? Quiero decir, ¿no lo ha hecho cientos de veces?

Lauren se retiró el pelo colocándoselo detrás de las orejas. Se le había corrido el lápiz de ojos morado. Le brillaba la cara por el sudor.



—Sí —se miró las manos—. Pero no. Es un milagro. Cada vez es diferente.



## Capítulo 25

*Amar a otra persona es ver la cara de Dios. Víctor Hugo.*

Los tres, Carmen, David y Win, irrumpieron en Maternidad a tal velocidad y con tal fuerza que parecía que cada uno de ellos estuviera a punto de dar a luz.

La primera cara familiar que vieron fue la de Tibby. Llevaba unos pantalones de hospital con muchas manchas aterradoras. Estaba en el vestíbulo con una expresión de aturdimiento. En cuanto vio a Carmen, rompió a llorar.

— ¡Tenéis un bebé! — gritó.

— ¿Sí?

— ¡Ay, Dios mío!

David iba disparado de un lugar a otro tratando de encontrar a Cristina.

— ¡Por aquí! — Tibby le cogió de la camisa y tiró de él hasta una habitación.

Era una habitación de hospital, por supuesto, y tenía una cama. La cama tenía una mujer colorada con una bata rosa pálido, y ella, a su vez, tenía un bulto menudo envuelto en una manta y cubierto con un gorro de punto del tamaño de un calcetín de tenis.

Carmen se vio rodeada de gritos, chillidos y exclamaciones de sorpresa y alegría, tantos y tan prolijos que no podía saber de quién venían; ni siquiera era capaz de saber si salían de su propia garganta. Dejó que David llegara antes a la cama, pero se apresuró a ser la segunda. Con sus largos brazos envolvió a su madre, a aquel bebé e incluso a David. Cristina reía y sollozaba, y Carmen sentía que su propia respiración se entrecortaba del mismo modo.

— ¡Tenemos un bebé! — David se distanció un poco para tratar de asimilar la situación—. ¿Verdad?

Cristina era en aquel momento una *madonna* tranquila y sabia. Se rió de la cara torturada de David.

— Sí, este es el nuestro.



Había lágrimas en el rostro de David. Necesitaba asegurarse de su relación con Cristina antes de enfrentarse a la idea de tener un bebé.

—Cristina, lo siento mucho... No sé cómo...

Cristina le puso la mano en la cara.

—No digas nada más sobre eso. Tibby ha estado conmigo. Tenemos un bebé precioso y sano —miró a Carmen—. Tú también, nena. En este momento, tengo todo lo que deseo en el mundo.

Temblando de emoción, Carmen y David miraron a aquella cosita.

—¿Queréis saber qué es? —preguntó Cristina.

Carmen estaba tan desbordada que se había olvidado de todo ese asunto. Pero hubo un tiempo en que le había importado, ¿no?

—Es un niño —dijo Cristina muy contenta.

—¡Oh! —Carmen dejó escapar otro grito, pero, por consideración, lejos del oído de su madre—. ¡Tenemos un niño!

David lloró un poco más.

Carmen se giró y miró hacia la puerta de la habitación. Quería compartir ese profundo placer con Tibby y Win, pero los dos se habían ido.

Carmen comprendió que tenía que buscarlos. También necesitaba darles a su madre, David y el bebé un momento a solas.

Retrocedió un poco y vio a los tres formando un triángulo. El rostro de su madre irradiaba tal alivio y alegría que Carmen sintió que su cara adoptaba esa misma expresión sin ni siquiera pararse a pensarlo. Sus lazos eran tan fuertes que le parecía que la cara de su madre era la suya, que el corazón de su madre latía con el suyo, que sus sentimientos eran los mismos.

Y recordó aquello de ser capaz de sentir la alegría de los demás y comprender que los amabas.

\* \* \* \* \*

*Buena y genial Carmen:*

*Hoy es día de milagros. Ponte los vaqueros y quédate con uno para ti.*

*Con mucho cariño, Tibby*

\* \* \* \* \*



Cuando Carmen encontró los pantalones vaqueros compartidos, bien plegados y con la nota, a la puerta de la habitación de su madre en el hospital, corrió al baño y se los puso.

Luego tomó el ascensor hasta Geriátrica. Win estaba junto a las máquinas expendedoras. Estaba buscando suelto en sus bolsillos. Sucedió que ninguno de los dos había comido nada en muchas horas, salvo kikos.

Tuvo el impulso de abrazarle y no se dio tiempo para acobardarse. Llegó y lo rodeó con los brazos.

—¡Muchas gracias, Win! —exclamó—. Gracias por todo.

—Siento que no hayamos llegado a tiempo —le dijo Win desde dentro de su pelo. Sus brazos la habían rodeado a ella también.

—Yo creo que está bien. Creo que ahora todo está bien.

—Oye, antes no es que haya querido desaparecer. Es que no quería estar en medio de tu familia y todo eso —explicó.

—Lo sé, pero necesitaba verte —se apartó un poco para dejarle sitio.

Él no parecía quererlo. Volvió a meter la cara entre su pelo y puso la mejilla contra su oreja.

—Yo también necesitaba verte —susurró.

La abrazó más fuerte. Ella dejó que su cuerpo se relajara en el suyo, sentía su respiración. Sentía su columna vertebral en las palmas de las manos. Su corazón latía a solo unos centímetros del suyo.

—Necesito decirte algo —dijo ella por encima del hombro de él.

Él levantó la cabeza. Dejó que Carmen se apartara un poco de él. La expresión de Win indicaba que se estaba preparando para una decepción.

—Hay una cosa que me ha estado preocupando y tengo que aclararla.

Su mirada de temor se acentuó.

Ella respiró hondo.

—Quizá pienses que soy una buena persona, y quiero que sepas que no lo soy. Casi siempre soy cruel y egoísta.

Él ladeó la cabeza confundido.

—Eres demasiado bueno para mí —explicó ella.

—Eso es imposible.



—No. En serio, Win. Eres una buena persona y yo solo hago como que lo soy. Te he dado la falsa impresión de que soy generosa y amable. Y no lo soy.

Win levantó las cejas.

—Puff, es un alivio. Puede que pienses que yo soy bueno, pero estaba empezando a sentirme un poco intimidado.

—¿De verdad?

—Pues sí.

—Me pagan ocho dólares con cincuenta céntimos a la hora por cuidar de Valia— decidió que, ya puestos, le revelaría toda la verdad.

—Vaya, pues te mereces cien.

Ella se rió.

—Lo extraño es que terminé interesada de verdad en ella. Esa parte ha sido gratis— añadió.

Él se quedó mirándola un rato largo con una expresión en los ojos como si tratara de decidir algo antes de abrir la boca.

—Yo era gordo.

Carmen notó que sus cejas se elevaban.

—¿Qué?

—Yo era gordo —Win encogió los hombros—. Yo era el gordito de la clase. Ya que estamos contando nuestras intimidades, tenía que aportar esto.

Ella no pudo evitar echarle un vistazo a su cuerpo, por si había cincuenta kilos que no había notado. No estaban.

—El verano que cumplí trece años, mis padres me mandaron a un campamento para obesos. Al verano siguiente, crecí quince centímetros y me dio fuerte por la natación. Pero dentro de mí todavía vive un niño gordo.

Carmen intentaba encajar esa pieza en el puzzle de Win. Sí encajaba, de una forma extraña.

Él carraspeó.

—De modo que, tal y como lo veo, yo soy el que está fingiendo. Tú eres demasiado buena para mí.

—Eso es imposible.

Él se le acercó otra vez. La miró a los ojos un buen rato. Luego tiró, de forma muy íntima, de una trabilla de la cintura de los vaqueros.



—Si tú eres demasiado buena para mí y yo soy demasiado bueno para ti, ¿eso qué quiere decir?

—¿Que somos tal para cual?

Él sonrió.

—¿Puedo?

Quería rodearla con sus brazos otra vez.

—Por favor.

Delante de la máquina de los dulces, bajo el brillo de los tubos fluorescentes del pasillo, rodeados del olor de los ancianos, él puso sus labios en los de ella. La besó de forma suave y lenta al principio, y de modo más profundo después.

Enterró su cabeza en el cuello de Carmen. Le apartó el pelo y la besó allí. Ella dejó escapar un leve suspiro.

—He deseado hacer esto desde hace mucho tiempo —le susurró él al oído.

—Mmm —dijo ella. Ella buscó sus labios otra vez y, abandonándose, le besó. Quizá por primera vez en su vida, besó sin un solo pensamiento sobre cómo era, o qué era, o qué significaba. Besó desde dentro.

Una anciana salió de su habitación en una silla de ruedas y los pilló besándose.

—Tortolitos, ¿podéis hacer eso en alguna otra parte?

Carmen y Win empezaron a reírse y corrieron hacia los ascensores. Mientras descendían, y luego cuando cruzaban el vestíbulo, iban cogidos de la mano.

Carmen caminaba y le apretaba la mano y, de repente, tuvo la extrañísima sensación de que Carmen Buena caminaba delante de ella, unos pasos por delante de ella, como un fantasma, como un espíritu reluciente.

Era día de milagros. Carmen alcanzó a ese espíritu. Se metió dentro de la Carmen Buena y su alma la absorbió. Que peleara con la Carmen Mala si era necesario.

Y así, las puertas del hospital se abrieron y salió al mundo, recién nacida, Carmen Completa.



## Capítulo 26

*Estoy descalzo, tengo el pie frío, tengo un pájaro, me gusta sentirlo mío. Dr. Seuss.*

Tibby no había dejado de saltar todavía. Aturdida a la luz del crepúsculo, iba dando tumbos por la avenida de Connecticut. Los coches pasaban a su lado deprisa; la gente la esquivaba al pasar. Tibby se sentía como si hubiera sido absorbida por un agujero de gusano y, después de una experiencia extraordinaria, hubiera sido expulsada de nuevo a su mundo habitual. El mundo era el de siempre, pero ella ya no era la de siempre.

El agujero de gusano había resultado bastante sucio. En el hospital se había lavado las manos y la cara y se había quitado la bata protectora manchada. Se había quitado los vaqueros y se había ido cubriéndose las piernas solo con los pantalones del hospital. Esperaba que no la arrestaran por eso. De todos modos, se sentía pegajosa. No quería pensar demasiado en eso.

Necesitaba encontrar a Brian. No quería ponerse cómoda todavía.

Sabía que estaría en casa. En la casa de ella. Enfiló hacia allí.

A una manzana de su casa lo vio caminando hacia ella. No le pareció extraño. Era uno de esos días.

No corrieron uno hacia el otro con los brazos abiertos ni nada de eso. El caminó hacia ella y, cuando llegó a su altura, ella dio un giro de ciento ochenta grados y así caminaban en la misma dirección. Anduvieron así durante un rato. Ella buscó su mano. Él se la dio.

—Tengo una idea —comentó Tibby.

—Vale —dijo él. No le preguntó qué era. Estaba dispuesto a seguirla.

Caminaron manzanas y manzanas y luego fueron por una larga cuesta en dirección a la piscina de Rockwood. Luego cruzaron de un salto un arroyo. Y después subieron aquella larga escalera. Cuando llegaron a la valla, era de noche. Y ellos estaban en un sitio muy alto. Un lugar alto era lo que hacía falta para saltar.

—Por aquí se puede saltar muy bien —señaló la brecha en el alambre de espino.



Brian parecía pensar que aquello tenía sentido. Ella iba delante; él la seguía. Para ser tan gallina, era bastante buena trepadora. Saltó el último metro y medio para entonarse. El apareció airosamente a su lado.

— ¿Estás listo? —le preguntó.

— Creo que sí —afirmó él fielmente, aunque no sabía de qué estaba hablando.

Ella empezó a desabrocharse la blusa y los ojos de Brian se abrieron ligeramente. Se la quitó. Llevaba puesto un sujetador bonito. Eso estaba bien. Vio brillar su piel en el cálido aire nocturno. Se quitó los pantalones verdes del hospital. Eso era nuevo. Los plegó con cuidado. Las braguitas eran de color rosa, de las que no daba vergüenza que se vieran.

Los ojos de Brian se apartaron de ella y luego volvieron. Su mirada era cuidadosa, sorprendida, esperanzada. Y anhelante. También había eso. Buscaba permiso para posar sus ojos en ella. Y, con los ojos, ella se lo dio.

— Ahora tú —dijo Tibby.

Él se quitó la camisa y los vaqueros en cuestión de segundos. Los dejó formando un montón. Su piel brillaba donde no estaba tapada por unos calzoncillos que ella misma le había escogido en Oíd Navy, tres por nueve dólares. No se le había ocurrido que volvería a verlos en este contexto. Tomó aire de repente. En su imaginación lo había visto muchas veces. Esto era mejor.

Tibby volvió a cogerle la mano. Dejaron que sus ojos miraran al otro sin limitaciones. ¿Qué había que ocultar ya? Ella no quería ocultar nada.

Lo llevó al borde. Eligió la parte profunda a propósito.

Estaban uno al lado del otro, los dedos de los pies se curvaban en el borde. Tibby miró directamente a los ojos de Brian y él a los de ella. Aquello iba a ser divertido.

Uno. Dos. Tres.

Y saltaron juntos.

\* \* \* \* \*

El cuerpo de Bridget se encontraba mejor. Tremendamente enfermo, tremendamente mejor, toda su vida había sido así.

Saber del nacimiento del hermanito de Carmen le dio una gran alegría. La noticia llegó como un poco de agua fresca a su alma. Se gastó casi la paga de una semana para mandarle flores y globos a Cristina.

Pero, aun así, le dolía el corazón. Quería ver a Eric. Necesitaba verlo. Anhelaba su presencia. Pero se había ido. El sábado desapareció sin dejar rastro.



No estaba en su cabaña. No fue al comedor en tres comidas seguidas. Finalmente se tragó su orgullo y fue a ver a Joe.

—Parece que he perdido a mi compañero —dijo intentando no parecer muy interesada.

—Ahora te gusta, ¿verdad? —afirmó Joe con autocomplacencia.

Sintió ganas de pegarle.

—¿Sabes adonde ha ido? —le costaba decir el nombre de Eric.

—No tengo ni idea —contestó Joe.

Bridget empezó a dar golpecitos de impaciencia con su pie descalzo sobre los tablones del suelo de la oficina principal.

—¿Sabes cuándo vuelve?

—Más le vale estar aquí el lunes. Empieza un campeonato.

En aquel momento odió a Joe, daba igual si había pertenecido o no a los Terremotos de San José. Era un tipo que se centraba en sus propias prioridades y le daban igual las tuyas.

—¿Te dijo algo?

—Dijo que tenía que tomarse un par de días. Eso fue todo.

Bridget salió caminando de allí deprisa y enfadada. Casi gritó cuando una astilla del suelo de pino se le clavó muy profunda en el dedo gordo del pie. ¿Por qué no llevaba unos dichosos zapatos? ¿Qué le estaba pasando?

¿Adonde se había ido Eric? ¿Por qué? ¿Tenía que alejarse de ella? ¿Qué había pasado entre ambos?

Aquella tarde intentó correr, pero se encontraba débil. No podía comer. Llamó a Lena, Carmen y Tibby por el teléfono de la sala de personal y les dejó mensajes a todas. Eso le hizo sentir pánico. ¿Por qué no podía encontrarlas? Se sentía terriblemente sola.

Pensó en llamar a Greta, pero no sabía cómo expresarle sus sentimientos. ¿Cómo podía explicarlo? Eric no era su novio. No era su nada. ¿Por qué sentía que le necesitaba de forma tan desesperada?

Se sentó en el muelle del lago y observó cómo se iban hinchando las nubes. Deseó que lloviera fuerte y durante mucho tiempo y lo limpiara todo. La lluvia nunca caía cuando lo pedías.



No podía estar sentada. Caminó. Estuvo dándole patadas a un balón de fútbol en un campo solitario. Los rayos que se veían a lo lejos no eran reales. Estaban vacíos y difuminados y eran falsos: rayos de calor. No traerían lluvia.

Por más que se enorgulleciera de hacer que ese verano con Eric fuera distinto del anterior, empezaba a parecer inquietantemente similar.

Como la vez anterior, ella había quedado expuesta por un destello de intimidad y, al intentar encontrarlo otra vez, allí no había nada ni nadie. Eric representaba, lo quisiera él o no, una idea gigantesca del amor. Pero ella solo la había tenido en las manos el tiempo suficiente para conocer su propia pobreza. El la empujaba a autodestruirse. Hacía que ella deseara y luego no le daba ninguna satisfacción.

¿Por qué le hacía esto? ¿Por qué se lo permitía ella? ¿Cómo podía entregarse de ese modo, incluso habiendo aprendido ya esa amarga lección?

Hubiera deseado que no la hubiese encontrado en aquel estado febril y vulnerable. Hubiera deseado que no se hubiese preocupado por ella, que no la hubiese cuidado y abrazado toda la noche. Tener eso había sido un éxtasis, pero su repentina e inexplicable pérdida era demasiado dolorosa de soportar. Habría sido mejor vivir toda la vida dudando de que fuera posible, que saber que era real y no poder tenerlo.

Qué forma tan lamentable de desperdiciar su vida. Estaba dispuesta a entregar, a tirar, lo mejor que tenía. ¿Para qué? Una cosa era sacrificar por una gran causa. Otra muy distinta destruirte por una persona que ni siquiera te quería. Era un acto de autoinmolación, un sacrificio que nadie quería, que no hacía bien a nadie. ¿Qué podía haber más trágico que eso?

Pensó que era independiente y fuerte, pero que había probado un poco el amor y sentía más hambre que nadie. Estaba muerta de hambre.

\* \* \* \* \*

Todos los dibujos habían sido difíciles, pero Lena había reservado el más complejo para el final.

Lo había pospuesto. Fue a que le hicieran la manicura y la pedicura con Effie. Había dedicado mañanas a hacer la compra y cocinar para la familia de Carmen porque quería ayudarlos con el bebé recién nacido. Ella y Carmen habían pasado tardes felices sentadas en el suelo hablando de dibujo, de Win y de la playa, viendo simplemente respirar al bebé.

Pero ahora había llegado el momento. Tenía que enviar por correo su *book* al día siguiente como muy tarde; ya no podía postergar más ese dibujo. Cuando la casa estuvo en silencio y hubo buena luz, se puso los pantalones vaqueros compartidos, se sentó frente al espejo de su habitación y empezó a trabajar.



Una cosa era ver los problemas de los demás. Otra diferente era ver los tuyos. Si los sentimientos y las expectativas hacían difícil ver el rostro de una persona amada, ¿hasta qué punto estabas ciega para ver el tuyo?

Pero algo sorprendente que descubrió Lena al mirarse en el espejo fue que su cara no le era tan familiar como algunas. Sí, se había mirado muchas veces a lo largo de los años. Pero su rostro no estaba tan grabado en su cerebro como el de su madre o el de su padre.

Lena tenía una extraña relación con su cara. Quería que fuera bella, y también quería lo contrario. La miraba deseando encontrar un defecto que anulara todo lo demás y que la sacara de una categoría (bella) y la metiera en otra (no bella). Y también la miraba con el temor de encontrarlo. De cualquier modo, generalmente no lo encontraba.

Era como lo que Tolstoi había dicho en *Ana Karenina*, que todas las familias felices se parecían. Lena sentía que todas las caras bonitas eran parecidas: ordenadas, equilibradas, proporcionadas. Era la fealdad, la tristeza, la que las diferenciaba. Lena no podía encontrar mucha fealdad objetiva en su cara. Pero la tristeza era evidente.

Al empezar a dibujar la línea de su mejilla, se dio cuenta de que tenía el aspecto de una persona que esperaba. No impaciente, no torturada, no frustrada. Que solo esperaba. ¿Qué esperaba ella?

Era como tener un elefante de cuatro mil kilos en el centro de su habitación y no verlo. A Kostos, por supuesto. Que estaba siempre allí mientras ella lo evitaba a conciencia.

Todavía esperaba que volviera a ella, aunque no iba a hacerlo. Lena seguía reservándose para algo que no iba a pasar. Se le daba bien esperar. Parecía triste ser bueno para eso.

“Suéltame”, le rogó, en silencio, al elefante.

Necesitaba liberarse de él. Necesitaba seguir con su vida. Tal vez hasta volver a enamorarse. Tenía un candidato en mente.

Era fácil desear desembarazarse de la tortura, de la pena y del desaparecido Kostos. Por lo menos parecía fácil. Pero había una trampa. Para desembarazarse del dolor, tenía que renunciar a lo demás también: la sensación de sentirse amada. La sensación de ser deseada e incluso necesitada. La forma en que Kostos la miraba y la tocaba. El sonido de su nombre cuando lo decía él. El número de veces que Kostos había escrito “Te quiero” al final de su antepenúltima carta (diecisiete, una por cada año de la vida de Lena). Y, sí, todavía leía esas cartas. Era el momento de confesarlo todo: lo hacía.



No era al sufrimiento a lo que se aferraba voluntariamente. Era a las cosas preciosas. Pero las cosas preciosas la ataban, irremediablemente, al dolor.

Esperaba que Kostos viniera a por ella. Esperaba que la liberase. Vivía en silencio, pasivamente, en la orilla de las grandes vidas de otros: de su padre, de Kostos... Ocupaba el espacio que dejaban para ella.

Ya no podía seguir esperando a Kostos. Eso fue lo que aprendió del rostro que veía en el espejo y en el papel. Había una persona que podía liberar a Lena, y Lena la estaba mirando a los ojos.

\* \* \* \* \*

*Bisita:*

*Llámame, ¿quieres? Son para ti y están a plena potencia, así que llévalos bien (¡y con cuidado!, tenía que decírtelo, Bi. Estoy preocupada por ti.) Estoy aquí. Puedo estar ahí en un pis pas.*

*Llamamé. Te quiero.*

*Len*



## Capítulo 27

*Solo necesito tu estrella durante un día. Nick Drake.*

Bridget no vio a Eric hasta el final de la mañana del lunes. Le parecía que el tiempo transcurrido había sido tan largo como para dar lugar a que el Universo explotara, se enfriara y escupiera unas cuantas galaxias nuevas.

Él no la miraba a ella y ella no lo miraba a él. O, al menos, Bridget no le dejaba ver que lo miraba. Él era una de esas personas que no se enfrentaban a las cosas, ¿no? Ella odiaba a ese tipo de personas. Odiaba ser una de ellas. ¿Cómo era posible que una persona pasara de ser su héroe a ser su destructor en tan poco tiempo?

El torneo del campamento empezaba el lunes. Por ser la semana del campeonato, ella y Eric estaban libres de las tareas del lago. Era el momento del verano en el que todos vivían y respiraban solo fútbol. Eric y Bridget dejaron de necesitar verse.

El martes por la tarde, el equipo de Bridget había ganado ya sus dos primeros partidos. Generalmente, era dura con sus jugadores, pero se lo pasaban bien con ella. Ahora era todavía más dura y no se lo pasaban bien con ella. Era despiadada.

El equipo de Eric también había ganado los dos partidos que había jugado. A pesar de estar enfadada, Bridget tenía que admitir que, probablemente, Eric era el mejor entrenador de todos. Era paciente e intuitivo y ya tenía tres años de experiencia en la División I de fútbol. El resto del personal consideraba que Bridget tenía talento pero era impredecible e inexperta. Y tenía en sus manos unos cuantos casos difíciles. Todos estaban de acuerdo en que el equipo de Eric era el mejor. Pero Bridget estaba decidida a derrotarlo.

Quizá no era la forma más madura de enfrentarse a su rabia. Pero tenía mucha energía peligrosa y era mejor emplearla en el fútbol que, digamos, manejando maquinaria pesada.

Así que estaba segura, de que su equipo y el de Eric se enfrentarían en la final el viernes. Hasta entonces dedicó cada momento a trabajar en su alineación y su estrategia. Tenía algunos jugadores realmente buenos: Karl Lundgren, Aiden Cross, Russell Chen. Sabía bien qué hacer con ellos. Era un jugador como Naughton el que requería un estudio más profundo. Examinó el equipo de Eric. Programó reuniones



secretas de su propio equipo a la luz de una linterna en el bosque después de cenar. Se los llevaba a correr por la mañana temprano. Tenía que reprimirse para no marcarles un paso excesivamente duro.

Tres o cuatro veces, durante aquellos días, Eric la miró y la saludó con la mano o intentó encontrar su mirada. Ella mantenía la cabeza agachada. Ya no iba a albergar esperanzas.

El jueves por la noche encontró en su casillero de correo los pantalones vaqueros compartidos dentro de una bolsa con una nota de Lena. Ahora iba en serio.

El viernes se levantó a las cinco de la mañana. Tenía la cabeza demasiado activa para poder dormir. Se puso la camiseta azul de su equipo; se cepilló el pelo y se lo dejó suelto. En el último momento decidió ponerse rimel y un poco de sombra azul en los ojos. Ese color hacía juego con sus ojos, sus vaqueros, su estado de ánimo y su camiseta. A defender los colores del equipo.

Salió para consultar su cuaderno a la luz de los primeros rayos de sol que avanzaban por el campamento. Seguía atascada en Naughton. Todos merecían una oportunidad. Todos tenían algo que dar.

En un arranque de inspiración, fue a su cabaña y le despertó.

—Vístete y reúnete conmigo en el campo sur —le dijo. Él puso una cara de esperanza que ella sospechó que estaba relacionada con algo distinto del fútbol—. Naughty. Nada de eso. Necesito saber qué puedo hacer contigo —él sabía que era un jugador nada convencional. Si no lo sabía, debería saberlo.

Cuando él llegó al campo, le ordenó que se pusiera en la portería. En cierto sentido, Eric había tenido razón. Las carencias de Naughty le convertían en una opción terrible para la portería. Pero, por otra parte, había algo en él que...

—¿Listo? —le gritó situada con el balón a unos quince metros de la portería. Chutó el balón directamente hacia él, fuerte pero no muy fuerte. El se apartó pero intentó cogerlo con las manos, sin conseguirlo, y entró en la portería. Sus enormes pies no eran buenos y sus manos eran peores. Bridget se preguntó por qué había seguido con el fútbol desde el primer curso, como le había dicho con orgullo que había hecho.

—Vamos a probar otra vez.

El le lanzó el balón y ella lo paró limpiamente con un pie. Bi intento varios tiros directos a la portería. Él ni siquiera podía quedarse quieto y coger el balón que iba directo hacia él. Necesitaba moverse. Falló casi todas las veces.

Bridget decidió probar su teoría. Retrocedió más y dejó espacio para poder correr. Le dio una patada fuerte al balón y lo mandó volando al ángulo superior izquierdo



de la portería. Observó asombrada y también satisfecha que su cuerpo salió disparado en dirección al balón. Dio un buen salto y, con los brazos estirados, lo atrapó.

—Guauuu... Muy bien —dijo Bridget.

Por dentro gritaba de alegría, pero no quería que se le notara.

Le lanzó varios tiros más, a los ángulos y fuertes, y él los paró todos. No podía cuidar la portería cuando solo tenía que estar quieto. No se le podía dar tiempo para pensar porque su mente le traicionaba completamente. Pero podía moverse. Poseía un sentido extraordinario, casi sobrenatural, para adivinar por dónde iba a ir el balón, y cuanto más rápido lo lanzaban, cuanto más alejado le llegaba, más impresionante era su habilidad.

En los últimos tiros, se puso el reto de meterle un gol. Solo el último tiro, el mejor, entró en la portería.

Se le acercó y le estrechó la mano. Le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Naughty, tienes algo. No sé qué es, pero es algo.

\* \* \* \* \*

—Estás estupenda—dijo Tibby sentada frente a Cristina en la pequeña mesa de su cocina. Cristina inclinó la cabeza con modestia. Le lanzó una mirada de orgullo a su bebé. Parecía que ella se sentía estupenda también.

—He tenido suerte, eso ha sido —afirmó Cristina reacomodando un poco al bebé en sus brazos—. Pero, Tibby, escucha —Cristina dirigió la mirada a la puerta cerrada—, quería que estuviéramos a solas las dos —hizo una pausa y miró al bebé— bueno, los tres, unos minutos, porque quería pedirte algo. Es serio y no tienes que decir que sí, ni siquiera tienes que responder inmediatamente.

—Bien —Tibby no pudo evitar sentirse un poco nerviosa—. No vas a pedirme que sea tu compañera de parto otra vez, ¿verdad?

Cristina resopló tan fuerte al reírse que el bebé se sobresaltó.

—No. Te lo prometo.

Tibby se rió también.

—No es que no fueras todo lo que yo necesitaba —dijo Cristina poniéndose seria—. Lo fuiste —sus ojos se pusieron peligrosamente brillantes y Tibby sintió que sus ojos se ponían así también.

—Quería pedirte que fueras la madrina del bebé.

Tibby abrió los ojos de par en par.



—Sé que suena muy fuerte, pero no es necesario que lo sea. Tú ya has desempeñado un papel especial en su vida. Quiero reconocértelo. Me encantaría pensar que vas a seguir compartiendo tu vida con él un poco.

Tibby no necesitaba pensarlo.

—Me encantaría.

—¿De verdad?

—Por supuesto —dijo.

—Genial.

—¿Tengo que darle orientación religiosa? —preguntó Tibby algo preocupada.

Cristina negó con la cabeza.

—No, no. Enséñale a hacer cine. O enséñale de coches. Llévale a ver películas que yo no le deje ver.

Tibby asintió. Esa idea le gustaba.

—Huy, espera a que se lo diga a mis padres —bromeó muy contenta—. Soy una madre soltera adolescente.

Cristina volvió a bufar al reírse, pero esta vez el bebé no lo notó.

Carmen apareció en la puerta. Llevaba puesto un vestido de verano de color mandarina y su piel estaba bronceada y brillante.

—Bueno, ¿qué ha dicho? —preguntó Carmen.

El rostro de Cristina se iluminó con una amplia sonrisa.

—Ha dicho que sí.

—Felicidades a los tres —dijo Carmen.

—Gracias. ¿Y adonde vas, doña *Glamour*? —preguntó Tibby.

—Va a salir con Win —Cristina parecía tan feliz como si la cita fuera para ella

—¿Ya lo conoces?

Tibby sacudió la cabeza.

—Lo estoy deseando. ¿Cómo es?

Carmen señaló a la patatita sonrosada y arrugada que tenía de hermano.

—Bueno, no es Ryan Breckman pero...

\* \* \* \* \*



La final del campeonato fue una paliza defensiva, larga y feroz. Al final de la segunda mitad, los dos equipos estaban agotados. La estrategia de ambos era desgastar al adversario jugando a la defensiva. Bridget puso a sus mejores jugadores en la defensa. Prácticamente no hizo nada en la ofensiva. Hasta Naughty jugó un rato de delantero centro. Puso a Mikey Rosen en la portería. Era equilibrado y competente. En los tiros regulares, e incluso buenos, no se equivocaba. Y, de todos modos, su defensa era tan fuerte y estaba tan mentalizada, que no pensaba que el puesto de portero tuviera tanta importancia en ese momento.

El asunto era que no estaba dirigiendo a su equipo para ganar. Todavía no. Eso hizo que su estrategia fuera más sencilla. Estaba luchando por un empate a cero. Su equipo no sabía bien por qué lo estaba haciendo así, pero confiaba en ella.

—Defensa —decía a sus ayudantes—. Defensa —decía a cualquier jugador cada vez que abría la boca—. ¡Defensa! —gritaba a pleno pulmón cuando un balón pasaba del centro del campo. Tenía una idea fija. «*Non passerat*», les decía en voz baja. A veces era más fácil concentrarse total y absolutamente en un único objetivo claro.

Ella caminaba por su banda y Eric por la suya. El veía lo que hacía Bridget, pero no podía entender por qué. A Bridget le gustaba verlo confundido. El tuvo que cambiar su estrategia para adaptarse a la de su rival, y eso descentró un poco a su equipo, tal y como Bridget esperaba que ocurriera.

El silbato final emitió el veredicto que ella esperaba: empate a cero. Ahora solo tenían que aguantar durante la prórroga para evitar el gol de oro.

Para entonces, todos los campistas se habían reunido ya en las bandas. Reclamaban sangre. Era frustrante estar mirando tanto tiempo sin un solo gol. Sin ni siquiera un intento emocionante de gol. Bridget reunió a su equipo en torno a ella. Todos los ojos estaban fijos en los suyos. Como entrenadora, eso era justo lo que quería: sentirse completamente unida y en sincronía con cada uno de sus jugadores. Su intensidad era contagiosa. No necesitó hacer un gran discurso. Solo mantuvo sus miradas.

—Cero —les susurró—. ¿Podéis hacerlo?

Ellos gritaron, chillaron y se repartieron por el campo.

Entre todos los gritos e insultos de los espectadores, su equipo mantuvo el rumbo durante toda la prórroga. Nada de heroicidades. Jugaron una defensa dura y resuelta. Hicieron que su entrenadora estuviera orgullosa de ellos.

Otro silbato marcó el final del partido y el comienzo de los penaltis para determinar quién era el ganador.

El árbitro lanzó la moneda y al equipo de Bridget le tocó tirar primero. Así era exactamente como ella quería que fuesen las cosas. Le hizo una señal con la cabeza a



Russell Chen. No era un jugador tan bueno y tan completo como Lundgreen, pero era sublime a la hora de chutar y, después de haber estado reprimido durante todo el partido, estaba listo para explotar.

A Bridget le latía fuerte el corazón mientras el portero de Eric se situaba y los demás jugadores se agrupaban en el círculo central. Los árbitros tomaron posiciones y Russell se colocó en el punto de penalti. Bridget miraba el baile de conjeturas y sospechas entre el tirador y el portero, y, entonces, Chen chutó. El corazón de Bridget se le salía del cuerpo cuando el balón entró directamente en la portería por la parte superior. Las conjeturas del portero de Eric resultaron equivocadas. No puso un dedo en el balón.

Todo el equipo de Bridget y aproximadamente la mitad de los espectadores, estallaron en gritos de alegría. telepáticamente, los avisó para que no se descentraran todavía, y, al estar en sincronía como estaban, parecía que todos recibían el mensaje.

Había llegado el turno del equipo de Eric.

No había duda de a quién escogería para chutar. Jerome Lewis era probablemente el mejor jugador del campamento. Caminó hacia el punto de penalti.

El equipo de Bridget la miraba conteniendo el aliento. Sabían que tenía un as escondido en la manga. Tocó a Naughton en el hombro.

—A por ellos —le indicó. Él parecía sorprendido, como si no pensara que lo dijera en serio.

—¡Venga! —le gritó.

Fue. Lentamente. Todos susurraban y murmuraban mientras lo veían ir despacio hacia la portería. Hasta los árbitros se volvieron a mirarla como para decirle: “¿Estás segura de que eso es lo que quieres?”. Ella esperó hasta que estuvo en su sitio para hacerle una señal al árbitro.

Esta vez, Eric la estaba mirando directamente. Él era competitivo, desde luego, pero ahora parecía más preocupado por la salud mental de Bridget. Los jugadores de Eric se sonreían unos a otros, confiados, en el círculo central.

Bridget puso sus ojos en Naughton y los mantuvo allí. Él necesitaba saber que ella creía en él.

Según las reglas del campamento, esta prórroga era a muerte súbita. Si Lewis metía un gol, se pasaba a la siguiente ronda de penaltis. Si fallaba, terminaba el partido.

El árbitro hizo sonar el silbato. Generalmente, como entrenadora del equipo contrario, desearías que el chutador fallara. En el extraño caso de Naughton, era justo al contrario. “Por favor, deja que este chaval chute bien”, pensó Bridget.



Lewis lanzó un tiro magnífico. Todo el campamento mantuvo un silencio absoluto mientras el balón cruzaba el aire hacia la portería. Naughton pareció saltar en el mismo instante en que el balón se separaba del pie de Lewis. “Eso era una cosa que tenía”, se decía Bridget. Naughton tenía unos ojos increíbles.

El balón volaba, Naughton saltaba, y los dos se juntaron en el punto más alto del ángulo de la portería. Naughton arrancó el balón del aire y aterrizó con él en las manos. Parecía tan sorprendido de su hazaña que tropezó y dejó que el balón se le cayera de las manos. Afortunadamente, rebotó fuera de la portería y no dentro.

Atónitos, los espectadores rompieron a chillar. Bridget vio con placer y orgullo que su equipo corría a la portería y llevaba a hombros a Naughton. Lo llevaron hasta la entrenadora y lo dejaron a sus pies. Entre hurras, ella lo abrazó y le plantó un gran beso en la mejilla. A él pareció gustarle aquello.

Bridget, elegantemente, les permitió que le vaciaran en la cabeza el agua fría que tenían para beber. Luego llegó el momento de estrechar las manos de sus oponentes. Se pusieron en fila, con Bridget al final, y estrecharon o chocaron las manos. Los dos últimos en verse las caras fueron los entrenadores.

—Has ganado. Naturalmente —dijo Eric con galantería, inclinándose como si ella fuera un hombre de negocios japonés y no una chica que estaba enamorada de él hasta la médula.

Ella no pudo evitar mirarle fijamente a los ojos durante un momento. “Pero no he ganado, ¿verdad?”

\* \* \* \* \*

“Hola, Lenny. Soy Bi. Estoy bien. De verdad que sí. ¡Deja de preocuparte ahora mismo! Pero quiero hablar contigo. Estoy lista para ir a casa. Os echo mucho de menos. ¡Oye! ¡Me he enterado del nombre del bebé! ¡Me encanta! ¿Ha sido idea de Carmen? Seguramente ha estado riéndose una hora entera. Llámame... no, déjalo estar. Es imposible llamarme aquí. Yo te llamaré. ¡Y no te preocupes! ¿Vale? Te echo de menos.” *Piiiiii.*



## Capítulo 28

*Poseo anhelos inmortales en mí. William Shakespeare.*

Lena le entregó su *book* a Annik. Se estaba preparando para esperar mucho rato y de repente se sentía impaciente de un modo extraño. Pero no fue así. Annik dejó su lápiz, se puso las gafas y empezó a mirarlo inmediatamente.

Ni tres minutos después, lo cerró y levantó la vista.

—No importa si consigues o no la beca —dijo.

Lena ladeó la cabeza confundida.

—A mí me importa.

—Te la van a dar —afirmó Annik, casi sin darle importancia—. A menos que los tíos del comité estén ciegos o completamente idiotas —le sonrió a Lena—. La razón por la que no importa es que ya lo has logrado. Pase lo que pase, en adelante todo será un pequeño esto o un pequeño aquello. Un pequeño accidente de tráfico. Una pequeña enfermedad terrible. Un pequeño contratiempo amoroso. Ahora eres una artista.

Annik pronunció la palabra “artista” como si fuera lo mejor que pudieras decir de alguien. Mejor que ser un superhéroe o ser inmortal.

—Gracias. Creo.

—No es que sea un regalo que te estoy dando. Lo has hecho sola.

—Tú me has ayudado.

—Eso espero. Tú has hecho más y mejor de lo que yo imaginaba.

—Me estoy acercando. Empiezo a pensarlo de verdad.

—Sí. Puedo verlo. Puedo sentirlo.

Lena sonrió al pensar en todo lo que se veía y se sentía en aquella habitación.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro —respondió Annik.



—Lo he estado pensando mucho tiempo. Creo que simplemente debería preguntarlo.

Annik asintió para animarla, casi como si supiera lo que Lena iba a decir.

—¿Por qué estás en una silla de ruedas?

Annik le dio una palmada en la espalda con ese estilo que tenía como el Increíble Hulk.

—¡Uf!, pensaba que nunca me lo ibas a preguntar.

\* \* \* \* \*

Win esperaba fuera del edificio de Carmen con el motor en marcha. Ella nunca se hubiera imaginado que habría un chico con el que le gustaría ir a Target a comprar sus cosas para la Universidad. Era otro proyecto más que emprendían juntos, más intrascendente que otros.

Carmen cruzó con ímpetu la puerta principal de su casa para recoger su lista de compras y su tarjeta de cobro automático. Había olvidado llevárselas cuando, un par de horas antes, quedaron todos (Tibby, Brian, Lena, Effie y Win) para desayunar en el Tastee Diner.

Se detuvo en la sala. Le llamaba la atención lo diferente que sentía su piso aquellos días: desde Win, desde el bebé. Las paredes parecían acercarse y sin embargo el suelo parecía un poco más lejano. Estaba en silencio. En esta ocasión los aparatos de aire acondicionado estaban callados. Una pequeñísima insinuación del otoño soplabá por la ventana abierta. Tal vez por eso el aire le parecía nuevo.

Tenía prisa; tenía cosas que hacer. Esa casa la esperaba, sin embargo. Siempre esperaba.

Sabía que cuando diera la vuelta al pasillo encontraría a su madre en su habitación con el bebé. Y allí estaba. Ella y el pequeño Ryan estaban acurrucados en la cama.

Pasaban las mañanas entre dar el pecho y dormir. Carmen solía visitarlos en sus momentos libres, besaba los puñitos del bebé y lo arropaba como un rollito de primavera antes de que él se volviera a destapar a patadas. Ahora Cristina dormía y Ryan empezaba a retorcerse. Carmen puso la mano en su espaldita admirando los esfuerzos de su hermano pequeño.

Se sentía muy distinta hacia él respecto a lo que pensaba antes. Él era de ella, y a ella le afectaba su fragilidad, su temperamento y la forma de sus orejas, que ya eran como las suyas. Pero también respetaba el hecho de que era de Cristina y de David.

Antes de que naciera, ella pensaba que él iba a formar parte de su mundo viejo, compitiendo con ella por su espacio y todo lo que Carmen consideraba suyo. Pero no. Él pertenecía al mundo nuevo. Los dos pertenecían a ese mundo nuevo, juntos.



\* \* \* \* \*

La victoria de Bridget no fue tan dulce. Bueno, excepto para sus jugadores. Para ellos sí fue dulce. Fueron por el campamento como superhéroes durante el resto de la semana, repitiendo y comentando los puntos principales del partido (no había muchos). Ella estaba contenta por ellos. Había llegado a quererlos.

Había tenido una bendita salida de un día a su casa a Bethesda, y ver a sus amigas le hizo pensar que la vida tenía sentido otra vez. Cuando volvió al campamento, anduvo con Diana, durmió y comió y recuperó de nuevo sus fuerzas. Sabía que podía soportar su corazón herido, pero requería trabajo y, en algunos momentos, mucha fe.

Se había dado cuenta de que no había terminado completamente con Eric. Podía guardarse su tristeza para ella y preguntarse el resto de su vida qué había pasado en realidad. Dos veranos antes, se había callado. Se lo había guardado todo y había dejado que siguiera dando vueltas dentro de ella y se pudriera. Pero ya no quería hacer eso más.

Esperó a que el campamento estuviera prácticamente en silencio y fue a buscarle a su cabaña. Esto le trajo recuerdos de cierta experiencia lejana, cuando ella fue a sacarlo de su cama. Aquella vez, ella entró tras él. Esta vez era recatada como una monja. Llamó educadamente a la puerta y esperó.

Él se acercó a la puerta y la abrió. ¿Parecía un poco asustado de ella o se lo imaginó?

— ¿Te importaría dar un paseo conmigo? — le preguntó.

Bridget iba a decirle algo que le tranquilizara para que comprendiera que no iba a atacarle ni nada por el estilo, pero ¿de verdad era necesario? ¿No había demostrado ya sus buenas intenciones? ¿No le habían servido de algo? ¿O es que nunca se podía superar algo así? ¿Es que una chica nunca podía reparar de verdad su reputación en las cosas importantes?

Él asintió. Desapareció unos segundos, y cuando volvió llevaba puesta una camiseta y zapatillas además de los pantalones cortos.

Durante un rato se limitaron a pasear. Ella llevaba el pelo recogido con una goma. Se había puesto una camiseta de fútbol americano vieja encima de los vaqueros. Había intentado ponerse zapatillas durante una semana, pero ahora había vuelto a ir descalza. Había decidido que aceptaría una astilla de vez en cuando como precio por la libertad de sus pies.

Sin pensarlo, pasearon hasta el lago y siguieron por el muelle. Ella se sentó y él se colocó a su lado. Si tenían un sitio en común, era ese.



Había luna llena y brillaba lo suficiente para proyectar la sombra de ambos en las tranquilas aguas. A Bridget le gustaban los reflejos acuosos de sus figuras.

—Solo voy a hablar durante un rato y tú me escuchas, ¿vale?

¿Por qué había dicho “vale”? No tenía intención de pedirle permiso.

Él asintió.

—Puede que hable de cosas que no te gusten —le avisó.

Él volvió a asentir. Notó que parecía cansado. Incluso con aquella luz tenue podía ver los semicírculos azulados bajo sus ojos. Parecía como si no se hubiera afeitado en algún tiempo.

—Pensaba que nos habíamos hecho amigos este verano —comenzó—. No sabía si sería posible después de lo que hicimos... hice... hace dos veranos, pero sí sucedió. Yo estaba contenta. Me encantaba ser tu amiga. Admito que puedo haber tenido algunos otros pensamientos también, pero no me importaban tanto como ser tu amiga. Me alegraba estar cerca de ti de cualquier modo —Bridget necesitaba ser honesta aquella noche. Por esa razón estaba allí.

Él bajo la vista. Jugeteaba con la correa de piel gastada de su reloj.

—No intentaba ser tu novia. Ya sé que tienes una. Lo acepto. No quería meterme en medio. Estoy feliz por ti, si eres feliz con ella. No estoy diciendo que no fuera duro para mí, pero era sincera... quiero decir, soy sincera. Quería que confiaras en mí.

Todavía mirando hacia abajo, él parecía asentir.

—Y pasamos tiempo juntos, hicimos cosas juntos y lo pasamos bien. Al menos, yo lo pasé bien. Y pensaba que tú te lo pasabas bien —su voz empezaba a temblar un poco, pero se obligó a seguir—. Y luego, cuando estuve enferma, me cuidaste. Me cuidaste de un modo tan bonito como nadie lo ha hecho en mi vida. Incluso si no nos volvemos a ver, ni nos hablamos en toda nuestra vida, nunca lo olvidaré —hizo una pausa para que las lágrimas no ahogaran sus palabras. Quería mantenerlas dentro de los ojos si podía—. Yo confiaba en ti. Pensaba que te importaba. No como una novia. No estoy hablando de eso. Confiaba en que eras mi amigo. Y entonces desapareciste sin más. No podía entender qué había pasado. Me sentía muy cerca de ti y entonces te fuiste. Hiciste que creyera en ti y luego me defraudaste. ¿Así son las cosas contigo?, ¿Dejas que la gente se te acerque solo para poder decepcionarlos después? —se limpió las lágrimas de los ojos antes de que cayeran.

Eric, ahora, levantaba la vista, tenía los ojos serios y brillantes como los de ella.

—Bi. No. Las cosas no son así conmigo.

La barbilla de Bridget temblaba, aunque ella deseaba que no lo hiciera.



—Entonces, ¿cómo son?

Él se sentó un poco más erguido. Se miraba los nudillos. Abrió las manos y las volvió a cerrar.

—Solo voy a hablar durante un rato y tú me escuchas, ¿vale?

—Vale.

—La razón por la que no me gusta hablar de lo que pasó hace dos veranos es porque me odio por aquello. No digo que tú no tuvieras parte de responsabilidad; la tuviste. Pero yo podría haberme resistido. Eso hubiera sido lo correcto. Pero no lo hice porque quería lo mismo que tú, y eso era un error. Tú crees que fuiste solo tú, pero yo lo quería tanto como tú. Deberías saberlo.

Ella apenas podía moverse. Miraba su cara y le escuchaba.

—La razón de que desapareciera después de que estuvieras enferma fue que necesitaba ir a Nueva York y no podía esperar. Fui hasta allí en coche y vi a Kaya porque necesitaba decirle que ya no podía seguir con ella.

Bridget tomó un poco de aire.

Él parecía triste.

—Pensaba que la quería. Hace dos meses, le dije que la quería. No podía dejarlo así. Me parecía que estaba mal.

Bridget se moría por hacerle algunas preguntas, pero también quería cumplir con su parte y estar callada. Apretó los labios.

Él abrió las manos y las juntó como si fuera a rezar.

—Y la razón por la que estaba mal es porque sabía que no podía quererla de verdad si sentía algo mucho mayor por otra persona.

Bridget estaba helada. Le asustaba pensar qué significaba eso por si no significaba lo que ella pensaba que significaba.

—Y la razón por la que he estado alejado de ti es porque cuando estoy cerca no puedo pensar con claridad. Y necesito pensar con claridad antes de hacer alguna otra tontería.

Bridget lo miró. La esperanza empezaba a llenar su pecho, a pesar de que ella intentaba echarla fuera.

—Cuando estaba en Nueva York, todo lo que quería era volver corriendo a ti. Pero ¿qué hubiera significado eso?, ¿Que había dejado a Kaya para poder estar contigo?, ¿Que yo era un tío que olvidaba a una chica, a la que pensaba que quería, en menos de cinco horas? —sacudía la cabeza—. Y, además, no quería que te sintieras responsable de nuestra ruptura. Sabía que no estabas intentando hacer eso. Todo el



verano has sido lo bastante generosa para respetar lo mío con Kaya, y yo no. Eso está muy mal. No sentía que mereciese volver corriendo a tu lado. Me daba vergüenza.

Bridget no podía seguir todas estas ideas a la vez. No podía entender hacia dónde llevaban.

—Hay una cosa de la que estoy seguro, y sé que está bien. Todos estos días he estado volviendo a esta cosa en concreto. Pasamos esa noche juntos, yo abrazándote, y sentí algo más fuerte que lo que haya sentido por nadie, y más fuerte que lo que yo pensaba que era posible sentir. Me rompió todos los esquemas. Solo en teoría, me hizo saber que ya no podía seguir con Kaya.

Volvió a sacudir la cabeza. Parecía algo asqueado de sí mismo, pero también tentado de reírse.

—He querido ser racional, creer que mi decisión sobre Kaya es teórica y no solo consecuencia de mi loca atracción por ti.

—¿Es... —preguntó aguantando la respiración— ... teórica?

Él la miró a la cara muy de cerca.

—En absoluto.

\* \* \* \* \*

*¡Chicas!:*

*¡Seis días y medio! ¡Ahhhhhhhh! ¡Yaahhhhhh! ¡Uaahhhhhhh!*

*Carma*

\* \* \* \* \*

A Lena le llegó la carta con matasellos de Providence (Rhode Island) casi en el último momento posible antes del viaje a la playa del final del verano. Su corazón latía deprisa mientras la abría, pero sabía que no iba a determinar su destino aunque la respuesta fuera no.

Porque Annik tenía razón. Era una artista. Iba a encontrar su camino al margen de lo que dijera cualquiera. Su destino ya no pertenecía a nadie más.

La carta no decía no. Decía sí. Lena cerró los ojos y dejó que el placer la llenara. Era estricta consigo misma en cuanto al sentimiento de alegría, pero este momento se lo había ganado.

Fue a la cocina y pasó mucho rato sentada pensando sobre la carta. Quería ir y podía ir. No necesitaba el dinero de sus padres y no necesitaba su permiso. Pensó en esto último también. No lo necesitaba, pero lo quería. De eso se dio cuenta.



Se puso una falda sencilla azul marino y una bonita blusa de lino. Se cepilló el pelo y se puso unos pendientes de perlas. Tomó prestado el coche de su madre para ir al despacho de su padre.

La señora Jeffords, la secretaria de su padre, la dejó pasar sin anunciarla.

Su padre pareció sorprendido de verla en la puerta. De hecho, estaba tan sorprendido que parecía contento de verdad de verla allí, como si hubiera olvidado todo lo que había ocurrido en los dos meses anteriores y hubiera vuelto instintivamente a su antigua ternura.

—Pasa —le dijo poniéndose en pie.

Todavía tenía la carta en la mano cuando se sentó frente a él.

—Me han respondido de la Universidad respecto a la beca —explicó.

—Te la han concedido —pronunció sin ninguna emoción en la voz.

—¿Cómo lo sabes?

Él parecía plácido, casi filosófico.

—Porque vi tus dibujos. Cuando los vi, supe que te la concederían.

Fue uno de los elogios menos directos que había recibido en la vida. Si es que era un elogio.

—Papá, no quiero disgustarte ni decepcionarte. Pero quiero ir, de verdad. Quiero que tú y mamá lo queráis conmigo.

Él suspiró. Puso un codo en la mesa y apoyó la mejilla en la palma de la mano adoptando un aire juvenil.

—Lena, me temo que soy yo quien te ha disgustado y decepcionado.

Ella no se apresuró a decir que sí, pero tampoco se lo iba a discutir.

—Debes ir a Bellas Artes. Me lo has demostrado a mí con esos dibujos del mismo modo que se lo has demostrado a los de las becas.

La expresión de Lena seguía inalterada. Todavía no confiaba en él.

—Entonces, ¿te parece bien?

Él pensó en eso durante un momento.

—Es un honor que me lo preguntes cuando te has ganado el derecho a no tener que hacerlo.

A Lena le dolía el pecho.

—Quiero preguntártelo —dijo—. Lo que tú digas me importa.



—La respuesta es sí.

—Gracias —Ella se levantó para irse.

—¿Lena?

—¿Sí?

—Cuando empecé a darme cuenta, con la ayuda de tu madre, de la magnitud de mis recientes errores —carraspeó—, me sentí orgulloso de ti por haberte rebelado.

—No me lo pusiste fácil —le dijo Lena con franqueza.

\* \* \* \* \*

**Valia123:** Gracias a Dios, querida Rena, vuelvo a mi casa. George le ha visto la lógica por fin. Effie me acompañará en el avión dentro de una semana. Por favor, pide a Pina, si puedes prescindir de ella, que airee mi casa.

**RenaDounas:** Queridísima Valia, estoy llorando mientras leo esto. Qué contentos vamos a estar de tenerte en tu casa, ¡donde perteneces!



## Capítulo 29

*He intentado a mi manera ser libre. Leonard Cohen.*

—Hola, papá.

—¿Carmen? ¡Hola, ratita! ¿Cómo estás?

Se sentía algo avergonzada, pero no quería que aquello esperara más tiempo.

—Estoy bien.

—¿Y cómo está el bebé?

—Está genial. Da patadas como un cinturón negro.

Albert se rió participando de la broma, aunque estaban hablando del hijo de su ex esposa y su marido.

—¿Cómo está tu madre? —pregunto de todo corazón.

—Ella también está genial. Dice que le está volviendo todo, aunque dieciocho años después.

—Sí, estoy seguro —dijo su padre un poco nostálgico.

—Bueno, papá...

—¿Sí?

—He estado pensando.

Él espero paciente, aunque ella deseaba que la interrumpiera.

—¿Crees que... esto... —se apartó su pesado pelo del cuello sudoroso—, ¿Crees que en Williams podrían volverme a aceptar?

—¿Crees que quieres ir allí?

Carmen no deseaba que pareciera que tomaba las decisiones de forma impulsiva, así que no respondió con un grito emocionado, sino que hizo una pausa.

—Sí, quiero ir.

—¿Y qué pasa con Maryland?



Carmen se mordió el labio.

—Yo pensaba que podía ir allí, ya sabes, tener contacto con la Universidad y además estar cerca de casa. Pero luego me he dado cuenta de que tengo mucho interés, muchísimo, en ir a Williams. ¿Crees que me volverían a aceptar? Bueno, lo que quiero decir es qué posibilidades hay de que quede alguna plaza.

Su voz terminó chillona y dejó de parecer tranquila.

—¿Sabes qué? —dijo su padre—, déjame que les llame.

Carmen intentó limpiar su habitación mientras esperaba. En realidad, lo que hacía era una reorganización superficial y espasmódica, como poner una pila AA suelta en el cajón de los calcetines para quitarla de la vista, algo que solo serviría para darle más trabajo cuando tuviera que limpiar de verdad.

Menos de diez minutos después, sonó el teléfono. Carmen saltó sobre él en mitad del primer timbrazo. Su aparente tranquilidad desapareció de un plumazo.

—¿Sí?

—Hola —era su padre otra vez.

—¿Has hablado con ellos? —soltó sin esperar más.

—Sí. Y la Universidad de Williams dice que te espera.

—¿Me aceptan?

—Psí.

—¿Así, sin más?

—Psí.

—¿Es una broma?

—No-no.

—¿En serio? —Carmen temía alegrarse tan pronto.

—Me alegro por ti, ratita —dijo su padre—. Por tu voz noto que es lo que en realidad quieres.

—Es lo que en realidad quiero —repitió ella.

Sacudió la cabeza, sentía que los nervios le chisporroteaban y relampagueaban por todo el cuerpo.

—No puedo creer que haya sido tan fácil.

Él no respondió.



—Es mejor que empieces a hacer el equipaje —le dijo—, y que te lo pases bien en la playa con tus amigas este fin de semana.

—Lo haré. Gracias.

Después de decirle que le quería y colgar el teléfono, se le fue metiendo en la cabeza otra sospecha. ¿Podría haber sido este otro caso de conspiración parental? ¿Tal vez incluso de intervención parental engañosa?

¿Llegó a llamar su padre alguna vez a Williams para decirles que ella no iba a ir? ¿Llegó a recuperar su depósito? ¿Era aquel otro caso en el que sus padres la conocían mejor que ella misma?

En cierto sentido era muy molesto. Pero, después de todo, era bueno sentirse querida.

\* \* \* \* \*

**Carmabelle:** ¿Te llevarías el top de tubo verde para que yo sea una supertramposa y te lo robe en cuanto te des la vuelta?

**Tibberon:** Por supuesto. Pero ¿cómo voy a averiguar quién me lo ha robado?

**Carmabelle:** Estoy muy emocionada.

**Tibberon:** Yo también estoy muy emocionada.

\* \* \* \* \*

Durante tres largos días, Bridget dejó solo a Eric para que pusiera en orden sus pensamientos. Y al final del tercer día, justo cuando ella pensaba que ya no podía soportarlo más, la cabeza de él, con pensamientos incluidos, asomó junto a su cama, donde ella estaba echada.

—¿Te importaría dar un paseo conmigo? —le susurró.

Ella saltó de la cama. Le siguió afuera de su cabaña con la camiseta y los *boxers*. De repente, recordó algo que Carmen había dicho al principio del verano.

—¿Puedes esperarme un segundo?

Le dejó fuera y volvió a entrar en su cabaña. Encontró el vestido blanco sin espalda que había llevado en la fiesta de fin de curso, que todavía estaba hecho una bola en el fondo de su bolsa de viaje. No había pensado que tendría que ponérselo. Se quitó la ropa y se puso el vestido por la cabeza. Afortunadamente, la tela sedosa no mantenía las arrugas.

Los vaqueros habrían sido su primera opción, naturalmente, pero había tenido que mandárselos a Lena. Y, además, no quería acapararlos. Ya había obtenido lo que necesitaba de ellos.



—Ya está —dijo reapareciendo junto a él en la oscuridad. Seguía llevando los pies descalzos y el pelo suelto.

El parpadeó y retrocedió para verla mejor.

—Caramba, Bi —murmuró.

Ella no estaba segura de lo que significaba, pero no iba a pedirle que se lo explicara.

Caminaron uno junto al otro hacia el lago. Ella intentaba no ir dando saltitos, pero en realidad no podía evitarlo. Estaba feliz. Su mano chocó levemente con la de él y sus nervios le lanzaron chispas. Después de todo lo que habían pasado juntos, de todas las cosas que habían sentido y luego hablado, ni siquiera sabían cómo tocarse el uno al otro.

Ocuparon sus sitios habituales en el muelle. Bridget prácticamente veía el calor que habían dejado sus cuerpos la última vez en las tablas envejecidas. Balanceó las piernas sobre el agua; le gustaba sentir el aire bajo los dedos desnudos. Sus cuerpos no proyectaban sombra aquella noche; estaban completamente contenidos.

Eric se le acercó un poco. Tenía una expresión melancólica.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Cuando vi tu nombre en la lista de entrenadores antes de que empezara el verano, tuve una premonición. Supe que ibas a poner mi vida del revés otra vez.

No parecía lamentarlo.

—Si yo hubiera visto esa lista, me pregunto si habría venido —comentó Bridget.

Él respiró hondo.

—¿Tanto te desagradaba?

—Huyyy. ¿Desagradar? —sonrió un poco—. No. Esa no es la palabra. Te tenía miedo. No quería volver a sentirme así otra vez.

—Fue duro, ¿verdad? —él lo lamentaba, ella lo sabía.

—Yo estaba un poco fuera de control.

—Has madurado desde entonces.

—Algo. Me gusta pensar que sí.

—Sí, lo has hecho. Eres diferente. Y, sin embargo, igual.

Ella encogió los hombros. Eso parecía bastante exacto.



—Siento haber desaparecido —se disculpó él con pena—. No quería hacerte daño. Yo no sabía si tú sentías lo mismo que yo. Me preocupaba que solo me estuviera pasando a mí.

—Pues no.

—Ahora lo sé.

Estuvieron pensando en estas cosas.

—Me alegro de no haber leído la lista de entrenadores. Me alegro de haber venido —dijo Bridget después de un rato.

—Yo también. Teníamos que encontrarnos tarde o temprano.

—¿De verdad?

—Sí. Estaba escrito.

A ella le encantó la idea.

—¿Tú crees?

—Sí.

—¿Es lo que tus pensamientos te dijeron cuando se aclararon? —le preguntó. Su corazón se le hinchaba debajo de las costillas.

Él sonreía, pero también parecía serio.

—Sí. Eso es. Puede que no suene tan clarificador. Puede que no fuera lo que yo estuviera esperando que me dijeran. Pero eso es lo que dijeron. Así que así están las cosas.

—¿Cómo lo sabían?

—Porque cuando estuve tumbado contigo en mi cama, hubo un momento en que pude sentir todo aquello por lo que habías pasado, y me vino la idea de que si podía hacerte feliz, yo sería feliz también.

Bridget estaba demasiado llena para hablar. Apoyó la cabeza en él. Él la rodeó con los brazos y ella a él.

Él había hablado con sencillez, pero esas palabras eran suficientes para toda una vida. Él podía hacerla feliz. Ya lo había hecho.

La última vez habían empezado por el final. En esta ocasión empezaron por el principio. No podías borrar el pasado. Ni siquiera podías cambiarlo. Pero, a veces, la vida te daba la oportunidad de enderezarlo.



Tal vez al día siguiente se besarían. Tal vez en las semanas y los meses siguientes aprenderían a tocarse el uno al otro, a traducir sus sentimientos en gestos de todo tipo. Algún día, esperaba, harían el amor.

Pero, de momento, todo lo que quería Bridget era esto.



## Capítulo 30

*Siguiendo la luz del sol abandonamos, el viejo mundo. Cristóbal Colón.*

La casa de la playa de los Morgan tenía alfombras de color arena. La nevera estaba vacía, a excepción de medio paquete de pan de molde mohoso. Los pucheros y las sartenes parecían haber sido lavados por Joe, su hijo de casi dos años.

Además era espectacularmente bella. Estaba situada en una zona baja de dunas a solo unos ochenta metros del océano Atlántico.

Lo primero que hicieron al llegar fue quitarse la ropa (por acuerdo previo, todas llevaban el bañador debajo) y correr chillando y gritando al mar.

El oleaje era grande y fuerte. Las golpeaba, las tiraba y las volvía cabeza abajo. Podría haberles dado miedo, pensó Tibby, pero formaban una cadena cogidas de la mano, así que la resaca no podía arrastrarlas hacia adentro. Y eso, además de todo el griterío y las bromas, era divertido.

Lo segundo que hicieron fue tumbarse en la cálida arena. El sol de la tarde les secó la espalda mientras estaban allí tumbadas hombro con hombro. El corazón de Tibby todavía palpitaba fuerte por la experiencia del agua. Tenía piedrecillas en el bañador. Le gustaba sentir la arena bajo la mejilla. Se sentía feliz.

Quería que esa felicidad fuera su guía. No quería mirar hacia el futuro con temor. No quería machacarse el cerebro así.

Habría las inevitables despedidas. Las difíciles. Como cuando viera a Lena y a Bi irse hacia Providence el jueves en una furgoneta alquilada. Podía imaginarse a Bi dándole al claxon durante los primeros diez kilómetros de su viaje. Luego llegaría el momento, el viernes, en que besaría a Carmen y la vería partir hacia Massachusetts con su padre y sus cincuenta millones de maletas. Habría despedidas en la estación el sábado por la mañana cuando ella y su madre se subieran al tren Metroliner para ir a Nueva York. Su padre le daría una palmada en la espalda, la barbilla de Katherine temblaría y Nicky arrastraría los pies y no querría devolverle el beso. Tibby podía imaginárselo si lo intentaba. Y el adiós a Brian. Sabía que ese adiós no duraría tanto. En principio, Brian iba a ir a la Universidad de Maryland, porque era casi gratis; sin embargo, ella sospechaba que no había sacado en vano una supernota en su examen



de acceso de Matemáticas. Brian encontraría el modo de llegar hasta ella. Estaba segura de que lo haría. Era bueno haber conseguido habitación para ella sola.

Pero aquel momento era para las “Septiembre” y solo para ellas. Era su fin de semana fuera del tiempo. Viviría en la felicidad de cada uno de esos momentos, sin que le importara que iban a terminar. Juntas, las “Septiembre” podrían estar sin más.

Todas se ducharon (el agua caliente se acabó después de Carmen y antes de Lena) y comieron tarde sandwiches de queso a la plancha y *brownies*, sintiéndose cansadas por el sol y hambrientas, tal y como la playa te hace sentir. El primer móvil sonó justo después de comer.

—¿De verdad?, ¡Genial! —Carmen se reía al teléfono. Lo apartó unos centímetros de su boca—. Win ha visto hoy a Katherine en la sala infantil del hospital —le explicó a Tibby—. ¡Le han quitado el casco de hockey!

—Lo sé. Y lo echa de menos —sonrió Tibby. Win le caía bien. En cuanto a Win, ella levantaba el pulgar. Pero se dio cuenta de que deseaba que no viniera con ellas justo ahora.

La segunda llamada era de Valia. Al parecer, Valia no podía encontrar la fotocopia del retrato que le había hecho Lena y tenía muchísimas ganas de llevársela a Grecia. Valia estaba llena de vida nueva y la estaba dedicando a hacer las maletas. Luego, Valia insistió en que se pusiera Carmen al teléfono para poderle decir algo sobre el culebrón que acababa de adoptar, el mismo programa tonto que Carmen veía siempre.

La tercera llamada era para Bi. Tibby vio que Bi se derretía al teléfono y supo que era Eric. A ella nunca podría parecerle mal que Bi (o cualquiera a quien ella quisiera, para el caso) contara con una voz que pudiera producir en ella esa expresión de felicidad tan pura.

Tibby se sentó en la encimera de la cocina y pensó en la cantidad de voces que habían entrado en sus vidas.

Entonces Brian llamó al móvil de Tibby. Quería hablar con ella y ella quería hablar con él, al menos durante unos minutos.

En cuanto Tibby colgó, otros dos teléfonos empezaron a sonar a la vez. Las miradas de Lena y Tibby se cruzaron.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Lena—. Es como una broma.

Tibby asintió.

—Pero no sé si tiene gracia o no.

La cena fue caótica. Los teléfonos sonaban y Carmen casi quemó la casa cuando se olvidó del arroz. No había mucha paz. Era maravilloso porque le hacía ver a Tibby lo



rico, divertido e interconectado que era su mundo, y eso le daba seguridad. Era triste porque se había imaginado que el mundo se detendría para ellas ese fin de semana especial, para que ellas pudieran solo existir juntas a solas. Pero el mundo no se había detenido para ellas. Si acaso, se había acelerado.

Una hora más tarde, la medianoche había llegado y se había ido, y Tibby no podía dormir. Se sentó en el suelo del pequeño dormitorio decorado con tonos de color arena y no podía evitar sentirse un poco desolada. No era porque la noche no hubiera sido divertida, que sí lo había sido. Después de haber controlado el incendio de la cocina, decidieron renunciar a los fogones y cenaron batidos dulces de mantequilla de cacahuete. Comieron tanto que acabaron tumbadas agotadas y gimiendo en el suelo del salón.

Había tantas cosas de las que hablar, tanta gente nueva que procesar, tanto futuro que se les venía encima, que no habían hecho más que empezar. Habían escuchado música, les había dado somnolencia inducida por el azúcar y se fueron extenuadas a sus dormitorios.

Esa noche, por primera vez, el mundo había parecido demasiado grande para contenerlo y digerirlo dentro de su pequeño círculo de amistad. ¿Era así como sería el futuro? Se hacían mayores. Era inevitable, y Tibby había aprendido bastante aquel verano para saber que no debía intentar evitarlo. Justo por delante de ellas les aguardaban novios, familias y grandes planes.

Pero, por favor, no podía hacerlo si era un trueque. No podía llegar a un acuerdo si hacerse mayor significaba ahogar la amistad que había sido el mismísimo centro de su vida, lo que le daba su fuerza y su equilibrio.

La oscuridad la encerraba en el interior de la casa y las olas negras golpeaban atronadoramente contra la orilla. De repente, Tibby sintió claustrofobia. Quizá por primera vez, hasta donde podía recordar, le daba más miedo un espacio pequeño y oprimente que uno grande, infinito. Sin pensarlo, abandonó de puntillas la habitación, bajó las escaleras y salió al aire libre.

Tibby sintió como si caminara al interior de un sueño, un sueño feliz, cuando vio las tres distantes siluetas sentadas en la arena. Se rió al ver aquellas tres cabezas que le eran tan familiares. Era como un sueño también en otro aspecto: en que sabía más de lo que en realidad podía saber. Sabía lo que las demás estaban sintiendo; sabía que era lo mismo que sentía ella, y en ese conocimiento sentía la fuerza de su conexión.

Parecía como si la estuvieran esperando, aunque no tenían razones de índole práctica para pensar que iba a ir. Cuando Tibby estuvo lo bastante cerca, Bi le cogió la mano y la atrajo hasta su pequeño grupo.

—Hola —Tibby habló en voz muy baja, casi abrumada.



—Aquí es donde se reúnen las chicas guay —dijo Bi riéndose.

Lena encogió los hombros.

—Me parece que ninguna podía dormir.

—Teníamos demasiadas cosas de las que hablar —dijo Carmen.

Una ola llegó cerca de sus pies, pero ninguna de ellas pensó en irse de allí.

Estrecharon su círculo y Carmen puso los vaqueros en el centro, convirtiendo su verano también en un círculo.

Tibby respiraba hondo; encontraba un consuelo inexplicable en los rostros de sus amigas. Ante sus ojos, esa noche se había transformado en un regalo de seguridad. Esto era el futuro. La vida se haría más ajetreada y más variada, estaría poblada tanto por cosas bellas como por circunstancias desafortunadas. Si su amistad exigía exclusividad o soledad, no podía funcionar. Si requería que las cosas salieran como se habían planificado, se haría quebradiza y, al final, se rompería. Por otra parte, sabía que si podían ser flexibles y generosas, si podían hacer suyos los cambios, entonces saldrían adelante.

Tibby recordó aquel sueño de la taxidermia y comprendió de un modo nuevo la belleza de los vaqueros. Los vaqueros avanzaban a la par con ellas.

—Pase lo que pase —dijo Bridget—, nos encontraremos. Siempre.



## Capítulo 31

### *Vuelvo al principio. Coldplay.*

En nuestra última hora en la playa, intercambiamos regalos en vez de despedirnos. No lo habíamos planeado así exactamente. Surgió de esa manera, como cuando nos encontramos todas en la playa en mitad de la noche. Cada una de nosotras quería alguna cosa que poder conservar.

El sol emitía rayos rosados y anaranjados a nuestras espaldas y el inquieto mar estaba oscuro. La arena parecía más suave con aquella luz dulce. El aire era cálido y reconfortante.

No puedo contaros todo lo que se dijo y se sintió. Sencillamente, no puedo. Pero os diré lo que pasó. Lo comprenderéis enseguida. A Carmen le tocó primero porque es la menos paciente. No para recibir, sino para dar.

—Para las paredes de nuestras habitaciones de la Universidad —anunció repartiéndolos.

Carmen había encontrado cuatro marcos verticales largos y había puesto tres fotografías en cada uno de ellos. La primera foto, la de arriba, era la de nuestras madres, de mamás embarazadas jóvenes de finales de los ochenta, sentadas sobre un muro, abrazadas y con vaqueros. Esa foto ya la conocíamos. Un poco manchada. Un poco vieja. Un poco triste al recordarnos a Marly, como siempre. La siguiente foto, la del centro, también era antigua y apenas recordaba haberla visto. Era de nosotras cuatro, cuando ya sabíamos andar, y se nos veía asomando por detrás de un sofá. Parecíamos una banda de niñas en miniatura. Carmen parecía la cantante. Yo, menuda y confundida, parecía la que enchufaba los instrumentos a los amplificadores. Me hizo reír. La foto inferior era de la graduación. Las cuatro en el mismo orden, las mismas caras, las mismas expresiones.

Fue entonces cuando empezaron los llantos. Era inevitable. Era como esa sensación de estar fuera cuando llueve, sin impermeable ni paraguas. Durante un rato intentas no mojar te, pero luego te rindes y te das cuenta de que hasta es agradable. Te preguntas por qué luchamos contra esas cosas contra las que luchamos, si cuando nos rendimos a ellas resulta que no son tan malas.



La siguiente fue Bi. Nos repartió unas cajitas de joyería. Todas las abrimos a la vez.

Eran cuatro delicadas cadenas de plata con cuatro diminutos colgantes idénticos. De pantalones. Eran unos pequeños colgantes de plata con forma de pantalones, exactamente igual que nuestros vaqueros. Ahora esos colgantes eran ya nuestros vaqueros de una forma nueva y diferente.

Bi explicó que primero Greta vio uno en una joyería del centro comercial de Huntsville (Alabama). Y que ella y Greta montaron una campaña para convencer al joyero, el señor Bosely, para que consiguiera tres más.

Nos los pusimos las unas a las otras, luchando con los cierres y ayudándonos a apartar el pelo. Presioné mi pequeño colgante contra mi esternón sabiendo que ese sería su sitio a partir de ese momento. Solo podíamos mirarnos unas a otras en intervalos muy pequeños. Era duro sentir tanto.

La siguiente en dar sus regalos fue Lena. Hasta los había envuelto. Les quitamos el papel con distintos grados de cuidado: yo plegué el papel para usarlo en el futuro, Bi lo rompió de forma salvaje y se sentó sobre el papel arrugado para que no se fuera volando por la playa. Lena había hecho cuatro dibujos casi idénticos, uno para cada una, y los había enmarcado. Había dibujado los pantalones vaqueros compartidos dos veces, por delante y por detrás. Pero los había dibujado boca abajo y uno al lado del otro formando una gran "W". Al lado, Lena había añadido la letra "e". Así formaba la palabra "We", "Nosotras".

Yo fui la última. Les di cintas de vídeo con etiquetas decoradas para la ocasión.

—Para esto, tenemos que ir dentro —dije.

Ya me había asegurado de que el aparato de vídeo de los Morgan funcionara. Así que en cuanto cruzamos la playa y entramos en la casa, no tardé mucho tiempo en poner la película.

Era breve. Solo diez minutos. La mayoría de lo que tenía pertenecía a la colección de mis padres, pero también había conseguido material de Tina y de Ari. Hasta había hecho un preestreno para las dos y mi madre unas noches antes en nuestra salita, pero les hice guardar el secreto. Las tres lloraron y yo me puse muy cerca de la tele para disimular que también lloraba. Después, las tres madres se abrazaron. Eso me hizo feliz.

La primera parte la saqué de películas antiguas en Super 8, con un ambiente muy de la época y un poco temblorosas, y en ella salíamos nosotras caminando a gatas en el jardín de atrás de la casa de Lena. Bueno, a Lena le intimidaba gatear, así que lo que más hacíamos las demás era darle empujones y hacerla rodar por el suelo. Yo era un bebé flacucho, calvo y sin objetivos. El pelo de Bi era como un penacho de plumas blancas adornando su cabeza. Gateaba muy rápido. Su madre tuvo que apartarla del



borde de la piscina. El hermano de Bi, Perry, hacía una breve aparición. No se movía mucho, pero encontró un insecto en el césped. Carmen tenía unos perfectos rizos castaños, unos ojos gigantescos y una voz muy potente con la que animaba a la inmóvil Lena a avanzar.

Para cuando tuvimos dos años, algún padre había conseguido una verdadera cámara de vídeo. En la parte siguiente aparecíamos las cuatro niñas alineadas en cuatro orinalitos de plástico. Lena estaba sentada con paciencia, con los codos sobre las rodillas y la barbilla apoyada en las palmas de las manos. Yo era muy menudita y parecía que me iba a caer dentro del mío. Carmen intentaba quitarse un zapato del pie. Bi fue la primera en terminar: “¡He hecho!”, se puso en pie y le gritó a alguien que estaba fuera de cuadro.

El resto eran planos rápidos, un catálogo de fiestas de cumpleaños conjuntas, cortes malos de pelo y ortodoncia compleja. Hermanos, padres, abuelos y otros parientes asomaban de vez en cuando con ropa y peinados bochornosos.

La última parte era un plano general tomado cuando teníamos unos siete años. Ni siquiera comprendí su significado cuando lo escogí y lo monté al final de la película.

Se tomó en la playa de Rehoboth, probablemente a un par de kilómetros de donde estábamos ahora. La cámara nos mostraba a las cuatro cogiéndonos de las manos en el fuerte oleaje, saltando las olas, gritando y chillando.

Era justo como ahora. Exactamente lo que habíamos hecho el día anterior y esa misma mañana temprano. Mientras miraba la pantalla, pude sentir el agua salada y fría en mis manos, unidas a la de Bi por un lado y a las de Lena, por el otro. Podía oír los chillidos de alegría de Carmen. Cada vez nos poníamos en un orden distinto. El orden no importaba.

La imagen permaneció en la pantalla y todas nos quedamos mirándola incluso cuando se quedó fija.

Entonces era exactamente lo mismo que ahora. Para enfrentarnos al oleaje, habíamos aprendido a darnos la mano.

*Fin*